8776

5710

16747

Vda. de
ENRIQUE
MARTINEZ
Lain-Calvo 12
BURGOS

XII
315

EL ESPIRITISMO MODERNO

ES PROPIEDAD

EL
ESPIRITISMO MODERNO

POR EL

R. P. EUSTAQUIO UGARTE DE ERCILLA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

BIBLIOTECA PÚBLICA BURGOS

B.P. BURGOS
N.R. 99082
C.R. 24440

BARCELONA
RAMOS-EDITOR : MALLORCA, 191
1916

APROBACIONES

IMPRIMI POTEST

Raimundus Lloberola, S. J.
Praepos. Prov. Arag.

NIHIL OBSTAT

El Censor,
Ernesto Guitart, S. J.

Barcelona, 10 de noviembre de 1915

IMPRÍMASE

El Provisor,
Justino Guitart

Por mandato de Su Señoría,

Ramón María Ferrán
Vice-Canc.

RAZÓN Y FINALIDAD DE LA OBRA

Si siempre ha sido importante y de actualidad la cuestión del espiritismo, sobre todo después de los maravillosos fenómenos realizados por la familia Fox, lo es más en nuestros días, por las alarmantes proporciones que ha tomado su difusión, y las va tomando señaladamente en España. De varias partes nos han escrito acerca de la conveniencia de escribir sobre este punto. Porque, preciso es confesarlo, pocos libros se encòntrarán escritos sobre esta materia que den una idea acabada de todos sus aspectos y que al mismo tiempo se hayan inspirado en sano, imparcial y católico criterio. Decimos bajo todos sus aspectos, porque hay que considerar en el espiritismo sus doctrinas, sus prácticas o experiencias y sus teorías y consecuencias. Ahora bien, hay algunos autores que exponen, sí, dichas doctrinas, pero parcialmente, siendo muy escasos en su refutación.

En la práctica y experiencias se extienden mucho los libros de los espiritistas y de muchos no católicos que han escrito sobre la materia; en esta parte son más parcos los autores católicos, y aun se pudiera decir que deficientes, salvo alguna rara excepción, respecto de las experiencias y fenómenos verificados en nuestros días; pero lo que principalmente se echa de menos en los autores católicos es el examen o investigación de la verdad o falsedad de los hechos referidos por los espiritistas y otros profesionales, contentándose generalmente con suponer en general o en lo esencial la buena fe de los relatores.

En orden a las teorías, sabido es el criterio de los espiritistas que atribuyen a los espíritus los fenómenos realizados en todas y cada una de sus sesiones; entre los demás, los criterios más generalizados son dos: el de los no católicos, que pretenden explicar, naturalmente, todos los fenómenos, y el de los católicos, que creen

que algunos fenómenos, por lo menos, no se pueden explicar sino recurriendo al poder y artimañas del demonio.

Pues bien, nosotros hemos procurado, desde luego, dilucidar con relativa extensión, exponiendo y refutando, las doctrinas del espiritismo. Nos hemos extendido bastante—así lo creemos—en la declaración de los fenómenos, aun los más recientes; y, sobre todo, nos hemos fijado en las teorías, teniendo presentes así las generales, esto es, las que de una manera más general o más vaga se refieren al espiritismo, como las especiales, que en particular tratan de cada uno de los grupos de fenómenos; y de éstas especiales, hemos tenido a la vista no sólo las características del espiritismo, sino también las que son afines a él o comunes con otra clase de experiencias, como, por ejemplo, con las del magnetismo e hipnotismo, si bien hemos prescindido por completo del magnetismo y del hipnotismo, si no es para decir dos palabras por vía de historia.

En cuanto a nuestro criterio, éste, como debe ser todo criterio científico, ha sido no salir de la explicación natural, si es posible darla naturalmente, y hacer todos los esfuerzos por hallarla según aquella máxima: *Non sunt multiplicanda entia sine necessitate.*

Se ve a veces que naturalmente se podría, o parece que se podría, explicar el fenómeno, por sorprendente que parezca; pero la dificultad suele consistir en dar dicha explicación, y más de una vez queda ésta más bien incoada que acabada.

Y bien, ¿se pueden explicar naturalmente todos los hechos reales y verdaderos (repetimos, que sean reales y verdaderos) de las sesiones del espiritismo? No nos atreveríamos a afirmarlo. Por el contrario, ¿hay alguno en concreto y determinado, pero que sea real y verdaderamente verificado en las sesiones del espiritismo, que sólo preternaturalmente se pueda explicar? Francamente, después de haber leído muchísimo sobre esta materia, y aun oído no poco, tampoco sabríamos señalar *con certeza* cuál puede ser ése. Negar y afirmar en general o en globo es muy fácil, pero, por lo mismo, de poco valor; lo difícil es afirmar o negar, cuando raya en lo extraordinario, tal o cual fenómeno en concreto y que haya sido comprobado con exactitud.

El criterio más corriente, según hemos dicho, entre los autores católicos es el de que hay o parece haber algunos fenómenos del espiritismo que no se pueden explicar naturalmente; pero hay que tener presente que entre los autores católicos que así piensan, no hay o no conocemos ninguno que haya tenido a la vista, uno por uno, todo el cúmulo de fraudes y engaños realizados en las sesio-

nes del espiritismo y que se han hecho manifiestos principalmente en nuestros días.

Nosotros hemos puesto especial empeño precisamente en poner de relieve los fraudes cometidos en particular en casi todas las sesiones o grupos de fenómenos, y teniendo esto presente, hemos procurado no aventurarnos a consignar positivamente como ciertos los fenómenos extraordinarios del espiritismo; claro está que también procuramos no incurrir en el extremo opuesto de negarlos redondamente todos. Con estas advertencias, esperamos que el libro podrá dar una idea, bastante aproximada al menos, de todos los aspectos del espiritismo moderno, y que podrá ser de alguna utilidad a los científicos, filósofos, apologistas y a cuantos se interesan por estas materias.

En cuanto a la literatura bibliográfica, además de los innumerables autores que, según la oportunidad, citamos en el decurso de la obra, mencionaremos aquí los más modernos, a los que naturalmente damos la preferencia, es decir, de estos veinticinco últimos años, y de ellos solamente los que o total o exclusiva o notablemente traten del espiritismo, no los que le dedican una u otra página y menos los que se contentan con alguna ligera mención. De los citados, los hay de criterio católico y acatólico. Para mejor orden comenzaremos por aquéllos, y primero por los que tratan única o casi exclusivamente, o muy principalmente, del espiritismo:

1. — 1893, Roma. G. Franco: *Lo spiritismo.*
2. — 1897, München. J. Dippel: *Der neuere Spiritismus*[2].
3. — 1898, Paris. Surbled: *Spiritualisme et spiritisme.*
4. — 1900, Paris. I. Bertrand: *La Religion spirite.*
5. — 1900, Paris. A. Jeanniard du Dot: *Où en est le spiritisme?*
6. — 1901, Paris. Surbled: *Spirites et Médiums.*
7. — 1902, Paris. A. Matignon: *L'évocation des morts.*
8. — 1904, Paris. Le docteur Surbled: *Le spiritisme devant la science.*
9. — 1906, Roma. G. Lapponi: *Ipnotismo e spiritismo.*
10. — 1908, Montpellier. J. Grasset: *L'occultisme d'hier et d'aujourd'hui.*
11. — 1908, Paris. M. Viollet: *Le spiritisme.*
12. — 1912, New York. E. A. Pace: *Spiritism (The Catholic Encyclopedia,* vol. XIV).
13. — Sin fecha (¿1914?), Valladolid. J. Antonelli (traducido del italiano por Cañas): *El espiritismo o los fenómenos mediánicos.*

De entre los escritores católicos que indirectamente o simultaneando con otras materias han tratado con bastante extensión del espiritismo, merecen ser citados:

14. — 1894, Barcelona. Dr. F. Sardá y Salvany: *Propaganda Católica*, t. II.
15. — 1895, Paris. J. de Bonniot: *Le miracle et ses contrefaçons*[5].
16. — 1897, Paris. L. Lescoeur: *La science et les faits surnaturels contemporains.*
17. — 1898, Valladolid. J. J. Urraburu: *Institutiones philosophicae;* vol. VI: *Psychol.*, pars secunda.
18. — 1901, Cuenca. F. González Herrero: *El hipnotismo.*
19. — 1903, Mainz. C. Gutberlet: *Der Kampf um die Seele*[2].
20. — 1906, Treveris. C. Villems: *Institutiones philosophicae*, vol. II.
21. — 1910, Barcelona. L. Boucard (traducido del francés por Villanueva G.): *El dogma católico ante la razón y la ciencia.*
22. — 1915, Barcelona. J. Mir: *El milagro*, vol. III [2].

23. — *Études*, París (revista mensual), passim.
24. — *La Civiltà Cattolica*, Roma (revista quincenal), passim.
25. — *Stimmen aus Maria-Laach*, Freiburg im Breisgau (revista mensual), passim.

1. — 1891 (y sigs.), Paris. *Annales des sciences psychiques.*
2. — 1896, Paris. P. Gibier: *Le spiritisme*[4].
3. — 1896, Paris. L. Figuier: *Le spiritisme.*
4. — 1898, Paris. E. Dupouy: *Sciences occultes et physiologie psychique.*
5. — 1900, Paris. G. Bois: *Le péril occultiste.*
6. — 1902, Paris. G. Encausse (Papus): *L'occultisme et le spiritualisme.*
7. — 1902, London. Podmore: *Modern spiritualism.*
8. — 1902, Paris. G. Delanne: *Recherches sur la médiumnité.*
9. — 1902, Paris. J. Bois: *Le monde invisible.*
10. — 1903, Marseille. J. Delaune: *Le monde invisible.*
11. — 1904, Paris. C. de Reichenbach (traducido del alemán por Lacoste): *Les phénomènes odiques.*
12. — 1904, Paris. L. Denis: *Le spiritisme et les médiumnités.*
13. — 1905, Leipzig. A. Nikolajewitsch Aksakow: *Animismus et Spiritismus (Versuch einer kritisch. Prüfung).*

14. — 1905 (y sigs.), París. *L'Echo du Merveilleux.*
15. — 1906, México. *Primer Congreso Nacional Espirita.*
16. — 1906, Paris. A. de Rochas: *L'extériorisation de la motricité.*
17. — 1907, Paris. J. Bois: *Le miracle moderne.*
18. — 1907, Paris. C. Flammarion: *Les forces naturelles inconnues.*
19. — 1908, Wiesbaden. N. Kotik: *Die Emanation der psychophysischen Energie.*
20. — 1908, Torino. E. Morselli: *Psicologia e spiritismo.*
21. — 1909, Paris. M. Remy: *Spirites et Illusionnistes.*
22. — 1910, Paris. H. Myers (traducido del inglés por Jankelewitch): *La personnalité humaine.*
23. — 1911, Madrid. J. Filiatre: *Ocultismo experimental* (segunda Parte del Hipnotismo...)
24. — 1911, Genève. Th. Flournoy: *Esprits et Médiums.*
25. — 1912, Paris. Sir Oliver Lodge (traducido del inglés por Burron): *La survivance humaine.*
26. — 1912, Paris. E. Boirac: *La psychologie inconnue*[2].
27. — 1912, Paris. I. Sylvan: *Le Monde des Sprits.*
28. — 1912, Paris. G. de Fontenay: *La Photographie et l'étude des phénomènes psychiques.*
29. — 1912, Paris. A. Bénezech: *Les phénomènes psychiques et la question de l'au-delà.*
30. — 1913, Milano. Calderone: *La Reincarnazione.*
31. — 1914, Paris. J. Maxwell: *Les phénomènes psychiques.*

Barcelona, fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, 1915.

PRIMERA PARTE

LIBRO PRIMERO

Historia y doctrinas del espiritismo

CAPÍTULO PRIMERO

Historia del espiritismo

En la historia del espiritismo conviene distinguir cuatro períodos: El primero abarca desde los tiempos más remotos de la antigüedad hasta el último tercio del siglo XVIII, en que aparecen los fenómenos del *mesmerismo*. El segundo data desde esta época hasta las experiencias realizadas en la primera mitad del siglo XIX por el célebre Allan Kardec. El tercero llega hasta la segunda mitad del mismo siglo, en que se hicieron famosas las dos célebres escuelas hipnóticas de Nancy y de la Salpêtrière, en París, y al mismo tiempo el doctor Fox por sus sesiones del espiritismo. El cuarto comprende el lapso de tiempo que corre hasta nuestros días. En el primero se presenta el espiritismo confundido, mezclado o barajado indistintamente con varias prácticas del ocultismo, ora se llamen adivinación o magia, ora quiromancia o encantamientos y sortilegios, ora nigromancia y teurgia.

En el segundo se significó más el nombre de magnetismo animal, o mesmerismo, por el carácter y significación que le dió el

médico alemán Mesmer. En el tercero el mesmerismo cedió, por decirlo así, su puesto al espiritismo propiamente dicho de Allan Kardec. En el cuarto resonó mucho el nombre del hipnotismo, pero no menos el del espiritismo: el de aquél por la fama de Braid y de Bernheim; el de éste por la celebridad de la familia Fox y de sus seguidores.

En efecto, una rápida hojeada retrospectiva bastará para convencerse de ello. Consta desde luego que el pueblo hebreo era muy dado a las prácticas del espiritismo, si por espiritismo se entiende, en sentido lato, una de tantas prácticas de adivinación. El Deuteronomio, el Levítico y otros libros del Antiguo Testamento (1) hacen numerosas alusiones a los adivinos. El profeta Oseas, al describir los excesos de idolatría del pueblo de Israel, dice en nombre de Dios: «Mi pueblo se entretuvo haciendo preguntas a un madero y el madero se las dió...» (2), siendo de notar que los comentadores Alápide, Reuss, Schegg, Scholz y otros entienden aquí por madero la vara divinatoria, usada por los gentiles para conocer las cosas ocultas y futuras.

Dejando de especificar otros casos, el más notable es el de Saúl (3).

La evocación del alma de Samuel a instancias de Saúl se parece a una sesión de espiritismo en nuestros días, con algunas diferencias de colorido. Dícese en el Libro Primero de los Reyes que hallándose Saúl en vísperas de dar una gran batalla a los filisteos, y ya enfrente del enemigo, deseó conocer el éxito de la lucha; pero he aquí que el profeta Samuel, que habría podido consultar al Dios vivo, había ya muerto y, por tanto, no habría podido Saúl ver cumplidos sus deseos. En estas angustias se determina, por fin, a

---

(1) Deuter., XVIII.—Levit., XX.—Exod., XXII.
(2) Oseas, IV, 12.
(3) I Reg., XXVIII, 7-25.

evocar el alma de Samuel, y saber de este modo cuáles serán sus futuros destinos. Dice, pues, a sus criados: «Buscadme una mujer que tenga pitón e iré a su casa a preguntar por medio de ella.» Respondiéronle sus criados: «En Endor hay una mujer que tiene pitón.» Inmediatamente se disfraza Saúl y, acompañado de dos cortesanos va a casa de la pitonisa, ya entrada la noche, y le dice: «Adivíname, en virtud de tu pitón, y evoca a quien yo te dijere.» La pitonisa, ignorando quién se ocultaba bajo aquellos vestidos, y sabiendo, por otra parte, que Saúl castigaba severamente a los magos y evocadores de espíritus, titubea por temor de ser delatada al rey y de que le quiten la vida; pero Saúl entonces le jura no le vendrá por ello mal alguno, y la mujer, con esta salvaguardia, le pregunta: «¿A quién quieres que te suscite?—Evócame a Samuel», replica el rey. La pitonisa evoca a Samuel, y Samuel aparece de pronto. Aterrorizada ante su espectro, lanza un grito desgarrador, reconoce en su huésped a Saúl y le dice: «¿Cómo me has mandado tú hacer esto siendo el rey?», y éste le responde: «No temas; dime: ¿qué has visto?» Dice la mujer: «He visto un Elôhim (esto es, un como dios) subir de la Tierra.—¿Cuál es su figura?—Es un anciano venerable envuelto en un manto.» Saúl reconoce al viejo profeta en la sombra aparecida, inclina su rostro hasta la tierra y le adora; acto seguido se le pregunta sobre el éxito de la batalla. Samuel le contesta que el Señor le ha reprobado, y «mañana, añade, tú y tus hijos seréis conmigo, esto es, moriréis». Al oir Saúl semejantes palabras, presa de un terror sobrehumano, cae en tierra privado de sentido. La pitonisa y los criados consiguen a duras penas que coma y restaure sus fuerzas. Parte aquella misma noche, y horas después cae bajo las armas de los filisteos.

En el Nuevo Testamento se refieren algunos casos de espiritismo, tomada esta voz en sentido lato. Los Apóstoles se encontraban a veces con magos y adivinos que tenían empeño en contrarrestar

con sus maravillas los milagros de los cristianos. Conocidos son los casos de Simón Mago (1) y de Barjesu en Salamina (2). San Pablo, cuando vivía en Tiatira, en casa de Lidia, encontró en más de una ocasión a una esclava que tenía espíritu de pitón (3). Los idólatras hechiceros servíanse de un bastón «encorvado y ligeramente retorcido en su parte superior» y también de otras formas de varas; y por el movimiento e inclinación que les daban, conforme lo dispuesto en el ritual divinatorio, deducían la realidad del porvenir o de las cosas ocultas que deseaban saber (4).

San Cirilo de Alejandría dice a este propósito: «Esta es otra manera de embuste, la rapdomancia, invención tal vez de la curiosidad caldaica. Así adivinaba Nabucodonosor, como sabemos del profeta Daniel. Ponían dos varas en pie, y después de encantarlas con voces misteriosas, para que se inclinasen a la operación del demonio (ταῖς τῶν δαιμονίων ἐνεργείαις), miraban con atención a qué mano caían, si a la diestra o a la siniestra, y por la inclinación deducían lo que intentaban averiguar» (5). Más tarde tendremos ocasión de exponer las experiencias de la vara divinatoria.

Más aún que los hebreos, se entregaron a la adivinación los caldeos, que acudían principalmente a la evocación de los muertos; sus nigromantes conjuraban, hendían la tierra y se aparecía, al decir de ellos, el alma evocada. Pero señaladamente entre los sacerdotes caldeos, que fundaron o fomentaron las ciencias matemáticas y astrológicas, estuvieron ya en uso los procedimientos principales para investigar el porvenir, que después practicaron los griegos y los romanos. Cuatro son los métodos fundamentales que Diodoro de

---

(1) Act., VIII, 9.
(2) Ibíd., XIII, 6.
(3) L. c., XVI, 16.
(4) Cicero: *De divinat.*, lib. I.
(5) In Os., IV, 12, § XLIV.

Sicilia menciona: la *ornitoscopia*, o arte de los augures y arúspices, que estudian el vuelo de las aves; la *aruspicina*, que funda sus vaticinios en las vísceras de las víctimas sacrificadas a los dioses; la *oniromancia*, o interpretación de los sueños, y la *terastocopia*, o estudio de los prodigios y de las monstruosidades (1). Mas donde la adivinación llegó a su apogeo, por decirlo así, fué en Grecia.

En Grecia se presenta la adivinación formando casi una verdadera ciencia, si no por sus principios, por la clasificación completa de hechos y por la elaboración de procedimientos.

Los sistemas usados pueden dividirse en dos grandes grupos: los inductivos y los intuitivos. Los primeros emplearon los signos exteriores; los segundos se fundaban en la inspiración interna. En Grecia se llamaron respectivamente adivinación artificial y adivinación espontánea o natural.

Esta es la clasificación más usada; hay, sin embargo, otras, como la de Suidas, que distingue cinco grupos, o sea: la presciencia sobrenatural; la presciencia diabólica, que procede de los genios maléficos; la presciencia física, que acude a los instintos de los animales; la previsión artificial, que corresponde a la inducción científica, y la previsión vulgar, basada en el sentido común. Los métodos de adivinación inductiva fueron innumerables; los de adivinación intuitiva, pocos (2).

En la antigua Roma la adivinación ofrece un aspecto diverso: los dioses romanos no contestan a los mortales si previamente no se cumplen determinados ritos complicados que sólo se aprendían

---

(1) Véase Josepho: *De praeparat. evang.*, lib. X.

(2) Véase Bouché Leclercq: *Histoire de la divination dans l'antiquité*, 1879.— A. de Rochas: *La science des philosophes dans l'antiquité*, 1882. — E. Gilbert: *Magiciens et sorciers*, 1895. — Herodoto: *Historia*, V. — Plutarco: *Vita Ciceron.*

en las escuelas sacerdotales, y presenta dos direcciones: la etrusca y la latina. Los etruscos valiéronse solamente de los métodos inductivos y de la oniromancia. Los latinos de la Italia central emplearon tres métodos: la revelación directa o vaticinio, la interpretación de los presagios fortuitos y la consulta a los presagios previamente convenidos.

Los romanos evocaban también a los espíritus. Virgilio nos dice que Eneas bajó al infierno a consultar la sombra de Anquises (1). Cicerón refiere que un amigo suyo llamado Apio consultaba a menudo a los muertos (2). Plinio cuenta que Tiberio mandó dar muerte a Libón Druso por haberle interrumpido mientras se ocupaba en evocar los espíritus (3). Suetonio escribe que Augusto mandó arrojar a las llamas más de dos mil libros que trataban de encantamientos (4).

En el siglo IV, después de Jesucristo, los romanos usaban ya las mesas giratorias, con ligeras diferencias, tal como se usan en nuestros días. Los cabecillas de una conspiración contra el emperador Valente interrogaron, en el siglo IV, a las tablas mágicas con un procedimiento parecido al de los espiritistas modernos.

Amiano Marcelino nos refiere la historia de unos hechiceros que se propusieron adivinar quién sería el emperador que había de suceder a Valente. Nos dice que, cogidos en la superstición y forzados por el tribunal a declarar lo hecho, confesaron su arte en estos términos: «Magníficos jueces: tomando por modelo la trípode de Delfos, quisimos fabricar, mediante fatales auspicios de varas de laurel, esta mesita infausta que veis aquí delante, y consagrándola con imprecaciones de secretos cantares, según los ri-

---

(1) *Æneida*, VI.
(2) *Tuscul.*, I, 16.
(3) *Hist. nat.*, XXX, 6.
(4) *Vita Aug.*, XXXI.

tos, y añadiendo muchos y repetidos ensayos, al fin logramos moverla, porque la intención era que se moviese cada vez que se hicieran preguntas de cosas arcanas.

»Colocábamos la mesa en medio del salón, purificado con aromas de Arabia; encima de ella poníamos un plato labrado de varios metales, en cuyo borde estaban impresas las veinticuatro letras del alfabeto, separadas entre sí por espacios bien medidos. En esta mesa restriba un sujeto vestido de lienzo, calzado también de lienzo, con zuecos de lienzo, rodeada la cabeza con una cinta, llevando en la mano verbenas del árbol dichoso; mas antes que se siente, se hacen los obsequios con versos al Numen, autor de los conocimientos ocultos, con ciencia ceremonial. El sujeto hace que oscile una sortija pendiente de un calderillo, cosida con hilo delgadísimo de la hierba carpato y consagrada con místicas ceremonias, y que caiga saltando en las letras separadas por intervalos; entretanto, la persona hace versos que consuenen con las preguntas y tengan la medida justa, como los de los píticos o los de los oráculos de los Bránquidas. Entonces, al preguntar nosotros quién sucederá al actual emperador, porque se decía que sería fino y cabal por todo extremo, saltó la sortija y cogió las dos sílabas Θ E O, con adición de la tercera Δ. En esto, uno de los presentes exclamó que Teodoro era el personaje que salía allí expresado. No hicimos más averiguaciones en el caso, porque harto sabían todos que éste era el que se pedía» (1).

Dícese que Patricio e Hilario fueron condenados por haber preguntado a una de estas mesas el nombre del sucesor del emperador Valente. Confesaron ante el juez que se habían valido de una mesa que en su margen y alrededor llevaba escritas las letras del alfabeto y en cuyo centro pendía un anillo suspendido de un hilo.

---

(1) *Rerum gestarum*, lib. XXIX, cap. I.

Después de los acostumbrados conjuros, el anillo se puso en movimiento y paró sucesivamente sobre las letras T, h, e; a juzgar por la palabra resultante The, creyeron que el sucesor por quien preguntaron sería Teodoro (Theodorus) y dieron por terminada la sesión. Mas Teodoro fué asesinado y el sucesor de Valente fué el español Teodosio (Theodosius).

La filosofía alejandrina, con la cual Juliano el Apóstata pretendió substituir al cristianismo, admitía como dogma fundamental la evocación de los espíritus. Plotino, Jámblico, Proclo y Porfirio refieren en sus obras varios casos de espiritismo. Pasamos por alto las prácticas de adivinación y de nigromancia usadas en la China y en el Egipto.

La mayor parte de las prácticas antiguas fueron adoptadas en la Edad Media, así en Oriente como en Occidente, e iban casi siempre acompañadas de ritos mágicos. Sabido es que la voz *magia* en su primitiva significación se empleaba para expresar el conocimiento de cosas ocultas al vulgo; y así se llamaba *mago* al que poseía el secreto de cosas naturales o divinas. Entre los presagios fortuitos se dió por aquel entonces gran importancia a las primeras personas que se encontraban u objetos que se leían al salir de casa por la mañana.

Estaba en uso la ornitoscopia. Según el anónimo de Sahagún, citado por varios autores, Don Alfonso *el Batallador* consultó muchas veces el vuelo de las aves; célebres son también las consultas de Don Pedro *el Cruel* a un agorero judío, poco antes de ser muerto en Montiel por su hermano Don Enrique. De don Alvaro de Luna dicen que era muy dado a los horóscopos; y ¿a quién se le oculta la fama de mago y adivino de que gozó en Europa, durante la Edad Media, el célebre filósofo Arnaldo de Vilanova?

En la Edad Media se acudía también a evocaciones de espíritus; aparecíanse, según dicen, con frecuencia, brujas y duendes,

y había evocaciones de espíritus: creencias, en parte, originadas por la influencia del gnosticismo.

En la época del Renacimiento abundan los sortilegios y encantamientos, no sólo entre el vulgo, sino también entre los doctos, si hemos de dar crédito a las estrofas de Tasso y de Ariosto.

Los misioneros de fines del siglo XVIII están contestes en afirmar la existencia de semejantes prácticas, en una u otra forma, entre los salvajes. Dicen que los neozelandeses, por ejemplo, con el auxilio de un medium suelen ponerse en comunicación con los muertos y producen efectos sorprendentes. Entre los llamados pieles rojas, los misioneros han tenido ocasión de asistir a verdaderas sesiones de espiritismo, en las cuales, sin intervención, al parecer, de causa alguna visible, hacían cambiar de lugar objetos y personas (1).

Y es cosa sorprendente que, a pesar del curso de los siglos y a pesar del adelanto de la civilización y del escepticismo reinantes en el siglo XVIII, no llegaran a desaparecer la adivinación y las prácticas fundadas en la quiromancia, la cartomancia y la interpretación de los sueños. Y al llegar aquí nos encontramos ya con una nueva fase; el espiritismo, como adivinación, aparece revestido con una nueva decoración: estamos ya en presencia del magnetismo animal.

* * *

El período del magnetismo animal data desde las experiencias del médico y astrólogo alemán Mesmer, quien hacia el año de 1776 se propuso defender, en su tesis del doctorado, en Viena, «la in-

---

(1) VERDUN: *Le diable dans les missions*, citado por ANTONELLI: *Fenómenos mediánicos*, pág. 6.

fluencia de los planetas sobre el cuerpo humano». Moviéronle a ello las experiencias del P. Hell, jesuíta, profesor de Astronomía, que curaba las enfermedades por medio del imán o hierros imantados. El P. Hell comunicó su invención y resultados a Mesmer, que era amigo y colega de profesión.

«Los amigos entusiastas de Mesmer no admiten esta explicación, porque disminuye en algo la gloria de su ídolo, pero no por eso es menos conforme a la verdad» (1). El hecho es que ambos disputaron públicamente sobre quién había dado primero con el secreto. «El P. Hell quedó vencedor, dice Feller (2); mas el intrépido Mesmer, para hacerse invulnerable, prometió curar, por sólo el magnetismo animal, que es privativo de los cuerpos animados.» Lo mismo refiere el P. Backer (3).

Ello es que Mesmer estableció una casa de salud, en la cual magnetizaba y electrizaba; pero viendo que su obra no era acogida con calor y confianza por el público, se trasladó, en 1778, a París (4). Allí, «en medio de una gran sala, dice Bersot, puso una caja o tambor circular de madera de encina, elevada un pie o pie y medio, a la que dió el nombre de cubeta. Dicha cubeta contiene simplemente agua y en ella diversos objetos, tales como vidrio molido, limaduras, etc., o también esos mismos objetos en seco, sin que nada se halle electrizado o imantado. La cubierta tiene cierto número de agujeros, por los que salen trozos de hierro encorvados y movibles. En un extremo de la sala hay un piano en el que se tocan diversos trozos de música, sobre todo al final de las sesiones; y algunas veces se agrega el canto. Las puertas y ventanas de la sala están cerradas y las cortinas sólo dejan penetrar una

---

(1) Lecanu: *Diction. des Miracl.*: «Magnétisme».
(2) *Biograph. Univ.*: «Mesmer».
(3) *Escrit. de la C. de J.*, II: «Hell».
(4) *Revue des Deux Mondes*, 15 novembre 1861.

luz suave y débil. Los enfermos forman en silencio alrededor de esa cubeta, teniendo asido cada uno de ellos un trozo de hierro, el cual puede ser aplicado sobre la parte enferma. Una cuerda anudada en torno de su cuerpo les une unos a otros. A veces se forma una segunda cadena, comunicándose entre sí por las manos, es decir, aplicando el pulgar entre el pulgar y el índice de su vecino... Los enfermos son magnetizados a la vez, por los trozos de hierro, por la cuerda, por la unión de los pulgares y por el sonido del piano o de la voz que canta. El magnetizador, además, fijando los ojos sobre ellos, pasea ante el cuerpo o sobre el cuerpo de los enfermos su varilla o su mano...

»Sucédense entonces escenas extrañas de convulsiones, de sopor, de lágrimas, de risas. Todos se hallan sometidos al que magnetiza... El dueño de esa multitud era aquí Mesmer, vestido con un traje de seda lila o de cualquier otro color agradable, paseando su varilla con una autoridad soberana; más allá, el amo era Deslon, con sus ayudantes... Las salas en que se realizaban esas escenas habían recibido en el mundo el nombre de *infierno de convulsiones*» (1).

«Los efectos de unos u otros procedimientos ni eran uniformes ni siquiera apreciables en todos los sujetos. Bostezos, pandiculaciones, hipo, sollozos, llanto con abundantes lágrimas, hormigueos, atracción hacia el magnetizador, al decir de algunos; sensación de efluvios interiores, repartiéndose por todo el ser, al decir de otros; y, por último, en un cierto número: sobre todo cuando se oían los acordes de la música, la perturbación nerviosa llegaba hasta el desmayo y aun hasta las convulsiones; grado éste al que Mesmer llamaba crisis, ordinariamente favorable, según él, y que

(1) Ernest Bersot: *Mesmer*, pág. 119. — Grasset: *L'occultisme*, première partie, II; 1908.

modificaba la enfermedad, llevándola a feliz término. Tales eran los fenómenos de la magnetización que se presentaban en grado diverso según la susceptibilidad de los sujetos. Los refractarios, dicho se está que nada sentían aunque se sometieran a la gran corriente de la famosa cubeta» (1).

El marqués de Puységur, discípulo de Mesmer, descubrió nuevos hechos y muy curiosos, principalmente el sonambulismo artificial. Vió, según dice, el 8 de marzo de 1784, «dormirse tranquilamente a un hombre a quien había magnetizado: soñaba y hablaba en alta voz de sus negocios». Constituía esto el primer ejemplo de *sonambulismo provocado*. Durante el sueño el sujeto ve, si el magnetizador *quiere*. Magnetiza él un árbol y por el intermedio de ese árbol obra sobre un gran número de sujetos.

«Los enfermos, escribe, afluyen en torno de mi árbol; había esta mañana más de ciento treinta. Es una procesión perpetua en el país; yo paso allí dos horas todas las mañanas: mi árbol es la mejor cubeta posible; no hay una hoja que no comunique la salud.» Para despertar al sujeto tocábale en los ojos o le enviaba a abrazar al árbol, que un momento antes le hizo dormir y que a la sazón le desencanta (2).

En 1787, estudia Petetin, médico de Lyon, diversos estados de catalepsia producidos por el magnetismo (3). El abate de Faria hace dormir sin emplear pases ni gestos y con sólo decir: «dormid», con voz enérgica y en tono imperativo (4). «De él, dice Dechambre, data la vulgarización de esa facultad agradable y eminentemente útil, que poseen los magnetizadores, de dar a un brebaje

---

(1) Abd. Sánchez Herrero: *El hipnotismo y la sugestión*, pág. 19; 1891.

(2) *Mémoires pour... l'etablissement du magnétisme animal*, pág. 25.

(3) Delcuze: *Hist. critique du magnétisme*, II, sec. IV, cap. I.

(4) De Faria: *De la cause du sommeil lucide*, 1819, t. I (el único publicado), pág. 41.

cualquiera el sabor que les agrade, de trocar el agua en leche y el vino malo en excelente champagne (!)» (1).

«El 12 de marzo de 1784 nombró el rey una comisión compuesta de miembros de la Facultad y de la Academia de Ciencias para examinar el mesmerismo. En su informe (de Baily) condena esta comisión la teoría del flúido animal, y concluye diciendo que todo en esas experiencias se reduce a tres factores: imaginación, contacto, imitación» (2). Las experiencias de Dupotet, Foissac y de otros nos conducen al informe presentado en 21 y 28 de junio de 1831 por Husson a la Academia de Medicina en nombre de una comisión: también esta vez recayó la condenación del mesmerismo; los sabios proclamaron la inexactitud de esos fenómenos «mal observados, prematuros o ridículos. Tal fué la obra de la segunda comisión nombrada por la Academia de Medicina». Vino después el informe de Dubois, de Amiens (12 y 17 de agosto de 1837), y el concurso que concedía un premio de tres mil francos «a la persona que tuviera la facultad de leer sin ayuda de los ojos ni de la luz»; concurso respecto del cual ninguno de los candidatos llenó las condiciones del programa; razón por la que, a propuesta de Double, decidió la Academia que, a partir de ese día (1.º de octubre de 1840), no respondería ya a las comunicaciones concernientes al magnetismo animal (3).

* * *

Pero al espiritismo propiamente dicho dióle fama Allan Kardec, cuyo verdadero nombre es Hipólito León Benizardo Révail.

---

(1) *Revue de l'Hypnotisme*, 1906, págs. 116 y sigs.

(2) Véase GRASSET: *L'occultisme d'hier*, 1908, Prem. part., núm. 3.

(3) PIERRE JANET: *L'automatisme psychol.*, 1894, pág. 377.—J. BOIS: *Le monde invisible*, 1902, pág. 310.

Nació en Lyon, de familia católica, el 14 de octubre de 1804. Hizo sus estudios en Suiza, en la escuela protestante de Pestalozzi, y publicó muchas obras. Acarició el ideal de la unificación de las creencias religiosas, pareciéndole el espiritismo el medio más adecuado para conseguir este fin. En casa de la señora Plainemaison conoció a la familia Baudin, que le invitó a asistir a las sesiones que venían celebrándose en su domicilio cada semana; Allan Kardec aceptó. De este modo entró en relaciones con los espíritus. Desde entonces comenzó a tener revelaciones en número considerable.

«Una noche, escribe, que me hallaba en mi despacho trabajando, se dejaron oir pequeños y repetidos golpes en el tabique que me separaba de la habitación contigua. Al principio no hice caso; mas como persistieran después con mayor fuerza, acabé al fin por levantarme y me puse a examinar con detención ambos lados del tabique; miré por si podían provenir del otro piso, pero con nada di. Lo raro del caso era que, mientras yo hacía mis indagaciones, cesaba el ruido, que tornaba de nuevo a oirse cuando me sentaba a trabajar. A eso de las once entró mi mujer y vino a mi despacho, y, como oyera aquellos golpes, me preguntó qué pasaba. — No sé decirte, le dije: hace ya una hora que los vengo oyendo. — Hicimos juntos nuevas averiguaciones, pero sin resultado alguno. El ruido continuó hasta media noche, hora en que nos retiramos a descansar.» Al otro día Allan Kardec tuvo una revelación en que se le decía que los golpes oídos la noche anterior los había dado su espíritu familiar, porque no era de su agrado lo que a la sazón escribía. Rogado el espíritu que dijese quién era, respondió: «Para ti yo me llamaré *la Verdad,* y cada mes aquí (en casa de Baudin), por espacio de un cuarto de hora, me tendrás a tu disposición.» Así se familiarizó Kardec con los espíritus. Añade que, satisfechos los espíritus de él por su obra de celo, hubieron de

manifestárselo: «Has comprendido bien el fin de tu trabajo; el plan está bien concebido: estamos contentos de ti...» (1).

Flammarion refiere algunas sesiones en casa de Allan Kardec. Reuníanse todos los días, por la tarde, en el salón de la sociedad parisiense de los estudios espiritistas, en el pasaje de Santa Ana, el cual se hallaba colocado bajo la protección de San Luis. El presidente abría la sesión con una evocación a los buenos espíritus... Después de esta invocación se ordenaba a cierto y determinado número de personas sentadas en torno de la mesa que se abandonasen a la inspiración y escribiesen... No se realizaba ninguna experiencia física de mesa giratoria o parlante: el presidente Allan Kardec declaraba no conceder a eso ningún valor (2).

* * *

Casi a mediados del siglo XIX el magnetismo fué bautizado con el nombre de hipnotismo. Allá por los años de 1841 y 1842 presenciaba J. Braid las habilidades de un magnetizador suizo, con ánimo de sorprender sus embelecos, cuando vínole al pensamiento el modo de producir el sueño artificial con hacer que el magnetizado fijase la vista en el cuello de una botella de vino puesta a una altura tal que causase fatiga a los ojos el tenerlos fijamente clavados. A los tres minutos cayéronsele los párpados al paciente, y quedó sepultado en un profundo sueño. A esta experiencia siguiéronse otras, con que demostró Braid cuán fácil era quedarse un hombre dormido fijando la mirada en una cosa brillante y la atención en un solo pensamiento.

Antes de dos años, en 1843, publicaba el ya célebre Braid, cirujano de Manchester, su obra de Neuripnología, y en ella da al

---

(1) ALLAN KARDEC: *Livre des esprits, des médiums*, 1857, pág. 326.

(2) C. FLAMMARION: *Les forces naturelles inconnues*, 1904, pág. 44.

tratado del sueño nervioso provocado el nombre de hipnotismo. En 1846 observó él mismo la eficacia de la sugestión hablada o gesticulada en el estado de vigilia.

Dos años más tarde, en 1848, observó el doctor Grimes que la sugestión tiene poder para modificar las sensaciones y aun las funciones del organismo.

En 1850, Darling trató de explicar el influjo de la electricidad en las funciones vitales y de aplicarlo a la curación de las enfermedades. Un año después, el doctor Durand de Gros se propuso explicar, naturalmente, los estados y efectos del hipnotismo, pero los resultados fueron escasos. En 1866, el doctor Liébeault intentó hacer uso de la sugestión en la terapéutica. Fueron muchos por aquella época los trabajos publicados sobre el hipnotismo, entre los cuales merecen singular mención los del ya citado Liébeault, los de Bernheim y Liégeois, fundadores de la célebre escuela de Nancy, así como también son famosas las experiencias hechas en 1878 por Charcot, médico del Hospital de la Salpêtrière, en París, fundador de la escuela de este nombre. De entonces acá se han multiplicado las experiencias y forman una nube los nombres de los hipnólogos (1).

* * *

La historia del espiritismo moderno data de 1846. Una noche un tal Miguel Weckmann, en la ciudad de Hydesville, Estado de Nueva York, oyó dar golpes a su puerta, la abrió y no vió nada. Vuelven a llamar, abre de nuevo y tampoco ve a nadie; como estas escenas misteriosas se renovaran, molestado al fin abandonó la casa, reemplazóle en ella el doctor John Fox y su familia, com-

---

(1) Richet: *Études cliniq. de La Grande Hystérie*, pág. 507. — *Diction. de Médicine:* «Hypnotisme». — *Académie des Sciences*, 13 février 1882. — Bernheim: *De la sugestión*, pág. 29.

puesta de su mujer e hijas; dos de las cuales, a saber, Margarita, de quince años, y Catalina, de doce, desempeñan aquí un papel importante. La familia, aunque protestante, era honrada e incapaz, a juicio de cuantos la trataban, de decir una cosa por otra.

Pues bien, cuando la familia se hallaba reunida en casa, oíase a menudo dar golpes en las paredes y en el pavimento; con frecuencia se encontraban en las habitaciones, por otra parte cerradas, los muebles fuera de su sitio y veíanse oscilar y moverse sillas y mesas. Naturalmente, al principio creyeron que se trataba de una broma de los vecinos, hasta que se persuadieron de que la causa debía de ser muy distinta; tanto más que las dos hermanas, y singularmente Catalina, sentía a menudo en la cara el tacto de algo así como el roce de una mano helada. No es para descrita la sorpresa que ocasionaría tan inesperada sensación.

Como se reprodujesen en la casa ruidos misteriosos, las dos hijas atribuíanlos, naturalmente, al alma de un individuo muerto en la casa; entablan, pues, una conversación con el misterioso personaje, para lo cual Margarita se encarga de golpear muchas veces con sus manos, invitando al autor del ruido a responder, como, en efecto, la respondía. También la madre entabló la siguiente conversación: «Si eres un espíritu da dos golpes.» Oyense dos golpes. «¿Has muerto de muerte violenta?» Dos golpes. «¿En esta casa?» Dos golpes. «¿Vive el asesino?» Dos golpes.

Conviniendo con el espíritu en que se recitara un alfabeto y que él golpeara para designar la letra deseada, vínose en conocimiento de que el interlocutor se llamaba Carlos Rayn; que había sido enterrado en la misma casa por el asesino; que su mujer había muerto dos años antes y que había dejado cinco hijos, vivos aún todos.

Poco a poco se convino con él en el empleo de ciertas abreviaturas para poder conversar más de prisa. Una noche, mientras

Catalina hablaba con su madre de los misteriosos fenómenos y se reía de ellos, hizo castañetear los dedos pulgar y meñique, cuando he aquí que acto seguido se dejaron oir otros tantos pequeños golpes secos, parecidos a los anteriores, como si fueran producidos por dedos invisibles. Sorprendida Catalina, pero picada al propio tiempo de curiosidad, volvió a hacer deslizar el pulgar sobre el meñique, esta vez suavemente para no producir castañeteo alguno; de nada sirvió adoptar tal medida, porque apenas había acabado, se oyeron los golpes de antes, sin que se viera de dónde procedían. En vista de esto, la señora de Fox, suplicó al autor de los golpes que los repitiera hasta diez, siendo puntualmente obedecida; luego le preguntó: «¿Eres por ventura un hombre?» y no obtuvo respuesta. «Entonces, insistió ella, ¿serás un espíritu?» y la contestación fué afirmativa por un número considerable de golpes rápidos.

La familia de Fox invitó a sus vecinos a pasar algunas noches en semejantes experiencias. Las respuestas no se hacían esperar, sobre todo cuando asistía alguna de las hijas. Bajo la presión de las manos colocadas en torno de la mesa, con orden, no se contenta ya ésta con girar y danzar, sino que hasta emite los diversos redobles del tambor, la guerra con fuego de línea o pelotón, la artillería, el chirriar de la sierra, los martillazos, el ritmo de diferentes aires, etc.

Dicen que el autor misterioso o invisible comenzó a tocar el piano y toda clase de instrumentos, y hacía girar por los aires y trasladaba de un lugar a otro los muebles de la casa.

Por aquel entonces dióse a conocer, por vez primera, el fenómeno, después tan universal, de la rotación de las mesas.

Era el año de 1849, cuando la señora de Fox con sus hijas y otras personas departían amigablemente, sentadas en derredor de una mesa, con las manos apoyadas sobre ésta por casualidad,

cuando de buenas a primeras la mesa se agita y eleva en el aire a una altura de seis pies. A una de las personas presentes se le ocurre decir: «Dígnese el espíritu poner de nuevo la mesa en su sitio», e inmediatamente la mesa vuelve a ocupar su lugar.

Es más: por medio de golpes convencionales respondía la mesa sí o no. Adhirióse después un lapicero al pie de una mesita ligera y escribía.

En febrero de 1850 comprobáronse auténticamente los movimientos de las mesas; la aparición de manos sin brazos que golpeaban a los asistentes; la visión de un flúido grisáceo y toda clase de ruidos, de agitaciones y de fosforescencias en el lugar destinado a las sesiones.

La familia de Fox se trasladó entonces a la ciudad de Nueva York, donde se repitieron las experiencias y se discutió mucho el caso. El juez Edwards, que asistía a las experiencias, quedó sorprendido del conocimiento que de sus más íntimos pensamientos tenían los espíritus a quienes interrogaba (1).

En Inglaterra se dió a conocer el espiritismo ya desde 1853. Se extendió en 1860 con los trabajos de Daniel Hume (Home), y sucesivamente con los de Davenport y Cook. En 1863 a este propósito aparece el nombre del profesor de matemáticas en Londres, Augusto de Morgan, y en 1871 el del famoso inventor del radiómetro, William Crookes, y después otros y otros.

De América pasó la cosa a Alemania, por una carta de un habitante de Nueva York a uno de Brema, en la que le indicaba los procedimientos que pudieran emplearse.

En Baviera, en 1854, los espiritistas declararon a los circuns-

---

(1) Véase *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, vol. XI, págs. 184 y siguientes, 1864. — Antonelli: l. c., pág. 10. — *Controverse*, janvier, février 1885. — Véase Emma Hardinge: *History of modern amerikan spiritualism*, Nueva York, 1870, citada por muchos autores.

tantes que en adelante darían las respuestas por medio de una joven de veinticinco años, llamada María, y que estaba presente. En efecto, cuando la hacían alguna pregunta, al momento la comunicaban los espíritus la respuesta, que daba por escrito y con suma velocidad, movida, al parecer, por una causa invisible. A este hecho se atribuye el origen de la llamada psicografía (1).

En 1869 se fundó la *Bibliothek des Spiritualismus für Deutschland* y *Spirite Studien*.

En 1874, publicó en Leipzig, la baronesa de Bay, un libro acerca del espiritismo, titulado *Studien über die Geisterwelt*.

Slade, que había sido condenado como embaucador por los Tribunales de Londres, se presentó en Berlín en 1877, y como el célebre Helmoltz se negara a asistir a sus sesiones, trasladóse Slade a Leipzig. Ulrici, admirador de Slade, cita en apoyo de dichas experiencias al célebre psicólogo experimental Wundt como asistente a las sesiones espiritistas; pero éste le contestó en un folleto diciendo que los hechos citados ni siquiera eran dignos de examen científico (2).

Por esta época (1875) hizo muchas experiencias el profesor de Física en Leipzig, F. Zöllner.

En Rusia lo dieron a conocer principalmente las revistas *Psychische Studien* y *Gesellschaft für Physik* (1875), y se hicieron célebres los nombres de Aksakow y de Butlerow.

En Francia se anunciaron los fenómenos del espiritismo por un folleto de Guillard. Las experiencias comenzaron en Burges y París (3). En Austria, Hungría, Italia, Suiza y Holanda se fueron extendiendo poco a poco.

---

(1) Perrone: *De virt. relig.*, pág. 274.

(2) Ulrici: *Der sogenante Spiritismus; eine Wissenschaftliche Frage*, Halle, 1879.—Wundt: *Der Spiritismus*, pág. 3; Leipzig, 1879.

(3) Grasset: *L'occultisme d'hier*, chap. I; 1908.

De Francia pasaron a España y ya hacia el año 1862 se comenzó a hablar en Madrid de los fenómenos del espiritismo. «Conocidos son, dice un escritor, los círculos en donde principiaron estas evocaciones. Uno de ellos, frecuentado por artistas y estudiantes, estaba en la Puerta del Sol; otro, más aristocrático y burocrático, en la calle de Preciados, y a él concurrían diputados y senadores de ideas muy avanzadas en política. En el primero prevalecía la escuela krausista; en el segundo, la economista... Fué muy célebre entre la gente de buen humor en Madrid, la evocación de la Vicenta Sobrino, ajusticiada por haber asesinado, fría y bárbaramente, a su ama, doña Vicenta Culza. Evocada aquélla pocos días después de su ejecución, en medio de una reunión numerosa, dió respuestas tan sumamente estrambóticas que provocaron gran hilaridad en la concurrencia. No sabía aún, al cabo de tres días de ajusticiada, si iría al cielo, pues se hallaba algo aturdida de resultas de un fuerte dolor que sentía hacía el cogote por efecto de la estrangulación... El espiritismo estuvo muy de moda el año de 1868, antes de la Revolución, y durante el 1869. En Cádiz, Zaragoza, Sevilla, Burgos, Palencia y Barcelona había círculos espiritistas...» (1).

En nuestros días se han multiplicado considerablemente las prácticas espiritistas. En el libro de J. Bois (2) se cuentan muchas maravillas realizadas en estos últimos tiempos, desde los magos modernos, como el Sar-Peladan-Merodack y los teósofos, hasta los luciferianos, representados irónicamente por León Taxil, Bataille y Diana Vaughan; desde los hechiceros hasta los adivinos y los quirománticos, como Mme. de Thèbes, la papisa del Tarot, la Vidente de la calle de las Halles y el zuavo Jacob, «que profesaba la teurgia»; desde Mme. de Girardin, que pasó los últimos años de

(1) Vic. de la Fuente: *Historia de las sociedades secretas*, cap. II, página 252; 1881.

(2) *Le monde invisible*, 1902.

su vida evocando los espíritus de Mme. de Sevigné, de Safo, de Molière, de Shakespeare y de Víctor Hugo, haciendo hablar a las mesas, hasta Victoriano Sardou y la célebre música Augusta Holmes, que recibía mensajes de ultratumba.

Y así como antes tenían los adivinos templos y libros santos, así tienen hoy los espiritistas sus diarios, sus revistas, sus sociedades y sus congresos. Sólo que ahora, para cubrir las prácticas espiritísticas con el manto de la ciencia tratan de cambiar el nombre de espiritismo por el de *ciencias psíquicas* (1).

Entre los nombres más célebres del espiritismo actual figuran los de W. Crookes, Aksakoff, Gibier, Maxwell, Myers, Ochorovicz, Richet, de Rochas, Zoellner, Morselli, Wallace, Lodge, Flammarion y otros. En 1891, Dariex, queriendo establecer en Francia la obra de la «Sociedad de las Investigaciones Psíquicas» fundada en Londres, creó los *Annales des Sciences Psychiques* (2). En el prólogo del primer número de esta publicación decía C. Richet: «Trátase de hacer pasar ciertos fenómenos incognoscibles, misteriosos, al cuadro de las ciencias positivas» (3).

En 1893, escribe el doctor Grasset, acepté yo el presidir en la Facultad de Montpellier una sesión sobre *Los fenómenos psíquicos ocultos*. Tal vez había algún atrevimiento en patrocinar, de esta suerte, un *Ensayo de oficialización de lo maravilloso* (4). En América ha tenido siempre el espiritismo muchos adeptos; y en España es increíble el incremento que en nuestros días ha tomado, señaladamente en algunas capitales, como Madrid, Valencia, Barcelona y Sevilla.

---

(1) GRASSET: *L'occultisme d'hier...*, 1.ère partie, n. 5.
(2) *Annales des Sciences Psychiques*, 1906, pág. 721.
(3) *L'Echo du Merveilleux*, 1906, pág. 460.
(4) L. c.

CAPÍTULO II

Síntesis de la doctrina espiritista

El espiritismo es un conjunto de doctrinas y de prácticas. La doctrina está tomada en parte del espiritualismo cristiano en lo referente a Dios, a los espíritus, al alma y a la vida futura; sólo que se halla profundamente adulterada y en muchos puntos en abierta contradicción con la doctrina cristiana. La nota característica de las prácticas consiste en las comunicaciones con los espíritus mediante ciertos procedimientos, que luego se especificarán.

El espiritismo puede tomarse en sentido amplio y estricto. En el primero conviene con varios géneros de adivinación y con algunas prácticas de magnetismo e hipnotismo; en el segundo se distingue de ellos así por razón de la doctrina como por ciertos procedimientos peculiares. En efecto, ninguno de aquéllos posee un sistema teológico y filosófico de doctrinas como el que presenta el espiritismo; y si algunas experiencias son comunes al espiritismo, al magnetismo y al hipnotismo, por ser también a veces unos mismos los que se dan indistintamente a todas estas prácticas, mas en algunos fenómenos, en el modo de realizar las experiencias y celebrar las sesiones, el espiritismo presenta algunos caracteres privativos.

Prescindiremos, pues, de lo concerniente al magnetismo y al hipnotismo y mucho más de algunas prácticas supersticiosas, antiguas, como de hechiceros y brujos, que carecen de todo carácter científico. Comencemos por la doctrina.

Está contenida, principalmente, en el libro de Allan Kardec, que es el principal maestro y pontífice de la secta. Los puntos principales en que se separa de la doctrina espiritualista los vamos a poner aquí de relieve.

Allan Kardec admite tres revelaciones. En la ley mosaica—escribe — hay que distinguir dos partes, a saber: la ley de Dios, promulgada en el Sinaí, y la ley civil o disciplinar, dictada por Moisés... «La ley del Antiguo Testamento está personificada en Moisés, la del Nuevo en Cristo; *el espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios,* aun cuando no está personificada en un individuo determinado, pues es el producto de las enseñanzas predicadas, *no por un hombre, sino por los espíritus, que son la voz del cielo,* en todos los puntos de la tierra, y por una multitud innumerable de intermediarios; es, en cierto modo, un ser colectivo que comprende el conjunto de los seres todos del mundo espiritual, cada uno de los cuales aporta a los hombres el tributo de las propias luces *para hacerles conocer este mundo* y la suerte que allá les aguarda.» Así como Cristo ha dicho: «Yo no vengo a destruir la ley, sino a darle cumplimiento», el espiritismo dice a su vez: yo no vengo a destruir la ley, sino a cumplirla. *No enseña nada que sea contrario a lo que ha enseñado Cristo;* luego veremos cuán falsa es esta afirmación; y añade: «Lo que hace es desenvolver, ampliar, explicar en términos claros lo que sólo se había dicho en forma alegórica» (1).

Los espíritus revisten temporalmente una envoltura material,

---

(1) Allan Kardec: *L'Évangile selon le Spiritisme*, págs. 1-6.

perecedera, cuya destrucción, a causa de la muerte, los constituye nuevamente en estado de libertad. El hombre consta de tres elementos: el cuerpo material o visible, el alma o ser inmaterial, que es el espíritu encarnado en el cuerpo y el lazo que une al alma y al cuerpo, principio intermedio entre la materia y el espíritu.

El lazo o *periespíritu* que une el cuerpo y el espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destrucción del cuerpo, pero el espíritu conserva el periespíritu, que constituye con el alma un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en estado normal, pero que puede hacerse visible accidentalmente y hasta palpable en las apariciones del espiritismo; de donde resulta que el espíritu no es un ser que sólo puede concebir el pensamiento, sino un ser que es apreciable en ciertos casos por los sentidos de la vista, del oído y del tacto.

Los espíritus fueron creados antes de unirse a los cuerpos; no pertenecen perpetuamente al mismo orden, sino que todos se perfeccionan pasando por los diferentes grados de la jerarquía espiritista. Este perfeccionamiento se realiza por medio de las encarnaciones impuestas como expiación a unos y como misión a otros.

El espiritismo niega la unión sustancial y personal del alma con el cuerpo, pretendiendo que las almas tienen una existencia independiente anterior a los cuerpos y otra existencia, también independiente, posterior a ellos, tan independiente que no vuelven después a ellos, al menos de ordinario, sino que pasan a otros superiores. De aquí resulta que el cuerpo para el alma no viene a ser más que como una casa de alquiler que pasa a ocupar por algún tiempo, mudándose después a otro domicilio. De esta suerte mi alma no es mi alma propia y exclusivamente mía, sino un alma que ahora tengo yo, que varios siglos antes tuvo otro, verbigracia, San Agustín, y que de aquí a algún tiempo llegará a habitar otros cuerpos de distintos individuos: he ahí lo que el espiritismo

llama preexistencia y reencarnación de las almas, añadiendo que tales reencarnaciones sucesivas son indefinidas. Luego dilucidaremos detenidamente este punto.

Al abandonar, pues, el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los espíritus, de donde había salido, para tomar una nueva existencia material, después de cierto tiempo más o menos prolongado, durante el cual se encuentra en estado de espíritu errante.

En estas reencarnaciones, durante las cuales habitan las almas en esta tierra o en otros planetas, se perfeccionan de manera que al fin ninguna de ellas ha de merecer castigo eterno, razón por la que los espiritistas niegan la eternidad de las penas, de la que hablaremos más adelante.

De lo dicho se infiere que todos nosotros hemos tenido o hemos de tener diversas existencias hasta perfeccionarnos, más o menos, ora en la tierra, ora en otros mundos del sistema estelar o planetario.

Estas diferentes existencias corporales del espíritu son siempre progresivas, nunca retrógradas, es decir, que los espíritus encarnan siempre en la especie humana, nunca en el cuerpo de un animal o de otros seres inferiores; al menos para el espiritismo moderno las encarnaciones son siempre progresivas; pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hagamos para llegar a la perfección.

El hombre de bien es encarnación de un espíritu bueno y el hombre perverso lo es de un espíritu maligno; de donde se infiere que el espiritismo está inspirado en el determinismo y niega, al menos implícitamente, la libertad del alma humana.

Los espíritus encarnados pueblan los diferentes globos del universo. La cuestión de los planetícolas será objeto de una disertación especial. Los no encarnados o errantes no ocupan una región

determinada, sino que andan por todas partes en el espacio, formando una población invisible que se agita a nuestro lado.

Los espíritus se manifiestan espontáneamente, o cuando se les evoca, y puede evocárseles a todos y obtener comunicaciones verbales o escritas de su situación de ultratumba, de su pensamiento respecto de nosotros y otras revelaciones.

Es sumamente fácil distinguir los espíritus buenos de los malos; porque el lenguaje de los espíritus superiores es siempre digno, noble, inspirado por la más pura moralidad, desprovisto de toda pasión baja y porque sus consejos respiran la más profunda sabiduría, teniendo siempre por objeto nuestro perfeccionamiento y el bien de la humanidad. El de los espíritus inferiores es, por el contrario, inconsecuente, trivial con frecuencia y hasta grosero. Si dicen cosas buenas y verdaderas, con más frecuencia aún las dicen falsas y absurdas, por malicia o por ignorancia, y abusan de la credulidad y se divierten a expensas de los que les consultan, dando pábulo a su vanidad y alimentando sus deseos con mentidas esperanzas. En resumen: solamente en las reuniones graves, en aquellas cuyos miembros están unidos con una comunidad íntima de pensamientos encaminados al bien, se obtienen comunicaciones graves en la verdadera acepción de la palabra... Nos enseñan también que no hay faltas irremisibles y que no puedan ser borradas por la expiación. El medio de conseguirlo lo encuentra el hombre en las diferentes existencias que le permiten avanzar, según sus deseos y esfuerzos, en el camino del progreso y hacia la perfección, que es su objeto final (1).

---

(1) Allan Kardec: *Livre des Esprits*, Introduct., § 4, págs. 14 y sigs., chap. II.

CAPÍTULO III

Su buena orientación

Aunque la doctrina del espiritismo se halla plagada de graves errores, presenta, sin embargo, un aspecto bueno, a cuya vista los positivistas y materialistas pudieran sacar una lección de gran trascendencia, y no queremos, a fuer de imparciales, dejar de consignarlo. En efecto, el espiritismo conduce a creer que hay algo de un orden superior y extrahumano, algo invisible que vive con nosotros y como nosotros, por más que sea distinto y superior a nosotros. Ahora bien, el positivista o materialista que se vea forzado por la evidencia de los hechos a admitir un mundo espiritual y un orden de fenómenos sobrenaturales, podrá fácilmente convencerse de la verdad, no del espiritismo supersticioso, pero sí del verdadero espiritualismo católico.

El espiritismo puede también conducir a creer en la posibilidad y necesidad que tiene el alma humana de comunicarse con Dios. De ahí no sería difícil pasar a creer que esta comunicación debe ser, no la estrambótica y falsa del espiritismo, sino la dulce, la serena, la humilde y devota, proclamada por la piedad cristiana. Así, el espiritismo viene a ser, en frase de un eminente apologista, una prueba brillante de la verdad del catolicismo, del mismo modo que

la moneda falsa es, por el contrario, una prueba brillante de que hay otra moneda legítima (1).

Fácil sería confirmar estas razones con testimonios de los mismos espiritistas o partidarios de la doctrina del espiritismo. «El espiritismo, dice León Denis, ha ejercido ya una influencia enorme sobre el estado de espíritu de nuestros contemporáneos... Ha hecho que los pensamientos se dirijan hacia el más allá; ha despertado en las conciencias brumosas y dormidas de nuestro tiempo el sentimiento de la inmortalidad; ha hecho más viva, más real, más tangible, la creencia de la supervivencia de los desaparecidos...» (2).

¿Qué es el espiritismo?, pregunta Delanne. Para los espiritistas es «la demostración experimental de la existencia del alma y de su inmortalidad...; las manifestaciones por medio de las cuales demuestra el alma, después de la muerte, su supervivencia, son numerosas y muy variadas... El positivismo estrecho de nuestra época, resistiéndose a ocuparse en todo lo que no caiga bajo el dominio de los sentidos, creía haber relegado el alma de los espiritualistas al reino de las quimeras, y he aquí que sus adeptos se ven obligados a consignar su realidad» (3).

El rabino Dante A. Lattes cree que «el espiritismo, que ha llegado a ser una ciencia experimental, severa, extensa, está a punto de revelarnos los misterios del más allá, transformando en convicción segura lo que actualmente no es más que fe... Sus fenómenos y sus hipótesis ayudan al sentimiento religioso y moral y tienen una gran ventaja y aportan mucha luz a los hechos de nuestra historia, a las prácticas y a las creencias de nuestra fe» (4).

«Desde hace cincuenta años, dice León Denis (y aun con dos

---

(1) Sardá y Salvany: *Propaganda Católica*, II, 1894, págs. 42 y sigs.
(2) L. Denis: *Le spiritisme et la médiumnité*, 1904, pág. 128.
(3) *Societé d'Études Psychiques de Marseille*, 1903, pág. 26.
(4) *Annales des Sciences Psychiques*, 1906, pág. 118.

ceros más por lo menos, diríamos nosotros), hase establecido una comunicación íntima y frecuente entre el mundo de los hombres y el mundo de los espíritus. Los velos de la muerte se han entreabierto... Las almas han hablado... En la experimentación no hay éxito posible, no puede asegurarse el resultado sin la asistencia y la protección de lo alto... En realidad hay dos espiritismos. El uno nos pone en comunicación con los espíritus superiores y también con las almas queridas que hemos conocido nosotros en la tierra y que constituyen la alegría de nuestra existencia... Hay después otro género de experimentación frívola, mundana, que nos pone en contacto con los elementos inferiores del mundo invisible y tiende a aminorar el respeto debido al más allá. El vasto imperio de las almas está poblado de entidades benéficas y maléficas; se distribuyen en todos los grados de la infinita escala, desde las almas más bajas y más groseras, las que confinan con la animalidad, hasta los nobles y puros espíritus mensajeros de la luz, que van a llevar a todas las riberas del tiempo y del espacio las radiaciones del pensamiento divino» (1).

En el prefacio al libro ya citado de Dupouy, dice Eduardo Drumont: «Yo me figuro la cabeza de un buen volteriano de 1825, suponiéndole inteligente y de buena fe, que leyera el libro de nuestro amigo el señor Dupouy y viera en él que, apenas transcurrido un siglo desde la apoteosis de la prostituta que figuraba la diosa Razón, la ciencia reconoce por todas partes la existencia de lo sobrenatural, que cada vez llega ella más a conclusiones claramente espiritualistas, que consigna y comprueba la subordinación de la materia al espíritu... Lo que es curioso, digámoslo una vez más, es el ver a la Ciencia; la Ciencia, procediendo por ese famo-

---

(1) Ibíd. — Véase también E. Dupouy: *Sciences occultes et physiologie psychique*, 1898, pág. 151.

so método experimental de que tanto se habla, atestigua la realidad de todos los hechos sobrenaturales, que a principios de siglo se calificaban de imposturas y de superchería... Los sabios que por vías diversas se esfuerzan en agrandar el horizonte de sus contemporáneos, por conducirles a la noción de lo sobrenatural, a las preocupaciones del más allá, prestan, por consiguiente, un inestimable servicio a su país, arrancándole al materialismo, que es una especie de hemiplejia, una parálisis de todo un lado del individuo.»

Monseñor Elie Méric, en los prefacios de los libros de Surbled (1) y de P. Pío Miguel Rolfi (2), hace constar que, merced a todas esas investigaciones, «el materialismo está vencido». Los escritores más hostiles a la religión cristiana y a toda religión, los más independientes y más sinceros en sus investigaciones experimentales, vense obligados a reconocer hoy que ni aun para explicar la actividad vital bastan las fuerzas físicoquímicas. Y se ve aparecer el alma, forma del cuerpo humano... Es un gran consuelo el ver hoy las ciencias experimentales, las ciencias naturales, estimadas hasta el exceso por los espíritus de nuestro tiempo, confirmar a su vez los presentimientos de la conciencia y la enseñanza de la filosofía. Constituye una gran alegría para el espíritu el ver, por fin, a la metafísica, la filosofía y las ciencias reunirse para condenar al materialismo y afirmar la existencia del alma y su inmortalidad.»

El mismo autor refiere la historia de la vidente de la plaza Saint-Georges, y añade después: «Es, por consiguiente, un fenómeno espiritista el que nosotros hemos tenido ante los ojos, y en ese fenómeno encontramos la confirmación experimental de la enseñanza de la teología, relativamente a los espíritus, su natura-

---

(1) SURBLED: *Le spiritualisme et le spiritisme*, préface; 1898.

(2) P. M. ROLFI: *La magie moderne ou l'hypnotisme de nos jours*, préface 1902.

leza, su agilidad, su inteligencia penetrante, sus evoluciones prodigiosas, su presencia en el espacio, su irrupción en ciertos personajes cuya responsabilidad confiscan ellos provisionalmente...; pero yo no admito que los materialistas pretendan asimilar los casos de este género a fenómenos de física y de química; que intenten referirlos a las leyes del mundo material, orgánico o inorgánico; que nos hablen aquí de rayos catódicos, de ondas hertzianas, de vibraciones cerebrales, y que confundan clases de hechos que deben continuar siendo absolutamente distintas y separadas.»

El ilustrado doctor Lapponi dice que «en los fenómenos espiritistas vémonos forzados a ver fenómenos de orden sobrenatural... Parece indispensable admitir, como causa de los hechos analizados, seres inmateriales que, mediante esos singulares fenómenos, nos atestiguan y nos prueban su existencia. Es filosóficamente posible y hasta casi innegable lógicamente que, por encima del hombre, hay en las series de seres creados otros seres más perfectos que él, y que, por lo mismo, son más inteligentes y se hallan también dotados de potencia física mayor... A estos seres es a los que nosotros los hombres llamamos espíritus... Entre esos seres hay quienes, una vez cumplida y terminada su existencia sobre la tierra, dejarán su cuerpo en el mundo sensible y se irán con lo que forma y constituye el principio operante, el espíritu de su vida hacia regiones más serenas...» (1).

---

(1) G. Lapponi: *Ipnotismo e spiritismo*, capitolo sesto, núm. 18; 1906.

CAPÍTULO IV

Preexistencia de las almas

Hay en la doctrina espiritista cuatro puntos característicos, que son como cuatro eslabones seguidos en su cadena de errores; tales son: la preexistencia de las almas, la metempsicosis, la supervivencia en los planetas y la negación de las penas eternas.

Preexistencia. — La esencia de esta doctrina consiste en afirmar que las almas no han sido creadas en el momento de unirse al cuerpo, sino antes; bien desde toda la eternidad, como afirmaron Platón y los maniqueos; bien en el tiempo, como pretendieron los origenistas (1). La razón de la preexistencia está en que, según Platón, Filón el judío, los origenistas, priscilianistas, Escoto Erígena, Steffens, Hirscher y los modernos espiritistas, las almas de los hombres o son los mismos ángeles malos que, en castigo de su pecado, han sido obligados a unirse al cuerpo corruptible, o naturalezas específicamente idénticas a las angélicas, o, por lo menos, naturalezas completas e independientes que podrían subsistir por sí mismas.

Esta doctrina fué profesada por Pitágoras y por los egipcios, de los cuales la recibieron los platónicos, Empédocles, Porfirio

---

(1) Véase ST. THOM.: *Cont. Gent.*, lib. II, cap. LXXXIII.

y algunos hebreos (1). En nuestros tiempos la han hecho suya Allan Kardec, Juan Reynaud, Camilo Flammarion y los espiritistas.

Y ¿en qué se fundan? Parte en el *magister dixit* de los pitagóricos; parte en algunos textos, mal entendidos y peor interpretados, de la Sagrada Escritura. Parecería increíble, si no fuera un hecho, que para probar la preexistencia del alma adujeran (2) este texto: «Antes que te formara en el vientre te conocí; y antes que salieras de la matriz te santifiqué y te puse por profeta entre las naciones» (3). Ahora bien, este texto, en el que Dios habla al profeta Jeremías, nada tiene que ver con la preexistencia de las almas, porque se refiere solamente a la predestinación de Jeremías hecha desde toda la eternidad por Dios para profeta, a su santificación antes de su nacimiento y a su nombramiento, llegado el tiempo, para profeta de Israel.

También aducen (4) los espiritistas el siguiente texto para probar su doctrina: «La virtud del Señor se hizo sentir sobre mí y me sacó fuera en espíritu y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos, e hízome dar una vuelta alrededor de ellos... y me dijo: Hijo del hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos volverán a tener vida?... Profetiza acerca de estos huesos y les dirás: Huesos áridos, oid la palabra del Señor... He aquí que yo infundiré en vosotros el espíritu y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios, y haré que crezca carne sobre vosotros y la cubriré de piel, y os daré espíritu y viviréis... Y profeticé como me lo había mandado, y mientras yo profetizaba, oyóse un ruido, y he aquí una conmoción grande, y uniéronse huesos a huesos, cada

---

(1) Véase Diog. Laert: libs. III y VIII.

(2) *El espiritismo en la Biblia*, por Enrique Steki, pág. 31; Barcelona, 1873.

(3) Jerem., I, 5.

(4) Ibíd., pág. 32.

uno por su propia coyuntura. Y miré y observé que iban saliendo sobre ellos nervios y carnes, y que por encima se cubrían de piel, mas no tenían espíritu.

»Y díjome el Señor: Profetiza al espíritu... Y le dirás: Esto dice el Señor, Dios: Ven tú, espíritu de las cuatro partes del mundo, y sopla sobre estos muertos y resuciten. Profeticé, pues, como me lo había mandado y entró en ellos el espíritu y resucitaron, y se puso en pie una muchedumbre grandísima de hombres.

»Y díjome el Señor: Hijo del hombre, todos estos huesos representan la casa de Israel; ellos dicen: Secáronse nuestros huesos y pereció nuestra esperanza, y nosotros somos ya ramas cortadas. Por tanto, profetiza tú y les dirás: Esto dice el Señor, Dios: mirad, yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré fuera de ellas, ¡oh pueblo mío!, y os conduciré a la tierra de Israel. Y conoceréis que yo soy el Señor, cuando yo habré abierto vuestras sepulturas y os habré sacado de ellas y habré infundido en vosotros mi espíritu, y tendréis vida, y os daré el que reposéis en vuestra tierra y conoceréis que yo el Señor hablé y lo puse por obra, dice el Señor, Dios» (1).

Este texto se refiere, en sentido figurado, al pueblo muerto que resucita a nueva vida; en sentido literal, habla de la liberación o vuelta de la cautividad de aquel pueblo y de la institución de una nueva teocracia. También puede referirse a la resurrección de los muertos; pero ni remotamente hace referencia a la preexistencia de las almas, antes al contrario, en las palabras citadas, lo primero que aparece son los huesos áridos y luego viene el espíritu.

La preexistencia de las almas se podría concebir de dos maneras: 1.ª, en la hipótesis de aquellos que afirmaban que las

(1) Exeq., XXXVII, 1-14.

almas son, o los mismos ángeles o espíritus puros que fueron creados juntamente con los ángeles para que vivieran como ellos sin cuerpo, y que más tarde, por una u otra causa, fueron a informar a los cuerpos contra su natural destino; 2.ª, en la verdadera sentencia de los que afirman que las almas racionales son formas, naturalmente destinadas a informar a los cuerpos; ahora bien, en ambas hipótesis resulta falsa la preexistencia de las almas.

En la primera, porque las almas racionales serían de la misma perfección específica que los ángeles, lo que no demuestran los espiritistas; y, en cambio, se demuestra ser falso, con muchos argumentos en la teología y en la psicología, por ser la perfección angélica muy superior a la humana. Allégase a esto que es falso y completamente gratuito decir que la unión del alma con el cuerpo es violenta y no natural, como se pretende en esta hipótesis, pues sabido es que el alma y el cuerpo forman un compuesto sustancial y natural, o, como dicen los filósofos, *unum per se*.

Por otra parte, si el alma preexistente no estaba destinada a unirse con el cuerpo, sino que después, por una u otra razón, se unió con él, ¿cuál pudo ser la causa determinante de esta unión? Porque siendo en esta hipótesis el alma sustancia completa, no necesitaba del cuerpo; más aún: su unión con el cuerpo venía á ser una cárcel para ella. ¿Pudiera ser esta causa en pena de algún pecado? Pero para esto no hay razón ni revelación que lo afirme; ni el alma misma conserva recuerdo alguno de su preexistencia, y mucho menos de pecado alguno cometido por aquel entonces.

Ni puede asignarse como razón algún mandato o disposición divina, porque esto sería contra la natural disposición del alma, y, por consiguiente, contra el mismo intento de Dios al criarla con aquella natural disposición.

En la segunda, si el alma, destinada naturalmente a informar al cuerpo, fué criada antes del cuerpo, ocurre preguntar: ¿Tuvo en

aquel tiempo alguna operación intelectual o voluntaria? Si no la tuvo, ¿para qué fué creada? Porque no es de creer que Dios la creara para que estuviese ociosa. Y si la tuvo, ¿cómo es que no la recuerda? Con razón dice Santo Tomás que el alma humana no tendría su natural perfección si no hubiera estado unida al cuerpo, y, por tanto, que no era conveniente crearla sino para unirse con el cuerpo (1).

Dicen los espiritistas que el no acordarnos de nuestra existencia anterior no es tan extraño como parece a primera vista; no nos acordamos de lo que hicimos en los primeros años de nuestra infancia; por lo tanto, nada tiene de particular el que no nos acordemos de cosas anteriores a ella; soñamos una noche, y al día siguiente no nos acordamos absolutamente de nada, y a veces ni de que hemos soñado, y esto está mucho más próximo que nuestra anterior existencia. Así, pues, el no acordarnos no puede ser objeción contra la posibilidad del hecho, es decir, que no puede objetarse esto: «No nos acordamos, luego no hemos vivido.» Ni esto otro: «Si hubiéramos vivido, nos acordaríamos.» Está muy conforme con la posibilidad el que hayamos vivido y no nos acordemos. Es más: a fin de dar una mayor explicación del olvido del pasado, añade Allan Kardec: «Si a cada existencia corporal se echa un velo sobre el pasado, el espíritu no pierde nada de lo que ha adquirido en aquel tiempo; no olvida sino *la manera* como lo ha adquirido. Para servirme, dice, de la misma comparación del alumno que habéis puesto, yo os diré que poco importa para él saber dónde, cómo y bajo qué profesores ha estudiado el segundo año. ¿Qué le importa saber que ha sido castigado por su pereza e insubordinación, si estos castigos le han vuelto laborioso y dócil? Así es como

(1) St. Thom.: *Cont. Gent.*, lib. II, cap. LXXXIII.

el hombre, al reencarnar, trae, por intuición y como ideas innatas, lo que ha adquirido en ciencia y moralidad» (1).

Este razonamiento adolece de muchos defectos. En primer lugar va mucha diferencia de no acordarse de alguna cosa a no acordarse de nada; de no acordarse alguna vez a no acordarse nunca; de no acordarse uno u otro a no acordarse nadie; porque ello es así que *nadie* se acuerda *nunca* de *nada* de lo que hizo en aquel estado preexistente; y ocurre preguntar: ¿qué fin pudo tener aquella existencia? ¿qué fin se pudo proponer Dios para sí o para el hombre? Es, pues, completamente gratuita la afirmación de la preexistencia. Esto sin contar con que tampoco es verdad lo que dice Allan Kardec, es a saber, que nos olvidamos solamente de la manera cómo adquirimos los conocimientos en aquel estado; nos olvidamos no sólo de la manera, sino también de los mismos conocimientos, o, mejor dicho, nunca los hemos tenido.

Pero hay más. Discurriendo según los verdaderos principios de la filosofía, a la sabiduría divina pertenece crear cada cosa en aquel estado que a cada uno corresponda. El estado que al alma humana corresponde por su naturaleza, es el de la unión con el cuerpo por ella informado; porque ella de suyo es una sustancia incompleta y naturalmente ordenada a vivir y obrar en el *todo*, que es el hombre. Luego, preciso es concluir que Dios cría el alma de cada hombre en el momento de ser infundida a su propio cuerpo.

Dice muy bien Santo Tomás: «Podría tolerarse, ciertamente, la opinión de los pitagóricos, suponiendo que el alma humana es en sí una sustancia completa y que no se une al cuerpo como forma suya, sino solamente para regirlo y gobernarlo. Pero siendo, como es, forma del cuerpo, y, por lo tanto, una parte natural del com-

---

(1) E. Lakey: *Espiritismo y Moral*, págs. 49 y sigs.; 1870.

puesto humano, esto es de todo punto imposible. Porque es cosa manifiesta que Dios crió las primeras cosas poniéndolas en el estado perfecto de su naturaleza, según lo exigía la especie de cada una. Ahora bien, el alma es parte de la naturaleza humana, y, por consecuencia, no tiene su natural perfección sino cuando está unida al cuerpo. Por donde no hubiera sido conveniente que el alma hubiese sido criada sin cuerpo» (1), esto es, antes de su unión con el cuerpo.

Ni vale objetar diciendo que el comienzo debe ser proporcionado al fin; y pues ha de existir el alma después de su separación del cuerpo, también convenía que comenzase a existir y existiese antes de unirse al cuerpo. A esto responderemos que no hay tal proporción ni paridad. Porque en el orden de la naturaleza la separación del alma del cuerpo se debe a la imperfección de esta parte material del hombre, la cual puede ser destruída con la acción de los agentes externos. Por el contrario, si en su estado primitivo hubiera sido criada por Dios para existir sin cuerpo alguno, esta separación debería ser atribuída, no a los agentes de la naturaleza, sino al mismo Dios que sin motivo ninguno la hubiera puesto en un principio desencajada del lugar que por su naturaleza le corresponde. La preexistencia, pues, de las almas, no sólo es una afirmación gratuita, sino que está también en pugna con los dictámenes de la razón. No es extraño que los Concilios y los Papas hayan lanzado anatemas contra ella. Para no citar más que dos o tres ejemplos, la preexistencia de las almas está condenada en el Concilio Constantinopolitano II por estas palabras: «Si alguien afirmare la fabulosa preexistencia de las almas sea excomulgado» (2). El papa León Magno confirma esta doctrina diciendo:

---

(1) St. Thom.: Pars I, q. XC, a. 4.

(2) Véase Denzinger, núm. 187.

«La fe católica ha separado del cuerpo de su unidad a los priscilianistas (que admitían la preexistencia de las almas) predicando constante y verazmente que las almas de los hombres no han existido antes de unirse a los cuerpos» (1). También el Concilio de Braga, canon 6, celebrado durante el Pontificado de Honorio I, condenó a los que afirmaban que las almas humanas habían pecado en sus moradas celestes y que por esta causa fueron introducidas en los cuerpos humanos. La razón teológica milita igualmente contra toda preexistencia, pues en sentir de sus partidarios no hubiera el pecado original entrado en este mundo por Adán, como enseña la doctrina católica, ni hubiera sido Adán inocente y amigo de Dios antes del pecado original.

---

(1) S. Leo I: Epist. 15, cap. X.

CAPITULO V

Metempsicosis

Intimamente relacionada con la preexistencia, va en el espiritismo la metempsicosis o transmigración de las almas. Llámase así la opinión que pretende que nuestra alma, al separarse del cuerpo, comienza a informar de nuevo otros cuerpos humanos, bien en esta tierra, bien en otros planetas. Esta doctrina, profesada ya antiguamente en el Egipto y en la India, ha sido admitida nuevamente por los espiritistas. Recordemos algunas ideas, echando una mirada retrospectiva.

Admitíase entre los antiguos egipcios que, muerto el hombre, andaba su alma errante por los espacios. En el *Libro de los Muertos* descríbese el viaje del alma en la barca de Osiris para parecer ante su tribunal (1); si el juicio es adverso le toca por cárcel un cuerpo extraño que sea el verdugo de sus suplicios; si favorable, vuelve a su propio cuerpo a reanudar su vida pasada (2).

La metempsicosis se extendió más todavía en la India. El Rig-Beda atestigua (3) que las almas de los muertos emprenden una larga jornada y no se detienen hasta llegar al sol y que de allí pasan

---

(1) *Libro de los Muertos*, cap. XXV.

(2) MASPERO: *Études sur quelques peintures*, pág. 141.

(3) X, 14-16.

a otros mundos, bajando luego a la tierra a vivir en sus descendientes. Más tarde, sistematizada la creencia de las encarnaciones brahmánicas, tal y como se refieren extensamente en el poema *Mahabárata,* las almas empezaron a tomar sucesivamente posesión de muchos cuerpos. Diferénciase la doctrina brahmánica de la egipcia en que, según ésta, el cuerpo y el alma conservan su individualidad, mientras que, según aquélla, iban ambos a perderse y anegarse en el océano del gran Todo, sustancia única e impersonal (1).

También los budistas abrazaron la metempsicosis brahmánica y hasta clasificaron las emigraciones por grados. Seis son los principales que el alma de cada hombre ha de recorrer para llegar al Nirvana, término de las reencarnaciones; es a saber: debe morar primero en un habitante del infierno, después en un animal, para convertirse luego en demonio famélico, en genio, en hombre y, finalmente, en deva o dios. Por estas transmigraciones ascendentes o descendentes, según el mérito o demérito de sus acciones, tenían que pasar las almas de todos los hombres, conforme a la ley del budismo. En la posesión del Nirvana está la suma bienaventuranza, el término de las transmigraciones, el absoluto quietismo (2).

En Grecia la enseñó Pitágoras, diciendo a sus discípulos que su alma había sido, en siglos anteriores, propiedad de famosos personajes. También Platón la abrazó, pero hay una diferencia entre éste y Pitágoras, conviene a saber, que para Platón la transmigración de las almas se verifica solamente entre los hombres, mientras que Pitágoras afirmaba que aquéllas informaban cuerpos de hom-

---

(1) J. Felipe de Marini: *Missiones della provincia del Giaponne,* 1663, lib. I, cap. X.

(2) Migne: *Les livres saints des païens,* II, pág. 478.

bres y aun de animales. Los neoplatónicos, singularmente Plotino, Celso y Jámblico, siguieron la doctrina de Platón (1).

La doctrina de la metempsicosis platónica se extendió algo entre los rabinos, como se puede ver en Josefo, en Filón y en algunos lugares del Talmud (2). Los fariseos en particular creían que las almas de los buenos eran libres en volver a animar otros cuerpos humanos; y hasta se figuraban que en el advenimiento del Mesías los israelitas piadosos resucitarían felices con otros cuerpos (3). Pero donde la metempsicosis ha hecho más prosélitos es entre los espiritistas. Expongamos su teoría.

Para llegar a la perfección no hay, según los espiritistas, necesidad de gracia sobrenatural, ni de la fe en Jesucristo, ni de nada de lo que la Iglesia enseña. El gran medio de purificación consiste en la sucesiva encarnación en cuerpos humanos; de modo que encarnando las almas una o más veces, se purifican poco a poco y satisfacen la pena de sus culpas. Algunas, aun en la otra vida, se obstinan en la maldad y necesitan mayor número de metempsicosis o reencarnaciones para purificarse, pero al fin todos los individuos se convertirán y serán perfectos y bienaventurados. «En cada nueva existencia el espíritu da un paso en la vía del progreso, y cuando queda despojado de todas sus impurezas no necesita más las pruebas de la vida corporal. Estas encarnaciones sucesivas son siempre en gran número, pues el progreso es casi infinito. Después de la última encarnación el espíritu es bienaventurado, espíritu puro.»

A medida que el espíritu se purifica, el cuerpo que viste se va también aproximando y pareciendo a la naturaleza del espíritu. La materia va siendo cada vez menos densa: no se va arrastrando

---

(1) Véase St. Aug.: *De Genesi ad litt.*, lib. VII, cap. XI.—S. Hieron., q. XXXVIII.

(2) Josepho: *De bello judaico*, lib. III, cap. XIV; lib. XI, cap. VIII.

(3) Eisenmenger: *Le judaïsme dévoilé*, P. II, chap. XVI.

por la sobrehaz de la tierra; las necesidades físicas son menos groseras, y los seres vivientes no se ven ya forzados a destruirse unos a otros para alimentarse. El espíritu es más libre, y para las cosas lejanas posee percepciones que ahora nos son desconocidas. Los odios y las discordias no encuentran objeto, porque nadie sueña en causar daño a su semejante. La intuición que tiene de su porvenir y la seguridad que les da una conciencia exenta de remordimiento, hace que la muerte no les cause la menor impresión; la ven venir sin miedo y como una simple transformación.

Parece que la duración de la vida en los diferentes mundos es proporcional al grado de superioridad física y moral de estos mundos. Cuanto menos material es el cuerpo, menos sujeto está a las vicisitudes que lo desorganizan, y cuanto más puro es el espíritu, menos pasiones tiene que lo minen. En esto se ve otro beneficio de la Providencia, que de este modo quiere abreviar nuestros sufrimientos.

Pasando el espíritu de un mundo a otro, ¿pasa también por una nueva infancia?

«En todas partes la infancia es una transición necesaria; con todo, no es, al decir de los espiritistas, tan estúpida como la nuestra.» ¿Puede escoger el espíritu el nuevo mundo que va a habitar? No siempre, pero puede pedirlo y puede obtenerlo si lo merece, porque los mundos no son accesibles a los espíritus sino conforme al grado de su elevación. Si el espíritu no pide nada, ¿qué es lo que determina el mundo en que reencarnará? El grado de su elevación. Y ¿hay acaso mundos en los cuales, cesando el espíritu de habitar un cuerpo material, no tiene aquél más envoltura que el periespíritu? Sí, y esta misma envoltura se hace de tal modo etérea que para nosotros es como si no existiese: este estado es el de los espíritus puros. De donde resulta que no hay una demarcación absoluta de separación entre el estado de las últimas encarnaciones

de las almas y el de los espíritus puros; borrándose gradualmente la diferencia se hace insensible, a la manera de la noche, que va desapareciendo al presentarse la primera claridad del día. Cuando el espíritu pasa de un mundo a otro se viste de la materia propia de cada uno, y esto en menos tiempo que dura un rayo. Los espíritus puros no están confinados unos con otros en los mundos, sino que pueden estar en todas partes.

¿Puede un hombre, en sus nuevas existencias, descender más abajo de lo que estaba? En posición social, sí; como espíritu, no. ¿Puede el alma de un hombre de bien animar en una nueva encarnación el cuerpo de un facineroso? No, porque no puede degenerar. ¿Puede el alma de un hombre perverso convertirse en la de un hombre de bien? Si se arrepiente, sí, y esto entonces es una recompensa.

La marcha de los espíritus es progresiva y jamás retrógrada, elevándose gradualmente en la jerarquía sin descender del rango a que han llegado. En sus diferentes existencias corporales pueden descender como hombres, pero no como espíritus. Así es que el alma de un potentado en la tierra puede animar más tarde el cuerpo del artesano más humilde y viceversa, porque entre los hombres los rangos están muchas veces en razón diversa de elevación, de sentimientos morales. Herodes era rey y Jesús carpintero.

No pudiéndose mejorar los espíritus sino sufriendo las tribulaciones de la existencia corporal, ¿se seguirá de aquí que la vida material es una especie de tamiz o depuratorio por el que tienen que pasar los seres del mundo espiritista para lleger a la perfección? Sí, mejóranse en estas pruebas: evitando el mal y practicando el bien, pero sólo después de muchas encarnaciones o depuraciones sucesivas, y en un tiempo más o menos largo, según los esfuerzos que emplean, alcanzan el objeto de sus tendencias.

«¿Es acaso el cuerpo el que influye sobre el espíritu para purificarse, o éste en aquél? El espíritu es el todo; el cuerpo no es más que un vestido que se pudre. En el jugo de la vid hallamos una comparación material de los diferentes grados de depuración del alma. Él contiene el líquido, llamado espíritu o alcohol, pero debilitado por multitud de materias extrañas que alteran su esencia y no llegan a la pureza absoluta sino después de muchas destilaciones, en cada una de las cuales se despoja de alguna impureza. El alambique es el cuerpo en que debe entrar para depurarse; las materias extrañas son como el periespíritu, que se depura a sí mismo a medida que el espíritu se acerca a la perfección» (1).

* * *

Ahora bien, pudiéramos preguntar a los espiritistas cómo han averiguado lo que todos ignoran; porque todos los demás mortales creemos que nuestra alma es nuestra, y forma con el cuerpo nuestro yo, o séase, nuestra persona. Pero los espiritistas han averiguado que no es así: que mi alma no es exclusivamente mía; que si ahora es mía, mañana puede ser de otro, y que en su viaje de reencar naciones lo mismo puede ir a parar a un célebre personaje que a un desconocido.

Y ¿cuántas veces andará mudando de cuerpos, como de camisas, esta mi alma infeliz? Nadie lo sabe, ni los mismos espiritistas; lo que ellos saben, según dicen, es que el espíritu que hace quince siglos fué de San Agustín, doce siglos después fué quizá de Lutero, y el que antes lo fué de Bismarck, lo es hoy tal vez de Hindemburg.

---

(1) Biblioteca Económica de Andalucía: *El espiritismo*, págs. 29 y sigs.; Madrid, 1869 (sin nombre de autor).

Con mucha razón llamó Lactancio a la metempsicosis de los paganos, que es también la de nuestros espiritistas, sentencia de hombres delirantes, ridícula y digna de burla, indigna de refutación (1).

Y, desde luego, la transmigración de las almas es una aserción gratuita que no se prueba ni *a posteriori* ni *a priori*. Lo primero, porque nadie, hasta la fecha, ni el mismo Pitágoras, ni Empédocles, que la sostuvieron, ni los espiritistas, que la afirman, han tenido conciencia de tal transmigración. Lo segundo, porque dicha transmigración no la exige la naturaleza de Dios, ni la naturaleza del cuerpo, ni la naturaleza del alma, que, como espiritual e inmortal que es, es capaz de subsistir sin el cuerpo. Más aún: la ley del progreso indefinido que fingen los espiritistas está muy lejos de exigirla, ante todo porque no existe tal progreso indefinido, como quiera que el hombre tiene prefijado su fin natural que merece en esta vida, y, obtenido el cual, no puede perfeccionarse más. En segundo lugar, porque dicha transmigración, de la que no tiene el hombre ninguna conciencia, no puede servirle para su perfección. Finalmente, dicha transmigración ni sirve siquiera como medio de expiación de los delitos precedentes, ni para conseguir la perfección moral. ¿Cómo, en efecto, puede ser medio de expiación, si el alma, si el hombre, no tiene la menor memoria de los delitos que trata de satisfacer por medio de la penitencia?

La transmigración de las almas se opone a la doctrina de la fe, porque es dogma católico que las almas de los hombres, tan pronto como salen de sus cuerpos, o van al cielo, o al purgatorio, o al infierno, excepto los niños sin bautizar, que van al limbo (2). El dogma católico no admite, después de esta vida, ningún otro

---

(1) *Instit. divin.*, lib. VII, cap. XII.

(2) Véase Concil. Florent., Decret. *Pro graecis.*

estado. Así lo declaró el papa Eugenio IV en el Concilio de Florencia (1). Esta doctrina se halla también contenida en la confesión de fe propuesta por Clemente IV, en 1267, a Miguel Paleólogo (2). La misma fué prescripta en la profesión de fe a los griegos por Gregorio XIII en la Constitución *Sanctissimus Dominus noster* (3).

Confírmase esta doctrina con los testimonios de la Sagrada Escritura (al menos por su espíritu y contexto), en los que se dice que el alma en la muerte del hombre se presenta inmediatamente al juicio divino para recibir el pago, o recompensa o castigo, de sus obras. Así está escrito en el Eclesiástico: «Fácil es a Dios dar a cada uno en el día de la muerte el pago según sus obras» (4). En la epístola de San Pablo a los hebreos se dice: «Y así como está decretado a los hombres el morir una sola vez y después el juicio, así también Cristo... aparecerá otra vez... para dar la salud eterna a los que esperan en Él con fe viva» (5). Y en la segunda epístola del mismo Apóstol a los corintios leemos: «Sabemos también que, si esta casa terrestre o *cuerpo corruptible* en que habitamos, viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa: una casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente» (6).

La misma doctrina se enseña en los símbolos de fe en que se profesa que hemos de resucitar un día con este mismo cuerpo que ahora tenemos (sin que ni el alma ni el cuerpo hayan tenido después de la muerte esas pretendidas reencarnaciones y expiaciones). Pudiéramos citar el símbolo de fe propuesto por León IX

(1) Véase Denzinger, núm. 588.
(2) Ibíd., núm. 387.
(3) L. c., núm. 870.
(4) Eccl., XI, 28.
(5) Hebr., IX, 27.
(6) II Cor., 5.

al obispo Pedro, el símbolo atanasiano, el del Concilio Toledano XI, el del Concilio Lateranense IV (1).

Esta es la doctrina infalible de la Iglesia, enseñada por los Santos Padres, entre los cuales merecen expresa mención: San Agustín (2), San Epifanio (3), Clemente de Alejandría (4), Tertuliano (5), Lactancio (6), San Pedro Alejandrino (7), San Gregorio de Nacianzo (8), San Basilio (9), San Gregorio Niceno (10), Leoncio de Bizancio (11), San Jerónimo (12) y San Cirilo de Alejandría (13).

Los espiritistas pretenden apoyar la hipótesis de las reencarnaciones en las palabras de Jesucristo dirigidas a Nicodemo: «Y había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, príncipe de los judíos. Éste vino a Jesús de noche y díjole: Rabí, sabemos que has venido de Dios como Maestro, porque nadie puede hacer estas señales que Tú haces si no fuere Dios con él. Respondió Jesús y díjole: De cierto te digo, que el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de los cielos. Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar otra vez en el vientre de su madre y nacer? Respondió Jesús: El que no naciere de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, Espíritu es. No te maravilles de que te dije: *Os es*

---

(1) Denzinger, núms. 137, 234, 295 y 356.
(2) Haeres., 70.
(3) *Contr. haeres.*, lib. II, haeres. 64.
(4) Strom., VIII.
(5) *De anima*, cap. XXXI.
(6) *Divinar. instit*, lib. III, cap. XVIII.
(7) Apud Justinian. in epist. ad Mennam. adv. Orig. errores.
(8) Orat., 37.
(9) *Hexaem.*, hom. 8.
(10) *De opific. hom.*, cap. XXVIII.
(11) *De sect.*, act. 10.
(12) Epist. 38 ad Pammach.
(13) In Joan., lib. I, cap. IX.

necesario nacer otra vez. El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido de Espíritu.»

«Para nosotros, que creemos en la reencarnación, dicen los espiritistas, estas palabras de Jesús, dirigidas a Nicodemo, son claras. Los teólogos han comprendido por «nacer de agua y de Espíritu», el renacimiento moral por medio del bautismo, y por esta razón en las traducciones católicas se ha escrito: «del agua y del Espíritu Santo», aunque esta expresión no existe en el texto hebreo. Pero se ha olvidado que entre los antiguos hebreos, para quienes las ciencias físicas estaban aún en la infancia, el agua representaba el germen de la materia (lo que hoy llamamos *flúido universal)*, como se desprende de las palabras del Génesis (1): «Y la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban en la haz del abismo: *y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.*» Y aun en el capítulo I, versículos 6, 7 y 9: «Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas; *y divida aguas de aguas.* He hizo Dios el firmamento, *y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento.* Y fué hecho así...» Dijo también Dios: «*Júntense las aguas que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase la tierra.* Y fué hecho así.» Luego el agua representa aquí visiblemente la materia primera, de que fué hecha toda la creación material.

»Luego, si el agua representa la materia, *nacer del agua y del Espíritu quiere decir:* nacer de la materia y del Espíritu. El mismo Cristo lo explica a Nicodemo, cuando dijo: «Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, espíritu es.»

»En el último versículo, añaden, alude Jesús a nuestra ignoran-

---

(1) I, 2.

cia sobre nuestro pasado y nuestro porvenir. En efecto, hasta la aparición del Espiritismo, que nos lo explica, ¿sabíamos de dónde veníamos, a dónde vamos y por qué estamos aquí? Ciertamente que Jesús lo dijo; pero no se le comprendió y no se le podía comprender antes de conocer las leyes reveladas por el Espiritismo, del mismo modo que no se pudo comprender el Génesis antes de conocerse las leyes reveladas por la astronomía, la química, la física y la geología» (1).

En este pasaje el intérprete espiritista supone muchas cosas gratuitas y falsas a la vez. Tales son: que el agua representaba el germen de la materia; que a esto llamamos hoy flúido universal; que de esa agua o materia fuese hecha toda la creación material; que hasta la aparición del espiritismo no supiésemos ni pudiéramos saber de dónde veníamos, a dónde íbamos, ni por qué estábamos aquí; que a Jesús no se le comprendió antes de conocer las leyes reveladas por el espiritismo; que no se pudo comprender el génesis antes de ser reveladas las leyes de la astronomía, etc.

Pues bien, ni entre los judíos representaba el agua el germen de la materia, ni Jesucristo le dió esa significación, ni siquiera habló aquí en hebreo, sino en arameo, según el sentir de los intérpretes más autorizados. La creación fué hecha de la nada por la omnipotencia de Dios, y no del agua ni de ninguna otra materia primitiva. Antes de la aparición del espiritismo y desde que el mundo es mundo, sabemos que el hombre viene de Dios, que estamos aquí para servir a Dios y para volver a Él después de esta vida. Si a Jesucristo no se le podía entender antes de conocer las leyes reveladas por el espiritismo, ¿a quiénes y con qué fin habló?

Jesucristo habla aquí de la generación o regeneración espiritual contra el parecer de los judíos, que por sólo ser hijos de Abraham,

---

(1) Steke, l. c., pág. 34.

se creían ya aptos para el reino de los cielos. Contra esta persuasión le inculca Jesucristo a Nicodemo la necesidad de regenerarse por medio del agua y del Espíritu Santo, aludiendo a aquellas palabras del Bautista, que decía: «Yo os bautizo en agua; el que ha de venir después de mí (Jesucristo) os bautizará en Espíritu Santo. Toma, pues, Jesucristo el bautismo de agua con la eficacia del Espíritu Santo, como necesario para entrar en el reino de los cielos, lo que no comprendió Nicodemo por creer que Jesucristo hablaba de la generación natural. Jesucristo supone que entrar en el reino de los cielos es cosa sobrenatural, debida a la gracia del Espíritu Santo. Y, en fin, al hablar de carne está muy lejos Jesucristo de significar la materia, puesto que se refiere al hombre mismo según su ser natural y humano; ni al hablar aquí del espíritu se refiere al espíritu en general, o en contraposición al cuerpo, sino al Espíritu Santo, que infunde la gracia en el bautismo, para que el hombre, hijo de Adán, renazca y se haga hijo de Dios.

Si preguntamos de nuevo a los espiritistas en qué se funda el dogma de la reencarnación, nos responderán «que en la justicia de Dios y en la revelación». Y arguyen de esta manera: «Un buen padre deja siempre abierta a sus hijos una puerta al arrepentimiento. ¿Acaso no dice la razón que sería injusto privar para siempre de la felicidad eterna a todos aquellos de los cuales no ha dependido el mejorarse? ¿Por ventura no son todos los hombres hijos de Dios? La iniquidad, el odio implacable y los castigos sin remisión, sólo se encuentran en los hombres egoístas. Todos los espíritus tienden a la perfección, y Dios les facilita los medios para alcanzarla con las pruebas de la vida corporal; pero en su justicia les reserva poder cumplir en las nuevas existencias lo que no han podido hacer o acabar en la primera prueba» (1).

---

(1) Steke, l. c.

No negamos que si Dios hubiera querido establecer las cosas de otra manera, hubiese podido conceder tiempo de expiación o de penitencia después de esta vida. Con tal que se admita que en esas reencarnaciones el alma conserva la conciencia de su personalidad, y que al fin la serie de emigraciones debe tener un término, no parece que la razón, abandonada a sí misma, pudiera demostrar apodícticamente y de una manera absoluta la imposibilidad de esta hipótesis, al menos para otra Providencia, que Dios quisiese escoger distinta de la Economía actual. Y a la verdad, por una parte Dios, soberano dueño de sus dones, puede siempre levantar a la criatura caída, sacarla de su estado de perversidad, abrirle la puerta del perdón y admitirla, después de su conversión, en los goces de la patria celestial. Por otra parte, la naturaleza del hombre es tal, que no perece por completo con el cuerpo; sobrevive el alma que, secundada por Dios, es capaz de arrepentirse y compensar la injuria hecha a Dios, o aquí o allí, de una u otra manera.

Pero a su vez la razón, incapaz de demostrar la imposibilidad absoluta de una conversión después de la muerte, es igualmente incapaz de demostrar la necesidad o conveniencia o posibilidad relativa de esa conversión después de esta vida. Al contrario, y tratándose de la actual Providencia, es muy conforme a la razón, que el instante que pone término a esta vida fije irrevocablemente la suerte del hombre.

Y ante todo, la hipótesis de expiaciones sucesivas sin fin, parece incompatible con la actual Providencia y con el destino de la naturaleza humana. La prueba, cualquiera que sea su duración, requiere un momento en que se fije el estado del alma para siempre e irrevocablemente. Debe, pues, acabarse el tiempo de prueba. Nada se adelanta con decir, con Calderone (1), que las reencarna-

(1) *La Reincarnazione, Inchiesta internazionale,* pág. 23; Milano, 1913.

ciones no son expiaciones, sino evoluciones, porque la vida de un ser libre y responsable abarca necesariamente dos fases: una de formación y evolución, otra de perfección y de madurez. Aquélla lleva consigo la prueba, la lucha; ésta exige la fijeza, la recompensa o el castigo. No se concibe la primera sin la segunda, como tampoco la fase inicial y preparatoria se concibe sin un estado final y definitivo. Si la primera es, por su naturaleza, pasajera, la segunda es definitiva. De donde resulta que la posibilidad de la conversión o de la evolución pertenece, necesariamente, a la primera fase de la existencia, en que la voluntad es aún capaz de pasar de uno a otro estado; y una vez terminada esa fase, tanto la conversión del malo como la caída del bueno parecen imposibles.

Afirmar, pues, una prueba indefinida equivale a afirmar un movimiento sin meta, una tendencia sin objeto, una responsabilidad de que no hay que dar cuenta. Pero ¿por qué este término ha de coincidir con la muerte?

Aun prescindiendo del consentimiento universal y constante del género humano, que considera el tiempo de esta vida como exclusivamente reservado a la prueba, la razón, de consuno con la experiencia, nos dice que, si bien la muerte no destruye el alma, destruye el compuesto humano. El hombre, como tal, cesa de existir y a él es a quien se dirige la ley y a quien se le impone el deber. Luego al compuesto humano corresponde satisfacer por el pecado, a él corresponde arrepentirse; la separación, pues, del alma y el cuerpo parece excluir toda posibilidad de conversión y de enmienda.

Además, este plazo que Dios concediese al alma después de esta vida sería un plazo limitado o ilimitado. Si lo primero, nada se adelanta; aquel que no se convirtiera dentro del nuevo plazo perdería toda esperanza de remedio; la eternidad, con su horrorosa perspectiva, aparecería ante su vista. No lograría otra cosa, con dicho plazo, sino alargar un poco el tiempo de prueba y dar licen-

cia para que en esta vida pudiera entregarse a los devaneos y disoluciones. La seguridad de que no le faltaría, después de la muerte, tiempo para salvarse, le quitaría todo miedo. Si lo segundo, jamás llegaría a la meta, lo cual es contrario al tiempo de prueba, al fin mismo de su destino y al sentir común; y la aspiración natural a la felicidad resultaría vana, y la sanción del orden moral ilusoria.

Un ser libre y responsable debe ser llamado, tarde o temprano, a dar cuenta de sus actos. La prueba del libre albedrío no puede prolongarse indefinidamente, porque sería contra la noción misma de prueba. Esto supuesto, el destino del hombre se divide en dos partes: la primera es la de prueba y de lucha; la segunda, de recompensa o castigo. Ahora bien, el tiempo de prueba parece que debe terminar con la muerte, porque, según hemos dicho antes, si la muerte no alcanza al alma, destruye, sin embargo, el compuesto humano, a quien se impone el cumplimiento del deber y la responsabilidad, y a quien toca, por consiguiente, el alcanzar o no la meta, el destino, el fin último.

Es más: si fuera posible la rehabilitación después de esta vida, no habría sanción eficaz de la ley divina para esta vida. ¿Para qué inquietarse en esta vida, si hay tiempo de convertirse después de la muerte? Y si después de la muerte existiera un segundo período de prueba, ¿qué impediría que hubiese un tercero, y un cuarto, y así sucesivamente? Llegaríamos con esto a que el malvado podría conculcar indefinidamente las leyes de Dios y burlarse de su justicia.

Y especificando más este punto, ¿para quién pudiera ser sanción digna la reencarnación de las almas? ¿Para los buenos? No sería digno de la grandeza y magnificencia de Dios someter tantas veces a los buenos en esta vida y después en la otra a una serie indefinida de pruebas y reencarnaciones. ¿Para los malvados? Sería esto más bien un estímulo, para que en esta vida y aun en la otra se entregaran a todo género de maldades, sabiendo que aun

les queda mucho tiempo para expiar sus crímenes. Y, sin embargo, la razón comprende que debe haber una sanción eficaz. Porque en un imperio bien regulado y tan absoluto como el de Dios, según la frase de Bossuet, es imposible que la autoridad carezca de fuerza y se hallen sin sanción eficaz las leyes.

Pero el tiempo de esta vida, podrá decir alguno, no es suficiente, porque apenas tiene el pecador tiempo de apreciar las terribles consecuencias de su pecado.

Fuera de que sólo a Dios, que nos impone la prueba, pertenece indiscutiblemente el derecho de señalar los límites de su duración, se puede retorcer el argumento. Precisamente, la brevedad de la vida nos mantiene en el saludable temor de los juicios divinos y nos aparta de diferir hasta un porvenir lejano la enmienda de nuestros pecados. Pero, además, ¿es en realidad demasiado corto el tiempo de nuestra vida?

Nadie querrá poner en duda que cada uno de nosotros, aprovechándose de los medios de que dispone, podría y debería ser moralmente más perfecto de lo que en la actualidad somos; y si correspondiéramos siempre a la gracia como debemos, estaríamos prontos a comparecer sin miedo ante el Juez supremo; tan suficiente es el tiempo de nuestra vida para nuestra salvación, que hoy mismo podríamos estar dispuestos a dar cuenta de nuestras acciones. Terminemos con las palabras de un escritor contemporáneo:

«Que nuestro espíritu, libre ya de las ataduras de la carne, deba purificarse en vidas sucesivas, en los astros o en otros cuerpos, sufriendo una metempsícosis más o menos prolongada, que durante este tiempo esté condenado a servir de tormento y de piedra de escándalo a los demás, es un pensamiento que por lo horrible subleva nuestro corazón e inteligencia, que siega en flor las más bellas y consoladoras esperanzas y aspiraciones de nuestra conciencia, y ante él sería mil veces preferible no existir. Nuestro

corazón no puede conformarse con un porvenir más allá del sepulcro que rebaja grandemente la dignidad de nuestro espíritu, que nos convierte en seres viles, traviesos y seductores, que ahoga cuanto hay de más noble y elevado en el fondo de nuestro ser.

»¿Cómo aquietar mi alma el pensamiento de que, después de la muerte, mi espíritu informará otros cuerpos que ni la razón ni la experiencia me pueden demostrar que existan?... ¿Puedo yo, espíritu inmortal, contentarme con una mera lucubración metafísica, cuando el alma a lo que aspira es a un ser real, verdadero e infinito bien?» (1).

---

(1) ANTONELLI, l. c., pág. 151.

CAPÍTULO VI

Pluralidad de mundos habitados o habitables

La cuestión de la metempsícosis nos conduce, como por la mano, a la de los mundos habitados o habitables. Queriendo J. Reynaud aplicar al destino humano la ley de la perfectibilidad, enseñó la metempsícosis en su libro titulado *Ciel et Terre,* que fué condenado por el Concilio de Périgueux en 1857. «Según este libro, dice M. Ravaisson, la Tierra no es más que el lugar de una de las existencias que en número indefinido habremos de recorrer sucesivamente en los diferentes mundos que pueblan los espacios» (1). Todos los espiritistas convienen en esta sentencia.

Según ellos, «de todos los globos que componen nuestro sistema planetario, la *Tierra* es uno de aquellos cuyos habitantes son los menos adelantados física y moralmente. *Marte* le es aún inferior y *Júpiter* le supera mucho bajo todos los aspectos. El *Sol* no está habitado por seres corpóreos, sino que viene a ser un punto de cita de los espíritus superiores, los cuales desde allí irradian hacia otros mundos que dirigen con la ayuda de los espíritus menos elevados, a los cuales se trasladan por medio del flúido universal. Como constitución física, el Sol es un foco de electricidad, y en posición idéntica se hallan, al parecer, todos los demás soles.

---

(1) *La Philosophie en France au XIX siècle,* 1889, pág. 50.

»El volumen de los planetas y sus distancias del Sol no tienen relación alguna necesaria con el grado de adelantamiento; pues si la tuviesen, Venus estaría más adelantado que la Tierra y Saturno más que Júpiter.

»Muchos espíritus que han animado personas conocidas sobre la tierra han dicho que están reencarnados en Júpiter. Entre las existencias terrestres y la de Júpiter han podido tener otras intermedias en las que se habrán mejorado; y, finalmente, en dicho mundo, lo mismo que en el nuestro, hay diferentes grados de desenvolvimiento, como en el nuestro entre los salvajes y el hombre civilizado. Por lo tanto, de que se habite Júpiter no se sigue que se esté al nivel de los seres más adelantados, ni más ni menos que no se es un sabio del Instituto porque se viva en París.

»Las condiciones de longevidad tampoco son en todos los globos las mismas que sobre la tierra, no pudiéndose comparar las edades. Habiendo sido evocada una persona que falleció hace algunos años, dijo que se halla encarnada seis meses hace en un mundo cuyo nombre nos es desconocido. Preguntada acerca de la edad que tenía en este mundo, respondió: «No puedo apreciarla, porque no contamos como vosotros. Además, la manera de existir no es la misma, y aquí nos desarrollamos con mucha más prontitud; por lo que, si bien no hace más que seis de vuestros meses que yo me hallo en este punto, puedo decir que en cuanto a inteligencia tengo treinta años de la edad que tenía sobre la tierra.»

»Muchas respuestas análogas a éstas han dado otros espíritus, lo que a juicio de los espiritistas nada tiene de inverosímil. ¿No vemos en la tierra, dicen, multitud de animales que en algunos meses adquieren todo su desarrollo normal? ¿Por qué no puede suceder lo propio al hombre de otras esferas? Nótese, además, que el desarrollo que el hombre ha adquirido a los treinta años en la tierra, puede no ser más que una especie de infancia comparada

con aquel que debe alcanzar; sería tener la vista muy corta para considerarnos en todo por los tipos de la creación, y rebajamos la Divinidad creyendo que fuera de nosotros no hay nada que le sea posible» (1).

Como se ve, los espiritistas creen que los mundos planetarios están habitados. Es consecuencia de la doctrina de la metempsícosis. Pero hay que distinguir aquí, desde luego, tres cuestiones: 1.ª, si dichos centros pueden ser habitados; 2.ª, si de hecho están habitados; 3.ª, por quiénes. En seguida veremos que algunos planetas, al menos, son habitables. Acerca de si están habitados, no hay argumento ninguno concluyente en pro ni en contra, y puede sostenerse libremente ante el dogma y ante la ciencia cualquiera de las dos sentencias.

Pero a los que defienden la afirmativa hay que preguntarles por quiénes suponen estar habitados, porque la respuesta puede originar consecuencias muy diversas. Decir que aquellos mundos están habitados, que sus habitantes son individuos poco más o menos como los de la tierra, superiores o inferiores a nosotros, podrá o no ser afirmación gratuita, pues no queremos prejuzgar ahora la cuestión, pero no está en pugna con la fe cristiana; mas afirmar, como afirman los espiritistas, que aquellos habitantes están animados por las almas que han informado en esta vida nuestros cuerpos, es una herejía que está en oposición con el dogma católico, según se ha visto al hablar de la metempsícosis.

Ocasión oportuna nos parece ésta para exponer la habitabilidad de los planetas; tanto más cuanto que generalmente los autores o la pasan por alto o la tratan ligeramente o con poca precisión científica, o sólo bajo el aspecto pío u oratorio. Dicho se está que

---

(1) *El espiritismo* (de la Biblioteca Económica de Andalucía), l. c., pág. 52.

de tocarla hay que dilucidarla con relativa detención, ya por la importancia y actualidad de la materia, ya por la extensión que por sí misma tiene.

Y, a la verdad, desde aquella memorable noche en que Galileo, dirigiendo hacia Venus y la Luna el primer anteojo astronómico que acababa de idear, descubrió nuevos espacios poblados de mundos, hízose singularmente interesante y curiosa la cuestión de los planetícolas.

Es esta una cuestión importante, porque en el caso de que hubiera habitantes transatmosféricos, no podría menos de interesar al hombre que habita en la tierra la suerte de los planetícolas. No carece de importancia, ni aun en el supuesto de que no los haya, porque es cuestión que puede ser estudiada desde tres puntos de vista importantes que miran a las ciencias experimentales, a la filosofía y a la religión.

Pluralidad de mundos habitables

Para la perfecta inteligencia de la cuestión hay que precisar la significación de las palabras mundo y planetícola. La palabra mundo tiene varios sentidos: 1.° En sentido *figurado* significa uno de los enemigos del alma. — 2.° En sentido *impropio* se suele aplicar al mundo de lo invisible, al mundo de los espíritus. — 3.° En sentido *propio*, pero *vulgar*, equivale a la Tierra que habitamos. 4.° En sentido propio, pero *astronómico*, se da el nombre de mundo a cualquier sistema sideral cuyo centro sea una de las llamadas estrellas fijas, o a nuestro sistema planetario, cuyo centro es el Sol. — 5.° En sentido propio, pero *lato*, representa el conjunto de todos los seres creados, incluso los espíritus. — 6.° En sentido

propio y *estricto* significa el conjunto de los seres visibles o corpóreos unidos entre sí y sujetos a un orden universal.

Tomamos ahora la palabra mundo en sentido astronómico, es decir, en el cuarto de los sentidos indicados, para resolver la cuestión de los *planetícolas*, llamada también del *poligeísmo* o de mundos habitados o habitables.

Con el nombre de *planetas* se suele significar en esta cuestión el Sol, centro de nuestro sistema planetario, los planetas propiamente dichos y sus satélites, especialmente la Luna.

Por *planetícolas* entendemos aquí seres inteligentes y libres que, como nosotros, nacen, crecen, se multiplican y mueren. No es esto decir que hayan de presentar las mismas condiciones físicas, intelectuales y morales, porque puede haber diferencias accidentales de raza y variedad. Más aún: pudieran diferir de nosotros específicamente, perteneciendo ellos a una especie o especies superiores a la humana que puebla la tierra y siendo inferiores a los ángeles.

Cuando se pregunta si hay habitantes en los planetas no se trata de averiguar precisamente si los hay en todos los planetas, sino si los hay, por lo menos, en alguno o algunos.

Tampoco se pregunta exclusivamente por la habitabilidad actual y simultánea de dichos planetas, sino también por su habitabilidad sucesiva, de modo que ahora pudieran ser habitados unos planetas y después otros.

Finalmente, la cuestión de la habitabilidad se puede formular en dos sentidos: en orden a la posibilidad absoluta o *metafísica* y en orden a la posibilidad hipotética o *física*. En el primer sentido se puede preguntar: ¿es posible, metafísicamente, que haya habitantes en los planetas? En otros términos: ¿puede Dios, con su omnipotencia, crear seres inteligentes, aptos para vivir en los planetas bajo aquellas condiciones de frío y de calor?

Tomada la cuestión en este sentido, no hay ninguna dificultad para resolverla afirmativamente, porque Dios puede hacer todo lo que no envuelve contradicción, y en ello no la hay. En efecto, ¿no pudiera Dios, haciendo un milagro perpetuo, conservarlos sanos y robustos en el foco mismo del Sol como conservó a los tres jóvenes en el horno de Babilonia? Por consiguiente, en este primer sentido no se puede poner en duda la habitabilidad de los planetas.

. En el segundo sentido se puede preguntar: ¿se encuentran en los planetas las condiciones biológicas de la tierra o parecidas a las de ésta? O bien, partiendo de la habitabilidad de nuestro planeta, único en el que nos es dable conocer bien las condiciones biogénicas de la naturaleza, ¿podemos deducir la habitabilidad de los demás planetas? A esta pregunta creemos que se puede responder:

1.° Que son habitables Mercurio, Venus y Marte, dadas las buenas condiciones biogénicas de estos tres planetas.

2.° Que no parecen habitables ni el Sol, por exceso de calor, ni Urano y Neptuno, por exceso de frío.

3.° Que es prudente suspender todo juicio acerca de la habitabilidad de Júpiter, Saturno y la Luna. Veamos de fundamentar científicamente estas proposiciones, comenzando por el Sol.

Razones en contra de la habitabilidad del Sol. — Para evidenciar que no es habitable el Sol, basta considerar la enorme cantidad de energía calorífica del foco solar. Y si bien es verdad que ni la física ni la termodinámica cuentan todavía con medios a propósito para resolver satisfactoriamente y con exactitud este problema, se van, sin embargo, coleccionando multitud de datos y observaciones actinométricas.

Notemos, pues, primero la cantidad de calor que del astro central llega a la tierra, y luego la cantidad de calor solar en su mismo foco. En cuanto a lo primero Pouillet ha calculado con el pirheliómetro el calor que el Sol envía a la Tierra en el transcurso de un año, y viene a ser de más de «3,000 trillones de calorías», o sea, un calor capaz de derritir «38 trillones de kilogramos de agua congelada».

Según Herschel, la temperatura de la superficie terrestre irradiada por el Sol en un año equivale a la suma de 800,000 billones de grados centígrados. Esta temperatura equivale, en termodinámica, a muchos billones de calorías, y en mecánica, a varios trillones de caballos de vapor.

Este es el valor del calor solar recibido en la Tierra en un año, fuerza capaz de poner en movimiento continuo cuantas máquinas y locomotoras, fábricas y talleres ha inventado la industria humana.

Pasemos ahora a lo segundo, es decir, a determinar el calor solar en el mismo foco del Sol. He aquí algunos datos cuya discrepancia indica claramente que este problema no está aún resuelto:

1. La ley de Dulong asigna para cada punto de la superficie solar . . . . 1,500° centígs.
2. La de Pouillet. . . . . 1,600° »
3. La de Châtellier . . . . . 7,600° »
4. La de Rossetti. . . . . 10,000° »
5. La de Secchi . . . . . 10.000,000° »
6. La de Newton, también millones
7. La cifra más exacta parece ser la de Stefan, que asigna al Sol la temperatura de 5,836 grados absolutos. La ley de Wien es

también muy aproximada a la fórmula de Stefan, pues atribuye al Sol la temperatura de 5,880 grados absolutos (1).

Determinemos. — Como la intensidad del calor está en razón inversa del cuadrado de las distancias, y la distancia del Sol a la Tierra es de 37 millones de leguas, o sea 23,000 radios terrestres, si tomamos por unidad de longitud el radio terrestre, el calor solar en su foco será de $23{,}000^2 = 529.000{,}000$ de veces más intenso que en la Tierra.

De otra manera. — Figurémosnos una esfera cuyo centro sea el Sol, y cuyo radio sea la distancia que hay del Sol a la Tierra. El calor solar llegará con la misma intensidad a todos los puntos de la periferia y, por lo tanto, con la misma intensidad que a la Tierra.

El área de la superficie de esa gran esfera tiene más de 150,000 billones de kilómetros cuadrados. De toda esa extensión no llega a 129 millones de kilómetros el ocupado por la Tierra. Ahora bien, el calor que el Sol irradia en todas direcciones a la distancia de 150 millones de kilómetros es superior 1,230 millones de veces al interceptado por la tierra.

O bien, según los cálculos de Siemens: el calor que emana del Sol cada hora es suficiente para fundir una capa de hielo de 720 metros de espesor que cubriese toda la superficie solar, o para quemar una capa de hulla de la misma extensión y de un espesor de 3 metros. Si, pues, se multiplica por 3 el número de horas que tiene el año, resulta que el calor emitido por el Sol durante un año equivale al que resultaría de la combustión de una capa de hulla

(1) Véase a este propósito un artículo muy bien escrito en la excelente revista *Ibérica*, 19 de junio de 1915, pág. 394, por E. Almeida, S. J.

igual a la superficie del Sol y de 27 kilómetros de espesor. Con dicha cantidad de hulla podrían formarse 243 globos iguales, cada uno en volumen, al volumen de nuestro globo.

Nótese, sin embargo, que estos datos y cálculos serían exactos si el Sol se encontrase en un punto que fuese vértice de un cono, cuyas generatrices fuesen tangentes al globo terráqueo; mas debe tenerse presente que el globo terráqueo es calentado a la vez, si bien con distinta intensidad, por todos los puntos de la superficie solar del hemisferio que mira a la Tierra. De donde resulta que el calor en cada punto de la superficie solar no llega al que representan los datos anteriores. En conclusión, no obstante esta última diferencia, parece evidente que no es habitable el Sol, porque su encendido calor destruiría los gérmenes de vida.

Razón en pro de su habitabilidad. — Claro está que si toda aquella cantidad de calor residiese en todas y cada una de las partes del globo y núcleo del Sol, sería imposible habitarlo; pero he aquí que no sucede así, dicen los partidarios de su habitabilidad, como son los que siguen la teoría del astrónomo inglés Wilson acerca de la constitución física del Sol, modificada por Bode y por Herschel.

Esta teoría, en sustancia, viene a colocar la capa luminosa y calorífica del Sol en el exterior; «enfría y solidifica la masa interna, y en ella, con generosa mano, esparce la vegetación y la vida; preserva a los pobladores del astro-rey de la radiación de la fotoesfera por una gruesa capa de nubes dotada de la facultad de absorber el calor, y los protege como con una especie de pantalla esférica que refleja al espacio cuanta luz y calor pudieran dañar a sus moradores. No se puede negar que esta concepción de la constitución física del Sol es, como dice el autor de *Las Teorías*

modernas de la Física (1), «por todo extremo gratuita y más novelesca que científica».

Por lo demás, este Sol tan poéticamente fingido, y cuyas partes se suponen perfectamente acomodadas por Herschel para poder servir de moradas al hombre, pudo haberse admitido, como un capricho, por espacio de unos sesenta años, hasta que, a mediados del siglo XIX, Bunsen evidenció con su espectroscopio la falsedad de esta concepción poética y la inhabitabilidad del Sol, demostrando: α) la ausencia de oxígeno en el Sol, β) que su excesivo calor no permite ni fuera ni dentro de aquel foco central ninguna combinación química, γ) y que se opone a la permanencia de gotas líquidas y a la formación de sólidos, llegando a volatilizar los metales mismos.

MERCURIO

En el planeta Mercurio, mensajero de los dioses, según la fábula, por su proximidad al Sol, conviene estudiar la intensidad del calor que recibe del Sol. Pues bien:

Dista del Sol la Tierra 148 millones de kilómetros
» » » Mercurio 58 » » » (2).

Pero la intensidad del calor está en razón directa de su proximidad al foco e inversa del cuadrado de la distancia; tomando

---

(1) José Echegaray: *Las Teorías modernas de la Física*, primera serie, tercera edición, y segunda serie, 1883.

(2) Al calcular las distancias de los planetas respecto del Sol, se nota bastante divergencia en los autores. Hemos escogido las cifras que nos han parecido más aproximadas a la realidad o las en que la divergencia parece menor en los autores.

como unidad la intensidad del calor solar que recibe la Tierra, podremos formar la siguiente proporción:

El cuadrado de 148 es al de 58 como 1 es a x ($148^2 = 21{,}904 : 58^2 = 3{,}364 :: 1 : x$); luego $x = 6'51$.

Es decir, que la intensidad del calor solar en Mercurio es seis veces y media mayor que en la Tierra. Luego, si suponemos en la Tierra el calor ordinario de 15°, en Mercurio calentará como 100°.

Según este cálculo, parece demasiado intenso el calor de Mercurio para que éste pueda ser habitado. Sin embargo, también parece que este calor se modera mucho en Mercurio por las condiciones físicas en que se encuentra este planeta, a saber, la de estar rodeado de una atmósfera muy densa y cubierto de nubes y cadenas de montañas mucho más elevadas que las nuestras.

Además, si para algunas regiones de la Tierra se puede suponer que el promedio del calor es 15°, para otras se puede suponer que es mucho menor, verbigracia, 5°, y para otras, en cambio, mucho más, verbigracia, 25°. Si lo primero, en Mercurio resultaría el promedio 32° (soportable); si lo segundo, 162° (insoportable).

En atención a estas circunstancias, puede afirmarse que es habitable Mercurio, al menos en algunas regiones.

VENUS

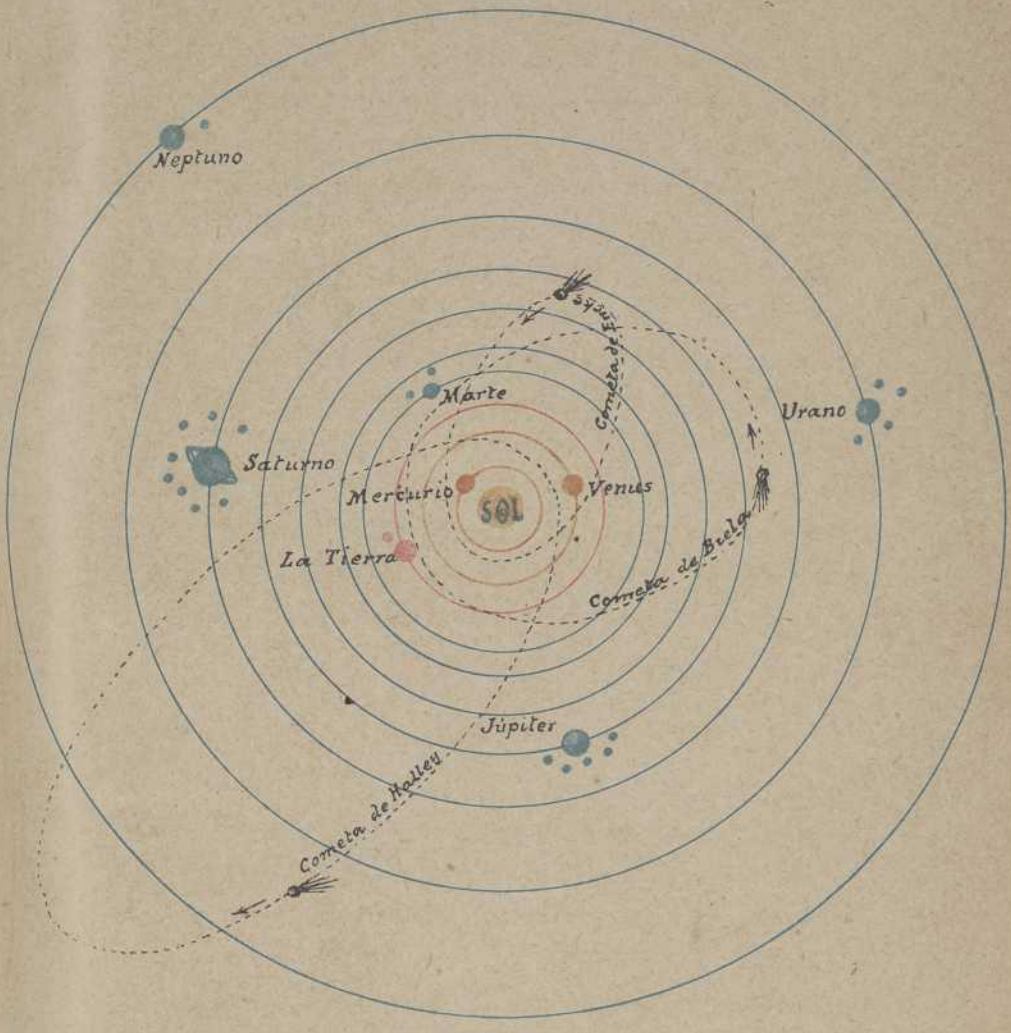
Venus, nombre de la diosa de la hermosura según la mitología y aplicado a este planeta por su bello aspecto, recibe del Sol dos veces más calor que la Tierra, según lo demuestra el siguiente cálculo:

Dista del Sol unos 100 millones de kilómetros. Tendremos, pues:

El cuadrado de 148 es al de 100 como 1 es a x ($148^2 = 21{,}804 : 100^2 = 10{,}000 :: 1 : x$); luego $x = 2'19$.

Esto es, que en Venus el calor es dos veces más intenso que

Sistema planetario solar



en la Tierra. Como se ve, difiere poco de la Tierra en orden al calor. Por otra parte, está erizada de esbeltas montañas y cubierta casi siempre, de nubes. Por tanto es habitable.

MARTE

Marte es nombre del dios de la guerra, según la mitología y aplicado a este planeta por el color de sangre que tiene su luz. Distando del Sol unos 240 millones de kilómetros, resulta el siguiente cálculo:

El cuadrado de 148 es al de 240 como 1 es a x ($148^2 = 21{,}904 : 240^2 = 57{,}600 :: 1 : x$); luego $x = 2'62$.

Quiere decir que en Marte el calor es dos veces menos intenso que en la Tierra (1). Parece, pues, bajo este aspecto, habitable. Por otra parte, el P. Secchi vió en el espectro de la luz marcial líneas semejantes a las del vapor de agua de nuestra atmósfera. Además, notó Vogel líneas que coinciden con las del espectro de absorción de la atmósfera terrestre.

Así puede aceptarse que Marte tiene una atmósfera que por su composición no difiere esencialmente de la nuestra, y que debe de ser rica sobre todo en vapor de agua: atmósfera cuya altura, según algunos cálculos, vendrá a tener uno 28 kilómetros (2). Todo

---

(1) Nótese que, habiéndose dicho en la conclusión de los dos cálculos anteriores *más* intenso, ahora (y en los cálculos siguientes) decimos *menos* intenso. La razón salta a la vista, porque, como se ve en la figura, Mercurio y Venus están más cerca del Sol que la Tierra, mientras que Marte y los otros planetas están más lejos del Sol que la Tierra. De donde resulta que, así como deducíamos en los dos primeros que era tanto *más* intenso el calor que en la Tierra, así en estos deducimos que lo es tanto *menos* (o, si se quiere, que es tanto más intenso el frío). En otros términos, que cambian los signos respecto de los planetas, según se hallen a uno u otro lado de la Tierra.

(2) Véase en el *Boletín Meteorológico* de Noherlesoom los artículos escritos por D. Miguel Saurina sobre la pluralidad de mundos habitados.

lo cual viene a confirmar las afirmaciones de los astrónomos respecto de la meteorología de Marte: mares, nubes, lluvias, etc., y tal vez auroras boreales que iluminarán las interminables noches de los polos.

Más aún: «el tener los grandes océanos de los dos hemisferios de Marte comunicación entre sí no más que por dos estrechos y largos mares paralelos, manifiesta que dominarán en este planeta los vientos alisios. El estío derretirá los hielos y nieves del polo respectivo, ocasionando una exuberancia de agua que correrá hacia las zonas templadas y el ecuador para llenar el vacío promovido por la evaporación; y como los vientos siguen, por lo general, las corrientes marítimas, reinará en verano el viento norte y en invierno el viento sur» (1).

Para terminar, dice, a propósito de la meteorología de Marte, un escritor competente en esta materia: «La atmósfera de Marte es menos densa que la de la Tierra; el nivel de aquellos mares se halla también, proporcionalmente, más bajo que el de los nuestros; las costas son allí más accidentadas que las de aquí. Atendiendo a esto, se cree que las aguas del planeta en cuestión han disminuído proporcionalmente muchísimo más que las de nuestro océano. Esto, dicen, es porque Marte es más viejo, lleva más años de existencia individual que la morada del hombre.

»Cuando la Tierra llegue a esa edad de vejez manifiesta, también nuestros mares se habrán retirado a las últimas profundidades de sus lechos. Según esto, Neptuno, que es el primogénito entre los planetas conocidos, ya no debe de tener más que los huesos y éstos extremadamente duros; debe de estar completamente seco y sin jugos de ninguna clase. Urano pasa ya de la edad madura, y lo mismo, proporcionalmente a la fecha de su nacimiento, debe

---

(1) Saurina, ibíd.

de ocurrir a los demás hijos del Sol. De modo que Venus y Mercurio hállanse todavía en el período de pubertad, jóvenes y retozones, mientras que a la Tierra podemos empezar a tratarla como a una verdadera abuela.»

Finalmente, añade cuerda y atinadamente el mismo escritor: «Es prodigioso lo que acerca de estas cuestiones... ha llegado a fantasear la imaginación de algunos cuyos discursos inspiran compasión al comparar las bellezas de no pocas de sus concepciones con la frialdad positivista de muchas de sus consecuencias» (1). En resolución, Marte parece habitable.

JÚPITER

Júpiter, el dios del cielo, según la fábula, es un globo colosal, el mayor de los planetas, pues excede en masa y volumen a todos los demás juntos; es también el más brillante, excepto Venus.

Dista del Sol 773 millones de kilómetros. De donde:

El cuadrado de 148 es al de 773 como 1 es a x ($148^2 = 21{,}904 : 773^2 = 597{,}529 :: 1 : x$); luego $x = 27$.

Es decir, que la cantidad de calor recibida en Júpiter es 27 veces menor que en la Tierra. No parece, pues, habitable por el rigor de su frío.

Sin embargo, los partidarios de los planetícolas dicen que aun cuando la cantidad de calor y luz esparcida por el Sol en la superficie de Júpiter es 27 veces menor, pero que esta cantidad está distribuída en una proporción constante e invariable en cada grado de latitud desde el Ecuador a los Polos; — que el mundo de Jú-

(1) Véase en *La Ciudad de Dios*, «Astronomía» (1894), varios artículos por el P. Angel Rodríguez.

piter no está sometido, como el nuestro, a las vicisitudes de las estaciones ni a las bruscas alternativas de la temperatura, sino que reina en él una eterna primavera; — que los vientos alisios hacen correr templadas brisas en regiones intertropicales; — que soplan benéficos y saludables vientos sobre aquellos campos lejanos; y creen ver en sus mediterráneos y en sus entrecortados océanos los puntos de unión que enlazan a los pueblos y que son el vehículo del comercio internacional. Si así fuera, sería ciertamente habitable.

SATURNO

Diósele este nombre por tener una luz pálida, lívida y azulada, como el plomo que le estaba consagrado.

Dista del Sol unos 1,440 millones de kilómetros. De donde:

El cuadrado de 148 es al de 1,440 como 1 es a x ($148^2 = 21,904 : 1,440^2 = 2.073,600 :: 1 : x$); luego $x = 94$.

Es decir, que recibe del Sol 94 veces menos calor y luz que la Tierra. Según este cálculo, parece que no reúne condiciones de habitabilidad.

Y, con todo, los partidarios de los planetícolas se hacen lenguas de la magnificencia del espectáculo de la creación en este globo, donde los juegos de la naturaleza por entre los misteriosos anillos deben ser para sus habitantes de una esplendidez sin igual.

«Los anillos, dice un discípulo de Fourier (1), proporcionan un otoño fresco a las zonas ecuatoriales del planeta. Este otoño es una estación en que el tiempo está cubierto; a saber: en el medio-

---

(1) Citado por PUJOÁN: *Los astros habitados*, pág. 206.

día, para los países que están cerca de uno de los bordes de la sombra; por la tarde y por la mañana, para los que están hacia el borde opuesto de la sombra; todo el día, para los restantes. Pero esto no es noche, y el gran espesor de la atmósfera es suficiente para conservar en estas regiones una temperatura dulce... Se pudieran concebir correspondencias telegráficas entre los habitantes de los anillos y los del planeta, de lo que resultaría una utilidad considerable...» También aquí nos vemos precisados a suspender nuestro juicio sobre la habitabilidad de Saturno.

URANO

Urano (de la palabra griega οὐρανός, cielo, por su luz azulada) fué descubierto por Herschel en 1781.

Dista del Sol 2,900 millones de kilómetros. De donde:

El cuadrado de 148 es al de 2,900 como 1 es a x ($148^2 = 21{,}904 : 2{,}900^2 = 8.410{,}000 :: 1 : x$); luego $x = 383$.

Es decir, que el calor y luz de Urano son 383 veces menores que en la Tierra. Según este dato, no parece habitable.

Por otra parte, la observación telescópica no ha podido hasta el presente, a causa de su inmensa distancia, distinguir cosa alguna en su superficie que venga en apoyo de su habitabilidad.

NEPTUNO

Neptuno, el último planeta conocido del sistema, fué descubierto en 1846 por el cálculo del astrónomo francés Leverrier y por las observaciones del berlinés Galle.

Dista del Sol 4,400 millones de kilómetros. De donde:

El cuadrado de 148 es al de 4,400 como 1 es a x ($148^2 = 21,904 : 4,400^2 = 19.360,000 :: 1 : x$); luego $x = 882$.

Es decir, que el calor y luz de Neptuno son 882 veces menores que los de la Tierra; y como no tenemos otros datos, hasta ahora, a favor de su habitabilidad, podemos decir que no parece habitable.

CAPÍTULO VII

Selenografía

En orden a la cuestión de las «humanidades planetarias» ocupa lugar preferente la Luna, satélite de la Tierra; razón por la que nos fijaremos con alguna mayor detención en la *selenografía,* estudiando las condiciones meteorológicas, ópticas y acústicas de su habitabilidad.

Examen de las condiciones meteorológicas. — Este examen se reduce a averiguar si en la Luna hay atmósfera, porque si ésta existe, habrá humedad, vientos, agua, ríos, etc.; si ésta no existe, reinará la inmovilidad y el silencio de la muerte.

Pues bien, sin atmósfera no hay vida; es así que en la Luna no hay atmósfera; luego no hay vida.

Por lo que hace a la mayor de este silogismo, sin atmósfera, o sea, sin un medio flúido, elástico, móvil, que sostenga y renueve los organismos, la vida parece imposible, y aun admitida por un momento la posibilidad, ¡qué vida tan pobre, tan embrionaria la de semejantes seres! De nada serviría para el caso la mera posibilidad absoluta de la vida en estado latente y aun la posibilidad de alguna manifestación de la vida; pues para que una región sea

habitable es preciso que haya condiciones suficientes para el ejercicio normal y constante de la vida en sus tres manifestaciones de nutrición, crecimiento y generación.

Sin atmósfera no puede haber líquidos, porque en el vacío se vaporarían; no puede haber gases en el interior de los líquidos, pues bien pronto traspasarían su envolvente, dispersándose en el espacio. Luego en vano buscaríamos en semejantes seres corazón que lata o palpite, sangre que circule, pulmón que se dilate; sus organismos serían enteramente sólidos como las piezas de una máquina de vapor.

Viniendo a la menor, se pregunta: ¿Tiene atmósfera la Luna? ¿Hay alrededor de su parte sólida, en los cráteres de sus volcanes, sobre las altas y dentadas barreras de sus anchurosos circos o de sus gigantescas montañas, un aire, un vapor, un flúido móvil, elástico, parecido al de nuestra atmósfera?

Muchos medios hay de resolver este problema, como son: 1.°, la presencia de nubes; 2.°, la ocultación de estrellas; 3.°, los crepúsculos lunares; 4.°, el análisis espectral. Todos los cuales suministran otros tantos argumentos contra la existencia de la atmósfera lunar.

Argumento deducido de la falta de nubes. — Si hubiera atmósfera en la Luna, se formarían nubes; la presencia de una nube lunar nos revelaría la parte del Sol delante de la cual se proyectara, y su desaparición la haría ver de nuevo; ahora bien, semejantes fenómenos no se observan en el suelo lunar.

Hemos dicho que si hubiera atmósfera, se formarían nubes. En efecto, si la Luna se hallase rodeada de capas gaseosas, es probable que en el centro de esas capas las variaciones de la temperatura, procedentes del movimiento de las diversas regiones lunares con relación al Sol, produjeran condensaciones de vapor análogas

a nuestras nubes. La precipitación de esa masa vaporosa por el enfriamiento, su evaporación por un momento de calor, y, en fin, las corrientes aéreas de la masa atmosférica no podrían dejar de producir movimientos continuos y, por consiguiente, nubes, como sucede en la Tierra.

Argumento deducido de la ocultación de estrellas. — Si hubiera atmósfera en la Luna, al atravesarla se refractarían los rayos luminosos de la estrella, y, por consiguiente, se adelantaría el momento de la aparición y se retardaría el de la desaparición de la estrella; pero es así que, según nos lo asegura el cálculo, ni se adelanta ni se atrasa; luego...

Para que se vea con claridad la verdad de las premisas y la ilación de este argumento, basta tener presente que los gases, los vapores y, en general, todos los cuerpos transparentes gozan de una propiedad conocida en física con el nombre de *refringencia*. Cuando un rayo de luz viene a atravesarlos, se desvía en su marcha y se quiebra, de manera que cuando llega, al ojo, hace aparecer el objeto del cual emana, en otro sitio distinto del que ocupa en realidad, fenómeno conocido con el nombre de *refracción*.

Si la Luna, pues, estuviese dotada de una atmósfera, ésta quebraría los rayos luminosos que la atraviesan refractándolos. Según esto, la interposición de una atmósfera lunar entre nuestro satélite y una estrella daría por resultado retardar el momento de la desaparición de esta última y adelantar el de la aparición, abreviándose, de este modo, el período del eclipse estelar. Ahora bien, el movimiento de la Luna sobre el fondo estrellado del cielo está ya calculado de antemano con una extrema precisión; las fórmulas y las tablas permiten valuar el tiempo exacto que una estrella debe invertir en recorrer detrás del limbo lunar la cuerda que marca la porción invisible de su ruta; siendo de notar que en esas tablas sólo

se han tenido en cuenta el movimiento de la Luna y las dimensiones de su parte sólida, y, sin embargo, son fidelísimas (1).

Argumento deducido de los crepúsculos lunares. — Si hubiera atmósfera en la Luna, hallándonos a tan corta distancia de ella, sería fácil reconocer los crepúsculos, de modo que la línea de separación de la luz y de la sombra, en vez de presentarse claramente truncada, debería fundirse en un tinte luminoso de intensidad decreciente hacia la parte oscura del disco; y, sin embargo, no sucede tal cosa.

Argumento suministrado por el análisis espectral. — Sabemos por la física que, recogiendo la luz de cualquiera estrella y haciéndola pasar por un prisma cristalino, se obtiene una especie de pequeño arco iris, a que en física se llama *espectro luminoso*; pues bien, cuando la luz del astro, antes de llegar a nosotros, atraviesa la atmósfera o una masa gaseosa, se altera su espectro, pierde alguno de sus colores, se dibujan en la cinta irisada rayas negras que demuestran la presencia de un gas, y que por su posición lo determinan. Pero es así que, al aproximarse en el campo del cielo la estrella del experimento al borde de la Luna, y rozar sus rayos con nuestro satélite, no se altera su espectro, ni pierde color alguno, ni se dibujan en él las rayas negras, signo característico de toda atmósfera. Luego no hay atmósfera en la Luna.

Examen de las condiciones ópticas. — Sábese que la luz de la Luna no es otra cosa que la del Sol reflejada en el espacio y hacia la tierra por el suelo de nuestro planeta. Ahora bien, Wollaston observó que la luz de la Luna llena, comparada con la luz del Sol, es tan insignificante que se necesitaría reunir unas 800,000 lunas llenas para producir la claridad del día, hallándose el cielo completamente sereno. De donde parece deducirse que la luz de la

(1) Véase PIJOÁN, l. c.

Luna, como escasísima que es, no es suficiente para el ejercicio de una vida normal y constante.

En confirmación de esto, un eminente matemático (1) viene a decir en sustancia que los días de la Luna son como noches, que más bien que días deben llamarse noches los días de la Luna, pensamiento que él desarrolla, poco más, poco menos, del modo siguiente: sobre este nuestro planeta, aunque viejo o eternamente virginal, hay un aire, y este aire es azul y transparente, y la luz del sol se esparce por él, y en él nos finge esa bóveda celeste que nos oculta lo que hay detrás de ella, es decir, un espacio negro y espantoso, cuya vista convertiría como en noches nuestros días.

Por el contrario, trasladándonos con la imaginación a la Luna, contemplemos el Sol desde ella. En la Luna, donde la atmósfera, donde esa gasa azul no existe, en expresión de Echegaray, es de día, es verdad, pero el Sol no campea en un cielo azul, sus rayos llegan a ella como saetas de fuego, sin atravesar una capa atmosférica que los amortigüe. Aun los que admiten la existencia real de la atmósfera de la Luna reconocen que ésta debe de ser muy tenue. Por consiguiente, poca resistencia puede ofrecer a los rayos directos y ardientes del Sol. Por eso, allí no es el Sol broche de oro, como dice el poeta, que suspende el flotante velo en el espacio; es la boca de un horno que quema más que alumbra, que se destaca sobre un firmamento negro, absolutamente negro, aunque tachonado de innumerables puntos brillantes, porque en pleno día se ven las estrellas a las que no oscurece la luz difusa de la atmósfera, y el negro fondo del espacio se ve negro, tal como es.

Es verdad que la imaginación apenas llega a fingir tanta sombra al lado de tanta luz, sin que luz y sombras se mezclen y se

---

(1) Don José Echegaray, obra citada.

fundan. Sin embargo, la física demuestra que así debe suceder. Porque así como en un cuarto oscuro un rayo de luz que entre dibuja una línea luminosa, dejando lo demás en sombra, así también, pero por manera más perfecta, el aspecto del Sol visto desde la Luna es columna ardiente que, como espada de fuego, rasga y atraviesa los pavorosos senos del espacio, dejándolos tan negros y tan sombríos como son. Según esto, en espacios tan sombríos brillarán más las estrellas que en nuestro planeta, conforme a aquello de que *opposita juxta se posita magis elucescunt*.

Así que, si desde la Luna contempláramos el fondo densamente sombrío del cielo, salpicado de innumerables puntos de luz estelar, nos parecería, según la bella comparación del citado matemático, como esos mantos de terciopelo negro con estrellas de plata que caen de los hombros de las Dolorosas. He aquí por qué sólo en este sentido se ha dicho que, más bien que días, pudieran llamarse noches los días de la Luna. Estos días, añade el citado escritor, ofrecen otra particularidad, y es que para ser todo exagerado y monstruoso en nuestro satélite, catorce días está el Sol sobre el horizonte, y de repente, sin crepúsculo ni medias tintas, sin cortinajes de carmín que cubran el lecho del astro rey, como dice el poeta, viene la noche, no más negra en verdad que lo fué el día.

Examen de las condiciones acústicas. — De la negación de la atmósfera lunar síguese que en ella reina un silencio sepulcral; porque donde no hay aire no se percibe ningún sonido, como se demuestra en la acústica con el conocido aparatito de relojería. «Silencio sepulcral e inmovilidad o reposo interrumpido solamente por alguna vieja roca calcinada que silenciosa se desprende del vértice de la montaña y silenciosa rueda al fondo del abismo, como si temiera turbar el fúnebre reposo de aquel astro muerto. He aquí el único accidente que turba la calma de aquellas soleda-

des» (1). En este sentido puede decirse que si hubiera habitantes en la Luna, la Luna sería la mansión de los sordos.

No examinamos las condiciones *topográficas* de la Luna porque no ofrecen ninguna particularidad para hacer luz en la cuestión presente, si no es que: 1.°, sus montañas vistas, como dicen, con telescopios de mediana potencia ofrecen un bellísimo panorama a medida que les va iluminando el Sol en un día nítido y sereno; 2.°, que los llamados mares de la Luna no son propiamente mares, sino unas grandes manchas parduscas a que los astrónomos han dado aquel nombre por analogía de proporción con los verdaderos mares; 3.°, que igualmente los impropiamente denominados golfos, lagos, lagunas de la Luna, son también ciertas manchas sombrías más pequeñas que los supuestos mares proyectan sobre sus fantásticas riberas o en su misma prolongación.

Séanos lícito terminar esta parte con dos trozos galanamente poéticos del autor de *Las Teorías modernas de la Física* (2):

«No levantemos, pues, los ojos a la Luna buscando luz y aire, buscando una bóveda celeste como la nuestra y nuestras alboradas de abril y mayo con sus divinos arreboles y sus blancos velos de vaporosas neblinas, y nuestro Sol poniente con sus celajes de oro y púrpura, y nuestro espléndido y limpio cielo, abrillantado por la luz del mediodía...; nada de esto encontraremos, porque nada de esto hay donde no existe esa gasa azul que oculta las sombras con bellos colores.

»En vano fuera buscar en la Luna nuestros hermosos bosques, nuestras verdes praderas, el árbol que mece su espléndido penacho en el aire, la flor que desprende sus perfumadas emanaciones, ni siquiera el mar con su magnífico horizonte y su espumoso oleaje,

(1) L. c.
(2) Ibíd.

ni el río con su clara corriente, ni el arroyo sobre cuya linfa solloza la caña; nada de esos admirables movimientos de un ser vivo, nada de esa eterna y misteriosa palpitación, de ese divino cántico de la naturaleza, cuyas armonías mejor se sienten que se explican. No, en la Luna ni aguas ni mares, ni ríos, ni vida vegetal; todo es árido, todo está seco, *todo es piedra;* más que un astro vivo es la escultura, la imitación en basalto, y si se permite lo absurdo de la imagen, el busto en piedra de un mundo. Quizá un Fidias colosal encontró en el espacio algún enorme trozo de globo roto, y esbozó en él a *montañazos* los primeros lineamentos de un mundo: después lo dejo ir.» Veamos ahora las razones y autoridades en pro de la atmósfera lunar.

Habitabilidad de la Luna

Argumentos negativos en pro de la atmósfera lunar. — He aquí cómo responden los *selenícolas* a los argumentos aducidos, «los cuales, aunque sean sólidos y científicos, dice el señor Pijoán, no me convencen (1).

»El primero no basta para justificar completamente la ausencia de una envoltura gaseosa; lo que de él se deduce directamente es que la atmósfera lunar no contiene, en manera alguna, vapores susceptibles de condensación vesicular. Además, esa atmósfera ¿no puede tener siempre una transparencia completa? ¿Acaso no pueden darse atmósferas más que con las condiciones de la nuestra?

»El segundo tendría fuerza si el diámetro aparente del disco lunar estuviera medido y se conociera con una precisión suficiente. Pero esto no es así, como se verán obligados a confesarlo los

---

(1) *Los astros habitados*, pág. 184.

mismos que proponen el argumento. Quizá cobraría éste fuerza, si midiendo, como decía Arago, la distancia de una estrella ocultada a otra estrella próxima, se observara un poco antes de la ocultación, que disminuía progresivamente esa distancia misma. Pero no sabemos si este método se ha puesto en práctica.

»En cuanto al tercero, sabemos ya que Schroeter observó un crepúsculo lunar, asegurando haber visto en la extremidad de los cuernos del creciente una claridad que iba debilitándose hacia la parte obscura del disco. Esta claridad no podía, en manera alguna, confundirse con la luz cenicienta, por haberse observado en el momento en que el crepúsculo terrestre era aún bastante vivo para hacer invisibles las regiones de la Luna más lejanas del creciente luminoso».

El cuarto argumento ni lo pone ni lo refuta el señor Pijoán, ni lo hemos visto refutado directamente por ninguno de los entusiastas admiradores de los planeticolas. Sin embargo, es una respuesta bastante ingeniosa — no sé si verdadera — lo que a otro propósito dice Flammarion y con él sus partidarios, y es que la altura de la atmósfera lunar es muy escasa comparada con la altura de la nuestra, y que, no ocupando más que sus valles y sus llanuras bajas, no alcanza a la cumbre de sus gigantescas montañas.

Esto mismo creemos se pudiera responder al argumento segundo, porque una atmósfera tan baja puede muy bien no dar lugar al fenómeno de la refracción de los rayos estelares, y, por consiguiente, no habría razón para que se adelantara el momento de la aparición ni se retardara el de la desaparición de la estrella, aun dada la existencia de una atmósfera tan baja, pero al fin atmósfera. A ser verdadera esta hipótesis, la habitabilidad de la Luna se reduciría a los valles y llanuras, mas no a las cumbres.

Argumentos positivos en pro de la atmósfera lunar.— La Luna, se dice, salió de la Tierra, es parte de la materia terres-

tre; parece, pues, que en nuestro satélite deben de encontrarse todos los elementos constitutivos de la Tierra. Pero a este argumento se ha respondido diciendo que, aunque se conceda que la Luna haya recibido como en herencia, de su madre la Tierra, una atmósfera, no se sigue de aquí que actualmente la tenga; basta que la haya tenido en las edades pasadas o épocas primitivas.

Pero entonces, ¿cómo se explica el que la haya perdido? M. Roberto Ball, astrónomo inglés, lo explica diciendo que la atmósfera lunar tuvo que abandonar esas regiones por hallarse animada de una expansión y velocidad superiores a la atracción lunar. Veámoslo.

Ya sabemos que los elementos constitutivos de la atmósfera son el oxígeno, el hidrógeno y el nitrógeno. Ahora bien, según el cálculo termodinámico a la presión ordinaria de la atmósfera y a la temperatura del hielo fundente (cero relativo del termómetro), la velocidad molecular del aire es 485 metros por segundo; la del oxígeno, 461; la del nitrógeno, 492, y la del hidrógeno, 1,848. Por otra parte, como la densidad depende de la fuerza de la gravedad, y ésta de la cantidad de masa del cuerpo atractivo, se deduce que la cantidad de los mismos gases es mucho menor en la Luna que en la Tierra. Luego suponiendo gases en la superficie de la Luna, su velocidad molecular tiene que ser superior en la Luna a la que poseyeran en la Tierra. Así, una molécula de hidrógeno recorrería en un segundo más de 20,000 metros; una de aire, más de 5,000, etc.

Esta es su velocidad; pero es así que la Luna no tiene fuerza para contrarrestar este impulso y, por consiguiente, para retener sometidos a su imperio a los gases animados de tanta velocidad; luego es natural que éstos se escaparan a otros centros de atracción más intensa, verbigracia, a la Tierra.

Para probar la menor de este último silogismo veamos cuánta es la fuerza atractiva de la Luna. Dice el citado astrónomo inglés que, según las leyes del movimiento, bastaría que la velocidad molecular inicial de un gas fuese de 1,609 metros por segundo para que, superando a la atracción lunar, se alejase indefinidamente de las regiones lunares. Ahora bien, ya hemos dicho que la velocidad propia del hidrógeno en la Luna es superior a esa cifra.

Las velocidades de los otros gases es verdad que no llegan a 1,609 metros por segundo, pero estas velocidades pueden llegar y aun pasar de este límite, puestos los gases en condiciones favorables, verbigracia, por aumento de temperatura. Y ¿quién duda de que la temperatura fué superior en la Luna durante el período de la formación lunar, cuando nuestro satélite se separó de la Tierra? Luego es muy probable que la velocidad molecular de los gases fuese en la Luna muy superior a la que pudiera tener actualmente.

Pero aun prescindiendo de esto, hay otra causa del aumento suficiente de temperatura que comunicara a estos gases la velocidad requerida; esta causa es el calor solar recibido por la Luna. Un día, o sea el tiempo durante el cual el Sol calienta una parte de la superficie lunar, equivale, como ya dijimos, a catorce días de los nuestros; por donde la cantidad de calor reflejado en ella es grande relativamente. Luego se calentarían también, proporcionalmente los gases referidos, y proporcionalmente crecería su velocidad molecular hasta 1,609 o más metros. Luego serían lanzados de las regiones lunares a los espacios, sin que se vea razón para que volviesen a descender.

Tal vez no sería lanzada de una vez toda la masa, sino gran parte de ella; pero como se repite la acción del Sol, debería repetirse también el fenómeno de la expulsión de los gases, hasta que el satélite de la Tierra quedase sin atmósfera. Esta hipótesis de Ball no puede negarse que es sencilla e ingeniosa.

Argumentos de autoridad en pro de la atmósfera lunar. — 1.° Flammarion la admite, aunque dice que, no ocupando más que los valles y las llanuras bajas, no alcanza a la cumbre de sus gigantescas montañas.

2.° A. Guillemin es también partidario de ella, si bien dice que es de una densidad extremadamente débil comparada con la densidad de la atmósfera terrestre.

3.° M. Pickering, de Chicago, descubrió huellas de una atmósfera lunar en unas observaciones que hizo sobre la meseta de Arequipa (Perú), a 2,400 metros de altura. La Luna pasaba por delante del planeta Júpiter, y el observador tomó fotografías. Sobre estas fotografías se observa que el disco del planeta sufrió un ligero achatamiento contra el borde lunar, lo cual conduce a admitir la existencia de una atmósfera excesivamente débil, pero real y no insignificante.

4.° La Sociedad Astronómica de Francia, añade el Sr. Pijoán, ha recibido fotografías de los círculos lunares Petavius, Vandelimes, Copérnico y Flammarion, en los cuales se distinguen detalles completamente inesperados que semejan cursos de aguas desecadas, lagos sin agua, etc., todo lo cual induce a creer la existencia de una atmósfera (1).

Sin embargo, conviene tener presente que si bien la existencia de las aguas supone la existencia de la atmósfera, la existencia del agua desecada no supone la existencia actual, sino la de una atmósfera en las pasadas edades. Además, los pormenores a que se refiere la Sociedad Astronómica son tales, que *semejan* cursos de agua desecada... es decir, que ofrecen el mismo aspecto, pero nada más que aspecto.

---

(1) Pueden verse estos testimonios en la obra citada del señor Pijoán.

CAPÍTULO VIII

Pluralidad de mundos habitados

Es evidente que los planetas que no sean habitables no estarán habitados, porque *a non posse ad non esse valet illatio*. Los que realmente sean habitables — y es indudable que por lo menos algunos lo son, — ¿están habitados?

Hay dos sentencias, una afirmativa y otra negativa. Los principales representantes de la primera son Galileo, Kepler, Leibnitz, Newton y Kant, con los PP. Kircker y Secchi y los presbíteros Saurina y Pijoán.

No hay para qué hacer mención de las poéticas ficciones de Huyghens, quien pinta en los planetas repúblicas muy florecientes; ni de las arbitrarias hipótesis de Wolf, según el cual los habitantes de Júpiter son de la talla de gigantes, tan gigantes como aquel Og, Rey de Basán, de quien hablan las Sagradas Escrituras en el Deuteronomio.

La sentencia negativa fué muy general entre los filósofos antiguos y es seguida por muchos modernos. Hagamos un poco de historia, para establecer al mismo tiempo el estado de la cuestión.

Fué casi universal, entre los antiguos, la opinión de que los astros están animados. Parecíales a los antiguos que no se debía

reducir la vida a los estrechos límites de la Tierra, y así la diseminaron por todos los ámbitos de la creación.

Pensaban que los cuerpos celestes estaban informados por alguna alma divina, angélica o celeste, que se ocultara en el seno de aquellos astros resplandecientes. Esta creencia fué tal vez causa o efecto de las adoraciones idolátricas del *sabeísmo* y prácticas supersticiosas de los gentiles. Y tan arraigada debió de estar esta creencia, que, según cuenta Josefo (1), Anaxágoras fué desterrado de Atenas y condenado a muerte por haber enseñado que el Sol no es más que una piedra incandescente o mole de fuego, falto de vida y de inteligencia.

Más aún: ni en los primeros siglos de la era cristiana se llegó a desarraigar por completo esta creencia, pues hasta el mismo Orígenes (2), San Jerónimo (3) y San Agustín (4) concedían algún grado de probabilidad a la vitalidad o animación de los astros.

Si se pregunta de qué clase de almas se suponía animados a los astros, diremos que: α) Algunos anunciaban que Dios era el alma de los cielos.

β) Platón creía que estaban animados por espíritus de segundo orden o dioses de inferior categoría.

γ) Aristóteles, casi del mismo parecer que Platón, creyó en la animación de los cielos inmortales, incorruptibles y llenos de vigor.

δ) Alberto Magno, por no separarse, sin duda, de la opinión de Aristóteles, les atribuyó unas almas *equívocas*.

ε) Santo Tomás, siguiendo las huellas de su maestro, se inclinó también a la animación de los astros (5), pensando, tal vez,

---

(1) *Contr. Appionem*, lib. II. — Diog. Laert: *De vitis phil.*, lib. II.
(2) *De principis*, cap. VII.
(3) *Super Ecclesiast.*
(4) *De Genesi.*
(5) Quaest. disp., *De Anima*, art. VIII.

que esta controversia no es de fe (1), pues quizá no sabía que en el V Concilio Ecuménico de Constantinopla había sido decretada la condenación de la sentencia relativa a las almas sidéreas. Por el contrario, fué combatida esta creencia por las plumas de San Ireneo, San Basilio (2), San Cirilo (3), San Juan Crisóstomo (4), San Gregorio Nazianceno (5), San Juan Damasceno (6), San Ambrosio (7) y otros.

Pero quien le dió el golpe de muerte fué el Concilio constantinopolitano, celebrado en 553, en la siguiente definición, formulada contra los origenistas: «Si alguno dijere que el cielo, el sol, la luna, las estrellas o las aguas que están sobre los cielos son seres animados, sea excomulgado.»

Más tarde, Téllez, Tanner y los Conimbricenses, aun sin tener tal vez noticia del Decreto del Concilio de Constantinopla, refutaron esta creencia, teniéndola por errónea. Capréolo, Vázquez y Pereira, la calificaron de contraria a la sana doctrina, y Pineda llamó dogma eclesiástico a la doctrima de la *inanimación* de los astros.

¿Cómo se explica la ignorancia de Alberto Magno, Santo Tomás y los escolásticos respecto del decreto condenatorio de los cielos animados? He aquí lo que dice un escritor:

«El obispo de Cesarea, Teodoro, padrino de los origenistas, viendo cuán mal parados quedaban sus partidarios en el discurso del emperador Justiniano que ante la Asamblea del Concilio de Constantinopla había refutado los errores de Orígenes, ningún

---

(1) *Contr. gent.*, lib. II.
(2) *In Genes.*, homil. 2.
(3) *Contr. Julian.*, 2, III.
(4) *Hom. in Psalm.*
(5) *Orat.*, 38, 42.
(6) *Christ. discipl. dogm.*, lib. II, cap. VI.
(7) *Hexamer.*, lib. II, cap. IV.

ardid dejó por tentar para que fuesen entregados a eterno olvido y cercenados de las actas del Concilio todos los papeles concernientes a la condenación de los origenistas. Por desgracia sucedióle bien su dañado intento: las piezas condenatorias burlaron las diligencias de la vista» (1).

Así declara el eruditísimo Labbé cómo no hizo Nicéforo en su *historia* mención de estos instrumentos y cómo se ocultó a la perspicacia de los escolásticos la condenación de los cielos animados, hasta que más adelante la erudita curiosidad y la diligente pesquisa dieron con la trama y restituyeron a la libertad de la luz todas las actas del Sacrosanto Concilio (2).

Ya desde que se conoció el decreto del Concilio; desde que Galileo, con su colosal anteojo, abrió el camino para los astros, y desde que los adelantos de la óptica, meteorología y astronomía han descorrido numerosos velos, que nos ocultaban a los cuerpos celestes, todos consideran la *animación* de los astros contraria a la fe, a la razón y a la ciencia. Así, pues, la cuestión del poligeísmo, considerada bajo este aspecto, está resuelta y terminada.

Ahora se considera la cuestión de los astros habitados o no habitados bajo otro aspecto que no tiene relación con la tal animación. Ya nadie considera a los astros como seres animados o como individuos vivientes, sino que se trata de estudiar si pueden ser considerados como viviendas para una multitud de organismos dotados de vida y si de hecho están o no habitados. Esto es lo que ahora pretendemos averiguar. Para ello vamos a fijarnos en los principales argumentos aducidos en pro y en contra.

Argumentos en pro, a priori. — 1.° *Deducido de la finalidad de los seres.*—Las obras de Dios, dicen, no son inútiles

---

(1) Juan Mir: *La Creación*, 1890, cap. XXVIII, pág. 497.
(2) Ibíd.

ni carecen de finalidad; es así que si en los astros invisibles o no vistos por nosotros no hubiera habitantes, dichos astros serían inútiles (¿cuál pudiera ser su utilidad?) y carecerían de finalidad (¿cuál pudiera ser su fin?)

2.° *Deducido de la glorificación divina.*—Dios no puede menos de procurarse su mayor gloria; ahora bien, la procura, sin duda, si multiplica los seres racionales de modo que haya quien le adore desde aquellos astros; de lo contrario no parece que procura su mayor gloria.

3.° *Deducido también de la glorificación divina.*—La gloria extrínseca sólo puede darla a Dios la criatura racional; es así que una gran parte de la creación, como es la de los astros lejanos, no es conocida por la criatura racional que vive en la Tierra; luego es preciso admitir la existencia de otras criaturas racionales que por medio de la contemplación de aquellos astros den gloria a Dios.

Argumentos en pro, a posteriori.— Las condiciones biológicas principales que determinan casi por sí solas la habitabilidad de una región son las topográficas y las meteorológicas; pero es así que las condiciones topográficas y meteorológicas de los planetas celestes son semejantes a las de la Tierra; luego, ya que hay habitantes en ésta, hemos de suponer también que los hay en aquéllos.

A estos argumentos pueden responder los adversarios:

Al primero, deducido de la finalidad, se responde que de él sólo se sigue nuestra ignorancia sobre la finalidad de muchos seres de la naturaleza, mas no que dichos seres carecen de finalidad. Desde luego, pueden tener la finalidad de glorificar a Dios.

Al segundo, que Dios, en efecto, se procura su mayor gloria intrínseca, mas no su mayor gloria extrínseca absoluta, esto es, que Dios no procura la gloria extrínseca más grande posible en

absoluto, sino la mayor relativa, aquella que está conforme con sus designios sobre la creación del mundo y del hombre.

Al tercero se puede responder distinguiendo la mayor: que, en efecto, sólo la criatura racional da a Dios la gloria extrínseca *directa* y *formal;* mas la *indirecta* o *fundamental* también se la dan las criaturas irracionales.

Asimismo se puede distinguir la menor: la región de los astros lejanos no es conocida por las criaturas que actualmente viven en la tierra; mas ¿no será nunca conocida por el hombre? O en otra forma: no es conocida por el hombre que actualmente vive en la Tierra; pero ¿y por el hombre que ha vivido en la tierra y ahora vive en el cielo?

Si estas respuestas valen, se niega el consiguiente y la consecuencia; si no, se puede distinguir el consiguiente; luego, ¿es preciso admitir la existencia de otras criaturas racionales que vivan precisamente en los astros? niego; ¿que vivan, por ejemplo en el cielo y que, conocedores de las obras que Dios ha realizado en los astros, glorifiquen a Dios? concedo.

Al argumento deducido a posteriori se puede responder que aquella semejanza de condiciones biológicas se explica satisfactoriamente diciendo que todos los planetas tienen el mismo origen o procedencia, pues si se admite la hipótesis de Laplace, proceden de la nebulosa primitiva; ahora bien, es natural que planetas que participan del mismo origen presenten condiciones biológicas semejantes. Además, lo que de esto se deduce es su habitabilidad, no que estén habitados.

Argumento en contra, a priori. — La mayor parte de los planetas no son habitables por exceso o defecto de las condiciones biológicas: luego no están habitados.

Argumento en contra, a posteriori. — El hombre, cuyo organismo está acomodado a las condiciones físicas y biológicas

del planeta Tierra, no es creíble pueda vivir en los otros planetas, cuyas condiciones de vida son muy diferentes.

No es de extrañar que los *monogeístas*, esto es, los que no reconocen más habitantes que los del planeta Tierra, sean escasos en aducir argumentos, atentos principalmente a negar el valor de los argumentos que alegan los *poligeístas*.

Con la misma o mayor facilidad se puede responder a los argumentos aducidos por los partidarios de la sentencia negativa. En efecto: 1.° Del argumento *a priori* basta decir que Venus y Marte, por lo menos, son habitables, y que entre los demás planetas hay también alguno cuya habitabilidad no se puede negar en absoluto.

2.° Al argumento *a posteriori* se puede responder que las diferencias entre la Tierra y algunos planetas no son tan grandes y aunque fueran mayores no se deduce que no hay o no puede haber habitantes, sino que dichos habitantes no están en las mismas condiciones biológicas que los hombres de la Tierra.

Armonía de la Biblia con la ciencia sobre este punto. — Para que se vea que ninguna de las dos sentencias está en oposición con la Biblia, vamos a presentar algunos argumentos exegéticos en pro y en contra, que igualmente parecen deducirse de las palabras o doctrina de la Biblia.

Argumentos exegéticos en pro. — 1.° Dice Isaías: «Él es el que... extendió los *cielos* y los desplegó *como tiendas para morar*» (1).

2.° Y en otro lugar el mismo profeta: «Mis manos extendieron los *cielos*, y dí mandamientos a toda la milicia de ellos» (2).

3.° El mismo en otro lugar: «Porque esto dice el Señor... No en vano la creó (la Tierra).» *La hizo para que fuese habitada* (3).

---

(1) XL, 22.
(2) XLV, 12.
(3) XLV, 18.

4.º En el Salmo VIII: «Yo contemplo tus cielos... La Luna y las estrellas que Tú creaste, y exclamo: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o qué es el hijo del hombre para que vengas a visitarle?»

De estos textos pretenden deducir los partidarios de los planetícolas otros tantos argumentos en favor de sus tesis.

Del primero deducen que uno de los fines de extender Dios los cielos y desplegarlos fué formar tiendas para morar o habitaciones para la vida, y que, por tanto, hemos de suponer que están habitados.

Del segundo infieren que a los que habitan estas tiendas les dió mandamientos, lo cual supone que son seres inteligentes y libres los que las habitan.

Del tercero, que si no hubiese creado la tierra para que fuese habitada, la hubiese creado en vano; de donde parece colegirse que también hubiese creado en vano los demás planetas si no los hubiese hecho para ser habitados; es, pues, verosímil que estén habitados.

Del cuarto, que no se puede explicar la sorpresa que el Rey Profeta manifiesta por la atención de Dios hacia el hombre, si hubiese considerado los mundos o astros como inhabitados, y que se explica perfectamente dicha sorpresa suponiendo que los creyera habitados por seres inteligentes superiores al hombre de la Tierra. Así sería cosa digna de admiración la paternal Providencia de Dios sobre una criatura tan insignificante como el hombre de la Tierra.

Argumentos exegéticos en contra. — Los adversarios de los planetícolas se fundan: 1.º En el silencio de las Sagradas Escrituras, es decir, en que éstas no nos dicen que los planetas estén habitados; y ciertamente parece extraño que si los hay no nos hagan las Sagradas Escrituras ninguna mención de ellos.

2.° En que todas las grandes maravillas de la encarnación y redención del género humano se han realizado en favor del hombre que habita la Tierra.

3.° En las mismas palabras de la Escritura aducidas por los politeístas en el tercero de los textos ya indicados: «Porque esto dice el Señor, no en vano la creó (la Tierra)... La hizo para que fuese habitada.» De aquí deducen los monogeístas una conclusión contraria a la de los poligeístas, a saber, que parece que los demás planetas no los hizo para que fuesen habitados, ya que la Biblia no dice de ellos lo que dice de la Tierra.

4.° En que la Escritura y la tradición nos enseñan que todos los hombres procedemos de Adán. «Él es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje humano» (1). Ahora bien, todos los descendientes del primer hombre (Adán) habitan la Tierra.

Como se ve, ninguna de las dos sentencias es falsa o improbable, porque las razones alegadas por cualquiera de ellas, son suficientes para dar a la suya propia algún grado de probabilidad; pero, por otra parte, ninguna de ellas es tampoco cierta, como quiera que es fácil responder a los argumentos en que cada una de ellas se apoya.

Y en efecto, comenzando por responder a los argumentos de la sentencia afirmativa, al deducido del primer texto puede responderse: α) que la palabra *cielos* puede referirse a los cielos propiamente dichos, donde hay innumerables moradas para los ángeles y santos; β) que aunque se refiera a los cielos visibles o astronómicos, tiene sentido perfecto diciendo que Dios los extendió y desplegó con tal magnificencia, que los hizo aptos para ser habitados, lo cual puede concederse fácilmente, por lo menos respecto de Venus y Marte. Pero lo que se trata de averiguar es si de

(1) Act., XVII, 26.

hecho están o no habitados, y esto, a la verdad, no se deduce de las palabras del texto.

Al argumento deducido del segundo texto se responde: α) que la palabra *cielos* puede tomarse por los cielos propiamente dichos, y entonces la palabra *milicia* significaría el ejército de ángeles, y la palabra *mandamientos* los que les impuso Dios, o bien para siempre, o bien para los llamados momentos angélicos en que estuvieron de prueba.

β) Si la palabra *cielos* se aplica a las esferas celestes del mundo planetario o estelar, la palabra *milicia* puede significar, o bien el ejército de astros que vuelan por el firmamento, o bien el ejército de meteoros representados en el *spiritus procellarum*, *ignis*, *grando, nix, glacies*, etc., y la palabra *mandamientos* podría representar las leyes naturales a que Dios los sometiera.

El tercer argumento tiene tanta fuerza en pro como en contra; tanto es así, que de él se valen también los que niegan la existencia de los planetícolas, como puede verse en el tercer argumento exegético aducido por los negadores de los planetícolas.

Al cuarto se responde diciendo que la sorpresa del real salmista no procede de haber comparado su pequeñez con la grandeza de los planetícolas, sino de haberla comparado con la grandeza del mismo Dios. De este modo se explica perfectamente que se admirara David de que un Dios tan grande se dignara visitar al hombre. Prescindimos de otras varias interpretaciones que sin violencia puede admitir dicho texto.

Con la misma facilidad se puede responder a los argumentos aducidos por los partidarios de la sentencia negativa.

Al primero diciendo que nada tiene de extraño el que las Sagradas Escrituras no hagan mención de los planetícolas, pues este sagrado Libro no se escribió para ellos, ni se ve ninguna necesidad de que nos hablen de ellos, aun dado caso que existieran.

Al segundo puede responderse que hemos de dar muchísimas gracias a Dios por tan singular y extraordinario beneficio.

Al tercero no hace falta responder, como quiera que lo hacen también suyo los partidarios de la sentencia afirmativa.

Al cuarto, finalmente, basta decir que en dicho texto la Sagrada Escritura habla de los hombres de la Tierra, prescindiendo por completo de los que hay o puede haber en los demás planetas.

En conclusión: ninguna de las dos sentencias es cierta, ninguna de las dos es tampoco falsa, y ninguna de las dos está en oposición con la Biblia; puede, pues, adoptarse cualquiera de las dos.

No hemos hablado de los cometas, bólidos, estrellas y asteroides, porque generalmente nadie ha tenido la pretensión de poner habitantes en ellos, ni siquiera de considerarlos habitables. No en los cometas, en atención a su constitución vaporosa de extrema tenuidad. No en los bólidos, porque ninguna de las diversas sustancias que en ellos se encuentran, excepción hecha del carbón, habla en favor de las condiciones biológicas. No en las estrellas, porque, por razón de las distancias, nuestras relaciones con ellas son muy escasas en orden a sus condiciones de habitabilidad. No, finalmente, en los asteroides, porque son meros fragmentos planetarios.

Sólo resta añadir que para los espiritistas todos los planetas ofrecen condiciones aptas de habitabilidad, porque como las almas dejan en la Tierra sus cuerpos y sólo llevan la envoltura del *periespíritu,* que es, por decirlo así, *impermeable* y no está sujeto a las condiciones de frío y de calor, pueden vivir en todas las temperaturas que no sean esencialmente destructoras; por eso los espiritistas dicen que el mismo Sol, con su calor y todo, aunque no sea lugar de habitación, lo es de cita. Como los espiritistas no aducen ninguna otra prueba fuera de lo que queda dicho, no insistimos más en este punto.

Sólo queremos dejar consignado, para terminar, que si bien es libre sostener o impugnar la existencia de habitantes en los planetas, no es libre para ningún católico admitir dicha existencia, tal y como lo pretenden los espiritistas; es a saber, la existencia de las almas que han vivido en esta tierra encarnadas de nuevo y con su periespíritu, porque esta doctrina se opone al dogma católico, aparte de que científicamente es una afirmación enteramente gratuita e infundada, o que sólo se apoya en aquello de que:

El mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas.

CAPÍTULO IX

La eternidad de las penas

La razón de ser y consecuencia a la vez de las reencarnaciones expiatorias del espiritismo es la negación de la eternidad de las penas. Es la razón de ser, o mejor dicho, el pretexto, porque precisamente para evitar las penas eternas han ideado los espiritistas toda esa serie de reencarnaciones. Lo que ante todo y sobre todo tratan ellos de suprimir es la horrible perspectiva, el pavoroso espectro de un infierno eterno, y de ahí ese cúmulo de expiaciones, de evoluciones y de progresos a través de todos los astros imaginables, antes que sumergirse en un océano de penas sin fin.

Es también consecuencia, porque si el culpable, dicen los espiritistas, fuera eternamente culpable, la expiación sería también eterna; pero lo primero no puede efectuarse, porque es contrario a la ley del progreso. Tarde o temprano el culpable conoce su error y se arrepiente. La expiación, pues, no puede ser eterna, y así, después de una serie, aunque ésta sea indefinida, de reencarnaciones expiatorias, el pecador evita para siempre la pena eterna (1). ¡Ah! ¡si fuera verdad tanta mentira! ¡Qué otra cosa quisieran los condenados! Veamos, pues, de demostrar la falsedad de esta afirmación, poniendo de relieve, ante la razón y la fe, la verdad de las penas eternas.

---

(1) Ermido Lakey: *Apuntes sobre espiritismo y moral*, 1870, pág. 41.

La eternidad de las penas ante la razón

Nadie que no sea materialista, ni los mismos espiritistas, han puesto en duda la existencia de una eterna felicidad. Y, sin embargo, si hay una felicidad eterna, natural es pensar que puede haber una eterna desventura. Si se concibe un Cielo, surge espontáneamente la idea de un Infierno. El cielo eterno suscita la idea del infierno eterno. Son los platillos necesarios de la justicia equitativa, que recompensa lo bueno y castiga proporcionalmente lo malo.

Los Santos Padres han notado el paralelismo de las penas y de las recompensas. Están colocadas para ellos al mismo nivel. El premio de los buenos es eterno; luego, por lo mismo, será eterno el castigo de los malos. Si hay recompensas eternas, ha de haber eternos castigos; tal es el razonamiento de San Agustín (1), de San Gregorio el Grande (2) y de otros muchos.

En el momento de franquear el Dante los umbrales del infierno leyó sobre la puerta las palabras siguientes: «Por mí se va a la ciudad de las lágrimas. — Por mí se va al dolor eterno. — Por mí se va a la raza perdida. — La justicia ha movido a mi sublime arquitecto. — He sido hecha por el poder divino. — Por la soberana sabiduría y el primer amor. — *Abandonad toda esperanza los que aquí entráis.*» Estas sentencias contienen la sublime teología del infierno, no menos sublime que la del cielo, su antitético y contrario polo.

Pero dejando a un lado este paralelismo, la eternidad de las penas la exige la soberanía de Dios, la justicia divina, su soberana esencia y la divina sabiduría.

---

(1) *De Civit. Dei*, cap. XXIII, 2.
(2) Lib. XXIV, *Moral*, cap. XVI.

1. La soberanía de Dios pide la eternidad de las penas. — Si éstas hubieran de tener fin, el malvado podría encararse con Dios y apostrofarle de esta suerte: «Yo sé que Vos me podéis castigar, pero también sé que tarde o temprano os veréis obligados a perdonarme. Me río, pues, de Vos, de vuestras leyes y de vuestros castigos, porque sé que algún día van a tener fin.» He ahí cómo el hombre pudiera declarar la guerra a Dios. ¿Quién sería el vencedor? Naturalmente debe serlo Dios, porque es el Señor y Dueño de toda criatura, y, sin embargo, su victoria sería muy insignificante o nula, porque no sería una victoria de la voluntad de Dios sobre la voluntad del hombre, sino un ejercicio de la libre voluntad de éste, que escogería entre dos gustos suyos el que le parece mayor; o entre dos castigos el que más le place, prefiriendo los goces de esta vida con penas temporales de la otra, al ejercicio de virtud aquí con inmediata recompensa allí (1).

Demos otro giro a este argumento. Suponed un criminal impenitente. ¿Qué es lo que Dios pudiera hacer para convertirle? ¿Iluminar vivamente su entendimiento para que conozca plenamente la verdad? Pero, ¿y si no quiere abrazarla? *Video meliora* (veo lo mejor, sigo lo peor), podrá responder, *deteriora sequor*. ¿Inundará su corazón en un mar de gracias, de carismas y efusiones de amor? Inútil, lejos de ser agradecido, preferirá despreciar las gracias y vivir y morir en pecado. ¿Arrojarle en el infierno? Cierto, pero si no es eterno, desafiará a Dios diciéndole: Bien, yo estaré aquí hasta que pague mi deuda; pero Tú te verás obligado a abrirme tu cielo, y a pesar tuyo gozaré de la bienaventuranza.

Así, pues, mientras vivo pisotearé tu ley, y por el gusto de hacerme igual a Ti y mayor que Tú pasaré de buen grado por

---

(1) Véase Augusto Nicolás: *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, Parte II, cap. VIII.

aquella pena, que al fin se acabará, y entonces cantaré victoria por haber salido con la mía, y al fin las puertas del cielo se me abrirán de par en par. Y en efecto, si el infierno no es eterno, el rebelde, tras una vida de crímenes en la tierra y de blasfemias en el infierno, entrará en el cielo con la frente alta, sin haberla humillado jamás ante Dios, y después de haber hecho la prueba de quién resiste más, si Dios castigándole o él ofendiéndole.

No cabe duda de que este caso es posible en absoluto, dada la libertad y terquedad del hombre; y con esto sólo, con la sola posibilidad teórica de tal desafío y lenguaje por parte de la criatura, queda poco airosa la majestad de Dios.

Se dirá tal vez que Dios puede salir siempre victorioso con sólo aniquilar al pecador; pero ante todo esta hipótesis está fuera de cuestión en este lugar, pues no es este el lenguaje de los espiritistas, que proclaman la vida indefinida de las almas y nunca su aniquilación. Esto sin contar con que el aniquilar al pecador, lejos de ser una victoria, sería una derrota para el mismo Dios: primero, porque el malvado evitaría así todo castigo ulterior, y la destrucción sería un bien ante la perspectiva del castigo, como lo hubiera sido el no haber nacido para el condenado: «*Bonum erat ei si natus non fuisset*. Más le valiera no haber nacido» (1). Segundo, porque dejaría de cumplirse la justicia de Dios al ser aniquilados y, por tanto, castigados con la misma medida todos los malvados cuyos crímenes hayan sido diferentes.

Además, el aniquilar a una criatura se podría interpretar en sentido poco favorable a la sabiduría de Dios. Se podría, en efecto, decir que después de haber criado Dios una criatura inmortal para que eternamente le glorificase, y no habiendo salido el resultado como Él se proponía, tuvo que aniquilarla, confesando implícita-

(1) Matth., XXXVI, 34.

mente que se habían frustrado sus planes. «Un pecador, así aniquilado, sería como un vaso de cristal que el artífice no acertó a modelar bien y que se echa por los suelos y se hace pedazos como cosa inútil. Todos los pecadores empedernidos serían verdaderos fracasos de Dios; y cada vez que uno de ellos fuese aniquilado podríamos decir: «He aquí una obra que no le ha salido bien al Autor supremo; no ha tenido más remedio que deshacerla» (1). Lo cual no sería digno de la grandeza de Dios.

Ni vale objetar diciendo que Dios sufre estos fracasos en cada uno de los que se condenan, pues a todos los crió para que se salvaran. No hay paridad, ni hay aquí tal fracaso. La razón es porque el último fin de Dios en la creación es su misma gloria eterna y este fin lo alcanza Dios siempre; con esta diferencia: que si la criatura cumple los preceptos de Dios, la gloria divina brillará en ella en bondad, misericordia y amor; si, por el contrario, se rebela contra Dios, la divina gloria consistirá en el triunfo de su poder y en la exaltación de su justicia. En otros términos: Dios ha de ser glorificado por el hombre o en el cielo o en el infierno: en el cielo, con el amor y la bienaventuranza; en el infierno, con el castigo y la justicia.

2. **La justicia de Dios exige la eternidad de las penas.** — Es un principio unánimemente reconocido que debe existir proporción entre la culpa y la pena; ahora bien, a no ser por la eternidad del infierno, no existiría tal proporción. Y es así, porque la gravedad de la culpa (hablamos aquí sólo de la culpa grave) se deduce de la dignidad de la persona ofendida y acreedora a nuestro respeto. Así vemos entre nosotros que cuando una persona es injuriada, la injuria es tanto más grave cuanto más alta y excelente es la dignidad del ofendido. Si un soldado abofetea a otro soldado,

(1) Vosen: *Das Christentum*, 1905, pág. 690.

se le meterá tal vez en el calabozo; mas si abofetea al coronel, al general, o al rey mismo, podrá ser que solamente con la vida pague la ofensa. Si ofendo a un magnate irrogo una injuria más grave que si ofendiese a un plebeyo; si ofendo a un príncipe, a un rey, a un emperador, al Papa, la injuria es mucho más grave: es un crimen de lesa majestad. Si, pues, la ofensa va creciendo a medida que crece la dignidad del ofendido, claro está que si esta dignidad es infinita, el ultraje vendrá a ser infinito; pues bien, el pecado es ofensa de la majestad infinita de Dios, luego reviste por lo mismo una malicia infinita, haciéndolo acreedor a una pena infinita (1). Realmente, la criatura esencialmente obligada a servir a su Señor rehusa obedecer y se rebela. Esta injuria, aunque finita sujetivamente, es objetivamente infinita por ir contra la majestad infinita de Dios.

Mas como el hombre es finito en su ser y en su capacidad, no puede ser susceptible de una pena infinita en intensidad o cualidad, y, pues, puede ser castigado con una pena infinita en duración, es decir, eterna, no será injusto que sea eternamente condenado, a fin de que el castigo guarde proporción con la culpa. Luego si Dios quiere exigirle una satisfacción adecuada, no hay pena alguna temporal que se iguale con la gravedad de la injuria. Todos los años y siglos de suplicios que la imaginación puede amontonar, dejan en pie dicha injuria, y mientras la injuria permanezca, justamente penará el injuriador.

Mas ¿no es Dios infinitamente bueno? Y ¿lo sería si castigara al pobre pecador a eternos suplicios? Ciertamente, cuesta atribuir a la bondad de Dios un castigo tan grande; pero hay que tener presente que si Dios es infinitamente bueno, es también infinitamente justo, y su justicia reclama un castigo infinito para un peca-

---

(1) S. Thom.: *Summ. Theol.*, P. III, q. I, a. 2 ad 3.

do de malicia infinita. No castiga Dios porque es bueno, sino porque es justo. Por otra parte, la bondad de Dios se ha de entender, no como un atributo contrario a la justicia, sino a toda maldad, y por el cual aborrece Dios infinitamente el pecado.

Para apreciar la bondad de Dios sería necesario comprender toda la malicia del pecado y toda su deformidad; sería necesario ver claramente todos los auxilios y medios, gracias, inspiraciones, luces que de Dios recibió el pecador para evitar el mal o repararlo, y al propio tiempo sería necesario saber cuánta ingratitud, desprecio y obstinación de las leyes divinas entrañan los pecados de los malos.

Dios es tan bueno con el hombre, que aquel lugar de suplicios que llamamos infierno no fué hecho ni dispuesto para el hombre, sino para el demonio, enemigo de Dios: «*Qui paratus est diabolo et angelis ejus*. Preparado para Satanás y sus secuaces» (1). De modo que Dios crió a todos para la gloria y a todos les dió las gracias necesarias y suficientes para alcanzarla; luego si hay hombres y cristianos en el infierno, es ciertamente por culpa suya.

A este propósito dice San Juan Damasceno: «Es de saber que Dios con primaria y antecedente voluntad quiere que todos se salven y tengan parte en su reino, pues no nos crió para castigarnos, sino porque es bueno y con el fin de que fuésemos participantes de su bondad. Pero porque es justo, quiere que sean castigados los pecados. Aquella primera voluntad se llama antecedente y principal voluntad de beneplácito, y procede del mismo Dios. La segunda es consiguiente, simple permisión de la cual somos nosotros la causa determinante» (2).

Concuerda con esto lo que dice San Agustín: «Dios tiene dos

---

(1) Matth., XXV, 41.

(2) *De fide orthodoxa*, lib. II, cap. XXIX.

legislaciones, correspondiente la una al orden de su bondad y la otra al de su justicia. El que libremente se aparta del primero pasa a pertenecer al segundo; pero ya que salió del orden por una senda, tendrá que entrar en él por otra... La perversidad del hombre ha trastornado el orden: ha sacado del bien un mal. La soberana sabiduría de Dios corrige la voluntad desordenada, sacando del mal un bien» (1).

La eternidad de las penas, lejos de ser un argumento contra la bondad de Dios es en muchos casos y para muchos uno de los mayores beneficios de la divina bondad. Es persuasión general que Dios ha creado el infierno únicamente para castigar o ejercer su justicia, y esto no es del todo exacto. Dios ha creado el infierno para obligarnos también a merecer el cielo. Es certísimo que Dios, como infinitamente bueno, quiere para el hombre la mayor felicidad posible y por los medios más eficaces. La mayor felicidad del hombre es el cielo, libremente adquirido por sus méritos; ahora bien, el medio más eficaz, o uno de los más eficaces, para obligar al hombre, a muchos hombres, a hacer buen uso de su libertad, es el temor de las penas eternas.

En este sentido decía bien Dante: «El infierno es la obra del eterno amor. Investigando cuáles eran los creadores y arquitectos del infierno, distinguió tres: el poder, la sabiduría y el amor.

> He sido hecho por el poder divino,
> por la soberana Sabiduría
> y por el primer Amor.»

I'l primo amore, es decir, el más generoso, el más entusiástico, por decirlo así, o, hablando teológicamente, con voluntad principal y primaria.

---

(1) Epistol., 140.

Tan grande es la bondad de Dios; pero «la bondad de Dios no necesita de aquellos panegiristas que quisieran hacer de ella el mejor escudo del pecado y convertirla en almohadilla donde repose tranquilamente el pecador». En la muerte del Hijo de Dios brilla la divina misericordia, pero también los fulgores de su justicia, y quien ve al Padre usar de tanto rigor con el Hijo inocente, a quien ama con amor infinito, no tiene derecho para quejarse de que el gusanillo pecador, contumaz y rebelde, sea entregado a las penas eternas (1).

Más sorprendente es que Dios muera en un afrentoso patíbulo que todas las penas del infierno. Él, en su infinita sabiduría, ideó la encarnación para salvarnos y virtió hasta la última gota de su sangre en el Calvario, y mil veces, si fuera preciso, subiría a él. No hay palabras para dar una idea del modo cómo Él ama a las almas y lo que ha hecho para salvarlas. «El gran himno de la eternidad consistirá en la adoración de la paciencia y delicadeza infinitas del amor de Dios» (2).

Pero es que las penas eternas, se dice, lo serían no sólo para los condenados, sino también para las almas que se salvan. En efecto, ¡qué aguda pena para el corazón de un padre feliz ver a sus hijos entregados al fuego eterno! ¿Cómo podrá un esposo disfrutar las alegrías del cielo sabiendo que su esposa padece indecibles tormentos, que no han de tener jamás término ni remedio? Esta objeción hace realmente bastante fuerza a la imaginación, especialmente mientras vivimos en esta vida, pero la razón nos dice también que la felicidad del cielo es plena e incompatible con cualquier tormento o angustia; por tanto, la omnipotencia de Dios tendrá seguramente medios para preservar a los bienaventurados

(1) VOSEN: *Das Christentum*, § 63.

(2) BOUGAUD: *El Cristianismo*, pág. 308.

de ese mal. Todo mal desaparece en el cielo ante los resplandores de la visión beatífica. El amor de los bienaventurados no es sino una constante glorificación de Dios, y como el bienaventurado es incapaz de amar a aquellos que Dios no ama, de ahí que en el cielo nadie abrigue el más mínimo amor a las almas separadas para siempre de Dios. Es más, los bienaventurados, amigos de Dios y eternamente unidos con su amor, no pueden menos de gozarse con lo que goza la justicia vindicativa de Dios.

3. La soberana esencia de Dios requiere la eternidad de las penas.—El hombre, cuando comete un pecado mortal desobedece a Dios, de modo que tiende a causar disgusto grave o grave injuria al Legislador, infringe su mandato y trastorna la armonía esencial, inmutable y eterna establecida por Dios en el orden moral; y como esta armonía es en el fondo la armonía misma del ser divino y de sus atributos, o radica en él y en ellos, de ahí que la monstruosidad del pecado sea en cierto modo infinita. Así se comprende con cuánta razón dicen los teólogos y ascetas que el pecado mortal tiende de suyo a la destrucción y aniquilamiento de Dios, porque la ley moral de tal manera tiene echadas sus raíces en el ser divino, que no se la puede violar o atacar sin atacar y ofender al mismo tiempo a Dios. El que lucha, pues, contra ella, contra Dios lucha y se levanta contra la inconmovible esencia de Dios.

Este desorden pide reparación y reparación igual al trastorno por él causado; y ¿quién podrá medir la cuantía de esta reparación? Vemos acá que si el orden de algunas leyes es perturbado, surge al punto una fuerte reacción que tiende a restablecer el orden perdido. Así, cuando se disloca un hueso de nuestro cuerpo, ¡qué de dolores nos causa la restitución a su primitivo sitio! Y cuando la perturbación es mayor, mayores son también los trastornos originados; así el agua de un río, contrariada en su precipitado curso,

rompe barreras y diques, echa por tierra edificios soberbios, arrasa campos y plantaciones y deja en la desolación inmensas comarcas. Pues, ¿y el trastorno que habría en el mundo si alguna fuerza exterior llegara a desquiciar el sistema planetario? ¿Quién podrá decir la confusión e ímpetu con que esta máquina del universo se levantaría contra tal irrupción, hasta conseguir el restablecimiento del equilibrio perdido o llegar a la completa desaparición del mundo?

Pues bien, esta tendencia del universo a recobrar el orden perdido, esta vigorosa reacción de las fuerzas naturales contra el agente extraño que tal desorden introdujera en su seno, es una imagen pálida, infinitamente pálida de la inmensa fuerza, de la fuerza omnipotente con que la naturaleza toda del ser divino habría de levantarse, por decirlo así, contra el malvado. Contra el desorden del mundo físico protestarían las fuerzas naturales; pero estas fuerzas son finitas, y así el desorden con que son violadas, como la reacción contraria son también finitos. Mas el pecado mortal viola gravemente un orden que no tiene su fundamento en la naturaleza corpórea o finita, sino en la esencia misma de Dios. De ahí que todo el ser infinito de Dios se levante contra él, y lance los rayos de su ira omnipotente contra el pecador. Así se explica que la pena del infierno sea en cierto modo infinita; y ya que no pueda serlo en intensidad, lo sea de alguna manera por la duración (1).

La réplica de los adversarios no se hará esperar. ¿Cómo Dios, dicen, sabiendo que tales hombres se condenarían, los crió, no obstante esa previsión? ¿Qué necesidad tenía Dios de levantarse airado algún día contra ellos? Con no haberlos creado estaba resuelta la cuestión. San Juan Crisóstomo retuerce el argumento

---

(1) *Das Christentum*, § 63.

diciendo: *Eos* (réprobos) *praescius formavit, vincente bonitate praescientiam* (1). Los crió, a pesar de esa previsión, porque la bondad superó la previsión. Ésta, lejos de oponerse a la bondad de Dios, la pone más bien de relieve, porque el abuso previsto de las gracias no ha impedido a Dios conceder a la criatura el beneficio de la existencia, y su bondad triunfa, por decirlo así, de la presciencia, ya que no rehusa dar la existencia aun a los mismos que van a abusar continuamente de sus beneficios.

Además, ¿no puede haber mil motivos que sólo Dios sabe para sacar de la nada a tales criaturas? La misma perfección intrínseca de ellas pudiera ser razón suficiente, y cuando otra cosa no, el ser Dios dueño absoluto de sus propios actos y de los tesoros de su omnipotencia. Si esta criatura, como libre que es, obra mal y se condena, esto ciertamente Dios lo ve y prevé, pero, lejos de quererlo, da a la criatura un ser bueno, la dirige, la ilumina e impulsa a caminar por el recto sendero y le da medios suficientes para conseguir un fin feliz. La criatura, pues, se condena a pesar de la voluntad de Dios, y, por tanto, el resultado irá a cuenta de ella.

Si la objeción valiera, Dios se vería imposibilitado para dar existencia a innumerables seres posibles; en orden a ellos su omnipotencia sería irrisoria, con la especialidad de que quien de esta manera ataría a Dios no sería Él, serían sus propias criaturas; el mal uso que estarían dispuestas a hacer de su libertad pondría trabas a la libertad divina y eliminaría de la esfera de acción divina todo ese inmenso campo de su poder.

Además, si Dios no pudiese crear a nadie que hubiera de condenarse, tampoco tendría nadie miedo de caer en el infierno, y dicho se está que con esto se daría amplia licencia a todos para vivir sin freno, entregados a todos sus apetitos.

---

(1) *De reprobatione.* — San Juan Damasceno: *De fide orthodoxa*, lib. IV, capítulo XXI.

Pasemos porque los haya criado, replican los adversarios, pero ya que los sacó de la nada, todavía, como infinitamente sabio, bueno y poderoso, ¿por qué no impide el mal que las criaturas libres están a punto de cometer? —Que pudiera en absoluto impedirlo no cabe duda; pero ¿está obligado? ¿sería conveniente? ¿sería compatible *omnibus perspectis*, con sus divinos atributos? Desde luego, el permitir el pecado no repugna a ninguno de los atributos de Dios. No a la santidad divina, pues Dios, al permitir el pecado, no lo pretende, sino que, por el contrario, lo detesta y castiga.

No a la divina sabiduría, porque la sabiduría misma requiere que en el curso ordinario de su providencia conserve Dios en las criaturas libres su actividad y libertad. Precisamente la sabiduría de Dios sabe utilizar los extravíos de la libertad humana para fines racionales. «Dios, dice San Agustín, permite el mal porque es harto poderoso y bueno para sacar bien del mal.» No quiere Dios el mal para que resulte el bien, pero una vez realizado el mal por la libre determinación de la voluntad humana, lo ordena El al bien.

No a la bondad divina, porque la bondad requiere solamente que dé Dios al hombre los medios adecuados para su felicidad, y ciertamente Dios se los da en abundancia, como que en ninguna ocasión se halla el hombre en necesidad de pecar; si usa mal de su libertad, suya será la culpa.

Pero es más: si cada vez que el hombre fuera a pecar viniera Dios a impedirlo a todo trance, atando la libertad humana (pues a impedirlo ya viene siempre con su gracia suficiente), sufriría gran menoscabo la libertad y el mérito del hombre; y éste podría, si le pluguiera, probar a Dios con sus frecuentes y cada vez más fuertes conatos de pecado, para ver hasta dónde llega la resistencia divina.

Y si se quiere decir que no es necesario que Dios impida cada

uno de los pecados, sino el último, es decir, el morir en pecado, ¡ah!, entonces todos tendrían la seguridad de salvarse, y así podrían entregarse durante la vida a todo género de pecados.

4. La sabiduría de Dios reclama la eternidad de las penas como sanción eficaz. — Todo sabio legislador debe dar a sus leyes una sanción eficaz; ahora bien, la única sanción eficaz para las leyes de Dios, que obligan *sub gravi*, de que se habla aquí, es la eternidad de las penas. Y a la verdad, para que surta el efecto deseado es menester que la sanción pueda determinar al hombre a que observe la ley divina, aun con pérdida de sus bienes y de su vida. Y ¿quién no ve que la sola esperanza de escapar un día de la justicia de Dios haría ineficaz cualquiera sanción temporal? ¿Quién sería capaz de contener al vicioso en el momento de la tentación, si abrigara alguna esperanza de obtener su perdón en la eternidad? ¿Cuántos malvados se entregarían gustosos a la práctica del mal, si el infierno no fuese eterno?

Si ni aun el temor de los castigos eternos contiene a muchos en el cumplimiento del deber, ¿cuánto menos la idea de castigos temporales! Las penas que están lejos, más allá de las fronteras de esta vida, aun las eternas, hacen muy poca mella en muchos, sumergidos en las ilusiones de los sentidos. Realmente, lo que constituye la eficacia de la sanción no es ni el infierno mismo, es sólo su eternidad, como lo prueba el hecho de que los malvados aceptan sin dificultad que haya castigos en la otra vida, con tal que no sean eternos.

Pero se dirá: ¿es justo, es sabio, es humano, castigar el pecado de un momento con una eternidad de penas? Precisamente porque entre la culpa y la pena debe haber proporción, parece que debe rechazarse la pena eterna, porque la eternidad excede toda medida de tiempo. — Esta objeción adolece de un falso supuesto. La pena de un pecado no se mide por la duración del acto de pecar, sino por la malicia del mismo. ¿Cuánto tiempo se necesita

para cometer un robo? Quizá pocos momentos, y, sin embargo, la justicia humana lo castiga a veces con cárcel perpetua. ¿Cuánto tiempo se necesita para asesinar a un hombre? Basta un instante, y, con todo, la justicia humana condena a muerte al asesino. ¿Cuánto tiempo se necesita para provocar un incendio? Un instante, y, no obstante, el incendiario es condenado a presidio por mucho tiempo; de donde se deduce que la pena de una falta no se mide por la duración, sino por la gravedad de la misma. No se ha de buscar en el tiempo la base de la penalidad (1).

Pero aun así, aun habida consideración del tiempo, los Santos Padres dicen unánimemente que el pecado merece pena eterna, aunque haya sido cometido en un momento, porque este momento se hace duradero. Oigámosles:

«Procedería, dice San Gregorio, la objeción sacada de la poca duración del pecado, si el Juez rectísimo de los hombres pesase en la balanza los hechos y no los corazones. Los inicuos pusieron fin al pecado solamente porque tuvo fin su vida. Habrían querido vivir sin fin para poder perseverar sin fin en sus iniquidades, porque ellos más apetecen pecar que vivir; y por esto quieren vivir siempre en la tierra, para nunca dejar de pecar mientras vivan. Corresponde a la estricta justicia de un juez rectísimo, como Dios, hacer que jamás carezcan de suplicio aquellos cuyo espíritu nunca soportó carecer del pecado, y que jamás tenga término la venganza decretada contra aquel que, obstinado, no quiso poner fin a sus crímenes» (2). Coincide San Jerónimo diciendo: «Por esto los réprobos pagan penas sin fin, porque siempre tuvieron voluntad de pecar sin fin, si hubieran podido vivir sin fin en la tierra.»

Confírmalo San Agustín cuando dice: «Con muy justa razón es

---

(1) Véase Santo Tomás: I, 2, q. LXXXVII, a. 3, ad 1.

(2) In cap. XLI, Job.

castigado el afecto perverso, aunque no haya tenido efecto alguno. En el hecho de morir un hombre en pecado manifiesta que habría querido pecar siempre, si siempre viviese; de este modo, quien en pecado muere, deja de vivir, mas no de pecar.» La fuerza de esta razón consiste en que, así como en la voluntad del pecador, que persevera en la hora de la muerte, hay cierta eternidad sin ningún fin, así tampoco debe haber fin en la pena (1).

Oigamos a Santo Tomás (2): «El pecado mortal, dice, priva por su naturaleza y despoja al alma del principio de la vida espiritual, que es la caridad, y acarrea su muerte; de donde se sigue que el pecado es irreparable, y consiguientemente merece una pena eterna.» He aquí la fuerza de esta razón. Cuanto tiempo dura el pecado, otro tanto merece su pena. Es así que en el réprobo persevera el pecado eternamente, pues no puede sin la caridad ser remitido; luego persevera siempre el merecimiento de la pena.

En parecidos términos habla Pedro Blesence (3): «Aquel lugar, dice hablando del infierno, cierra la puerta al merecimiento y rechaza el beneficio de toda compensación. Por consiguiente, como el suplicio no tiene valor alguno satisfactorio, no resta al réprobo sino la pena que debe tolerar sin fin. En verdad, quien fué ingrato para con Dios, por más que padezca, no satisface, semejante a un deudor que, pagando los réditos del capital que tomó en mutuo, no puede nunca amortizar la deuda por más réditos que acumule el acreedor.»

A los que dicen que la eternidad de las penas es incompatible con el fin medicinal de la pena, responderemos, en primer lugar, con los antiguos filósofos, que hay dos clases de penas: la *vindi-*

---

(1) *De Civitate Dei*, lib. XVI, cap. IV.
(2) 1.ª 2.ae, q. LXXXVII, a. 3.
(3) *Epist.*, LX.

cativa y la *medicinal*. La primera trata de proteger la inviolabilidad del orden moral, de compensar y reparar la injuria que se hace a Dios al conculcar las leyes; la segunda tiende principalmente a corregir al culpable, evitar su recaída y prevenir la falta de otros. El fin de la primera es la expiación del pecado; el de la segunda, el bien del pecador. Ahora bien, las penas eternas son expiatorias.

En segundo lugar, no es necesario que toda pena sea medicinal. Cuando a un traidor se le fusila, nadie negará que esta pena es expiatoria, y, sin embargo, es reconocida por todos como buena. Si alguien dijere que este ejemplo es también medicinal, porque sirve para inculcar a los otros la observancia de la ley, en este sentido tampoco se podrá negar que las penas eternas son medicinales; y es tan grande su virtud medicinal, que hacía exclamar a un Santo: «El infierno es lo que mayor número de almas ha llevado al cielo.» ¡A cuántos, en efecto, no ha arrancado del vicio el temor de aquellas penas!

Por último, la corrección del culpable no es fin único ni principal de las penas; si lo fuera, éstas desaparecerían. En efecto, con decir y probar los unos al juez la imposibilidad de corregirse y de dar los otros señales de arrepentimiento, ya el juez no tendría derecho de aplicarles la pena, porque en el primer caso sería imposible y en el segundo estaría conseguida la corrección. Y, sin embargo, la justicia humana castiga tanto al incorregible como al que se ha corregido, porque la pena no se funda en el provecho del culpable, sino en el restablecimiento del orden moral.

Antes de terminar esta importantísima materia, séanos permitido hacer una advertencia. Algunos autores creen que los argumentos aducidos son apodícticos y de absoluta certeza. Al mismo P. Suárez le hacen tanta fuerza algunos de ellos, que llega a decir que un hombre quisquilloso no dejará de hallar siempre algún pero

a las razones que le propongan en demostración de este dogma; pero que son suficientes para convencer a cualquier varón prudente que busque de veras conocer la verdad.

No hemos alegado la prueba que traen algunos, sacada de la necesaria distinción entre el bien y el mal; pues, a nuestro juicio, tiene poca fuerza y ciertamente es susceptible de muchas respuestas.

Tampoco hemos querido presentar la fundada en el consentimiento universal de los pueblos, aunque la aduzcan respetables autores, porque son testimonios fundados en autoridades privadas, muchas de ellas incompetentes, y aun de pueblos salvajes y de poetas paganos. Semejantes argumentos son demasiado débiles para probar un punto tan difícil y tan importante como el que ahora dilucidamos. La única fuerza indirecta, nada más que indirecta, que puede tener este argumento es extrínseca y derivada, en cuanto dicho consentimiento universal puede ser signo de que hubo alguna revelación primitiva; pero en este caso la fuerza no está en el argumento de razón ni en la fe humana, sino en la divina o revelación primitiva.

Pero aunque no ofrezcan certeza apodíctica, científica o absoluta los argumentos aducidos, no nos cabe duda de que tienen mucho peso, y que son capaces, sobre todo tomados colectivamente, de convencer, como dice el P. Suárez, a cualquier varón prudente. En este sentido parécenos que se podría decir que ofrecen casi la garantía de una como certeza moral o de una probabilidad tan notable, que apenas deja sólida probabilidad para la sentencia contraria.

El lector podrá juzgar por sí mismo con su elevado criterio, pero ésta es al menos la impresión que a nosotros nos hacen; porque aunque dichos argumentos son susceptibles de respuesta, encierran, sin embargo, un fondo de verosimilitud tan grande, y permiten contestar tan satisfactoriamente a las objeciones, que inclinan

con gran peso a la razón a reclamar la existencia de las penas eternas.

Por eso no nos satisface del todo la expresión con que el distinguido apologista Vosen (1) califica escuetamente de «probable» la fuerza de los argumentos de razón. Y decimos que no nos satisface del todo, porque esta palabra «probable» es tan elástica, que de suyo podría significar que los argumentos que militan en contra son también probables, igualmente probables, y aun más probables. Y, a la verdad, no estamos de acuerdo con esta apreciación. Nosotros, en virtud de los argumentos aducidos, cierto no nos atreveríamos a negar en absoluto «toda» probabilidad a los de la sentencia contraria (que no son otros que las objeciones ya refutadas); pero la probabilidad que encierran nos parece tan escasa, que apenas llega a sólida.

Y todavía sentimos más no poder estar conformes con el parecer del apologista A. Dupont (2), quien no concede a los argumentos de razón más fuerza que la de probar la posibilidad, no la existencia, de las penas eternas. De no demostrar más que la posibilidad, no había para qué molestarse tanto en aducir un sinnúmero de argumentos y apuntalarlos en tan sólidos cimientos. La conclusión de que es posible la existencia de dichas penas, es perfectamente compatible con su contradictoria: luego es también posible que no existan.

En esto nos ha de dispensar el esclarecido autor le digamos que sufre una ligera equivocación, porque los argumentos aducidos para probar por medio de la razón la eternidad de las penas, no se refieren a la posibilidad, sino a la necesidad; es decir, reclaman, exigen, piden y requieren, según hemos demostrado, la existencia

---

(1) *Das Christentum*, l. c., «Von der ewigen Vergeltung».

(2) «Eternidad del infierno», en el *Dic. apol. de la foi cathol.*, fin.

de las penas eternas; en otros términos, prueban *a priori* la necesidad de dichas penas.

Veamos ahora de consignar *a posteriori*, es decir, fundados en la fe divina y, por tanto, con certeza absoluta, la existencia de aquellas penas. De este modo, sea lo que fuere de los argumentos de razón, quedará inconmoviblemente establecida esa pavorosa y formidable verdad.

De propósito nos hemos extendido en este capítulo y lo mismo haremos en el siguiente, porque juzgamos que materia tan trascendental y tan expuesta a terribles dudas, mejor sería no tocarla que tratarla superficialmente.

CAPÍTULO X

La eternidad de las penas ante la fe

Principiando por los Sagrados Libros, inspirados por Dios, en el Antiguo Testamento se consigna que los malos perecerán eternamente, sufrirán incendios eternales, tormentos perdurables, oprobio sempiterno.

Ya el profeta Daniel había dicho: «Y la muchedumbre de aquellos que duermen en el polvo de la tierra despertará: unos para la vida eterna y otros para la ignominia, la cual tendrán siempre delante de sí» (1). El profeta Isaías escribe que «su gusano no muere» (2). Y en el libro de Judit se lee: «A quienes está reservada una tempestad de tinieblas por toda la eternidad» (3). Los condenados serán siempre aquel pueblo desgraciado del que dice el profeta Malaquías: «Contra el cual está el Señor indignado para siempre» (4); y añade Job: «Quien desciende a los infiernos no subirá ni volverá más a su casa» (5).

Pero sobre todos los testimonios está la autoridad de Jesucristo, Hijo de Dios, quien, con palabras de gran aseveración, nos ase-

(1) XII, 2.
(2) LXVI, 24.
(3) XIII. — Ps. X, 7.
(4) I, 4.
(5) VII, 9 y 10.

gura esta verdad de fe; este es el argumento inconcuso, ineludible, para todo cristiano, de la eternidad de las penas.

Oigamos a Jesucristo en San Mateo: «¡Ay de aquel hombre que causa el escándalo! Si tu mano o tu pie te es ocasión de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de ti; pues más te vale entrar en la vida eterna con un solo ojo, que teniendo dos ser arrojado al fuego eterno... al fuego del infierno» (1).

San Marcos repite la misma sentencia, añadiendo algunas palabras ponderativas: «Si tu mano te escandaliza, córtala; más te vale entrar manco en la vida eterna que tener dos manos e ir al infierno, al fuego inextinguible, en donde el gusano que los roe nunca muere y el fuego nunca se apaga.» — Y más abajo repite las mismas palabras: «El gusano que los roe nunca muere y el fuego nunca se apaga» (2).

San Mateo aduce otro texto de mayor solemnidad y absolutamente decisivo: la escena del juicio final, las palabras de la separación de los buenos y de los malos: «Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino celestial, que os está preparado desde el principio del mundo. Al mismo tiempo dirá a los que estarán a su izquierda: Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles... Y entonces irán éstos al eterno suplicio y los justos a la vida eterna» (3).

San Juan añade: «En el infierno no hay redención, porque el tiempo de la gracia ha pasado» (4); y en otra parte: «Satanás está con sus partidarios en el estanque de fuego y azufre, donde son

---

(1) XVIII, 7 y 8.
(2) IX, 42-45.
(3) XXV, 34, 41 y 46.
(4) III, 36.

atormentados día y noche por toda la eternidad» (1). Y el mismo, algo más abajo: «La vida en el infierno es una muerte eterna o una segunda muerte» (2). Añadamos un testimonio más; dice el Apóstol San Pablo: «Vendrá con llamas de fuego a tomar venganza de los que no conocieron a Dios y de los que no obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán la pena de una condenación eterna, confundidos por la presencia del Señor y por el brillante resplandor de su poder» (3).

Los testimonios de los Santos Padres confirman esta doctrina. En el primer siglo San Clemente Romano, coetáneo de los apóstoles, enseña que las almas de los impíos serán atormentadas con pena eterna por el fuego inextinguible sin poder morir jamás. San Teófilo, de últimos del mismo, defiende que los incrédulos estarán sujetos a eternos suplicios. Tertuliano, de primeros del tercer siglo, escribe, que a los profanos o malos está reservado un fuego perdurable. San Cipriano, del promedio del mismo siglo, asegura que los perversos se verán sumidos en llamas siempre vivas, sin medio de hallar descanso ni fin a sus tormentos.

De los padres y doctores de los siglos posteriores pudiéramos recorrer una serie no interrumpida, y en todos ellos hallaríamos la misma doctrina. «Digno es de eterno castigo, dice San Agustín, el que ha destruído en sí un bien eterno.» San Paciano, obispo de Barcelona, en su exhortación a la penitencia afirma: «Después de los suplicios temporales de las almas, está reservada, también para los cuerpos resucitados, pena perdurable.» Sirva de corona a todos ellos la sentencia de San Agustín: «Señor, decía el santo Obispo de Hipona, quemad y cortad aquí y no me perdonéis nada en esta vida, para que me perdonéis en la otra para siempre.»

---

(1) Apoc., XX, 10.
(2) Apoc., XXI, 8.
(3) II Thes., I, 9.

Todo cuanto la Iglesia enseña sobre la acerbidad de las penas del infierno, lo ha enseñado en términos expresos el mismo Jesucristo. El llanto inconsolable, el crujir de dientes, el fuego que no se extingue, el gusano remordedor, la desesperación de todo bien, aun del insignificante refrigerio de una gota de agua, la eternidad, finalmente, la espantosa y horrible eternidad, todo esto lo cree la Iglesia católica, porque Jesucristo se lo enseñó.

Sea que Orígenes negara la eternidad de las penas, como pretenden San Jerónimo y San Agustín, sea que no la negara, pues le vindican de semejante error Eusebio, Dídimo y San Pánfilo Mártir, sosteniendo que las obras de Orígenes fueron en este punto corrompidas por los herejes, es lo cierto que se llamaron origenistas los que la negaron, y fueron solemnemente condenados. El Sínodo de Alejandría, congregado a este objeto el año 400, los condenó. El Concilio Ecuménico V, reunido en 553, condenó también a los que profesaban los errores origenistas, y lo mismo condenaron otros concilios, verbigracia, el Lateranense IV, que dice que los réprobos serán castigados a pena perpetua, *in poenam perpetuam* (1).

Después de semejantes testimonios no se asombrará nadie de leer en el Símbolo de San Atanasio estas palabras, que son la síntesis de lo que venimos diciendo: «Los que habrán hecho el bien irán a la vida eterna, y los que habrán hecho el mal, al fuego eterno; he ahí la fe católica; el que no la guarde con firmeza y fidelidad no podrá salvarse.»

Podríamos todavía añadir algunos otros testimonios.

San Julio, al presidente que le mandaba quemar incienso a los ídolos, contestó: NO QUIERO NI PUEDO ACCEDER A TUS DESEOS, PUES RESUELTO ESTOY A NO COMETER PECADO NI A INCURRIR EN

---

(1) Conc. Later. IV, cap. I, *De fide catholica.*

PENA PERDURABLE. Célebre es el hecho heroico de Santa Felícitas, a la cual, como ella rehusara ofrecer sacrificio a los dioses y prohibiera a sus siete hijos que lo hicieran, la increpó Publio diciendo: ¡MISERABLE! SI PARA TI ES COSA DULCE EL MORIR, PROCURA, POR LO MENOS, QUE VIVAN TUS HIJOS. Y ella repuso con santa nobleza: VIVIRÁN, SIN DUDA, MIS HIJOS, SI NO SACRIFICAN A LOS ÍDOLOS; MAS SI COMETIEREN TAN GRAN MALDAD, IRÁN A LA ETERNA MUERTE.

San Maximino, al procónsul, que con amenazas confiaba arrancar de él que inmolase a los dioses, le habló en estos términos: NO SON TORMENTOS LOS QUE SE SUFREN POR JESUCRISTO, SINO BÁLSAMO QUE LOS ENDULZA. PERO, SI ME APARTASE DE LOS PRECEPTOS DEL SEÑOR, EN LOS CUALES HE SIDO INSTRUÍDO POR SU EVANGELIO, ENTONCES ME SOBREVENDRÍAN TORMENTOS VERDADEROS Y SEMPITERNOS. El beato Tomás Moro, gran canciller de Inglaterra en tiempos de Enrique VIII, fué encarcelado por la fe romana y conminado con la horca si no renunciaba a ella.

Como le introdujesen a su esposa para que con grandes promesas y ofrecimientos lo ganase para la herejía, respondióle Tomás: ELOÍSA —que así se llamaba ella,—¿Y POR CUÁNTOS AÑOS PODRÉ YO GOZAR DE ESOS BIENES CON QUE ME HALAGAN? — ¡OH! — contestó ella — ATENDIDAS TU EDAD, ROBUSTEZ Y BUENAS COSTUMBRES, BIEN TE PUEDES PROMETER, A LO MENOS, TREINTA AÑOS DE DICHA. — ¡ELOÍSA! — exclamó Tomás — ¡MALA MERCADERA ERES TÚ! Y ¿QUIERES TÚ QUE POR TREINTA AÑOS DE GOZAR, PIERDA YO EL CIELO, Y SEA JUSTAMENTE ARROJADO A ETERNOS SUPLICIOS? NI POR MILES DE AÑOS FELICES COMETERÉ YO SEMEJANTE CRIMEN (1).

---

(1) Pueden verse estos testimonios en un artículo publicado en el *Apostolado de la Prensa*, CIV, agosto de 1900. Madrid.

Ni vale objetar que las penas del infierno, más que reales y verdaderas, son tan sólo conminatorias. Esta objeción ya la resolvieron y refutaron San Agustín y San Gregorio Magno. El primero combatió a los origenistas, que, entre otros errores, admitían también este de entender conminatoriamente *(minaciter)* los textos bíblicos que hablan de los eternos suplicios de los condenados, interpretándolos al modo de las profecías llamadas *comminationis* por los teólogos, verbigracia, la de Jonás sobre la ruina de Nínive: *Dicunt enim de malis et infidelibus hominibus divinitus quidem verum praedictum esse quod digni sunt poena; sed cum ad judicium ventum fuerit, misericordiam esse superaturam* (1). Llámalos por esto *in perversum misericordes,* y concluye declarando la doctrina de aquéllos contraria al sagrado texto: *Ceterum eos qui putant minaciter potius quam veraciter dictum discedite a me, maledicti, in ignem aeternum et cetera hujusmodi, non tam ego, quam ipsa Scriptura planissime atque plenissime redarguit ac refellit.*

En un sentido verdadero (ya que no exclusivo) pueden llamarse conminatorias, esto es, en cuanto sirven de amenaza a los pecadores que aun viven, para que las eviten a tiempo, arrepintiéndose de sus pecados y convirtiéndose a mejor vida. He aquí cómo se expresa el P. Perrone: *Eo igitur sensu tantummodo potest dici comminatorium Dei decretum quod hae poenae comminatae sint viventibus, ut ad meliorem frugem redeant; quod si secus faciant atque in statu peccati lethalis ex hac vita decedant, ex comminatorio decretum fit absolutum ac incolumi Dei veracitate immutari jam nequit* (2).

El segundo, haciéndose cargo de la misma dificultad, escribía:

---

(1) *De Civ. Dei,* lib. XXI, cap. XVIII, n. 1; cap. XXIV, n. 1.

(2) *De Deo Creante,* n. 823.

Sunt etiam nunc qui idcirco peccatis suis ponere finem negligunt quia inquiunt... creaturae suae aeterna supplicia minari debuit, non inferre (1); contra ellos argüía el santo que si no eran más que conminatorias las penas anunciadas por Dios a los réprobos, fuerza sería rebajar a meras promesas, sin ningún cumplimiento en lo futuro, las divinas palabras que a los justos aseguran premios eternos, ya que es uno mismo el estilo de los sagrados oráculos cuando hablan de aquéllas y de éstos: *Si falsa minatus est ut ab injustitia corrigeret, etiam falsa pollicitus est ut ad justitiam provocaret.*

En este error incurrieron más tarde los socianianos y protestantes, pero fueron refutados por los teólogos católicos como Patruzzi, Passaglia, Perrone y en especial por Santo Tomás de Aquino (2).

Razonemos ahora a la luz de la fe estas verdades.

El alma penetra en la vida futura en el estado y con los afectos que tenía en el momento de la muerte, y este estado y afectos son irrevocables, porque los cambios no pueden pertenecer sino a la vida de prueba, que es la vida presente, pasada la cual todo queda fijo para siempre. El culpable persevera en el mal, permanece eternamente culpable. «El árbol queda donde ha caído: a la derecha, si ha caído a la derecha; a la izquierda, si a la izquierda»; porque si bien es verdad que la acción del pecado es pasajera y fugitiva, pero sus efectos perseveran y la voluntad perversa del pecador es eterna con la afección persistente hacia el mal. Se comprende, pues, que el impenitente sea eternamente castigado. El hombre que se arranca los ojos, queda ciego para siempre.

Tal como era al exhalar el último suspiro, tal continúa siendo

---

(1) *Moral.*, lib. XXXIV, cap. XII, al. 16.

(2) In 4 Sent., dist. 46, q. 2, art. 3; Suppl., q. 99, a. 3 ad 3.

siempre; queda como sobrecogido, como congelado. Dice bien a este propósito un venerable escritor: «¿Habéis visto, en Suiza, el mar de hielo? Descendía ardiente, viviente, subiendo las olas sobre las olas. De repente, baja cien grados la temperatura y el mar de hielo se detiene bruscamente, petrificado por el frío. Hace seis mil años que está así, pareciendo correr y no corriendo ya, inmóvil con las apariencias del movimiento, congelado para siempre. Tal es la imagen de los que mueren en pecado mortal. Cesa el tiempo y ellos permanecen como son; la eternidad no les prestará un solo movimiento. Murieron en la separación de Dios, y separados estarán por siempre. El fuego del infierno no les deshelará, como no funde el sol el mar de hielo...» (1)

El infierno es para ellos un centro de atracción irresistible, y es tan imposible para el condenado elevarse a Dios por un movimiento bueno, como lo es para la piedra elevarse a los aires por sí misma, pues su estado y efectos son ya definitivos e irrevocables. Las agujas de un reloj, cuyo movimiento se detiene, marcarán siempre la misma hora; un alma detenida por la muerte en el mal, seguirá marcando lo mismo por toda la eternidad.

Cuando el hombre comete un pecado mortal consiente libremente en la pena eterna. Si, pues, ha consentido en ella en la hora de la muerte, al no querer arrepentirse de su pecado, justo será que Dios le castigue con dicha pena.

Después de la muerte no habrá ya tiempo ni para el mérito ni para el demérito; no habrá lugar para el arrepentimiento; por consiguiente, los buenos quedarán siempre buenos y los malos siempre malos. Aun el ollero no cambia ya la forma de los vasos una vez se cuecen en el horno.

---

(1) Mons. Bougaud: *El Cristianismo*, trad. de Villelga, t. V, pág. 306; 1907.

Es justo, pues, que la recompensa de los primeros como el castigo de los segundos sean eternos.

Santo Tomás, buscando el origen de la obstinación en el mal de las almas de los condenados, indica dos causas inmediatas: la justicia de Dios y la naturaleza de la voluntad.

La justicia de Dios rehusa la gracia de la penitencia a los que no han querido reconciliarse con El en el momento de la muerte (1). Por otra parte, la voluntad que persevera en su crimen hasta lo último de la prueba lo quiere fija e inmutable como la eternidad; se ha apartado definitivamente de su último fin, y nada es ya capaz de restablecer el lazo roto entre el Creador y la criatura (2).

* * *

Hay, pues, un infierno eterno, o penas eternas; pero ¿qué es lo que allí se sufre? En primer lugar, la «pena de daño», que consiste en la pérdida eterna de Dios. Y, ante todo, no es injusto, como dice San Agustín, que Dios deseche a aquel por quien primero fué Él desechado. Y ¿cuánta es la acerbidad de esta pena? San Ireneo, hablando de los que se condenan, dice así: «A los que de Él se apartan por su voluntad, los deja en la separación que ellos han elegido. Pero separarse de Dios es la muerte, y separarse de la luz, tinieblas; separarse de Dios es perder todos los bienes que están en Dios... Mas los bienes que hay en Dios son eternos y sin fin, y, por lo mismo, la pérdida de ellos y la desesperada amargura de haberlos perdido es igualmente eterna y sin fin, como los que a sí mismos se sacaron los ojos o han

(1) *De veritate*, q. XXIV, a. 10.
(2) *Comp. theol.*, cap. CLXXIV.

sido cegados por otros, en medio de la más brillante luz quedan privados de la dicha de verla, y no es porque la luz les imponga la pena de la ceguera, sino porque ésta les acarrea tan grande calamidad» (1).

Cuando el pecador muere y se le rasga el velo de las cosas corporales, el alma libre vuela con ímpetu hacia su centro, que es la Verdad primera y el Bien infinito; pero este ímpetu es con terrible violencia rechazado; Dios arroja de sí al alma maldita, y la lanza y precipita en las eternas tinieblas, como en días de gran resaca lanza el reflujo de las olas al pobre náufrago, ya a punto de salvarse en la orilla, hasta el interior del mar. Entonces es cuando siente el alma el anhelo inmenso de unirse con su Dios y que, sin embargo, jamás será satisfecho. Ahora bien, si la sed de agua, que no es más que el apetito o ansiedad de un órgano corporal, tanto llega a atormentar, ¡qué no será la sed irresistible de una potencia tan noble y vasta como es el entendimiento del hombre! ¿Qué va de un pedazo de carne, como es la lengua, al entendimiento y a la aspiración al infinito de todo el ser? ¿Qué diferencia no habrá, pues, entre una sed y otra sed?

¡Sobre todo siendo el Bien que el alma apetece un Bien que no tiene límites, y despertándose con el conocimiento todas las energías ocultas del espíritu, que tienden con todo ímpetu hacia su centro! Si acá en el mundo, un hombre que se ha visto en la cumbre de los honores y cae de repente en la humillación y abatimiento, tan grande pena siente que no nos parece maravilla que la tristeza le cause la muerte, ¿qué no le sucederá a quien tiene conciencia de que por su culpa ha perdido un bien sin medida, un bien cuya grandeza excede más que el cielo inmenso excede una diminuta piedrecilla? Por esto el condenado se agita y estremece como el pez fuera del

---

(1) *Advers. haeres.*, lib. V, cap. XXVII.

agua; siente que está fuera de su elemento, y las convulsiones de su alma, sus ansias y agonías, no tienen punto de comparación con ningún tormento (1).

¿Qué más? La pena de daño es el infierno del infierno. La pena de daño es un dolor infinito, es, como dice San Agustín, tan grande como Dios mismo, *haec poena tanta est quantus ipse Deus.* ¿Cómo comprender semejante tormento? La agonía no es ya, por decirlo así, la vida, ni es la muerte: es el paso doloroso de la vida a la muerte, la lucha de la vida con la muerte que va a vencer... Pues bien, siendo la vida eterna la unión del alma con Dios conocido y amado, la muerte eterna es la separación junto con el odio de Dios; es el paso eterno del amor al odio; del amor, que tiende a unirse con Dios, y el odio y desesperación por verse para siempre separado de Él: *Nunquam viventes*, dice San Agustín, *nunquam mortui, sed semper morientes.* Aquellas almas infortunadas ni viven ni están muertas, están siempre muriéndose, siempre deseando amar y sólo pudiendo aborrecer a Dios, y padecen más, añade, por el cielo que perdieron que por todas las llamas del infierno. *Plus coelo torquentur quam gehenna.*

La privación de la vista de Dios es el mayor de los tormentos del infierno. La razón es clara: cuanto mayor es el valor del bien perdido, tanto mayor es el dolor de la pérdida, y como el condenado ha perdido, y conoce y siente que ha perdido para siempre, un bien de valor infinito, su pena es en cierto modo infinita. ¡Cuánto no se aflige el ciego porque no puede ver la hermosura de la Creación! Pues ¿qué tormento será el de aquel, pregunta San Juan Damasceno, que se ve excluído de la contemplación del más bello de los seres? La posesión de Dios es el fin del espíritu criado, el cual tiende hacia Dios de suyo, como el río se dirige al Océano. Este

(1) Vosen: *Das Christent.*, l. c.

anhelo por la suma felicidad es inmenso después de la muerte, cuando ya no le pueden distraer los bienes terrenos ni procurarle ninguna satisfacción, y conoce que su plena satisfacción está en Dios. Pues ¿cuál será su pena cuando vea que éste su único anhelo ha de quedar eternamente frustrado? «Los rugidos de Esaú por haber perdido la bendición de su padre son débil imagen de la rabia de los condenados por la pérdida de la vista de Dios.»

* * *

Después de la pena de daño viene la que llaman *de sentido*. ¿Cuál es su naturaleza? Conviene ante todo descartar ciertas pinturas y refinamientos de crueldad inventados por los poetas y que son fruto de su fantasía. Prescindamos de ellos y atengámonos a la palabra divina, que ya hay materia suficiente en las Sagradas Escrituras, aunque sobrias, por otra parte, para horrorizar al hombre más sereno.

El Evangelio nos pinta a los condenados en el infierno, y el infierno como el «lugar de tormentos», así lo llamó el rico Epulón. «Murió este rico impío y fué sepultado en el infierno.» De su magnífico palacio, de su dorada habitación, pasó a la cárcel del infierno. Y sintiéndose abrasarse en llamas, consumido por una sed devoradora, levantó los ojos al cielo desde lo más hondo de aquel abismo y vió en lo alto, a lo lejos, a Abraham y a Lázaro en su seno, y exclamó diciendo: «Padre mío, Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, porque estoy muy atormentado en estas llamas»; y no siéndole esto concedido, se puso de nuevo a rogar: «Padre, Abraham, ya que Lázaro no puede venir a donde yo estoy, envíale a casa de mi padre para que avise a cinco herma-

nos que tengo que no vivan como yo viví, y *no les suceda a ellos el venir también a este lugar de tormentos*» (1).

Además, el Evangelio pinta a los condenados con lágrimas en los ojos. Llorarán los condenados, dice el Apocalipsis, al ver el humo de su incendio. Llorarán y habrá entre ellos llanto: *ibi erit fletus*. Ni habrá sólo lágrimas y llanto, sino también suspiros y gemidos: *ploratus et ululatus*, que son más profundos y de pena más honda que las lágrimas, pues proceden de un corazón más quebrantado y agobiado. Y si el sufrimiento es grande y el hombre resiste, vemos a veces que lágrimas silenciosas resbalan por sus mejillas; y si el sufrimiento aumenta, se contraen los nervios y rechinan los dientes, como les sucede a los condenados: *ibi erit stridor dentium* (2). Es una expresión muy significativa de la desesperación de aquellos infelices.

Según los pecados será el tormento de los sentidos. El de la vista será atormentado con espesas tinieblas, porque los condenados «serán arrojados a las tinieblas exteriores» (3).

El del oído, con sonidos de terror: *Sonitus terroris semper in auribus eorum* (4).

El del gusto, con hambre: «¡Ay de vosotros que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!» (5); y con sed, como hemos visto en el pasaje del rico Epulón (6).

Aunque los condenados padecerán hambre y sed, con todo, tendrán, según las Sagradas Letras, algún sustento y manjar, pero ¿cuál será él? «Hiel de dragones será tu vino y veneno de áspides, para el cual no hay remedio» (7).

---

(1) Luc., XVI, 28.
(2) Matth., XII, 42-50.
(3) Matth., VIII, 12.
(4) Job, XV, 21.
(5) Luc., VI, 25.
(6) Luc., XVI, 24.
(7) Deut., XXXII, 33.

El del olfato, por el hedor insoportable: «Regaré, dice, la tierra con tu fétida sangre... y henchiré los collados, de tu sangre podrida» (1).

San Buenaventura llegó a decir que si el cadáver de un condenado fuese sacado del infierno y puesto sobre la superficie de la tierra, bastaría para inficionar, con la exhalación de su hediondez, toda ella. De donde en cierto modo se puede colegir cuál es la pena de aquellos miserables, estando siempre sumergidos en las heces de aquel muladar, pegados unos con otros cual ovejas en el matadero... «Y exhalarán sus cadáveres un hedor insuperable» (2).

El del tacto será atormentado por el ardor. Faltaba únicamente contemplar al condenado en el fuego inextinguible; pues bien, San Lucas nos lo pinta en él. Conocida es la parábola del rico avariento. Muere y es sepultado en el infierno: *et sepultus est in inferno,* es decir, fué llevado al lugar de los tormentos: *in locum tormentorum.* ¿De dónde provenían esos tormentos? Entre otras cosas, del fuego que le consumía: *crucior in hac flamma.* O como dice más expresamente Isaías para ponderar el fuego del infierno: «¿Quién de vosotros podrá habitar allí con el fuego devorador y ardores sempiternos?» (3).

Poco importa que el fuego esté fuera de los cuerpos, rodeándolos como un océano en el cual se hallen aquéllos sumergidos, como dice San Alfonso, «estarán sumergidos en el fuego como los peces en el agua», lo que es doctrina común en la Iglesia, o como dice el profeta Isaías: «ni de día ni de noche cesará el incendio» (4). Poco importa que el fuego esté dentro de los condenados como un brasero que los consuma: «Vuestro mismo espíritu, cual fuego, dice el

---

(1) Ezeq., XXXII, 5.
(2) Isai., XXXIV, 3.
(3) Ibíd., XXXIII, 14.
(4) Ibíd., XXXIV, 10.

mismo profeta, os devorará» (1). Como quiera que sea, la pena más grande de sentido será el tormento del fuego, razón por la que será conveniente nos detengamos aquí un momento.

* * *

Y en primer lugar, ¿qué clase de fuego es aquel? Si se toma por fuego todo lo que tiene virtud de quemar y abrasar, como quema y abrasa la lava que se desprende de un volcán, como quema una corriente eléctrica, como abrasa una tea inflamada, no hay duda que el fuego del infierno tiene la misma naturaleza, que es una sustancia material que tiene fuerza de inflamar; de otro modo, aquel fuego no sería real, sino metafórico o figurado.

El fuego del infierno es un fuego real, un fuego que quema como el de la Tierra, pero mucho más activo. La Sagrada Escritura le designa con el propio nombre de fuego, *in ignem aeternum* (2); con el nombre de llamas, *flamma ignis devorantis* (3); *in hac flamma* (4), y para ponderar su eficacia dice: *in spiritus ardore* (5).

Las palabras de la Escritura tomadas en su sentido natural y obvio deben entenderse del fuego material. Así, cuando se dice en Judit: «El Señor meterá fuego en las carnes de los condenados para que ardan eternamente», y en San Mateo: «No temáis a los que pueden quitar la vida del cuerpo y no pueden matar el alma; temed, sí, a aquel que después de haberos quitado la vida, puede

---

(1) L. c., XXXIII, 11.
(2) Matth., VIII, 8.
(3) Isai., XXX, 30.
(4) Luc., XVI, 24.
(5) Isai., IV, 4.

arrojar alma y cuerpo al fuego del infierno.» Además, ¿por qué no ha de ser real el fuego del infierno si lo es el del purgatorio? Pues bien, dice San Agustín que el mismo fuego que purifica a los elegidos atormenta a los condenados, con la diferencia de que aquél es sólo temporal y éste es eterno.

Pío IX, en la alocución al pueblo hecha en 1872, dice: «Cuando el Señor dicte sentencia en el juicio final, no dirá a los réprobos: Id malditos a la tristeza eterna, sino al fuego eterno.»

Los Padres de la Iglesia defienden lo mismo. San Ireneo escribe: EL PADRE QUE PREPARÓ UN REINO PARA LOS JUSTOS, ÉL MISMO CRIÓ UN HORNO DE FUEGO A DONDE ARROJARA A LOS REOS DE ESTE CASTIGO. Clemente de Alejandría enseña: EL DISCÍPULO DEL DIABLO, COMO ÁRBOL MALO, SERÁ CORTADO Y LANZADO A UN VORAZ INCENDIO DE FUEGO. Con éstos concuerda la mayoría de los Padres, cuyas sentencias sería cosa prolija enumerar; no quiero, con todo, pasar en silencio a dos esclarecidos españoles. San Isidoro de Sevilla afirma: DOBLE PENA ESTÁ RESERVADA A LOS CONDENADOS EN LA GEHENNA, O INFIERNO, PUES LA TRISTEZA ATORMENTA SU MENTE Y EL FUEGO ABRASA SU CUERPO. Y añade luego lo de Santa Teresa: AQUEL FUEGO PARA ALGO DESPIDE LUZ, Y PARA ALGO NO, es decir, DESPIDE LUZ PARA SU CONDENACIÓN, PARA QUE VEAN LO QUE CAUSA DOLOR, Y NO DESPIDE LUZ PARA SU CONSUELO, PARA QUE NO VEAN LO QUE LES DIERA ALIVIO. Y San Julián de Toledo pregunta: ¿POR QUÉ NO HEMOS DE CONFESAR QUE LOS ESPÍRITUS INCORPÓREOS SERÁN ATORMENTADOS CON FUEGO CORPORAL POR MODOS VERDADEROS, PERO ADMIRABLES? (1).

Con todo, no parece el fuego del infierno de la misma natura-

---

(1) Véanse reunidos algunos de estos textos en el lugar citado del *Apostolado de la Prensa*.

leza, *en todo,* que el nuestro, pues éste consume los objetos y aquél no; antes parece que conserva a los condenados como la sal los manjares. El fuego de la tierra alumbra; el del infierno no, pues, a pesar de ser aquél tan voraz, hay en el infierno tinieblas. El fuego del infierno es mucho más eficaz y doloroso; el nuestro, al decir de San Vicente Ferrer, es frío en comparación de aquél. Nuestro fuego, añade San Bernardino de Sena, es como pintado en comparación de aquel. El fuego del infierno, según Tertuliano, se parece a la quemazón de las ortigas, que ni calienta ni destruye. En una cosa convienen ambos fuegos, y es en quemar, que es precisamente lo más característico en el fuego.

Se preguntará tal vez cómo se puede conservar eternamente ardiendo y sin consumirse un fuego material, y cómo puede conservarse eternamente, quemándose un cuerpo sin consumirse. — ¿Quién de nuestros abuelos se hubiera podido imaginar que con el tiempo se descubrirían fuerzas físicoquímicas de tanta energía y duración como en nuestros días se conocen? Uno de los cuerpos más combustibles es el carbón; péguesele fuego al aire libre y pronto quedará reducido a cenizas; pero si se le mete en un globo donde se haya hecho el vacío y se le hace atravesar por una corriente eléctrica, podremos admirar una de esas lámparas incandescentes que con tanto resplandor brillan por mucho tiempo sin consumirse, y si el vacío fuese perfecto ardería el carbón mucho más tiempo aún sin consumirse ni perder nada de su peso. Ahora bien, ¿no tendrá Dios en su infinita sabiduría medios de eternizar esas corrientes en cuerpos indestructibles, sobre todo cuando es «el soplo mismo del Señor el que enciende aquel fuego»?

Con la misma facilidad podrá la omnipotencia divina conservar indestructibles los cuerpos de los réprobos.

San Marcos, en su Evangelio, nos indica que el mismo fuego los conservará. «La sal, dice, con que todos ellos, víctimas de la

divina justicia, serán salados, es el fuego» (1). Como si dijera. así como las carnes puestas en salmuera resisten a la descomposición, así los cuerpos de los precitos, sumidos en aquel mar de fuego, no se destruirán jamás.

Las ciencias físiconaturales nos suministran algunos ejemplos de lo mismo. Arrójense unas gotas de agua en una lámina de platino calentada hasta cien grados y se evaporarán al instante; levántese la temperatura de dicha lámina hasta el rojo cereza, pónganse en ella las mismas gotas y tomarán el estado esferoidal en calor tan elevado, sin evaporarse por largo tiempo: tal es el experimento físico conocido por estado esferoidal de Boutigni. Además, ¿no sabemos que hay microbios que se mueven y viven en el agua hirviendo? ¿Por qué, pues, negar a Dios poder para conservar los cuerpos en un fuego abrasador?

Pero ¿cómo es posible, dicen, que el fuego material queme y atormente un alma? ¿No es, por ventura, el alma un espíritu? Y ¿no está, por lo mismo, fuera del alcance de la materia? — Preciso es confesar que el modo cómo esto se verifica, no lo sabemos explicar: *Miris sed veris modis*. De una manera maravillosa, pero verdadera, dicen San Agustín y San Julián de Toledo.

Pero desde luego nadie podrá mostrar que hay en ello verdadera repugnancia, porque si Dios ha sabido juntar el alma espiritual y el cuerpo material hasta el punto de constituir con elementos tan opuestos un compuesto natural y sustancial, ¿por qué negar a Dios poder para juntar un espíritu a las llamas materiales, de modo que éstas penetren y obren en aquél y le causen terrible, aunque inexplicable dolor?

Es esto tanto más explicable cuanto que aquel fuego no obra como causa principal por virtud propia, sino como instrumento de

---

(1) IX, 48.

la divina justicia; pues si acá en la tierra vemos cómo sube de punto la acción de un instrumento en manos de un artífice habilidoso, y nos asombra contemplar lo que un tosco pincel, manejado por un Murillo o un Miguel Angel, llega a trasladar al lienzo o a la pared, ¿quién podrá adivinar lo que una criatura podrá realizar en manos de un Dios infinitamente sabio y poderoso? Pues bien, sabemos que aquel fuego está atizado por el soplo de la ira divina (1).

No es esto decir que las almas ardan como la estopa, sino que padecen dolor semejante al que causaría en nuestro cuerpo la aplicación del fuego material.

Si queremos penetrar más en el fondo de la cuestión hemos de presuponer que hay tres opiniones para explicar esta acción. Los primeros atribuyen al fuego una eficacia moral; los segundos, una influencia física, pero diferente de la que es connatural al cuerpo, y los últimos atribuyen al fuego la virtud de abrasar en su sentido propio.

Aquéllos enseñan que la presencia del fuego engendra, por disposición divina, tristeza, terror u otro efecto moral que martirice; sentencia rechazada por Pío IX, porque incurre en el error que da al nombre de fuego un significado metafórico.

Los otros defienden que el fuego, por una virtud *obediencial* que Dios le comunica, produce en los espíritus una cualidad espiritual contraria a su naturaleza, y por esto dolorosa, como que los mancha y empece. Como se descubre a primera vista, si esta cualidad no es efecto de la virtud abrasadora del fuego, tampoco cuadra a la acción natural de las llamas y pudiera igualmente conseguirse por cualquiera otro elemento.

Los últimos, a los cuales pertenecen los PP. Lesio, Lugo,

---

(1) Isai., XXX, 33.

Barradas, Belarmino y otros, sostienen que el fuego atormenta con sus ardores a los espíritus, del mismo modo que atormenta al alma unida al cuerpo. Así, al parecer, lo resuelve San Agustín, con estas palabras:

«¿Por qué no decimos que por modos admirables, pero verdaderos, pueden también los espíritus incorpóreos ser afligidos por la pena corporal, cuando los espíritus humanos, también incorpóreos, por un lado pueden aquí unirse a miembros corporales, y por otro ser allí enlazados indisolublemente con vínculos de sus cuerpos? Juntáranse, pues, ya que no tienen cuerpo alguno, los espíritus de los demonios, aunque incorpóreos, a fuegos corpóreos para ser atormentados, no con el fin de que los fuegos mismos queden informados por la unión de los espíritus, a que se adhieren, y se conviertan en animales compuestos de fuego y espíritu, sino con objeto de que, uniéndose al fuego por modos admirables e inefables, reciban de los fuegos tormento, sin comunicarles vida; puesto que también este otro modo, por el cual los espíritus se agregan a los cuerpos, constituyendo animales, es igualmente de todo en todo admirable e incomprensible por humano entendimiento, como lo es el hombre mismo.»

Para la perfecta inteligencia de esta bellísima teoría debe notarse que por más que la sensación, propiamente dicha, pertenece al compuesto humano y que el alma separada del cuerpo no puede, *naturalmente,* percibir las cosas sensibles, con todo, no puede negarse al alma separada, virtud *obediencial,* no sólo de percibir las cosas corporales, sino también de recibir su impresión o su influencia; porque si bien los objetos materiales por sí y como causa íntegra no pueden actuar sobre los espíritus, todavía elevados por virtud divina, pueden concurrir como causa parcial, junto con la potencia vital de estos mismos, a producir en ellos un acto.

Y esta virtud que, en el alma separada, llamamos obediencial, porque de su naturaleza está el alma ordenada a percibir las cosas sensibles mediante los sentidos, en los espíritus apellídase natural, conferida por Dios para que perciban experimentalmente las propiedades de los cuerpos.

Pero se dirá: la percepción experimental del frío, del calor y de otras cosas sensibles, ¿no es, por ventura, un acto de la potencia sensitiva? Pues ¿cómo los espíritus y almas separadas que carecen de tal potencia podrán sufrir el calor de aquellas llamas? Hay dos maneras de percibir la impresión sensible: la una es orgánica, o sea por medio de órganos o sentidos; la otra es espiritual, y para esto no es necesario cuerpo alguno intermedio, sino que el espíritu se junte al cuerpo cuya influencia ha de recibir, y esto lo puede hacer, si no naturalmente, obediencialmènte; si no de un modo inmanente, de una manera transitiva.

Antes de terminar conviene responder a una objeción. Siendo la pena de daño, dicen algunos, tan grande, tan principal y eterna, ella sola debería bastar. ¿A qué viene añadir la pena de sentido con sus terribles tormentos? La respuesta es contundente. Porque la pena de daño no es la única pena que se debe al pecado mortal. En todo pecado mortal hay dos cosas, como dicen los teólogos: aversión de Dios y conversión desordenada a las criaturas; y como a la primera compete la pena de daño, así a la segunda responde la pena de sentido. Me explicaré. Cuando el hombre comete un pecado mortal, deja a Dios por la criatura. El motivo de este amor hacia la criatura puede ser diverso: unas veces será un vil deleite, otras el placer de la venganza, ora un puñado de oro, ora la embriaguez de los honores, etc.; como quiera que sea, siempre resulta que la criatura ha sido preferida al mismo Dios. Esta afección desordenada a la criatura, que ya en sí misma es un desorden, pide reparación de la justicia de Dios. Ahora bien, contra tal

afección desordenada la reparación más justa, contrapuesta y, por decirlo así, homóloga, es un mal del mismo orden a que perteneció el deleite, y este mal, evidentemente, es el dolor sensible. De este modo hará Dios entrar en el orden todo lo que se había desordenado en el hombre. Luego queda plenamente justificada la pena sensible.

Pero todavía puede haber una pequeña duda. Dirá alguno: ¿No está el pecado en la voluntad? ¿Por qué, pues, atormentar las potencias sensitivas? La respuesta es satisfactoria: *Actiones sunt suppositorum,* dice acertadamente la Escuela, que aquí significa que el autor del pecado es el hombre; y si bien la principal malicia del pecado está en la voluntad, pero también los sentidos, en cuanto son parte del hombre, intervienen, y así justo es que reciban también parte del castigo, tanto más que al padecer estas potencias padece el hombre. Y es justo que así suceda, porque así como el pecador al pecar abrió las válvulas todas de su apetito, para que no sólo la voluntad, sino también los sentidos y el hombre todo tuvieran parte en el goce, así, al sufrir el condenado dolores corporales, sus sentidos y todo su ser padecen. Pero no sólo el hombre, sino también las otras criaturas piden esta reparación. Al cometer el hombre un pecado mortal, implícitamente tiende a destronar a Dios, como se vió en el argumento deducido de la soberana esencia de Dios. Como Dios quiso que el hombre fuese rey de la creación visible, ordenó que las criaturas inferiores le obedeciesen, a fin de que él las hiciera concurrir a la glorificación del Supremo Hacedor.

Mas cuando el hombre se rebela contra Dios y hace servir a sus placeres pecaminosos los bienes creados, tuerce la dirección de las criaturas, y todo el universo *gime,* según la expresión del Apóstol, al verse constreñido a servir en operaciones contrarias a la glorificación de su Criador. De ahí es que el hombre rebelde, así como

injuria a Dios, injuria también y ultraja a las criaturas, y por esto dan ellas voces a su manera y piden reparación de tal agravio, y cuando Dios castiga al hombre con la pena de sentido, recobran sus derechos, esto es, la verdadera posición en orden al fin para que fueron creadas. Así queda restablecido el orden.

Concluyamos tan importante materia con la contemplación de un cuadro. Pintó Miguel Angel un cuadro en que se representaba el infierno, y como un Cardenal estuviese largo rato mirando cómo trabajaba el famoso artista, molestado éste de aquella importuna compañía, le retrató entre los condenados. Entonces el Cardenal fué a quejarse al Papa, rogándole que mandase al pintor borrar su figura de aquel cuadro infernal. Pero el Papa, que ya sabía lo que había pasado y no quería que se inutilizase tan hermosa pintura, respondió al Cardenal: «Si Miguel Angel os hubiera puesto en el purgatorio, desde luego os aplicara una indulgencia plenaria para que salieseis de él; pero lo que es del infierno, no me es posible sacaros.»

Desgraciado del que cae en los infiernos, porque ya no puede redimirse, como dice la Sagrada Escritura. Y no es el infierno una pintura como la de Miguel Angel, sino una realidad espantosa, cuya sola idea debería hacernos temblar.

CAPÍTULO XI

Otros errores del espiritismo

Además de los cuatro errores característicos del espiritismo que acabamos de refutar detenidamente, hay en él otros muchos muy graves, que bastará indicar con su nombre para que todo cristiano sepa a qué atenerse. En efecto, los espiritistas no admiten el misterio de la Santísima Trinidad tal y como lo enseña la Iglesia, ni el pecado original, y enseñan que todas las religiones son indiferentes o buenas (1).

Además, el espiritismo es un materialismo disfrazado, es antimoral y antirreligioso, niega los milagros de Jesucristo y su divinidad. Veamos ligeramente estos últimos aspectos.

El espiritismo es un materialismo disfrazado. El materialismo niega explícitamente la realidad de una vida futura proclamando la destrucción definitiva del hombre en el sepulcro. El espiritismo admite, es verdad, la vida futura para el alma, mas no para la personalidad humana, porque como un alma pasa a informar muchos cuerpos, ahora el mío, luego el de otro y así sucesivamente, de ahí que quien sobrevive no es ya el individuo tal o cual, que vivió en este mundo; no es la existencia mía, no es la existencia del indivi-

---

(1) Allan Kardec: *Livre des esprits*, n. 27, 80, 654.

duo que aquí se llamó Antonio o Pedro, la que sobrevive, porque los individuos como tales concluyen definitivamente en el sepulcro. En una palabra: el espiritismo niega la supervivencia e inmortalidad personal o individual.

«Consiste esta inmortalidad, según Reynaud y otros espiritistas, en la vida infinita, o al menos indefinida, del alma en esta tierra que habitamos, y en el cielo, o sea en los innumerables globos y astros que, en unión con la tierra, integran el universo. La tierra es, pues, para nuestra alma un lugar de expiación y de regeneración, y la vida presente del hombre, precedida de otras vidas anteriores y seguida de otras innumerables, no es más que un anillo de la cadena infinita, que representan las múltiples transformaciones del alma. De manera que la vida presente de ésta, sus vidas anteriores y sus vidas futuras son como otros tantos momentos de la ley del progreso encarnada en la humanidad. El paraíso y el infierno de la Teología cristiana son quimeras de la imaginación, y quiméricas son igualmente las afirmaciones de ésta acerca de la espiritualidad del alma humana, la cual no existe ni puede existir sin algún cuerpo más o menos sutil...» (1).

El espiritismo es antimoral y antirreligioso. Aunque los espiritistas no niegan expresamente la libertad del hombre, la niegan implícitamente, porque conforme al espiritismo el hombre bueno es encarnación de un espíritu bueno; el hombre malo es escarnación de un espíritu maligno; de donde se deduce que el hombre no es libre de elegir el bien o el mal: ¡será indudablemente hombre bueno, necesariamente, si le tocó en suerte un espíritu bueno, y necesariamente perverso si en suerte le tocó un espíritu malo. Según esto, ¿qué vienen a ser la moral, la virtud, el bien, el vicio, el mal? Un hombre que obre forzado el bien, no por eso es bueno;

---

(1) Cardenal González: *Historia de la filosofía*, t. IV, pág. 247, § 50.

un hombre que obre necesariamente el mal, no por eso es malo. El hombre, pues, vendrá a ser en el espiritismo una máquina que necesariamente produce el mal o el bien, según sea el espíritu que le induce y mueve, o como decía Calvino: «Un caballo dócil montado por un jinete. Si lo monta Dios anda bien; si lo monta el diablo anda mal.» Ahora bien, así como el responsable no es el caballo, sino el jinete, así el hombre no será responsable de sus acciones, sino su espíritu maligno o Dios que se lo ha dado, lo cual es impío, como es impío atribuir a Dios, el origen del mal moral.

«La moral, dicen en sustancia los espiritistas, debe estar en armonía con la naturaleza del hombre; la moral como medio de alcanzar y poseer la felicidad a que el hombre aspira, debe favorecer las inclinaciones, los instintos, las pasiones, puesto que son movimientos espontáneos de la naturaleza recibidos de Dios, cuya satisfacción no puede menos de ser conforme, por consiguiente, al orden natural y al orden divino. Luego debe rechazarse como absurda y contraria a la naturaleza misma de las cosas esa moral del Cristianismo, que proclama y ensalza la represión de los malos instintos, la subordinación de las pasiones a la ley y a la razón, la abnegación de sí mismo, el sacrificio y la sujeción de la carne al espíritu. Luego es preciso también reconstruir la sociedad sobre nuevas bases, toda vez que la organización actual lleva consigo la represión, la violencia, el obstáculo para el libre desarrollo de las pasiones. Es preciso abolir la propiedad y la familia, porque respetar o abstenerse de la posesión de los bienes de otro, de la mujer de otro, entraña violencia, represión, existencia de obstáculos para satisfacer la inclinación natural, el movimiento de la pasión» (1).

El espiritismo niega los milagros de Jesucristo, que son la

---

(1) Ibíd., pág. 249, § 51.

prueba principal de su divinidad. «Los hechos referidos en el Evangelio, dice Allan Kardec, que han sido considerados hasta ahora como milagrosos, pertenecen en su mayor parte al orden de los fenómenos psíquicos; es decir, de los que tienen por causa primera las facultades y los atributos del alma.» Así, por ejemplo, en la obra de Allan Kardec se lee: «En muchos parajes del Evangelio se dice: mas Jesús, conociendo el pensamiento de ellos, les dice...», y añade el pontífice del espiritismo: «¿Cómo podía conocer su pensamiento sino por la irradiación fluídica que le aportaba ese pensamiento y por la vista espiritual que le permitía leer en el foro interno de los individuos?» De modo que para negar la realidad del milagro se acude a la irradiación fluídica.

Los demás milagros del Evangelio los borra Allan Kardec de una plumada. La curación de la cananea, la de la mujer encorvada, la del tullido de la piscina, las del ciego de nacimiento y del ciego de Betsaida, la del paralítico, la de los diez leprosos, las explica Allan Kardec, no por el poder omnipotente de Jesús, sino por la virtud del flúido curativo. He aquí cómo se expresa: «Las sustancias más insignificantes, el agua, por ejemplo, pueden adquirir cualidades poderosas y efectivas bajo la acción del flúido perispiritual o magnético, al cual sirven de recipiente o, si se quiere, de depósito», lo cual quiere decir que si Jesucristo dió vida y movimiento a los paralíticos y vista a los ciegos, y limpió de escamas a los leprosos, no fué porque era Dios Omnipotente, como nos enseña el Cristianismo, sino porque poseía una gran dosis de flúido curativo, como enseña el espiritismo.

Allan Kardec niega también los milagros de las resurrecciones verificadas por Jesucristo; según él, ni la hija de Jairo, ni el hijo de la viuda de Naín, ni Lázaro de Betania, eran cadáveres cuando Jesucristo les curó. Los tres, según Allan Kardec, estaban, no muertos, sino aletargados, aunque el Evangelio dice expresamente

que habían muerto y, singularmente, que Lázaro hedía ya u olía mal a causa de haber muerto hacía cuatro días; pero Allan Kardec se atreve a decir que ya se sabe que hay letargos que duran seis u ocho días, y que hay en ciertos individuos descomposición parcial del cuerpo antes de morir y que exhalan olor de podredumbre.

De un modo parecido trata de explicar las bodas de Caná, la multiplicación de los panes, la transfiguración de Jesús y los prodigios acaecidos a su muerte en la naturaleza. «Los discípulos de Jesús, escribe, afectados por la muerte del Maestro, han relacionado con ella algunos hechos particulares, a los que en otras circunstancias no hubiesen dado importancia alguna. Bastó que un fragmento de ropa se desprendiese en aquellos momentos de acá o de acullá para que gentes predispuestas a lo maravilloso vieran en ello un prodigio y, amplificando el hecho, dijeran que las rocas se habían hendido. Jesús es grande por sus obras y no por los cuadros fantásticos de que un entusiasta poco ilustrado ha creído deber rodearlo.» ¡Como si fuera fantástico el relato del Evangelio!

El espiritismo niega también la resurrección de Jesucristo. Allan Kardec ni siquiera la llama resurrección, sino desaparición del cuerpo de Jesús. Después de haber manifestado que, según algunos, el cuerpo de Jesús, antes de su muerte, no fué de carne, sino fluídico; después de reconocer, sin embargo, que él opina que fué carnal, pregunta: pero ¿qué se ha hecho del cuerpo carnal? ¿Volvió a tomar de nuevo el mismo cuerpo de antes? ¿Apareció después con él? «Es este, dice, un problema cuya solución no puede deducirse por de pronto más que por hipótesis, a falta de elementos suficientes para formar una convicción. Esta solución, añade, es de una importancia secundaria, que no aumentaría ni disminuiría los merecimientos de Jesucristo, ni afectaría a los hechos que acreditan de una manera más perentoria su superioridad y su misión divina. No puede haber, pues, acerca del modo en que

esta «desaparición» se ha verificado más que opiniones personales, que no tendrían valor sino en cuanto estuviesen sancionados por una lógica irrecusable y por la enseñanza general de los espíritus. Pero hasta la hora presente ninguna de las que se han formulado ha realizado la sanción de este doble criterio. Si los espíritus no han resuelto todavía la cuestión con unanimidad de enseñanza, consiste en que no ha llegado aún el momento oportuno de hacerlo, o en que aun se carece de los conocimientos necesarios, sin cuyo auxilio no puede el hombre resolver por sí mismo.» En una palabra, que, según Allan Kardec, no se sabe si Jesucristo resucitó con el mismo cuerpo, ni siquiera si resucitó o no (1).

Y termina diciendo: «La posibilidad de la mayor parte de los hechos que el Evangelio cita como realizados por Jesús, está hoy completamente demostrada por el magnetismo y por el espiritismo, considerándolos como fenómenos naturales. Nada hay de anormal en que Jesús poseyera facultades idénticas a las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, etc.» (2).

El fin de Allan Kardec es negar la divinidad de Jesucristo, y todo esto basta y sobra, sin duda, para negarla.

Pero, además, Allan Kardec, después de hablar de una manera ambigua sobre la persona de Jesucristo, «sin prejuzgar nada, como él dice, acerca de su naturaleza», nos lo presenta, eso sí, como un ser dotado de inmensa potencia magnética, mas no como Dios, sino simplemente como un medium poderoso. Según Allan Kardec, Jesucristo no fué más que un espíritu de superior jerarquía, encarnado en un cuerpo perfectísimo, que, sin necesidad de otro medium, se manifestó a los hombres (3).

Con razón dice un celebrado orador y escritor: «Allan Kardec

---

(1) Allan Kardec: *La Genèse*, cap. XV, págs. 352-402.
(2) *Œuvres posthumes*, cap. IX, § 2.
(3) Allan Kardec: *La Genèse*, l. c.

no es una personalidad aislada; es una idea, un sistema, una bandera; es la bandera de la apostasía, en cuyos pliegues se refugia el odio y la saña y el furor satánico contra la divinidad del Salvador» (1).

---

(1) Véase MANTEROLA: *El Satanismo*, 1879, pág. 301.

LIBRO SEGUNDO

Prácticas y experiencias del espiritismo

Expuestas las principales doctrinas del espiritismo, vamos a ver sus prácticas y experiencias. Éstas son innumerables; escogeremos las que parecen más comprobadas. Para mayor orden y claridad expondremos las comunicaciones de los mediums con los espíritus, y las experiencias y la comprobación de éstas, según hayan sido realizadas por los más renombrados operadores y en las más famosas sesiones.

CAPÍTULO PRIMERO

Mediums y comunicación con los espíritus

Llámanse mediums aquellas personas que generalmente son indispensables en las sesiones de espiritismo, para que los espíritus se hagan visibles o produzcan alguno de los fenómenos mediánicos. Reciben distintos nombres, según los oficios que ejercen. Llámanse típticos o golpeadores los que con sus golpes hacen presentes a los espíritus. Motores, si por su intercesión ponen los espíritus en movimiento, las mesas u otros objetos. Transportado-

res, si cambian los objetos de lugar. Curadores, si por su intercesión revelan los espíritus enfermedades ocultas y señalan el tratamiento debido. Músicos, cuando se dejan oir cantos o sonidos de instrumentos, sin que los toque mano alguna visible. Auditivos, si se oye hablar a los espíritus. Videntes, si hacen que los vean cuantos toman parte en la sesión. Parlantes, aquellos por cuyo medio hablan los espíritus. Psicógrafos, cuando se sirven de la mano para escribir. Improvisadores, los que disertan improvisando sobre asuntos literarios, artísticos, religiosos, filosóficos, morales, etc. Materializantes, los que hacen que se aparezcan espíritus palpables, que puedan tocar a los presentes. Hay, además, mediums inspirados, intuitivos, proféticos, etc. Así, Santo Tomás de Aquino no fué, según los espiritistas, más que un medium escribiente. San Francisco de Sales, medium intuitivo. San Juan de la Cruz, estático. Santa Teresa de Jesús, vidente. San Juan Crisóstomo y San Pedro Crisólogo, mediums parlantes.

No todos los mediums gozan del mismo privilegio o habilidad, porque no producen los espíritus los mismos efectos, indiferentemente por intervención de cualquier medium.

A cada medium asiste y dirige un espíritu especial que, mediante aquél, revela sus cualidades propias y obra exteriormente: a esta clase de espíritus suele darse el nombre de *guía*.

Para llegar a ser medium no basta el esfuerzo propio, nunca podrá una persona ser medium por grandes esfuerzos que haga. Tampoco se requiere para serlo el propio consentimiento; antes bien, puede uno serlo sin que de ello se percate; así como una vez constituído en medium, nadie es capaz de substraerse a la acción del espíritu (1).

Son distintas las maneras de comunicarse con los espíritus.

---

(1) Allan Kardec: *Livre des médiums*, págs. 155 y sigs.

Al principio del espiritismo moderno, y aun ahora en algunas partes, se emplea un número variable de golpes que da el espíritu, de manera que al cesar los golpes y ser contados, se averigua qué letra del alfabeto corresponde al número de golpes oídos. Así, por ejemplo, para expresar la palabra *algo*, el espíritu da primero un golpe, luego doce, luego siete y por último quince, pues a estos números corresponden las letras del alfabeto *a, l, g, o,* que integran la palabra *algo*.

Ahora se emplea con preferencia la mesa adivinatoria o psicográfica, que consiste en una especie de brújula que lleva grabadas alrededor las letras del alfabeto y en su centro una aguja movible, parecida a las de los relojes; una vez presente el espíritu y hecha la pregunta, la aguja se mueve por sí sola hasta pararse sucesivamente en las letras que, unidas por su orden, dan la respuesta apetecida.

También es muy frecuente obtener la contestación por medio de la escritura directa. Provisto de papel y lápiz hace el medium la pregunta y el lápiz se eleva por sí solo, se agita y escribe la respuesta, o bien se prepara una mesa, a uno de sus pies se ata el lápiz, colocando debajo un papel; hecha una pregunta, se mueve el pie de la mesa y escribe la respuesta.

Pero pueden también los espíritus escribir sin lápiz ni pluma u otro instrumento, y así lo han hecho a veces aun en hojas de papel doblado varias veces y sumamente estrecho, en las superficies interiores de dos pizarras puesta la una sobre la otra, adheridas entre sí y sujetas fuertemente con tornillos y cuerdas y hasta selladas de antemano.

La manera práctica de tener una sesión es sentarse varias personas en derredor de una mesa, si es posible de cuatro pies, poniendo sobre ella las manos extendidas de forma que, rozando su superficie con la yema de los dedos, formen la llamada cadena,

esto es, tocándose mutuamente las manos por los meñiques respectivos, si bien esta última condición no es indispensable. Entonces se aguarda a que vibren las fibras de la mesa y entren como en convulsión, o bien se oigan algunos golpes. Inmediatamente suele preguntarse al espíritu: «¿Estáis presente?», y se tiene por respuesta un número más o menos considerable de golpes, repetidos cada vez con más fuerza, o colvulsiones más enérgicas, o bien la mesa se agita bruscamente; lo cual quiere decir que el espíritu está presente y que puede comenzar la sesión.

El director suplica al espíritu se sirva indicar si se encuentran mediums entre los asistentes. La respuesta, generalmente, es afirmativa. Se le ruega que los designe, inclinando las mesas hacia ellos, y comienzan las experiencias.

CAPÍTULO II

Comprobación de las experiencias

En 1854 fué presentada al Congreso de Wáshington una exposición con quince mil firmas, que se conserva en los Archivos Parlamentarios de los Estados Unidos, y dice así:

«Exposición a los muy honorables miembros del Senado y de la Cámara de los Estados Unidos.

»Los exponentes, ciudadanos de la República de los Estados Unidos de América, piden con todo respeto licencia para exponer a vuestra honorable Asamblea, que en este país y en casi todas las comarcas de Europa se ha presentado en estos últimos tiempos un fenómeno físico e intelectual, de origen dudoso y de misteriosa procedencia, y ha tomado tanto vuelo, particularmente en los Estados del Norte, del Centro y del Oeste de la Unión, que domina gran parte de la atención pública. La índole especial del asunto sobre que los exponentes desean interesar la consideración de vuestra honorable Asamblea surge de un análisis parcial de los varios aspectos del fenómeno, bosquejados en la breve exposición que a continuación insertamos.

Lo primero, una fuerza oculta que se muestra agitando, levantando, deteniendo, asiendo, suspendiendo y moviendo de todas maneras multitud de cuerpos considerables, en condiciones direc-

tamente contrarias a las leyes conocidas de la materia, y traspasando del todo el poder ordinario del espíritu humano, se ha manifestado a millares de personas de capacidad y juicio, sin que nadie haya podido hasta el presente descubrir, a satisfacción del público, la causa original o inmediata de éstos.

»Lo segundo, luces de formas y colores varios y de diferentes grados de intensidad, se divisan en cámaras sombrías, donde no hay sustancia alguna capaz de desarrollar acción química o iluminación fosforescente, y faltan todos los medios o instrumentos que dan origen a la electricidad y producen la combustión. Lo tercero, otra clase general de fenómenos, que queremos poner en conocimiento de vuestra augusta Asamblea, consiste en una diversidad de sonidos, muy varios en sus caracteres y más o menos significativos por su expresión, que ordinariamente se reducen a golpes misteriosos, que parecen indicar la presencia de una inteligencia invisible. Ruidos semejantes a los causados por una máquina o por ciertos oficios mecánicos, se perciben muy a menudo.

»Otros sonidos hay que semejan bramidos de viento y de olas, y con ellos se mezclan crujidos secos, como de mástiles y velas de navío combatido por alborotado mar. A las veces dispáranse fuertes detonaciones parecidas a fragor de trueno o a descarga de artillería, acompañadas de un movimiento oscilatorio de los objetos vecinos, y, en algunos instantes, de una vibración y estremecimiento del suelo. Tal vez acaece que toda la casa tiemble por la fuerza del fenómeno.

»En otros casos llegan al oído consonancias armoniosas, cual si nacieran de voces humanas, y lo más común es parecerse a instrumentos diversos, como pitos, tambores, cornetas, guitarras, arpas, pianos, y los acordes se producen sucesiva y misteriosamente a vista de los instrumentos y también sin ellos, y a veces

sin que se halle presente ser humano o agente cualquiera visible. Este fenómeno, en cuanto puede ser estudiado su modo de acción, parece depender de principios de acústica hasta hoy desconocidos. Hay, sin duda, en esto una impresión excepcional de los nervios auditivos, causada por un movimiento ondulatorio del aire, si bien la manera de efectuarse las ondulaciones atmosféricas hurta el cuerpo a la diligencia de los más delicados observadores.

»Lo cuarto, todas las funciones del cuerpo y alma están sometidas a una extraña influencia y puestas en ciertos estados anormales, a los que nadie puede señalar causa, cuanto menos comprenderla. Este poder invisible interrumpe la operación ordinaria de las facultades, suspendiendo la sensación y la capacidad del movimiento voluntario, conteniendo la circulación de los flúidos animales y reduciendo la temperatura de los miembros y de algunas partes del cuerpo a las condiciones de frío y de rigidez cadavérica. A ratos la respiración se interrumpe totalmente por algunas horas, y aun días, y después las funciones orgánicas e intelectuales vuelven a su tarea ordinaria.

»Además se ha observado que estos fenómenos van acompañados, en no pocos casos, de trastorno mental y físico permanente, y de cierto se dice y se cree que varias personas aquejadas de indisposiciones orgánicas o de enfermedades al parecer incurables, han experimentado alivios súbitos y entera curación por el mismo arcano agente. Séanos lícito significar en esta parte que sobre tan notable fenómeno han sido propuestas dos explicaciones generales. Los unos le atribuyen al poder e inteligencia de los hombres que pasaron de esta vida, y obran en los elementos sutiles e imponderables que atraviesan y penetran todas las formas materiales; explicación que, como es razón hacerlo notar, se compone bien con los dichos terminantes y afirmativos de las propias manifestaciones.

»Entre los que abogan por esta hipótesis hállanse conciudadanos

nuestros, tan calificados por su criterio moral y aventajado ingenio como por su eminente posición social e influjo político. Los otros, no menos autorizados por las relaciones sociales, desechan esta conclusión y sostienen que los principios conocidos de la física y de la metafísica han de ofrecer suficientes medios de investigación para explicar todos estos hechos de una manera científica y razonable.

»Aunque vuestros exponentes, lejos de estar conformes entre sí en esta cuestión, hayan llegado a conclusiones diversas, según su conciencia, acerca de las causas probables de los sucesos arriba descritos, con toda libertad y consideración certifican a vuestra respetable Asamblea que van totalmente acordes en declarar que estos fenómenos son reales y que su misteriosa procedencia, su índole especial y su alta importancia exigen una averiguación paciente, completa y científica.

»No puede, con razón, negarse que estos fenómenos se encaminan a producir resultados interesantes y duraderos, respecto de las condiciones físicas, del desenvolvimiento intelectual y del carácter moral de gran parte del pueblo americano. Claro está que estos ocultos poderes ejercen influjo en los principios esenciales de la salud y la vida, en los pensamientos y acciones, y pueden ordenarse a modificar las condiciones de nuestro ser, la fe y la filosofía de nuestra época y el gobierno del mundo.

»Juzgando además que es por extremo conveniente y del todo compatible con el intento principal y con el espíritu esencial de nuestras instituciones dirigirse a los representantes del pueblo para todos los asuntos que se presumen verdaderamente aptos para conducir al descubrimiento de nuevos principios, destinados a acarrear consecuencias importantes a la humanidad, nosotros, conciudadanos vuestros, con los nombres que van al pie de esta exposición, deseamos con ardor ser atendidos en esta circunstancia.

»A consecuencia, pues, de las cosas contenidas en el presente memorial, y considerando los hechos y las razones que van dichas o relatadas, vuestros conciudadanos piden con gran reverencia a vuestra respetable Asamblea que sea nombrada una Comisión con cargo de entender en el asunto y sea escogida entre los hombres más idóneos para llevar a feliz término la investigación.» (Siguen las firmas.) El Congreso no se dignó responder y dar satisfacción al deseo de los exponentes (1).

---

(1) Citado por varios autores, puede verse en Mir (J.): *El milagro*, t. III, pág. 475; 1915.

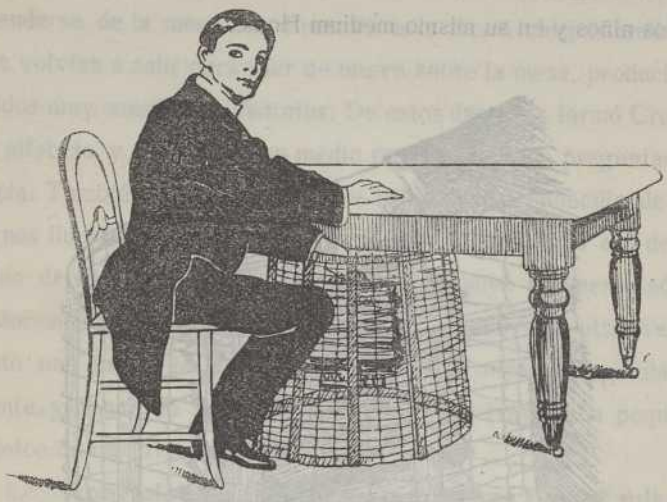
CAPÍTULO III

Experiencias de William Crookes

Los más celebrados fenómenos y experiencias del espiritismo moderno son los de William Crookes. Es William Crookes uno de los espiritistas más famosos. Persona conocidísima en el mundo científico, especialmente en el de la física y química, y espíritu observador, mostróse siempre hasta 1871 refractario al espiritismo por juzgarlo contrario a las leyes de la naturaleza, pero el año citado inauguró una serie de experiencias con el exclusivo objeto de averiguar si eran o no reales dichos fenómenos, adoptando toda clase de precauciones para eliminar el fraude, dado que lo hubiera, y presentar los hechos tales como fuesen en sí. Fueron múltiples las experiencias realizadas, que han visto ya la luz pública. Valióse para ello de muchos mediums, especialmente de Home.

Abierta la sesión, Home aparecía teniendo una mano sobre la red, cuando de pronto se ve oscilar el acordeón, deja oir algunos acordes y termina al fin tocando una simple *aria*. Escribe Crookes: «Como semejante resultado no podía obtenerse sino por medio de las diferentes llaves o registros puestos en acción en debida forma, todos consideraron esta primera experiencia como decisiva; pero lo verdaderamente extraordinario vino después. Home retiró la mano del acordeón, sacóla de la red y con ella estrechó la del más

próximo (de los asistentes) y el instrumento, sin embargo, siguió tocando sin que llegase a él mano alguna.» Los principales fenómenos que Crookes pudo observar con Home y con otros mediums son los que él señala a continuación:



El medium con una mano que disimuladamente pone sobre el acordeón, rodeado de una red metálica

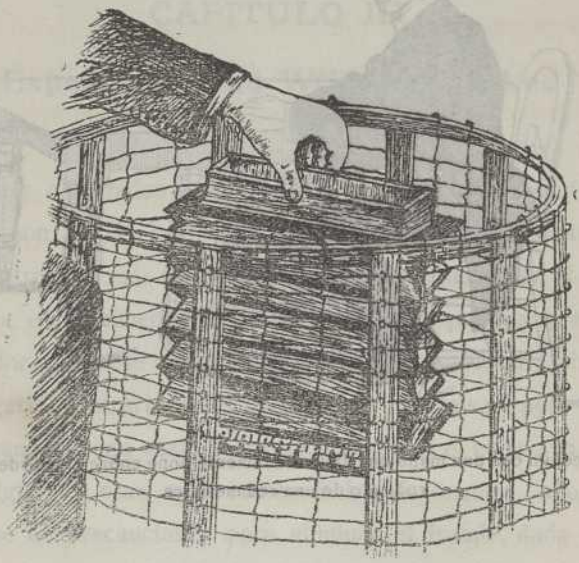
1.° **Movimientos de cuerpos pesados,** ocasionados por el simple contacto de las manos del medium, pero sin esfuerzo alguno mecánico.

2.° **Ruidos y golpes,** que unas veces se parecen a los producidos por la punta de un alfiler, otras a los de una máquina de inducción en pleno movimiento, ora a las detonaciones que se dejan oir en el espacio, ora al chisporroteo de una máquina eléctrica, etc.

3.° **Cambio de peso en los cuerpos.** — Objetos que pesarían de veinticinco a cien libras se hacían tan pesados que apenas podía levantarlos en alto ayudado de otros.

4.° **Mesas y sillas levantadas,** sin que nadie tocase a ellas, las vió elevarse del suelo a pie y medio de altura.

5.° **Elevación del cuerpo humano.**— Vió una vez a una señora elevarse en el aire, con la silla en que estaba sentada, algunas pulgadas del pavimento. Este fenómeno lo vió repetirse en dos niños y en su mismo medium Home.



La mano y el acordeón a la vista

6.° **Movimientos de pequeños objetos,** sin el contacto del medium. Vió subir las celosías venecianas hasta ocho pies de altura, desplegarse un abanico y abanicar a los presentes, ponerse en movimiento un péndulo dentro de una vitrina cerrada y sólidamente sellada de antemano.

7.° **Apariciones luminosas.** — Adoptadas primero, según costumbre, las más rigurosas precauciones, vió un cuerpo sólido, luminoso, del tamaño de un huevo, dar vueltas por la sala, por encima del público y descender luego lentamente a tierra, todo

ello por espacio de más de diez minutos; antes de desaparecer dió tres fuertes golpes en la mesa, como si se tratara de un cuerpo duro y sólido, mientras el medium aparecía recostado en un sillón como insensible. Vió puntos luminosos cruzar el aire en todas direcciones y posarse sobre la cabeza de diversas personas, desprenderse de la mesa con dirección a la tierra chispas luminosas que volvían a salir para caer de nuevo sobre la mesa, produciendo ruidos muy sensibles y distintos. De estos destellos formó Crookes un alfabeto y obtuvo por su medio respuestas a las preguntas que hacía. También vió cernerse sobre la mesa una nubecilla de contornos iluminados. Repetidas veces, una mano que no era de ninguno de los espectadores, le puso en la suya un cuerpo sólido, fosforescente y cristalino. Por último, alguna que otra vez ha visto una nubecilla flotar ante sus ojos, condensarse paulatinamente y tomar la forma de una mano que trasladaba pequeños objetos de un sitio para otro.

8.º **Apariciones de manos luminosas por sí mismas o visibles a la luz ordinaria.** — Una vez vió elevarse de una mesa comedor una diminuta mano, admirablemente torneada, que le ofrecía una flor, volviendo a parecer y desaparecer por tres veces; observó que era tan real como su propia mano; durante todo este tiempo el mismo Crookes en persona tenía cogido al medium de pies y manos. En otra ocasión apareció otra manecita unida a un tierno brazo como si fuera de un niño, acarició suavemente a una señora, acercóse luego a Crookes, que estaba cabe ésta, le dió unas palmadas en el brazo y acabó por tirarle algún tanto de las solapas. Otra vez dos dedos, el pulgar y otro, a vista de todos arrancaron los pétalos a una flor que llevaba Home en un ojal, teniéndolos suspendidos en el aire delante de las personas que había junto a Crookes. En repetidas ocasiones Crookes y otras personas vieron una mano oprimir los registros de un acordeón

cuando todos veían libres las manos de Home, si es que no las tenían cogidas algunos, como de costumbre. Las manos aparecidas eran sólidas y estaban dotadas de vida. Tal vez semejan una especie de amasijo nebuloso toscamente elaborado.

No son, añade Crookes, simples formas, sino que de ordinario parecen estar animadas, habiéndolas muy elegantes; puede verse el juego de los dedos, y la carne aparenta ser tan humana como la de cualquiera de los presentes; al estrecharlas se evaporan y deshacen en forma de nube luminosa; al tacto unas veces parecen frías y muertas; otras, en cambio, dotadas de calor y vida, han estrechado la mano de Crookes como pudiera haberlo hecho el mejor de los amigos; en cierta ocasión que estrechó una de estas manos, resuelto a no soltarla, reparó a poco que se resolvía en vapor y escapaba de entre sus manos.

9.° **Clases muy variadas de escritura directa.**

10. **Formas y figuras de fantasmas.** — Una noche Crookes y cuantos tomaban parte en la sesión vieron moverse las cortinas de una ventana y aparecer al poco rato una figura parecida a la humana y semitransparente que agitaba las cortinas; desapareció poco después y las cortinas cesaron de agitarse. En otra ocasión con el mismo medium Home, se apareció un fantasma en uno de los ángulos de la sala, adelantándose a coger un instrumento de aire que allí había y después se estuvo paseando, como arrastrándose por el suelo y tocando, hasta que se acercó, por último, a una señora que, asustada al verlo venir, lanzó un grito y el fantasma desapareció. Todo esto duró varios minutos, pudiéndoselo ver al mismo tiempo que se veía a Home.

11. **Fenómenos que,** en expresión de William Crookes, **parecen indicar la acción de una inteligencia extraña.** — Una vez tuvo una comunicación alfabética con golpes dados sobre sus manos. Ya al final dijo Crookes: «¿Podría la inteligencia que

dirige los movimientos de esta comunicación hacerlos cambiar de carácter y darme con golpes sobre mi mano un despacho telegráfico con el alfabeto de Morse?» y fué en el acto obedecido. En otra ocasión volvió Crookes las espaldas a una mesa sobre la que había un número de *The Times* y dijo a la invisible causa: «Escribidme, si es que la veis, la palabra del periódico que hay bajo mi dedo.» Él mismo no sabía cuál fuese. Acto seguido el lápiz escribió: *However,* y, retirado que fué el dedo, vióse que, efectivamente, esta era la palabra que cubría.

12. **Fenómenos de carácter mixto.** — En una de las sesiones con la medium Fox, y en la oscuridad, vino tocando por el aire una campanilla que Crookes había dejado sobre un libro en su biblioteca y estando la habitación cerrada con llave, que guardaba, como siempre, Crookes en su bolsillo. En otra sesión con el medium Home pudieron ver todos cómo era tomado el tronco de una planta que había en un tiesto de flores y pasaba a través de la mesa sobre que estaba y caía más tarde a tierra. Dos de los presentes vieron también la mano que esto hacía. Examinado el tronco vióse que no presentaba huellas de presión o de erosiones, a pesar de ser más grueso que ancho el agujero.

A estas sesiones asistieron, además de los ya mencionados, invitados por Crookes, varios doctores extranjeros y la *Sociedad de investigaciones científicas de Londres.*

También realizó Crookes experiencias llamadas de materializaciones. Sirvióse para ello de la medium Cook, que poseía en alto grado dotes de materialización y dice que tomó cuantas precauciones puede tomar un experto observador, a fin de no ser víctima de ilusiones o fraude de parte del medium.

En presencia, pues, de muchos amigos, inauguró sus sesiones, en las que, con la intervención de la señorita Cook como medium, pudo, durante tres años, gozar de la presencia de un espíritu

materializado hasta cerciorarse de que era un cuerpo distinto en todo de la medium.

No siempre durante este tiempo se presentó el fantasma en forma humana, sino que alguna que otra vez apareció también en forma de una nube azulada (junto a la señorita Cook), que se condensaba para dar lugar a la materialización.

Veíase surgir poco a poco, de esta masa nebulosa, una como forma humana, delinearse sus contornos y perfiles, moverse, vivificarse, tomar colorido, aparecer una cara perfectamente dibujada y surgir, por último, la forma de una mujer, que se movía, hablaba, se entretenía con todos, entablaba conversación con la familia de Crookes y después, a lo mejor, desaparecía de improviso, sin saber cómo ni por dónde, o bien se resolvía lentamente en vapor como se había formado. Decía llamarse Katie-King y que era el espíritu de una joven indiana muerta hacía tiempo; mostrábase afable, aparecía envuelta en luengas y blancas tocas y llevaba un turbante en la cabeza. Crookes logró retratarla varias veces, y pudo convencerse de que era un ser de carne y hueso como cualquiera persona viviente, distinta por completo de la medium señorita Cook (1).

---

(1) W. Crookes: *Recherches sur les phénomènes du spiritisme*, págs. 20 150-173 y 196-199. — Antonelli, ob. cit., pág. 125.

CAPÍTULO IV

Experiencias de C. Lombroso

Asociáronsele varios médicos y alienistas y se valió de la medium Eusapia Paladino. «Habíamos tomado, dice Lombroso, las mayores precauciones, examinando detenidamente a la medium con los métodos de la psiquiatría moderna; le atamos un pie y, para mayor seguridad, el doctor Tamburini y yo teníamos un pie y una mano unidos en fuerte lazo a un pie y una mano de la medium. Hemos empezado y terminado las experiencias con la luz encendida, y de tiempo en tiempo, cuando permanecíamos a oscuras, uno de nosotros se encargaba de encender una cerilla, para evitar toda posibilidad de fraude.

»Los hechos que pudimos observar son sorprendentes. Noté, entre otras cosas, en plena luz, que se elevaban en el aire la mesa y las sillas; del esfuerzo que tuve que hacer con las manos para hacerlas descender a su sitio, calculé la resistencia en cinco o seis kilogramos.

»A propuesta del señor Ciolfi, que conocía muy de cerca a la medium, dejáronse oir varios golpes como en las entrañas de la mesa, en contestación a las preguntas que hicimos sobre la edad de los presentes y algunas otras cosas aun por venir, todo esto por obra de un espíritu o genio, según él se decía.

»Apagadas que fueron las luces, siguieron los golpes en la mesa; y poco después una campanilla, puesta sobre una segunda mesa, distante de Eusapia un metro o algo más, vino tocando por el aire, girando en todas direcciones por encima de nuestras cabezas, hasta caer sobre la mesa, a cuyo alrededor estábamos sentados, y se elevó de allí a poco para caer definitivamente sobre una cama, a dos metros de distancia de la medium. Entre tanto que todos veíamos tocar la campanilla por el aire, el doctor Ascenzi, que por indicaciones de uno de nosotros se había colocado a las espaldas de Eusapia, encendió una cerilla y pudo ver la campanilla vibrar en el aire momentos antes de que cayera en la cama, que había detrás de Eusapia.

»Quedamos de nuevo a oscuras y sentimos moverse una mesita de madera; al mismo tiempo, y mientras el doctor Tamburini y yo teníamos cogidas las manos de la medium, el doctor Vizioli sentía que ora le tiraban de los bigotes, ora le pellizcaba y tocaba una mano diminuta y helada. Yo en tanto notaba que me sacaban la silla por debajo, la cual me fué puesta de nuevo poco a poco en su sitio. Una gruesa cortina, que separaba la estancia de una alcoba continua y distaba de la medium un metro y algo más, agitóse bruscamente, como impelida del aire, y me envolvió de buenas a primeras entre sus pliegues por completo; hice por desenredarme de ella y sólo a duras penas pude conseguirlo.

»En cuanto a los demás, vieron asentadas sobre mi cabeza y sobre la del doctor Tamburini, a diez centímetros de distancia aproximadamente, llamas de fuego amarillas. Pero lo que más mella hizo en mí fué ver boca abajo un plato lleno de harina y quedar allí adherida y coagulada como si fuese gelatina. Habíamos puesto este plato detrás de la alcoba, a más de un metro y medio de distancia de nosotros, y la medium nos había prometido cogerlo, si bien no como sucedió y sí vaciándolo sobre nuestras cabezas.

— Tengan cuidado, nos había dicho, que voy a derramar sobre ustedes la harina que allí hay. — Encendimos las luces, se rompió la cadena que formábamos en derredor de la mesa y nos encontramos con que la harina había quedado hecha una lástima. Poco después vimos un voluminoso mueble avanzar lentamente y venir hacia nosotros, como empujado de una fuerza extraña; parecía un descomunal paquidermo, que se encaminaba hacia donde estábamos.

»Análogos experimentos han hecho con la medium Eusapia los doctores Barth y Defiora, quienes me escribieron que vieron varias veces tocar en el aire una campanilla sin que nadie llegase a ella. Por dos veces oyeron un palmoteo de manos. El banquero Hirsch, que asistía a la sesión, manifestó deseos de hablar con una persona conocida, vió su sombra y la oyó hablar en francés (era francesa y hacía veinte años que había muerto). Otro tanto aconteció a Barth, que vió a su padre, de quien recibió dos sonoros besos; los demás vieron varias llamas de fuego sobre la cabeza de Eusapia.

»Estos son los hechos. Ninguno de ellos es de tal naturaleza, sin embargo, que para dar una explicación satisfactoria haya que presuponer un modo diferente del que admiten los neuropatólogos.»

En la noche del 5 de marzo del citado año (1892), acompañado de algunos amigos, profesores, médicos y periodistas, realizó varias experiencias con la medium Eusapia en una habitación en donde sólo había una diminuta mesa rectangular de madera blanca y ocho sillas. Mientras Lombroso y De Amicis tomaban todas las precauciones para evitar fraudes, tres señores fueron a tomar asiento un poco apartados. A poco, «cuando apenas habrían pasado diez minutos escasos, empezó a moverse la mesa, hasta que acabó por elevarse por completo a una altura de 30 a 50 centímetros, apareciendo suspendida en el aire cosa de cinco a ocho segundos».

Hizo después una experiencia con una poderosa malatita aplicada al occipucio de Eusapia, con el fin de ver la influencia que ejercía sobre el sistema nervioso en el momento preciso de su *mediumnidad*. Y añade: «Mientras tanto notó De Amicis que una silla, distante unos 30 centímetros, a la izquierda de la medium, se movía por sí sola en dirección a donde él estaba; dejó entonces Lombroso la malatita, se pasó a la izquierda de la medium y así él como los demás vieron la mesa elevarse por dos veces a una altura de 30 centímetros, rozando los vestidos de Eusapia; aproximóse un poco más a ésta con cautela, llevó de pronto las manos a las sayas y esta vez pudo tocar un miembro, que le pareció tener la forma de un pie. Todo ello mientras el Sr. De Amicis hacía notar que no había dejado ni un momento libres los pies y las rodillas de Eusapia, quien durante aquel fenómeno parecía como insensible.»

Graduó luego Lombroso con dos dinamómetros la fuerza muscular de Paladino; «se movió la mesa a la luz y se elevó varias veces a una altura variable entre los 30 y 50 centímetros. Todos corrieron las sillas hacia atrás, quitaron las manos de sobre la mesa, dejaron de apoyarse en ella, formando siempre la cadena, y luego se vió moverse la mesa varios segundos y más tarde levantarse de la tierra unos 30 centímetros, quedando algún tiempo suspendida en el aire.

»Antes de hacer las experiencias a oscuras, Lombroso colocó a su izquierda y a la derecha de la medium, a una distancia de un metro o algo más, una de las sillas vacías, poniendo sobre ésta un pandero, una campanilla y los dos dinamómetros, señalando cero grados. La otra silla sin ocupar se hallaba arrinconada a la pared, distante un par de metros del Sr. De Amicis. Tras algunos reparos que opuso el Sr. Chiaia, Lombroso ató a todos por la muñeca con una misma cuerda, manteniendo sólo alzadas su derecha y la izquierda de Chiaia, que tenía siempre en contacto con la

mano de Lombroso. Poco después de apagada la luz, éste y De Amicis empezaron a notar en su persona roces extraños.

«El señor Chiaia suplicaba a John que tocara la campanilla, pero éste, por el contrario, tiró de la silla el pandero, los dinamómetros y la campanilla, agitando simultáneamente, a pesar de la distancia que las separaba, las dos sillas vacías, que se oían arrastrarse por el pavimento y chocar una con otra con estrépito. Lombroso preguntó si los objetos caídos a tierra podían ser puestos sobre la mesa; se le contestó que sí, y a poco se oyeron ruidos de objetos en la mesa; preguntado John si eran los dinamómetros, dijo que *sí*. Se intentó encender la luz para cerciorarse de ello, pero John se opuso y en aquel mismo instante llegó a todos el ruido de una silla que rodaba por tierra, en tanto que la otra venía a colocarse nuevamente sobre la mesilla, sin que, a pesar de la oscuridad, tocara poco ni mucho a los que estaban sentados a su alrededor. Encendida, al fin, la luz, se halló la silla sobre la mesa, encima de los dinamómetros, que señalaban, el de Collin 65 grados y 37 el de Charrier. La otra silla se encontró tirada por tierra.

»Volvió C. Lombroso a poner los dinamómetros señalando cero grados, se apagó de nuevo la luz y John quitó la silla de sobre la mesa para ponerla en su sitio primitivo. El Dr. H. Chiaia tornó a instar a John que agitase la campanilla, pero en vez del sonido de ésta, dejóse oir el pandero. Manifestósele a continuación que era deseo de los asistentes que tocase el pandero con las yemas de los dedos, y obedeció al punto, percibiéndose clara y distintamente el roce de las uñas. Este fenómeno duró de 25 a 30 segundos.

»A propuesta de todos, y poco tiempo después, vióse en el aire alguna que otra llama luminosa, de color azul, elevarse en varias direcciones. Al señor De Amicis le fué en un punto arrebatada la silla que ocupaba, siéndole poco después devuelta y puesta en condi-

ciones de poder sentarse de nuevo. Interrogado John si se dignaría repetir la operación de oprimir los dinamómetros, vino en ello y nos aconsejó que habláramos. A poco rato dijo la medium que ya estaba hecho. Encendióse la luz y se vió que el dinamómetro Collin señalaba 33 grados y 30 el de Charrier; ambos estaban fuera del alcance de las manos de Eusapia, que continuaba con las manos atadas a las muñecas de Lombroso y De Amicis.

»Quedó todo de nuevo a oscuras y se oyeron fuertes puñetazos en la mesa, sin que tocara lo más mínimo a ninguno de los que en su derredor estaban sentados. Uno y otro experimentaron en las manos la sensación de una corriente de aire fresco y después como si una barba las rozase rápidamente dando vuelta. En aquel momento Eusapia exclamaba que a las espaldas del Sr. Lombroso veía una sombra y luego una persona en pie que se alargaba por momentos para coger los dinamómetros. Lombroso afirmaba por su parte que notaba sobre sus hombros la presión que haría un cuerpo humano, y desasiéndose por unos instantes del Sr. Chiaia, extendió la mano con objeto de ver si podía palpar lo que notaba había a sus espaldas; nada, empero, pudo tocar.

»Eusapia aseguraba ver a John oprimir fuertemente los dinamómetros que estaban aún sobre la mesa y suplicaba al Sr. De Amicis le permitiese aproximar la mano izquierda, atada a la muñeca de éste, a la mano derecha que sujetaba Lombroso; y apretaba con fuerza con ambas manos la mano de Lombroso, como si quisiera mostrar que, no ella, sino John era quien obraba sobre los dinamómetros. Encendida que fué la luz se observó que el dinamómetro Collin marcaba 30 grados de presión y 46 el de Charrier, que se encontró boca abajo.

»Por último, una vez visto que todos habían seguido atados todo el tiempo de la experiencia, C. Lombroso procedió a desatar a los primeramente atados, y uno en pos de otro fueron quedando

libres los demás. Ya de pie todos y preguntado John si quería darnos el *adiós*, la mesa, no bien la medium, Lombroso y De Amicis pasaron cada uno un dedo por su superficie, se elevó de la tierra por dos veces a una altura de un metro y algo más, y cayó de golpe sobre el pavimento. La sesión terminó a las doce y media de la noche (1).

---

(1) *Tribuna Giudiziaria*, de Nápoles, n. 7, 20 de febrero de 1892; n. 12, 25 de abril de 1892.

CAPÍTULO V

Experiencias hechas en Génova

Nos referimos a las sesiones celebradas en Génova en diciembre de 1901, en el *Círculo Minerva* con la medium E. Paladino. La sala tenía dos ventanas con rejas, cristales oscuros y cortinas que caían a tierra, detrás de las cuales fué colocada la medium. Había en la sala unas cuantas sillas, una mesa redonda, otra mesa lo suficientemente larga para que en su derredor pudieran estar sentadas seis o siete personas, y entre las dos ventanas una tercera mesa más larga y pesada que la anterior; el aposento estaba iluminado con lámparas eléctricas, dispuestas en tal forma que resultase la luz blanca o roja, según la necesidad.

Presidió las sesiones el profesor Francisco Porro, de la Universidad de Turín, y tomaron parte L. Arnaldo Vassallo, de *Il Secolo XIX*, tres señores más y una señora. La primera sesión se verificó el 18 de diciembre. La señora y Arnaldo tenían cogida a la medium, aquélla la mano y el pie izquierdos, éste la mano y el pie derechos. Forman la cadena y a poco E. Paladino cae en catalepsia ligera o cérea. Luego, en plena luz y sin contacto alguno mecánico, se estremece y pone en movimiento la mesilla redonda, se arrastra por el pavimento y se aproxima a la mesa en que los reunidos formaban la cadena; una vez cabe esta mesa, la mesita, que

llevaba un pandero, una mandolina, una corneta ciclística y un acordeón, se eleva en el aire, se inclina y deja caer sobre la mesa todos los instrumentos, descendiendo luego a tierra suavemente para tornar a su sitio primitivo.

Unos cuantos golpes convencionales piden en tanto la oscuridad. Apagadas las luces, se deja oir el zumbido de los instrumentos que, sin parar de tocar, cruzan vertiginosos los aires en todas direcciones; la corneta, en especial, parecía empujada del vendaval. Pasan unos momentos, y he aquí que el señor Vassallo se encuentra con la mandolina descansando sobre su pecho, sostenida por dos brazos que lo estrechan con delicadeza, como si estuviese a sus espaldas la persona que tocaba el instrumento; las cuerdas vibraban armónicamente. Lo propio acaeció después a los demás.

Advierte A. Vassallo en sus espaldas el roce de una mano algo larga, y dice: «A juzgar por sus dimensiones, esta mano es de John King»; acto seguido la ignota fuerza le responde que *sí* con tres palmadas en el hombro. Luego le acarician blandamente dos carnosas manos, le obligan a extender el brazo en sentido vertical y nota en los dedos el roce suave de una barba y unos cabellos finísimos. Mandan encender las luces los espíritus y ven los espectadores, que han vuelto a la mesa los objetos; la mandolina, empero, se eleva un poco y se aproxima horizontalmente al brazo de la señora; queda inmóvil y aislada, un metro y veinte centímetros levantada de la tierra y está largo tiempo tocando unos cuantos acordes.

Preguntado John si, a más de él, intervienen otras inteligencias, con tres golpes dice *sí*. A la luz y por detrás de la cortina, un palmo sobre la cabeza de la medium, aparece una mano tierna, visible por varios segundos, que se abre y cierra con agilidad saludando a los presentes. Varios golpes piden la oscuridad y se oyen manifestaciones de alegría. A. Vassallo nota que le estrechan dos

brazos fuertemente y le colman de caricias, recibe numerosos y sonoros besos, que perciben sus compañeros, y una luz circunda su cabeza. Desea saber quién es el autor de todo ello, y unos cuantos golpes le responden: *Romano,* uno de los tres nombres de un hijo suyo y que ignoraban hasta los parientes más cercanos. «¿No sabes, Naldino — dice su padre, — que llevo siempre conmigo un recuerdo tuyo?» E inmediatamente un dedo apunta el sitio preciso de la cartera, en donde guarda un retrato de su hijo.

Se ruega al espíritu que se dé a ver, y hecha la penumbra deseada con una palmatoria puesta fuera de la habitación en el dintel de la puerta, aparece una figura que, por las señales que de ella daban los presentes, correspondía en un todo al retrato oculto de su pequeñuelo. Esto no obstante, para cerciorarse de que el espíritu era realmente su hijo Naldino, traza con un lápiz un rasguño y todos reconocen en él la figura aparecida. Volvió a quedar a oscuras la sala y oyeron destaparse una botella llena de agua, distante dos metros de la mesa, y dirigirse por el aire hacia la medium, que bebió un poco, según todos pudieron observar.

El señor Vassallo preguntó si también él podía beber, y acto seguido se le pone una botella sobre el labio inferior; mas, no bien hubo probado el agua, cuando le fué retirada la botella, que fué puesta sobre la mesa, tapada como estaba antes. Encendida que fué la luz, vieron agitarse la mesa bruscamente, como buque en marejada, y permanecer inmóvil la botella como si estuviera clavada. Por efecto del calor o de la impresión recibida, la señora quiere quitarse el sombrero; mas he aquí que, mientras con la izquierda se saca el pasador del lado derecho, una mano invisible le saca el del lado izquierdo, le quita el sombrero y lo deja caer entre las manos de la señora.

En una segunda sesión en que Paladino estaba completamente despierta, uno de los espectadores, de aspecto varonil y hercúleas

fuerzas, exclama apenas empezada la sesión: «Hacen titánicos esfuerzos para quitarme la silla y noto que la agarran a un tiempo de los dos travesaños laterales; pero a fe mía que han de verse y desearse, si es que no se llevan chasco.» Así hablaba, porque era la primera vez que asistía a una sesión de espiritismo e ignoraba la fuerza que suelen desplegar los invisibles agentes. Entonces comienza una lucha encarnizada de titanes entre nuestro hombre, que forcejea por impedir le quiten la silla y la misteriosa causa que hacía esfuerzos por quitársela. Pronto tuvo que ceder aquél en la contienda, por lo que, poniéndose en pie, dijo con aire de vencido: «¡Al fin se han salido con la suya!»

En esta fase de la experiencia tenía este señor cogida una mano de la medium; su peso de él era 80 kilogramos. La silla que le fué arrebatada vino a caer derecha sobre la mesa. Mientras tanto, de una escribanía algo apartada toma la misma causa una campanilla, un candelero y una botella grande de agua, pone todos estos objetos en el asiento de la silla y debajo de ésta manojos de lápices, plumas, barras de lacre y otros objetos, formando figuras geométricas muy caprichosas: aquello parecía una quincallería ambulante.

Más tarde una mesa-escritorio, del peso de 40 kilogramos y aun más, fué apartada de la pared y arrojada contra el señor de las fuerzas hercúleas con gran ímpetu y violencia, como si el desconocido agente quisiera hacer alarde de sus energías. Empezó de nuevo una lucha tenaz entre ambos; nuestro atleta dió a la mesa tan colosal arremetida, que la hizo retroceder medio metro, mas no bien se había parado, retrocedió nuevamente, impelida con no menor fuerza y energía.

A la sesión tercera, celebrada el 23 de diciembre, asistió el profesor Mirelli; después de unos cuantos golpes vibrantes, pidieron los espíritus se apagaran las luces: hízose así y se apareció un

fantasma, que Mirelli creyó era el alma de su madre, con la que trabó conversación. Pidieron a continuación los espíritus la luz roja y vieron todos acercarse un fantasma al señor Mirelli, a quien mostró una señal que su madre tenía en la frente, consistente en una excrecencia cutánea. Después se vieron varias luces cruzar la sala en diversas direcciones. Retiró luego John la mesa, la puso en el centro de la habitación, revolvió vasos y botellas, destapó una de éstas que contenía agua y dió de beber a casi todos, acercando para ello el vaso a los labios de cada uno; luego dejó el vaso y la botella, y, con las manos en alto, comenzó a batir palmas con estrépito; el ruido parecía venir de cerca del techo. Después quitó a uno de los espectadores la cartera, le dió con ella unos cuantos golpes en la mano y se la devolvió con caricias; a esta misma persona le sacó el anillo y se lo puso a su señora en el dedo anular. Por último, la misma invisible causa unió las manos derechas de los dos cónyuges y dió sobre ellos varios golpes que todos pudieron apreciar.

En la sesión cuarta, del 29 de diciembre, el espíritu aparecido dijo ser una hija de F. Porro, a quien besó y acarició mientras pronunciaba su propio nombre de *Elsa;* le sacó después los papeles del bolsillo, que repartió entre los presentes, recogiéndolos más tarde. Durante el tiempo de esta experiencia dos de los espectadores tenían cogida a la medium Paladino. Desarmaron un fonógrafo que habían llevado con el fin de imprimir la voz de los espíritus, quitáronle la bocina y soplaron por ella con fuerza a dos personas en las orejas y mejillas.

A. Vassallo quiere distinguir a su hijo Naldino en el roce de una mano que le pasa por las sienes y tres golpes le responden en sentido afirmativo; poco después le quitaron un alfiler, regalo de E. Novelli, que tenía en mucha estima; se sucedieron luego los besos y abrazos muy prolongados y por último dejóse oir: «¡Oh,

mi papá! ¡mi querido papá!» Volvieron a besarle estrepitosamente y oyó que le decían: «Dáselos a mamá.» Enciéndese una lámpara eléctrica a petición de los espíritus y vieron una figura humana abrazar con efusión a Vassallo y darle un apretón de manos. Todos veían en aquel momento a la medium en estado de hipnosis tranquila, aunque profunda.

En la quinta y última sesión, del 29 de diciembre, tomaron parte, además de los ya mencionados, los señores Mirelli y Soris. Se movió por sí sola una mesa y se oyeron golpes muy vibrantes; una mesilla que había en el ángulo de una sala, vino a ponerse encima de la mesa; sintieron ligeros roces de manos; todo esto a la luz roja. Se apagaron y encendieron las luces blancas y rojas a pesar de hallarse la medium a unos tres metros de los interruptores; en un extremo de la sala se formó de una nubecilla una cabeza humana que se acercó a uno de los presentes y le estampó un beso en la cara; en el roce del ósculo quiso distinguir la nariz, los ojos y la barba terminada en punta; después fué desapareciendo lentamente.

El señor Mirelli notó que le estrechaban fuertemente, le colmaban de caricias y besaban con cariño. Más tarde se oyeron golpes fortísimos en el centro de la mesa; una vihuela y una pandereta fueron llevadas por los aires por encima del público sin dejar de tocar; la medium fué levantada en alto dos veces y puesta con cuidado sobre la mesa. Como fin de la sesión y despedida de los espíritus, todos recibieron sendos apretones de manos y oyeron en el aire el fragoroso palmoteo producido por varias manos que chocaban con una de los presentes que la tenía levantada en alto. Preguntado éste después qué le había sucedido, respondió:

«Al empezar la sesión, y adoptando tales precauciones que ninguno de ustedes ha reparado en ello, escondí en un cajón de la pesada mesa-escritorio que hay allí, una moneda antigua, manifes-

tando sólo mentalmente deseos de que John, terminada que fuese la sesión, la tomase y me la devolviese con un apretón de manos. Todo se ha cumplido a la letra. Dos largos brazos me han abrazado primero con efusión, y después he notado que me ponían en la mano derecha la histórica moneda escondida: ¡hela aquí!» (1).

---

(1) Del periódico *Il Secolo XIX* de 20-24 de enero de 1902. En estos artículos, que son una relación de las cinco sesiones celebradas, el señor Vassallo, que tomó en todas ellas parte muy activa, expone los hechos con muchos pormenores. Estos artículos los ha reunido Vassallo en un opúsculo titulado: *Nel mondo degl'invisibili*, Roma, 1902.

CAPITULO VI

Célebres experiencias hechas en Milán

La célebre medium Paladino se prestó a una serie de experiencias que han tenido gran resonancia. Fueron diez y siete, se verificaron en Milán, en octubre de 1892, en casa de Jorge Finzi, profesor de Física, y en presencia de A. Aksakof, director de la revista *Psychische Studien*, de Leipzig; de Juan Schiaparelli, director del Observatorio Astronómico de Milán; de Carlos du Prel, catedrático de Filosofía en la Universidad de Munich; de Angel Brofferio, profesor de Filosofía; de José Giacosa, de Física en la Escuela R. Superior de Agricultura en Portici; del doctor Carlos Richet, de la Facultad de Medicina de París, y de C. Lombroso.

Los principales fenómenos observados a la luz fueron los siguientes: 1.° Hallándose todos en pie, incluso la medium, inclinóse la mesa por un lado, de 30 a 40 grados; un dinamómetro unido a uno de los lados cortos de la mesa y suspendido por una cuerda de un listón puesto entre dos armarios, marcó tres kilogramos y medio cuando la mesa estaba en alto a 15 centímetros del suelo; al inclinarse la mesa en otra ocasión, en que la tocaban los presentes y la medium, el dinamómetro indicó otros pesos distintos. Hubo veces en que la mesa se elevó de 60 a 70 centímetros. Paladino, a petición suya, fué colocada en una balanza y tuvo

ora un aumento de peso (62 - 72 kilogramos), ora una disminución (52 kilogramos).

2.° Varios objetos, algunos muy pesados, se pusieron en movimiento, entre ellos una tosca y pesada silla que se dirigió hacia el señor Schiaparelli, que distaba de la medium más de un metro; levantóse éste y la puso de nuevo en su sitio, mas la silla vino a él nuevamente. Vieron elevarse en el aire varias veces la mesa. La medium obraba sobre la balanza con sola su presencia, pues manteniéndose a una distancia de 70 centímetros de una báscula, ésta se movió.

Los fenómenos en la oscuridad fueron: 1.° Con una cuerda de 60 centímetros se ataron las manos a la medium de manera que distasen 20 centímetros entre sí y 10 de las manos de los observadores más próximos; dieron tres vueltas con la cuerda alrededor de la muñeca y echaron tres nudos apretados hasta hacerle daño. Pusieron en juego este ardid con objeto de que si la medium conseguía desatarse no pudiese meter de nuevo la mano y se descubriese la trampa. Colocaron una campanilla sobre una silla y se cerró la cadena, no sin antes coger a la medium pies y manos; quedó el aposento a oscuras y se movió una silla que había bastante apartada de Paladino, subió sobre la mesa y oyóse a poco tocar la campanilla y rodar más tarde por tierra. Encendiéronse las luces y se vió que los nudos seguían intactos.

2.° Sobre la mesa, y al lado opuesto que ocupaba la medium, había extendido un papel con hollín. Apagadas las luces vióse una mano golpear blandamente en la mesa, en tanto que du Prel notó en el metacarpo izquierdo el roce de unos dedos. Encendióse inmediatamente la luz y vieron impresa en el hollín la huella de una mano y tiznado el dorso de la mano izquierda de du Prel. Las manos de la medium estaban limpias.

3.° Bañadas en la luz que entraba por una de las ventanas,

dejáronse ver repetidas veces dos manos negras y opacas y batir palmas en el aire, unidas a un fragmento de brazo. La medium estaba, durante este tiempo, sumamente vigilada.

4.° El 28 de septiembre y el 3 de octubre, mientras Richet y Lombroso tenían a la medium cogida por las manos, elevóse ésta de pronto en el aire con la silla, viniendo a caer suavemente sobre la mesa. En tanto que descendía, Richet y Lombroso notaron que algo invisible les tocaba en el pelo.

5.° Hallándose J. Giacosa a una distancia de 1'20 metros de la medium y mientras se oía tocar una trompeta, habiendo levantado una mano en alto, echó de ver que otra mano le cogía la suya y le daba en ella con la trompeta. Al señor Schiaparelli, le quitaron varias veces los anteojos de oro, con tal arte y maestría que no reparó en ello sino cuando dejó de sentir su presión.

6.° Era igualmente fenómeno ordinario el cambiar de un sitio para otro, objetos muy voluminosos y vasijas de barro que luego caían sobre la mesa sin tocar a los que estaban sentados en su derredor.

7. Uno de los presentes, antes de que empezara la sesión, dejó el gabán encima de una silla, lejos de la medium. Pues bien, esto no obstante, al final de la sesión vióse aparecer un cartón fosforescente sobre el que había varias cartas que el dueño del gabán llevaba en sus bolsillos; todo mientras se quejaba la medium de tener algo en el cuello. Volvióse a encender la luz y se encontró que el gabán no estaba ya sobre la silla y sí sobre la medium con las mangas tirantes. Notóse una vez más que, durante toda la sesión, dos personas se habían encargado de tener a la medium cogida de pies y manos según costumbre.

Todos estos fenómenos fueron también observados a la luz. A este objeto suspendieron una cortina en medio de la sala, de manera que una parte estuviese un poco menos iluminada, colo-

cando en este lado a la medium con las espaldas vueltas a la cortina. Detrás pusieron un vaso lleno hasta el borde de lodo y de superficie esmerilada, una silla y una campanilla. «Entonces, dice el relator, vimos hincharse la cortina y agitarse en dirección adonde estábamos; los más próximos notaron que oponía resistencia al intentar sujetarla; fué rodando un gran trecho por el suelo la silla de uno de ellos y apareció varias veces un cuerpo sobre la cabeza de la medium.

Levantóse entonces Aksakof, alargó la mano y la puso en la abertura de la cortina por encima de la cabeza de Eusapia; a poco anunciaba que sentía le tocaban de vez en cuando; más tarde le cogían la mano a través de la cortina. Todos pusieron sus manos en la abertura y notaron roces de manos. Sobre el fondo oscuro de la cortina vieron aparecer varias veces las clásicas lucecitas azules... De pronto aparece una mano cerrada sobre la cabeza de Eusapia, se abre lentamente y se nos muestra con los dedos separados. Es incalculable el número de veces que apareció esta mano y se dejó tocar de nosotros; *basta decir que no había ya lugar a duda:* era real y verdaderamente una mano humana y animada la que tocábamos, sin que perdiéramos de vista en todo aquel tiempo el busto y los brazos de la medium, cuyos pies y manos eran sujetados por dos de los presentes.»

Al dar por terminada la sesión 17.ª, la última de la serie, formularon los experimentadores las conclusiones siguientes: 1.ª, que teniendo en cuenta las circunstancias en que habían tenido lugar los fenómenos, en modo alguno pudieron ser efecto de fraudes y artificios; 2.ª, que abrigaban la misma convicción en orden a los fenómenos obtenidos en la oscuridad, al menos en su mayor parte (1).

---

(1) *Italia del Popolo*, núm. 883; 1892.

CAPITULO IV

Experiencias de Gibier y de otros

Pablo Gibier, célebre médico francés, refiere una sesión celebrada en casa de M. B..., doctor de mucha nombradía, *sin el concurso de mediums*. «Una noche del pasado invierno me hallaba en casa de M. B..., y me propuse dar el golpe de gracia a mi escepticismo en lo tocante a los espíritus, mediante *una sesión de mesa*. Pusieron sus manos sobre la mesa-comedor el Dr. M. B... y su señora, y me rogaron hiciera lo propio; accedí al punto. Bien pronto se puso la mesa en movimiento.»

El Dr. Gibier, con el fin de ver lo que había de cierto en los fenómenos espiritistas, hizo una serie de experiencias acompañado de algunos amigos, observadores expertos. Sirvióse del médium Slade, americano. Antes de dar principio a las sesiones (que se celebraban a la luz del día), Gibier inspeccionó con detenimiento la habitación. Los fenómenos principales observados fueron los siguientes:

1.º Fuertes golpes, a menudo repentinos, en la mesa y sillas; elevación de la mesa hasta el techo; percusiones en el pavimento bajo las plantas de los espectadores; sillas y muebles, lápices y pizarras que se movían por sí solos; la aguja de una brújula que giraba en todos sentidos.

2.° Slade cayó en *éxtasis,* y durante este tiempo, según él decía a sus conocidos, su espíritu era reemplazado por el de un indio llamado Owasso, y se mostraba alegre y dicharachero, o por el de cierto jefe de la tribu de los *pieles-rojas,* y entonces Slade se ponía en pie, caminaba a largos pasos y hablaba una lengua muy sonora, como la de los caribes; o su espíritu era sustituído por el de un médico escocés y daba consejos, hacía diagnósticos y prescribía tratamientos médicos.

3.° Visión y contacto de una mano separada del brazo y muy fría, que estrechó la mano de Gibier.

4.° Pizarras adheridas fuertemente unas a otras y sujetas por Gibier y sus amigos, que se cubrían de escritura en sus superficies interiores de contacto (1).

El Dr. Zoellner, profesor de astronomía en la Universidad de Leipzig, miembro correspondiente del Instituto de Francia, acompañado de los profesores Weber, Fechner, Baune, Schneibner, Tirsch y otros, había hecho una serie de experiencias, convencidos como estaban todos ellos de que en este punto no debía admitirse nada que no estuviese comprobado con toda certeza y rigor científico. Sirviéronse como de medium del americano Slade. Los resultados obtenidos, después de haber tomado muchas precauciones, fueron los siguientes:

1.° Movimientos de la aguja imantada, a pesar de estar dentro de la caja de la brújula, e imantación de una aguja de acero.

2.° Golpes dentro de una mesa; un cuchillo se elevó en el aire cerca de un pie, sin que nadie lo hubiese tocado.

3.° Objetos muy pesados que se movían por sí solos, como la cama de Zoellner, que se corrió dos pies de la pared mientras

---

(1) P. Gibier: *Le spiritisme*, págs. 319-378; 1896.

Slade estaba sentado, de espaldas, cruzadas y superpuestas sus piernas y vigilado atentamente.

4.° Un escriño fué hecho pedazos con gran estruendo sin el contacto del medium, y los fragmentos fueron lanzados a cinco metros de distancia de éste.

5.° Varias pizarras, unidas entre sí, aparecieron a vista de todos cubiertas de escrituras en la superficie de contacto.

6.° Después de empalmadas varias correas y selladas sus junturas, las cogieron por sus dos extremos Zoellner y Slade y las mantuvieron tirantes, y, sin embargo, a lo largo de ellas aparecieron echados varios nudos.

7.° Sobre una capa de hollín y harina quedaron impresas las huellas de manos y pies desnudos, mientras Slade permaneció sentado y calzado (1).

Son célebres las experiencias realizadas por Aksakof con la medium Srta. E. Esperanza. Aksakof obtuvo por su medium un número considerable de *materializaciones*. Lo más extraño del caso era que a medida que el espíritu se iba materializando, se desvanecía la medium en tal grado que a veces no quedaba en su gabinete ni rastro de ella; tanto es así que en cierta ocasión, mientras se materializaba el espíritu, perdió una pierna, que no volvió a recuperar (!). Sirvióse Aksakof de la misma medium para celebrar un sinnúmero de sesiones en las que, aparte de los ya clásicos fenómenos, pudo obtener muchas fotografías de espíritus materializados.

En 1883 en San Petersburgo Aksakof en una sesión a oscuras con la medium Catalina Fox mandó a ésta pusiera las manos sobre una lámina luminosa de cristal, poniendo a continuación las suyas encima, a fin de dar con el fraude, dado caso que lo hubiera.

---

(1) Zoellner: *Erscheinungen des Lichtes*, 1879; «Erklärung der Ersch.»

Se rogó a los espíritus que dejaran impresas sus huellas en un papel con hollín. Hízose así e inmediatamente observó Aksakof que C. Fox tenía tiznadas las yemas de los dedos (1).

Experiencias del Dr. Armstrong. — Quiso averiguar si los fantasmas que se aparecían en las sesiones eran o no pesados, y si disminuían de peso los mediums durante la materialización de los espíritus. En una sesión en que hacía de medium la Srta. Wood, cuyo peso era de 176 libras, aparecieron tres fantasmas que se dejaron pesar: ¡oscilaban entre 34 y 176 libras! En otra sesión se presentó un fantasma, se hizo pesar y pesaba de 83 a 84 libras. En una tercera en que hacía de medium la Srta. Fairlamb, proveyóse Armstrong de una hamaca que llevaba un índice capaz de señalar todas las oscilaciones de peso en la medium; a poco notó que Fairlamb disminuía de peso, hasta que por fin apareció un fantasma que a presencia de todos dió unas cuantas vueltas por el aposento. Durante este tiempo el peso de la medium había disminuído en 60 libras, esto es, casi la mitad.

Luego, a medida que el fantasma se desmaterializaba iba la medium aumentando de peso, hasta que al terminar la sesión sólo había perdido 3 o 4 libras de su peso normal total.

J. Burus pudo retratar un grupo de espíritus en Liverpool en presencia del poeta H. Pride y de Balfour. Hacía de medium un instruído administrador de una gran hacienda. Empezada la sesión, se sentó en un diván en el gabinete, separado de la sala por una mampara, y cayó en catalepsia. Al punto, por detrás de la mampara aparecieron seis o siete fantasmas uno en pos de otro: en primer término un *mozalbete* juguetón que, de un periódico que había sobre la mesa, hizo un bastoncito y con él daba a los presentes;

---

(1) Aksakof: *Animismus und Spiritismus*, 1905; I, *Die Materialisations-Phänom.*

luego una *vieja* con una cofia en la cabeza, que decía ser la madre del ama de casa; después una *hermana* del medium; más tarde un *hermano* del mismo, muerto poco hacía, y por último *Archibald Lamont,* también muerto poco ha. Todos estos espíritus fueron presentados por un viejo de barba blanca que pudo ser fotografiado con uno de los presentes, el Sr. Hitchmann.

Dicen que al ver J. Burus aparecer tantos fantasmas de amigos y parientes ya difuntos, evocó a otros varios amigos muertos que también aparecieron. Se le presentó luego el fantasma de su amigo Roberto Buce acompañado de su señora y hablaron con él, lo besaron y le estrecharon la mano.

Según refieren, al Dr. Willis en una ocasión se le aparecieron unas cuantas manos materializadas. Él sacó un cuchillo del bolsillo, sin decir palabra a nadie, y asestó un gran golpe a las manos materializadas. Instantáneamente la medium lanza un grito diciendo que había experimentado un fuerte dolor a causa de haberle atravesado la mano la hoja de un puñal. Encendióse la luz y se vió que la medium tenía intacta la mano, sin herida ni sangre alguna (1).

Podríamos referir todavía otras muchas experiencias, porque son innumerables, pero no es necesario dar cuenta de todas ellas porque nos haríamos interminables. Bastan, sin duda, las referidas para dar una idea aproximada de ellas, y se habrá notado ya cómo se repiten varias, lo cual, si es un inconveniente literariamente, es una ventaja científicamente, porque así se conocen cuáles son las experiencias más comunes del espiritismo. Con esto pasamos a las teorías.

---

(1) Véase A. Pappalardo: *Spiritismo,* 1901, págs. 109 y sigs. — Antonelli, l. c., pág. 52.

LIBRO TERCERO

Teorías generales

Expuestos los principales fenómenos del espiritismo, procede averiguar sus causas. Nos fijaremos aquí en las teorías que se refieren en general al espiritismo; más adelante, en la segunda parte, nos detendremos en las teorías particulares, esto es, en aquellas que tratan de explicar cada uno de los fenómenos o grupos de ellos en particular.

Son muchas las teorías adoptadas. He aquí las principales:

CAPÍTULO PRIMERO

Teoría negativa

La primera teoría no trata de explicar los fenómenos del espiritismo, más bien los niega o los pone en duda, al menos considerados éstos tal y como los refieren los espiritistas. Son numerosos los partidarios de esta teoría, sobre todo entre los hombres de saber de nuestros días.

Dicen que los hechos referidos no han sido científicamente comprobados o que no se han examinado con el debido rigor. Al

efecto, aducen no pocas supercherías, perfectamente demostradas, en todos o en casi todos los géneros de los fenómenos citados.

Y realmente, entre los llamados espiritistas de profesión hay muchos que son más bien prestidigitadores que tratan de engañar y explotar al público. Por otra parte, de entre los testigos de los fenómenos, una buena parte son sospechosos.

Muchos de los que asisten a estas sesiones son mujeres más o menos neurasténicas, exaltadas por la tensión de espíritu y además sugestionadas por el medio en que obran; ¿qué crédito merecen sus testimonios?

Además, el espiritismo se presta fácilmente a toda clase de engaños por las circunstancias de lugar, modo y tiempo en que se verifican estas sesiones, y de hecho han sido muchos los fraudes descubiertos, según se demostrará en particular en la segunda parte.

Sin embargo, sería muy aventurado llevar la negación hasta el extremo de dar todos los fenómenos por falsos. Hay testimonios de personas serias, de hombres muy inteligentes que creen haber comprobado los fenómenos. Hay testigos que han tomado muchas precauciones para hacer imposible el engaño, y a pesar de todo, los hechos, a su juicio, se han realizado.

El positivista Littré atribuye los fenómenos del espiritismo a meras ilusiones y alucinaciones (1). Es vana esta hipótesis.

Es posible la ilusión en algún caso y en alguna persona particular, mas no en todos los casos ni en todos los testigos.

Otros admiten algunos fenómenos, pero no los que los espiritistas nos refieren, como más extraordinarios y trascendentales; o sin negarlos todos, los ponen en duda respecto de algunas

---

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 février 1856: «Des tables parlantes et des esprits frappeurs».

circunstancias más notables, tal y como nos las cuentan los espiritistas; y discurren de esta manera: En la mayor parte de los fenómenos espiritistas hay fraudes: luego los espiritistas, que tanto mienten, no tienen derecho a que les creamos ninguno. De esta última actitud, que va tomando cada vez más cuerpo en nuestros días, hablaremos en la segunda parte.

CAPÍTULO II

Teoría de la fuerza psíquica

«*Supónese* en esta teoría, al decir de Crookes, que el medium o el cerco de personas reunidas para formar un todo, tienen una fuerza, un poder, una acción, un don o virtud por cuyo medio algunos seres inteligentes pueden producir los fenómenos observados. Qué puedan ser estos seres inteligentes, asunto es que no nos atañe. Lo que desde luego puede darse por cierto es que el medium posee un *no sé qué* que en vano buscaréis en un ser ordinario. Dad un nombre a este *algo;* llamadlo X, si os place; el señor Sejeant Cox lo apellida *fuerza psíquica*.

»La teoría de la *fuerza psíquica* no es más que la simple confirmación de un hecho, casi indiscutible, a saber, que en determinadas condiciones, en parte desconocidas todavía y hasta cierta distancia, aun por señalar, se desprende del cuerpo de algunas personas, de una organización especial, una fuerza que, sin el contacto de los músculos ni de cosa que se le parezca, obra a distancia, produce visiblemente el movimiento en cuerpos sólidos y da origen a sonidos.

»Como quiera que es indispensable la presencia de esa organización para que tengan lugar los fenómenos apuntados, está muy puesto en razón suponer que esta fuerza, por un medio aun des-

conocido, emana de semejante organización. Del mismo modo que el propio organismo es movido, dirigido y gobernado interiormente por una fuerza, que es el alma, espíritu o inteligencia (dadle el nombre que os plazca), que constituye el ser individual que llamamos hombre, así también justo es concluir que la fuerza que produce el movimiento más allá de los límites del cuerpo es la misma que lo produce dentro de estos límites.

»Y como quiera que a menudo se observe que esta fuerza revela una inteligencia, bien podemos concluir que no es otra que la inteligencia que dirige la fuerza interna. A esta fuerza he dado yo el nombre de *fuerza psíquica*, porque este nombre declara por sí de qué fuerza se trate, que a mi ver tiene su origen en el alma o inteligencia del hombre... No por eso pretendo afirmar que no pueda ponerla en juego y dirigirla otra inteligencia que no sea la de la fuerza psíquica» (1).

Esta hipótesis adolece de muchos defectos. Desde luego y por decontado, no es suficiente *suponer* la existencia de esta fuerza, que se dice provenir del cuerpo del medium; es preciso demostrarla rigurosamente y después probar que esta fuerza es capaz de producir dichos fenómenos. Además, como Crookes concede que alguna vez pueda servirse de esta fuerza otro ser inteligente, ¿de dónde se deduce que el medium es indispensable? ¿de dónde que la fuerza psíquica se desprende del medium para dar origen a los fenómenos, y no que esta otra inteligencia se sirve del medium para obrar?

Pero ¿y qué decir de los fenómenos obtenidos sin la presencia del medium? De que el cuerpo sea regido y gobernado internamente por el alma, ¿síguese por ventura que la misma fuerza obra fuera del organismo? Y aun dado caso que esa fuerza

(1) Crookes, ob. cit., págs. 177-179.

psíquica existiese y obrase indistintamente dentro y fuera del cuerpo, ¿podría, acaso, producir efectos superiores a los que produce internamente en el orden natural? Y ¿cómo es posible que la fuerza psíquica revista, como él pretende, formas verdaderamente humanas, con un corazón que latía, con sanos pulmones que respiraban y con una belleza encantadora, según él la atribuye a Katie King?

Además, es principio universal que el efecto debe ser proporcionado a la causa y no superior a ella. Pues bien, en los fenómenos espiritistas se echa de ver una causa libre e inteligente que obedece cuando se le manda, que dicta sobre los más variados asuntos y que responde a todas las cuestiones; nada de esto es compatible con una fuerza psíquica que obra no libre, sino necesariamente. Estos efectos no escaparon a la mente de Crookes, quien declara explícitamente haber observado «varios casos que parecen indicar de una manera terminante la acción de una inteligencia extrínseca y extraña a todas las personas presentes».

A la fuerza psíquica de Crookes puede reducirse la fuerza néurica de Barety (1), que es física en su esencia, semejante a la luz y electricidad, como originada del sistema nervioso. Algunos espiritistas la llaman *psícoda*, otros *periespíritu* y la consideran como elemento sutilísimo, semimaterial y muy fino que constituye la unión de alma y cuerpo.

No sería absolutamente imposible que las alteraciones del cuerpo propio que siguen a las imaginaciones despertasen en los cuerpos de otros, mediante el flúido magnético, análogas modificaciones y éstas, a su vez, diesen lugar en ellos a imaginaciones correspondientes (2).

---

(1) *Le Magnétisme animal ou force néurique rayonnante:* «Expérience et théorie», 1887.

(2) P. Vieser, S. J.: *Der Spiritismus und das Christentum*, pág. 52; 1881.

Mas ¿cómo explicar aquellas operaciones que no nacen de las potencias intelectivas del *medio*, y, con todo, arguyen causa intelectual y de singular energía; que presuponen agente espiritual y acontecen sin noticia y contra el querer del *medio*, y sin saber nadie cómo ni por qué aparecen, aquellas operaciones psicográficas hechas por un punzón en un papel cualquiera no preparado, sin mano visible que le llene de palabras, etc.?

CAPÍTULO III

Teoría de las radiaciones psíquicas

La expuso León Denis en su comunicación al Congreso Internacional de Psicología de París de 1900 en estos términos: «El ser psíquico no se halla confinado en los límites del cuerpo... Es susceptible de exteriorización y de desprendimiento. Podría compararse el hombre a un fogón del que emanan radiaciones, efluvios que pueden exteriorizarse en capas concéntricas al cuerpo físico y hasta en ciertos casos condensarse en diversos grados y materializarse hasta el punto de impresionar placas fotográficas y aparatos registradores...; las vibraciones del pensamiento pueden propagarse en el espacio como la luz y el sonido e impresionar otro organismo en afinidad con el del manifestante.

»Las ondas psíquicas, del mismo modo que las ondas hertzianas en el telégrafo sin hilos, se propagan a lo lejos y van a despertar en la envoltura del sensitivo impresiones de diversas naturalezas según su estado dinámico, visiones, voces o movimientos. A veces el ser psíquico abandona su envoltura corporal y aparece a distancia» (1).

Boirac afirma que «el organismo humano es capaz de obrar

---

(1) *IV Congrès International de Psychologie*, pág. 614; París, 1900.

a distancia sobre otros organismos y hasta tal vez sobre objetos materiales con una fuerza más o menos análoga a la de las fuerzas físicas radiantes, tales como el calor, la luz, la electricidad... No puede ser dudoso para mí, dice, que la radiación magnética o nerviosa existe tan realmente como la radiación de la luz o del calor».

«Si el pensamiento puede comunicarse de un cerebro a otro, todas las analogías no solo nos autorizan, sino que nos obligan también a no ver en ese fenómeno otra cosa que una consecuencia particular de alguna propiedad general de las células cerebrales y nerviosas, anterior, por decirlo así, a la voluntad y al pensamiento mismos; y ¿en qué podría consistir esta propiedad, sino en una especie de radiación o de expansión de la fuerza nerviosa que los fenómenos de calor, de luz y de electricidad nos hacen fácilmente concebir?» (1).

Bué, en su libro titulado *Le Magnetisme curatif*, escribe: «Puede uno darse fácilmente cuenta del efecto producido por nuestra acción radiante sobre las plantas, operando sobre ramilletes de tulipanes o de jacintos... Suministrándonos estos hechos la prueba de la acción real del hombre sobre los animales y las plantas nos demuestran, sin género alguno de duda, que esa acción, puramente dinámica y física, depende de la facultad natural que posee el hombre de regular, condensar y proyectar, mediante su potencia de volición, sus radiaciones magnéticas o néuricas sobre todos los cuerpos que le rodean y modificar sus corrientes» (2).

El doctor Baraduc, al exponer recientemente al Tribunal de San Quintín su parecer, decía que «cada uno de los segmentos de nuestro organismo, segmento cerebral, pulmonar, gástrico,

---

(1) Emile Boirac: *La Psychologie inconnue*, pág. 252; 1908.

(2) *Echo du Merveilleux*, pág. 33; 1905.

genital, tiene una radioactividad, una zona de vibraciones diferentes, como naturaleza, que por su potencia de emanación pueden ejercer una influencia telepática, una especie de telegrafía sin hilos, sobre la radioactividad pasiva de los órganos de otra persona en hipotensión vital» (1).

Hooker pretende haber estudiado el espectro de los rayos luminosos: «El hombre violento y apasionado, dice, emite rayos de un rojo subido; aquel cuyo objetivo constante es el de ser bueno y hacer el bien, emite rayos rosa; el hombre ambicioso emite rayos anaranjados; el gran pensador rayos azul fuerte; el que ama el arte y tiene gusto refinado emitirá rayos amarillos; una persona inquieta y deprimida emite rayos grises; aquel que lleva una vida vil y degradada, emite rayos de un moreno sucio; un ser lleno de devoción y de buenos sentimientos emite rayos azul claro; aquel cuyo espíritu es amante del progreso, rayos verde claro; los enfermos, en lo físico o en lo moral, emiten rayos de un verde subido, etc.» (2).

Y bien, ¿cómo se prueba que de nuestro ser psíquico se desprenden esos efluvios; que puedan llegar a materializarse hasta el punto de impresionar placas fotográficas; que nuestras hondas psíquicas despierten en otros visiones, voces y movimientos, y que el ser psíquico, abandonando su envoltura corporal, aparezca a veces distante de su cuerpo? He ahí un conjunto de aserciones tan gratuitas como falsas. El efecto de nuestra acción radiante sobre los jacintos y tulipanes no creemos que pueda ser grande, ni perceptible siquiera, mucho menos sobre todos los cuerpos que rodean el nuestro, y es incapaz de modificar sus corrientes. En las zonas de vibraciones del doctor Baraduc hay más capricho que realidad, y

---

(1) Véase Jules Bois: *Le miracle moderne*, pág. 38; 1907.
(2) *Annales des Sciences Psychiques*, pág. 315; 1906.

en todo caso sólo se expresa de una manera vaga su acción, sin que pueda explicarse nada en concreto. El espectro de Hooker es pura fantasía.

El profesor Dal Pozzo es partidario de la radiación humana y la explica de esta manera. Dice que la voluntad humana se proyecta en el espacio; dando a entender que sus voliciones obran realmente y producen exteriormente seres y objetos. «Los vapores luminosos, dice, que se desprenden del cuerpo del medium y que no se sabe lo que son, pero que indudablemente están constituídos por la materia, pueden dar al alma los elementos que, manipulados por ella, han de transformarse en carne y sangre» (1).

Pero ¿cómo es posible explicar con la sola voluntad la formación de un ser dotado de vida y de pensamiento? ¿Cómo explicar la organización perfecta, en el espacio de breves minutos, de un ser que anda, habla y tiene conciencia?

La hipótesis de la proyección o radiación de la voluntad presupone propiedades no conocidas en el alma humana; y aun suponiéndolas, no bastan seguramente para explicar tales hechos; razón por la que sus partidarios se ven forzados a hacer suposiciones gratuitas, falsas y erróneas. Como esta teoría de las radiaciones está íntimamente relacionada con la de la reverberación, de la que hablaremos en seguida, y con la de la transmisión del pensamiento, de la que nos haremos cargo en la segunda parte, no nos detenemos aquí por más tiempo.

---

(1) Pozzo: *Un capitolo de psicofisiologia*, 1885, pág. 90.

CAPITULO IV

Hipótesis de la reverberación

Görres, para explicar ciertos estados mentales del magnetizado, suponía que el pensamiento del magnetizador se podía desprender de éste y reverberar en la mente del magnetizado, de manera que éste contestara según la clase de pensamiento que en su mente recibiera, viniendo a ser sus respuestas, al decir de Görres, sólo un eco de los pensamientos del magnetizador.

Lombroso trata de aplicar esta hipótesis a su explicación; como materialista, todas las funciones psíquicas, aun las más elevadas, son, a su juicio, efectos de movimientos materiales de la corteza del cerebro; los pensamientos no son más que simples vibraciones de las células cerebrales corticales. Las vibraciones producidas se transmiten al exterior y, como la naturaleza, la intensidad y el número de las mismas responde a la naturaleza de la idea suscitada, de ahí que el pensamiento se pueda comunicar de cerebro a cerebro. ¿Qué sucede, dice Lombroso, cuando tiene lugar la transmisión del pensamiento? Evidentemente este movimiento cortical, en que consiste el pensamiento, se transmite a pequeña o a gran distancia.

Ahora, así como esta fuerza psíquica se transmite al exte-

rior, puede también transformarse y convertirse en fuerza motriz... Se dirá que los movimientos espiritistas (de la mesa o de la persona u objetos) no tienen por intermedio el músculo, que es el vehículo más común de transmisión de movimientos. Es verdad, pero... en estos casos hay que admitir la hipótesis de que el medio de comunicación es el mismo que sirve para todas las energías, lumínicas, eléctricas, etc., y que se llama éter, según la hipótesis universalmente admitida. ¿No vemos, por ventura, cómo el imán atrae un trozo de hierro sin otro trámite? Lo que hay aquí es que el movimiento asume una forma más parecida a la volitiva, más inteligente, porque arranca de un motor que es al mismo tiempo psíquico, esto es, «la corteza cerebral».

Todavía queda por explicar cómo puede el medium escribir las respuestas que nosotros creemos sugeridas por los espíritus. Lombroso apela a la hipótesis del doctor Gregory, inglés, quien ha fingido una cierta *dualidad* del cerebro, es decir, afirma que, cuando el medium escribe, escribe lo que piensa el hemisferio derecho excitado, en tanto que el hemisferio izquierdo está inactivo, y así cree que escribe bajo el dictado de los espíritus. Oigámosle: «El medium... se mueve en un estado semisonambólico en el que, merced a la mayor actividad del hemisferio derecho, mientras el hemisferio izquierdo, que de ordinario es el más enérgico, aquí está inactivo, no tiene conciencia de lo que hace y cree sólo trasladar al papel lo que otro le va dictando.» En cuanto a las contestaciones que dan directamente los espíritus, afirma Lombroso que «es preciso que ya antes hayan sido pensadas por los que preguntan, a fin de que después puedan reverberar en la mente del medium, quien las manifiesta por escrito con signos convencionales o las repite de palabra; así que los presentes, no reparando en este reflejo de sus ideas y respuestas, creen que son obra de los espíritus; tanto que, a no saber lenguas extrañas ninguno de los experimentadores ni tampoco el

medium, no puede darse en semejantes lenguas respuesta alguna» (1).

¿Qué juicio merece esta opinión? El pensamiento, para Lombroso, es el resultado de las vibraciones moleculares de las células de la corteza del cerebro. Y ¿quién jamás ha demostrado experimentalmente en fisiología que dichas vibraciones engendren el pensamiento? Cuando se habla de vibraciones, se habla de *moléculas* cerebrales que vibran; pero ¿es acaso posible llegar a probar tal aserto con una demostración positiva? Aun dado caso que al acto del pensamiento precedan o acompañen o sigan vibraciones o movimientos moleculares, no se sigue que éstos engendren el pensamiento. De que dos fenómenos se presentan siempre acompañados, no se deduce que uno de ellos sea causa del otro. Lombroso confunde la *causa* con la *condición*.

¡Cuánto menos cuando hay una radical diferencia entre ambos! Los unos se rigen con arreglo a las mismas leyes a que está sujeta la materia orgánica; los otros obedecen a otras leyes que se sustraen a las leyes de la materia; ahora bien, cuando los fenómenos son intrínsecamente diversos y diversas sus leyes, diversa debe ser también la causa que los produzca.

«Si el pensamiento fuese efecto del movimiento molecular de ciertas partes del cerebro, se seguiría que, así como un móvil al efectuar su recorrido lo hace siempre en virtud de la fuerza o del agente que le imprime el movimiento, de igual manera el pensamiento debería seguir las alternativas todas de los movimientos del cerebro; ahora bien, es un hecho por todos comprobado que está en nuestro poder pensar o no pensar, o bien, pensar como nos venga en talante; luego el pensamiento no puede ser producido por el movimiento molecular, sino que en su elaboración

(1) Véase FRANCO: *Lo espiritismo*, 1893, págs. 246-348. — ANTONELLI, 111.

intelectual es preciso reconocer la intervención de un principio distinto de la materia y del movimiento de sus partículas, que regule su desarrollo» (1).

Si el pensamiento fuese efecto del cerebro, en las perturbaciones patológicas del cerebro debería haber siempre falta o perturbación de pensamiento. Y, sin embargo, no es así; la experiencia y la fisiología nos suministran de consuno muchos casos de graves perturbaciones cerebrales con una actividad mental del todo sana; hay más: alguna que otra vez con un solo hemisferio se hacen normalmente las funciones del pensamiento.

Además, no basta afirmar que el pensamiento es una fuerza: hay que señalar cuáles son los elementos constitutivos de esta fuerza, cuáles las leyes físicas a que obedece, las fórmulas algebraicas que expresen las propiedades mecánicas del pensamiento, los instrumentos físicos para medir su intensidad y dirección, qué trabajo mecánico produce; hay que determinar el punto de partida de estos movimientos cerebrales, la masa y punto de aplicación de tal fuerza, su velocidad y elementos que suelen aplicarse en mecánica a las fuerzas...; hasta tanto las afirmaciones de Lombroso no pasarán de ser afirmaciones gratuitas, que la ciencia no puede tomar en serio (2).

«Decir que el pensamiento es un movimiento equivale a afirmar que un fenómeno simple equivale o es idéntico a un fenómeno extenso. Decir que el movimiento produce el pensamiento es creer que el movimiento pueda en el espacio producir algo que no sea extenso, lo cual no sería menos ininteligible. El movimiento es movimiento y el pensamiento es pensamiento; y estos dos órdenes de fenómenos son tan opuestos e irreductibles como lo

---

(1) G. Mancino: *Elementi di filosofia*, 1845, vol. II, pág. 22.
(2) Antonelli, 115.

simple y lo extenso, el *sí* y el *no*. Querer, pues, confundirlos e identificarlos sería lo mismo que negar la fuerza del raciocinio o contentarse con el sonido de los vocablos» (1).

Es más gratuita todavía la idea de que el pensamiento se transmita a otros como se transmiten las ondas sonoras, luminosas, etc., porque, si eso fuese así, sería cosa muy fácil y sencilla hacernos entender a cualquier distancia, sin necesidad de decir una sola palabra.

Más aún: como todos pensamos constantemente en algo, cada uno debería recibir en su mente gran parte por lo menos de los pensamientos de los demás, por cuanto los pensamientos de todos y de cada uno transmitirían sus vibraciones a través del espacio, que vendría a ser como un océano saturado de pensamientos. Y ¿cómo es entonces que los físicos no se han dado hasta ahora cuenta de este número prodigioso de ondas intelectivas, que serían como el arsenal público del humano saber? No es esto sólo; «si el pensamiento-fuerza puede transformarse, en sentir de Lombroso, en fuerza motriz hasta el punto de poner en movimiento una pesada mesa, ¿no se podría sacar algún partido de esta nueva clase de fuerza para producir efectos prácticos y útiles al género humano sin necesidad de utilizar, por ejemplo, la fuerza de las cascadas? Y si puede transformarse en fuerza lumínica, ¿por qué no aprovecharla para obtener la luz?...

«Y ¿qué decir de la peregrina y antifisiológica hipótesis de la dualidad del cerebro? Aun cuando en el estado actual de las ciencias experimentales se sepa mucho de las funciones del sistema nervioso, con todo, la fisiología del cerebro, hoy por hoy, está todavía aún por hacer, casi toda ella, porque hasta la fecha es bien poca cosa lo que sabemos.

---

(1) A. Farges: *Le cerveau, l'âme et les facultés*, 1894, Première Partie, IV. núm. 3.

»Sabemos sólo en general que la parte gris de los hemisferios (corteza cerebral) es la sede de las funciones psíquicas sensitivas; que un hemisferio puede suplir en estas funciones psíquicas las veces del otro, como se ve en los hemipléjicos o paralizados en una mitad del cuerpo; que la parte blanca cerebral forma las vías de comunicación, mediante las cuales, los estímulos, producidos por la voluntad en los ganglios corticales, se transmiten a los músculos para allí engendrar movimientos voluntarios y que los estímulos, producidos por una causa cualquiera, sobre los nervios periféricos del cuerpo, son transmitidos a la corteza; que la famosa hipótesis de Gall sobre las localizaciones cerebrales, por la que se suponía que todas y cada una de las facultades psíquicas tenían su sede determinada en ciertos puntos cerebrales, hoy día está ya por completo desacreditada en vista de ulteriores experiencias más recientes; que se conocen ciertas zonas llamadas *psicomotrices* que, excitadas, dan lugar a distintos movimientos en determinados músculos de la cara y de las extremidades y otras conocidas con el nombre de *psicosensorias* que, excitadas a su vez, no producen movimiento alguno y se creen centros de nervios sensitivos.

»Sabemos que la alteración de la circunvolución de Broca (tercera circunvolución frontal izquierda) trae consigo la afasia o imposibilidad de pronunciar ciertas palabras, aunque esto no impide que puedan escribirse, circunvolución que se encuentra muy desarrollada en los oradores; que la memoria intelectiva, el entendimiento y la voluntad no tienen un sitio localizado en el cerebro, antes por el contrario parece cosa cierta que toda la parte gris de los hemisferios concurre igualmente al ejercicio de estas facultades; que ignoramos por completo las relaciones del espíritu con la corteza cerebral y cómo los actos voluntarios pasen a estímulos, y los estímulos externos, llegados por los nervios a los centros, concurren allí a la percepción; que el cerebro, como todos

los demás órganos sometido a trabajo, se fatiga y está sujeto a pérdidas que precisa reparar con el descanso y la comida; que el pensamiento es una cosa completamente inmaterial e inextensa, y que en el trabajo cerebral o psíquico se tiene en los hemisferios un aumento de sangre y de calor. Después de lo dicho, ¿sobre qué descansa la hipótesis de la dualidad del cerebro, soñada por Lombroso?» (1).

Tampoco es aceptable la explicación que da de los *fantasmas*. El pensamiento, según él, reviste en todos y cada uno de los hombres, forma de imagen; cuando uno quiere ver el fantasma de un muerto, su propio pensamiento se transmite al medium, quien a su vez lo remite a aquél, a quien se le aparece como una imagen y así cree ver realmente el espíritu evocado con todas aquellas cualidades que en vida tenía. Si así fuera, ¿cómo se explicaría que los fantasmas, aparecidos a muchos, eran verdaderamente materiales, tangibles, andaban y hablaban, como si en realidad fuesen seres de carne y hueso? Es también falso que en las sesiones espiritistas no se obtengan respuestas sino en las lenguas conocidas de los presentes y, por consiguiente, es falso que las respuestas no son sino como un eco de los pensamientos de los que toman parte en la sesión. Y, en fin, si fuera cierto, como se pretende, que los reunidos deben antes pensar en una respuesta, ¿cómo es que el medium no da sino una sola y a veces de todos ignorada? (2).

---

(1) Antonelli, l. c.

(2) Véase L. Lescoeur: *La Science et les faits surnaturels contemporains*, 1897, pág. 66.

CAPÍTULO V

Hipótesis de las fuerzas eléctricas o magnéticas

No hay para qué negar que nuestro cuerpo es un foco de fuerzas de varias clases, como se puede a veces comprobar con el dinamómetro. El Dr. Charpignon, en sus estudios físicos sobre el magnetismo animal, cita el caso de una cataléptica, Schmitz Bank, oficiala de relojería, cuyas herramientas se imantaban invariablemente en los días que precedían a sus crisis de ella. Estas herramientas levantaban las limaduras de hierro, como un imán ordinario. Un destornillador, imantado de esta manera, conservó por espacio de dos años su virtud magnética.

Este fenómeno preocupaba mucho a la obrera y a su amo, que se veía en la precisión de renovar a cada paso las herramientas (1).

Zoellner cree que el cuerpo humano contiene tal cúmulo de fuerzas, que, «si se descargaran de golpe, bastarían a producir efectos más considerables que una descarga de dinamita» (!) (2).

Después de una serie de experimentos para comprobar la pre-

---

(1) Véase Mons. Baucard: *El dogma católico*, pág. 151, trad. de Villanueva, Sch. P.; 1910.

(2) Zoellner: *Dissert. scentif.*; 1879.

sencia de la electricidad de nuestro cuerpo, M. Durville ha creído poder formular esta ley: que «el cuerpo humano está polarizado. El costado derecho es positivo y el costado izquierdo negativo. La polaridad está invertida en los zurdos. Los polos del mismo nombre excitan, y los polos del nombre contrario calman» (1).

M. Maxwell, de acuerdo con las afirmaciones que preceden, añade: «Alguna fuerza se desprende del cuerpo humano, y, si el medium da de sí más que los demás experimentadores, se establece inmediatamente el equilibrio entre él y los asistentes. El medium vuelve a tomar de éstos la fuerza que él ha gastado. De donde resulta que, tras de sesiones celebradas con éxito, los asistentes se encuentran fatigados. «Creo haber observado, dice, que ciertas personas despiden esta fuerza más fácilmente que otras; así se ve con frecuencia a los mediums pedir que se pongan a su lado ciertas personas con preferencia. Sería un error suponer que esta elección, hecha frecuentemente por el medium, sea interesada y determinada por la facilidad extraordinaria que ciertas personas ofrecen para la realización de ciertos fenómenos fraudulentos.

»En realidad, me parece que el medium, organización extraordinariamente sensible, conoce en seguida las personas que emiten con más facilidad la fuerza que le es necesaria para reparar sus pérdidas. Eusapia conocía al momento a las personas de donde podía sacar la energía que le era necesaria. En el curso de los primeros experimentos realizados con esta célebre medium, yo mismo me he dado cuenta, a mi costa, de este vampirismo.

»Una tarde, al fin de una sesión, en Agnelas, ella perdió tierra y se fué colocando hasta ponerse con la silla encima de la mesa. Yo no me había puesto a su lado, pero ella, sin soltar las manos de

---

(1) *El dogma católico...* ibid.

sus vecinos, se apoderó de la mía mientras se producía el fenómeno. Entonces experimenté un calambre de estómago — no acierto a definir mejor aquella sensación — y un desfallecimiento» (1).

Ahora bien, reconociendo y todo la existencia de esas fuerzas en el cuerpo humano, llámense magnéticas, eléctricas o de otra manera, todavía no aparece cómo con ellas se puedan explicar los fenómenos del espiritismo. El caso de la Bank es demasiado raro; mientras que los fenómenos del espiritismo repetidos a diario y en todas partes necesitan una causa más general y corriente. La afirmación de Zoellner es evidentemente exagerada.

La ley de Durville es arbitraria y caprichosa, y no la ha podido observar y comprobar nadie fuera de él. Y aun dado que fuera real, ¿qué hacemos con ella? ¿Cómo se explican los hechos?

Sobre lo de M. Maxwell habría mucho que decir. Supongamos que hay cierto gasto de fuerzas, como lo hay en todas las tensiones prolongadas de ejercicio de atención, ¿qué se sigue de ahí? ¿Que el medium conoce con cierta facilidad las personas de las que puede sacar fuerzas para reparar sus pérdidas? Esto no deja de ser bastante gratuito, a no ser que por reparar las fuerzas quiera significar excitarlas de nuevo, y para esto no es preciso ser medium. Para reparar la fatiga sólo conocemos el descanso, la tranquilidad, el reposo u otra cosa equivalente. Pero demos de barato que el medium ha reparado sus fuerzas, y ¿qué adelantamos con eso?

Para producirse la sensación de que nos habla Maxwell, hubiera bastado que el medium estuviera en contacto con una máquina o medio eléctrico. No nos dice cómo Eusapia se puso sobre la mesa, ni qué altura tendría ésta, y sabido es que hay muchas mane-

---

(1) J. Maxwell: *Les phénomènes psychiques*, chap. I; 1914.

ras de montar con sillas y todo sobre una mesa, en último caso por medio de un poderoso imán. En resolución: esta teoría no explica ninguno de los fenómenos del espiritismo.

Los partidarios de esta hipótesis apelan a los sorprendentes efectos que puede producir la electricidad. Dicen que en las tempestades, en que dicho flúido obra en grandes masas, a veces abrasa dos partes de un árbol, dejando intacto el centro; transporta objetos a distancia; imprime fotografías de los paisajes de alrededor sobre la piel de animales muertos por la chispa, etc..

Todo esto podrá ser verdad; pero con esto no se explican los fenómenos del espiritismo. Y por lo que hace a las fuerzas magnéticas; «todas las razones que demuestran ser absurdos los flúidos eléctricos valen para dar de mano a la hipótesis de los flúidos magnéticos, de suerte que ni aun por convención de lenguaje puede tolerarse» (1). No es nuestro objeto hablar del magnetismo.

(1) ZANON: *Analisi delle ipotesi fisiche*, pág. 37; 1885.

CAPÍTULO VI

Teoría del cuerpo astral

El Dr. Encausse, más conocido con el nombre de Papús, y otros ocultistas, enseñan que en el hombre, entre el espíritu y el cuerpo, hay un intermediario que tiene órganos y facultades enteramente características. Este principio intermediario es, según ellos, «el *cuerpo astral*, doblemente polarizado, que une lo inferior físico a lo superior espiritual».

Comparan al hombre con «un coche: éste representa el cuerpo físico; el caballo el cuerpo astral, y el cochero, el espíritu... De modo que el cuerpo astral viene a ser el caballo del organismo, que mueve y no dirige. Ese caballo del organismo se halla representado por el gran simpático; en el sueño, cuando el cochero duerme, es el único que dirige el organismo.

»Siendo el cuerpo astral el alma de gobierno en el ser humano, preside a la elaboración de todas las fuerzas orgánicas y especialmente de la fuerza nerviosa. Esta fuerza nerviosa obra respecto del espíritu como la electricidad respecto del telegrafista, representando el telégrafo el cerebro material» (1).

«Del mismo modo, dice Grasset, que el carbonato de sosa une

---

(1) *Echo du Merveilleux*, 1906, pág. 400; 1907, pág. 269.

cosas tan contrarias como el aceite y el agua para hacer un jabón perfectamente homogéneo, así el cuerpo astral une el aceite espiritual y el agua material y hace un jabón vital; es un verdadero mediador plástico» (1).

Veamos ahora cómo se hace la exteriorización de esta fuerza. Ese cuerpo astral «es luminoso cuando se le ve independientemente de los órganos materiales, lo cual equivale a decir que ese principio puede irradiar en torno del cuerpo en el que se halla normalmente encerrado. Esta *salida del cuerpo astral,* según la expresión técnica, puede ser incompleta, es decir, puede ser parcial o total.

»Puede irradiar en torno del individuo formando una especie de atmósfera invisible llamada *aura astral,* y hasta puede exteriorizarse completamente.» Porque «cada uno de nosotros lleva en torno de sí una radiación, invisible para los ojos de la carne, pero perceptible para el alma atraída». Esta radiación es el aura. De ahí el «registro de las ideas en lo invisible».

El cuerpo astral es comparado también a la fotografía: «El plano astral no es para sus partidarios otra cosa que el plano de los clisés negativos o de los moldes; y los objetos no son sino pruebas sacadas de ellos, en mayor o menor número de ejemplares, por agentes espirituales especiales.» En el plano astral tiene, además, lugar la evolución de un tipo en tipo inmediatamente superior.

Así, «el molde del cuerpo de un perro, por ejemplo, se convierte, tras los sufrimientos de una encarnación terrestre (o física en un planeta cualquiera), en el modelo o cuerpo astral de un futuro cuerpo de mono» (2).

Según dice Phaneg, «el ocultismo enseña la existencia de un

(1) *L'occultisme d'hier...*, chap. VIII; 1908.

(2) *Echo du Merveilleux*, 1906, l. c.

estado de materia más sutil que el éter, y sobre el cual el tiempo y el espacio no ejercen ninguna acción en relación, por supuesto, con nuestras concepciones actuales. El hombre, además, posee órganos propios para responder a las vibraciones de la materia astral, y cuando un ser humano haga sentir a otro una sensación a distancia, no son sus órganos físicos los que habrán de ser influenciados en primer término, sino que lo será más bien su cuerpo fluídico.

»Tan íntimamente penetra este último el vehículo grosero, que las alteraciones son continuas entre sí y, cuando el *doble* o el *duplicado* sienta, por ejemplo, una picadura, el cuerpo físico la experimentará también en el mismo sitio» (1).

En el plano astral hay muchas categorías de espíritus:

1.º Los elementales, inferiores a la naturaleza humana, son mortales, pero pueden adquirir la inmortalidad elevándose hasta la naturaleza humana; a esta categoría pertenecen los *silfos* (espíritus del aire), los *gnomos* (espíritus de la tierra), las *ondinas* (espíritus del agua), las *salamandras* (espíritus del fuego). Estos son los espíritus que no son buenos ni malos por sí mismos, «los que en las sesiones espiritistas se divierten a expensas de los asistentes y de los mediums, presentándose como Carlomagno o Víctor Hugo, a elegir».

2.º Los espíritus iguales o superiores a la naturaleza humana, elementarios, espíritus planetarios de la cábala, los ángeles, los demonios, los espíritus astrales.

En la muerte «el cuerpo físico o envoltura carnal queda en la tierra, de donde había venido. El cuerpo astral y el espíritu, ilustrados por la memoria, la inteligencia y la voluntad de los recuerdos y acciones terrestres, pasan al plano astral.

»Supongamos que después de habernos alejado persiste nuestra

---

(1) PHANEG en el *Echo...*, 1906, pág. 74.

imagen en un espejo con su color, sus expresiones y todas sus apariencias de realidad, y tendremos una idea de lo que puede entenderse por la imagen astral de un ser humano».

Más aún: «cada objeto puede referir una parte de los hechos a que ha asistido». La psicometría consiste en poner un objeto sobre la frente de un sujeto, «cuya alma ve entonces directamente una serie de imágenes que se relacionan con los hechos más importantes en los que ese objeto ha estado mezclado».

Los ocultistas explican los hechos ocultos, no por la acción de los espíritus y menos por agentes sobrenaturales, sino solamente por «una acción a distancia del cuerpo astral del medium. «El medium en tesis general es una especie de pila humana que produce una especie de electricidad...; el mejor medio de hacer cesar los fenómenos producidos por seres invisibles es el de traspasar el aire con puntas de hierro, espadas, por ejemplo, no como se decía en otro tiempo, para atravesar los espíritus, sino para descargar las nubes eléctricas producidas por los mediums, como se descargan con los pararrayos las nubes eléctricas que se hallan en suspensión en el aire» (1).

Y es que, al decir de los ocultistas, la sustancia constitutiva de esos flúidos que rodean al ser evocado, tiene gran analogía con la electricidad. De ahí las puntas metálicas que se empleaban en esas clases de evocaciones... El empleo de la espada, de la copa, del espectro y de los talismanes, así como las palabras proferidas con fuerza, se hallan destinados a la acción sobre el cuerpo astral de la naturaleza y sobre los seres que la pueblan».

Para A. de Rochas, entre todas las teorías que tratan de explicar los fenómenos psíquicos, «la que parece por el momento más próxima a la verdad es la del cuerpo astral» (2).

---

(1) L. c.

(2) A. de Rochas: *L'extériorisation de la motilité*, 1906. — *Echo du Merveilleux*, 1906, ibíd.

En una palabra, el cuerpo astral puede irradiar y obrar a nuestro alrededor. Después de la muerte vuelve al plano astral, o para permanecer allí — lo que le permitiría reaparecer bajo la forma de fantasma — o para encarnar de nuevo en otro ser superior o inferior, sin duda según los méritos adquiridos.

Como se ve, aquí todo son afirmaciones gratuitas: la existencia y naturaleza del cuerpo astral, su radiación o modo de salir del hombre, los tipos de espíritus, sus evoluciones e imágenes, la existencia de órganos propios para tales vibraciones. Semejantes afirmaciones no merecen ser tomadas en serio. Bastará consignar:

1.° Que la existencia de ese cuerpo astral o intermediario entre el cuerpo y el espíritu es completamente gratuita e incapaz de explicar la unión de ambos.—2.° Que establece solamente una unión accidental entre el alma y el cuerpo, lo cual no sólo es filosóficamente falso, sino también contrario a la doctrina católica.—3.° Que es gratuito afirmar que el cuerpo astral irradia una atmósfera invisible, no vista ni comprobada por nadie más que por los ocultistas. 4.° Que la acción a distancia, sin intervención de alguna fuerza, como la acción que se atribuye al cuerpo astral, es una hipótesis gratuita y científica y filosóficamente falsa. — 5.° Que son igualmente arbitrarias y fantásticas las categorías de espíritus aquí señaladas.—6.° Que el cuerpo astral pase con el espíritu a la otra vida para envolver a éste, es una suposición gratuita, adoptada solamente para apoyar otra hipótesis también gratuita y absolutamente falsa: la vida de los espíritus, esto es, de las almas de los muertos en los mundos estelares y planetarios.—7.° y último. Que en vista de tantas afirmaciones, gratuitas y contrarias a la razón, a la experiencia y al sentido común, la mejor respuesta sería una negación rotunda.

CAPÍTULO VII

Teoría del od

El flúido ódico, voz derivada de *od,* que en sánscrito significa movimiento irresistible, es el agente que penetra todas las sustancias. «El od, dice Cahagnet, es el espíritu de Dios, el espíritu universal, el éter, el flúido eléctrico y magnético, el flúido vital. Es como la modificación de una sustancia única, que es la lumbre divina, el soplo del eterno; es como el alma sustancial del mundo, hecha sensible a veces a simple vista» (1).

Reichenbach recurre a la fuerza ódica. La acción sensible del imán, dice, sobre el organismo humano, es un hecho bien establecido, una ley físicofisiológica manifiesta y clara de la naturaleza. Esto supuesto, añade que las percepciones de esta influencia se revelan principalmente a los sentidos del tacto y de la vista; que este influjo es ejercido también en nosotros por nuestro globo entero, «por la luna, por los cristales (naturales y artificiales), el calor, el frotamiento, la electricidad, la luz, los rayos del sol y de las estrellas, la fuerza química, la fuerza vital orgánica y, en fin, el conjunto del mundo material. La causa de esos fenómenos es una fuerza natural, particular, que se extiende por todo el Uni-

(1) *Lettres odiques,* pág. 101.

verso y difiere de todas las fuerzas conocidas hasta el día; nosotros, dice, la designamos aquí con el nombre de *od*» (1).

Según Dupoy, «el flúido ódico o vital satura por entero el organismo de los seres vivientes... Se manifiesta por fenómenos físicos apreciables a nuestros sentidos..., efectos luminosos en los tubos de Geissler, en el tubo y la ampolla de Crookes, producción en nuestro organismo, aun sin contacto, de rayos Roentgen, transmisión de las ondas sonoras, desprendimientos de efluvios que llegan a ser visibles y que pueden ser fotografiados... El cuerpo psíquico, intermedio entre el cuerpo y el alma, no está limitado de la envoltura cutánea. Se halla constantemente rodeado de efluvios luminosos, visibles para los sujetos sensitivos o mediums. Puede exteriorizarse en éstos en un campo neurodinámico indeterminado y manifestarse en condiciones particulares, por diversos fenómenos psicológicos o de mediumnidad» (2).

«El od, según el coronel de Rochas, vendría a ser un flúido segregado por el organismo. Este flúido flotaría constantemente alrededor de cada individuo, tendría cierta tendencia a reproducir las formas de nuestro cuerpo físico y así formaría cerca de nosotros *un duplicado,* un fantasma de nosotros mismos. Los sensitivos, dice él, ven este fantasma: algunos mediums son capaces, cuando una persona se levanta de la silla, de verla aun algunos segundos sentada donde estaba. Este fantasma respondería con exquisita sensibilidad a las vibraciones del alma. Él obraría a distancia, permitiría las materializaciones y la exteriorización de la sensibilidad y de la motricidad» (3).

Todo esto no pasa de un conjunto de conjeturas y suposiciones. Además, ¿qué vale el testimonio de algunos individuos en extremo

---

(1) *Les phénomènes odiques*, trad. franc. de Lacoste, 1904, préface.

(2) *Sciences occultes et physiologie psychique*, pág. 30.

(3) Obra citada, ibíd. *Echo du Merveilleux*, l. c.

sensitivos, que hayan creído ver en la oscuridad este flúido ódico? Semejante testimonio no basta. La experiencia enseña que todos estos sensitivos se alucinan con facilidad. Por otra parte, si la sensibilidad se refugiase, como enseña M. de Rochas, en el fantasma ódico, este fenómeno sería constante, como las demás leyes de la naturaleza, y sería frecuente y sencilla su comprobación. Ahora bien, de mil individuos sumidos en la insensibilidad por el espiritismo, no se encuentran apenas dos que presenten el fenómeno de la sensibilidad exteriorizada, y aun en éstos, cuando al pinchar su imagen experimentan la sensación dolorosa, será efecto, seguramente, de la sugestión: el magnetizado, hallándose en relación íntima con el magnetizador y viendo real o mentalmente el ademán de éste, se hará la ilusión de sentir el efecto.

«Lo extraño aquí es que la fuerza *odil* sea empleada por personas que, al decir de sus partidarios, la poseen, sin advertirlo ellas mismas, sin concebir siquiera sospecha de ello y aun a pesar suyo» (1).

Esta teoría contiene, además, en cinco afirmaciones gratuitas otros tantos errores: 1.°, que el od es el espíritu universal y el espíritu de Dios; 2.°, que su influjo sea el mismo que el ejercido en nosotros por la luna, por los cristales, etc.; 3.°, que sea un flúido segregado por nuestro organismo; 4.°, que tienda a producir alrededor de nosotros *un duplicado* o forma de nuestro cuerpo, como si se tratara de la sombra producida por el mismo; y 5.°, que se dé *actio in distans,* acción a distancia, en el sentido justamente refutado en la filosofía.

---

(1) G. DES MOUSSEAUX: *Mœurs et pratiques des démons,* cap. XXII.

CAPITULO VIII

Teoría espiritista

El espiritismo explica todos los fenómenos con la intervención directa de los espíritus, esto es, de las almas de los muertos, evocados por ciertos hombres que están en inmediata comunicación con ellos y se llaman mediums. Estos mediums llaman a los espíritus que les viene en talante, y ellos acuden inmediatamente.

El P. Matignon escribe: «Los espíritus que entran con nosotros en comunicación no son sino las almas de los muertos. Libertadas éstas de la carne de que antes estaban revestidas, no por eso están ya privadas del cuerpo; conservan una envoltura semimaterial, llamada *periespíritu,* que en el estado de unión hacía las veces de intermediario entre las dos partes del hombre.

»En el momento de la muerte este periespíritu se adhiere y sigue al alma para no separarse ya más. Por este medio ella (el alma) puede obrar sobre la materia y entrar en relación con los hombres...» (1).

¿En qué se fundan los espiritistas para afirmar que las almas de los difuntos son la causa de los fenómenos mediánicos? En que cuando se evoca alguno de nuestros antepasados, la causa que res-

---

(1) MATIGNON: *La question du surnaturel*, cap. IX, pág. 545; 1861.

ponde a las preguntas asegura que lo es, y lo prueban además con las mil y mil circunstancias que aducen relativas al alma evocada, desconocidas muchas veces de todos los presentes y que un examen detenido demuestra ser verdad, por el timbre de voz igual en todo, por el carácter de letra, por los conocimientos de cosas muy secretas y por otras razones parecidas. Pero bien: ¿basta todo esto para probar la identidad de la causa aparecida con el alma evocada? Quizá podría *parecer* así si el espíritu evocado mantuviese las mismas ideas, la misma manera de pensar, la misma doctrina, las mismas convicciones en vida profesadas, pero muchísimas veces no es así. Hace poco fué evocado el espíritu de B. Vianney, el venerable cura de Ars, y las respuestas que dió son en todo contrarias a la doctrina católica que tan fielmente profesaba el santo varón (1).

Pero aun dado caso que los caracteres del espíritu evocado coincidiesen con los de la persona que se desea evocar, ¿sería esto suficiente para probar su identidad? Pues ¿que no pueden los ángeles malos, de una inteligencia muy superior a la nuestra, producir semejantes fenómenos?

Seguramente que de las declaraciones hechas por los espíritus no se deduce lógicamente que la causa de dichos fenómenos sean las almas de los muertos. Además, desde el principio de la religión cristiana están repitiendo los Santos Padres que los demonios responden a los llamamientos y que sus respuestas van acompañadas de extrañas maravillas, avisándonos al mismo tiempo que los demonios mienten cuando se fingen almas de difuntos (2).

Santo Tomás dice expresamente: «Acontece a menudo que los

---

(1) C. Clair: *Souvenirs et problèmes spirites*, pág. 167.

(2) Véase S. Aug.: *De Civit. Dei*, lib. X, cap. X.—P. del Río: *Disquisit. magic.*, lib. II, q. XXVI, sect. 7.

demonios fingen ser las almas de los muertos para confirmar a los paganos en sus errores» (1).

Esto sin contar con que al evocar a los espíritus ponen en juego los espiritistas ciertas manipulaciones exteriores, y los resultados obtenidos pueden provenir de las mismas y ser efecto natural de tales procedimientos sin que tengan intervención agentes superiores. Las contestaciones de mesas y de mediums no son más convincentes. Los mismos operadores pueden dar, y dan a veces, respuestas sorprendentes. Además, la sabiduría divina exige que Dios no permita dichas comunicaciones sin existir alguna razón muy seria. Y no es cosa que Dios permita a los espíritus el producirlas a su capricho, sólo para satisfacer nuestra curiosidad. Sería muestra de poca prudencia y sabiduría el poner a los ángeles buenos y a las almas de los difuntos a disposición de los amantes de lo maravilloso.

Ningún católico, ningún hombre de sana razón, puede concebir que Dios, los ángeles buenos, las almas de los difuntos, estén siempre a disposición de los espiritistas y de los mediums y acudan a su llamamiento para entretener a los curiosos con juegos ridículos, con oráculos mentirosos, con discursos y escritos muchas veces blasfemos, inmorales, impíos, opuestos a la razón y a la fe.

Santo Tomás, resumiendo la enseñanza de la tradición eclesiástica, dice: «Si los muertos se aparecen alguna vez a los vivos, lo hacen por una permisión especial de Dios, que les concede intervengan en los asuntos de los vivos, y es un verdadero milagro» (2). De modo que, según la doctrina de Santo Tomás, si un muerto se aparece a un vivo, Dios obra un milagro.

Ahora bien, nótese que las apariciones espiritistas son, al decir de sus fautores, frecuentísimas, pues continuamente se hacen nume-

---

(1) S. Th.: P. I, q. LXXXIX, a. 8 ad 3; q. CXVII, a. 4-5; 2.ª 2.ªe, q. IX, a. 4.
(2) L. c., P. I, q. LXXXIX.

rosas evocaciones y se obtienen respuestas directas o por intervención del medium y también materializaciones. como nos lo atestiguan los experimentadores; por lo tanto, habría que admitir que Dios hace verdaderos milagros, según los antojos de los hombres, para satisfacer su curiosidad, para proporcionarles un rato de solaz y esparcimiento, lo cual es completamente inverosímil, irreverente y poco serio.

No estará de más transcribir aquí lo que escribe el senador Cayetano Negri que, en compañía de Lombroso, Schiaparelli y otros, tomó parte en las sesiones espiritistas de Milán, ya mencionadas, con el espíritu John: «Este espíritu, dice, a quien se habla con toda confianza, como a campechano camarada que se enfada si se enciende una luz, que odia el silencio y quiere que se hable continuamente y fuerte, este espíritu en fin, que no dice y hace más que sandeces, nos quita el respeto a la vida de ultratumba. ¿Es posible que el gran misterio, el supremo misterio de la muerte venga a parar en esta ridícula farsa? No; el secreto de la muerte no es este.

»Yo, que siento la grandeza infinita de los misterios de que debe ser revelación la vida futura..., yo, que en el sentimiento de lo ignoto, en la idea de la muerte experimento los escalofríos de lo infinito, ¿he de ver pasar todo esto sin que otra cosa quede más que las payasadas de John? ¿Es este el porvenir que nos aguarda? ¡Ah, no! ¡Imposible! Dejémonos, pues, del espiritismo y pensemos en otra cosa. ¡Oh, sí! El espiritismo cumple su misión que a mí me parece funesta. Cierto; como base de esta tendencia figura esa imperiosa exigencia de la inmortalidad que no se puede callar. Hoy día no creemos ya a la voz de Dios que nos prometía la vida futura, pero damos entero crédito a la voz, o, para mejor decir, a los golpes de John. Inocente credulidad, si no

fuera porque quien crea a los golpes de John se apasiona y ciega» (1).

La razón se rebela imponente al solo pensamiento que las almas de los muertos han de convertirse en juguete de los vivos, evocadas por un medium cualquiera, en el hazmerreir de los curiosos, en tahures impíos y traviesos y en agentes de fenómenos ridículos, tontos y obscenos.

Las almas de los muertos no pueden prestarse a nuestras diversiones; no es posible que estén siempre a nuestro arbitrio para acudir prontas a las sesiones de espiritismo. Dejemos, pues, descansar en paz en el seno de la eternidad a las almas de nuestros muertos. No turbemos el descanso eterno de aquellos seres queridos que nos consolaron y fueron parte, no pequeña, de nuestras esperanzas y temores, de nuestras alegrías y pesares; dejemos descansar en paz aquellas buenas almas que en vida se horrorizaron al solo pensamiento de emigrar de cuerpo en cuerpo y de venir a semejantes sesiones (2).

Zoellner dice que los cuerpos tienen tres dimensiones, correspondientes a las tres primeras potencias de los números: la raíz, el cuadrado y el cubo. Pero las potencias son en número infinito; luego, puede haber seres con un número de dimensiones que no podemos ni imaginar. Si, pues, suponemos que los espíritus tengan cuatro dimensiones, quedarán explicados los fenómenos todos del espiritismo. Para poder darse a ver, los espíritus toman tres dimensiones de los cuerpos a las cuales están acostumbrados nuestros ojos; para desaparecer no tienen más que tomar sobre sí la cuarta dimensión (3).

---

(1) *Corriere Nazionale di Torino*, 4 de octubre de 1892.

(2) ANTONELLI, ob. cit., pág. 151.

(3) ZOELLNER, ob. cit.—BONNIOT: *Le miracle et ses contrefaçons*, 1895, pág. 256.

Zoellner propone una hipótesis completamente aérea y fantástica que falsea la verdadera naturaleza de los seres espirituales. ¿Qué vendría a ser una cuarta dimensión de que echa mano? Sobre todo la hipótesis de Zoellner envuelve contradicción, porque las dimensiones son una propiedad inherente a la materia, mientras que los espíritus, que no tienen nada de común con los cuerpos, tampoco pueden tener dimensiones.

Aksakof, después de admitir la intervención de un agente extramediánico, esto es, distinto del medium, propone tres hipótesis, a saber: que este agente o es un ser humano viviente, o un ser humano que dejó de vivir sobre la tierra o un ser humano de una especie extraterrestre, desconocida de nosotros. ¿Por cuál de estas tres hipótesis se inclina? No se atreve a decirlo, contentándose con añadir que «a pesar de haber adquirido con trabajo la convicción de que el principio individual sobrevive a la disolución del cuerpo y que en determinadas condiciones puede manifestarse de nuevo con un cuerpo accesible; con todo, no puede aducirse una prueba convincente en favor de la identidad con la individualidad manifestada» (1).

Es decir, el mismo Aksakof, con ser y todo espiritista calificado, no se atreve a decir que hay pruebas convincentes para afirmar que la causa de los fenómenos es el espíritu evocado. Y con esto dejamos la refutación del espiritismo, cuya falsedad quedará de nuevo comprobada cuando, al tratar de la teoría espiritualista, demostremos que dicha causa, si es preternatural, no puede ser otra que el demonio.

---

(1) Véase Pappalardo, lib. cit., pág. 209.—Aksakof, l. c., II Bd., *Das Kriter. der Persenl.*

CAPÍTULO IX

Teoría espiritualista cristiana

En la teoría espiritualista cristiana hay que distinguir dos aspectos: el cristiano y el científico. En el primero convienen todos sus partidarios; en el segundo hay algunas diferencias de criterio. Por lo que hace al primero, como la doctrina del espiritismo conviene en parte con la del espiritualismo cristiano, y los espiritistas hablan en muchos casos como espiritualistas, engañando a los incautos, conviene ante todo exponer la doctrina cristiana del espiritualismo acerca de los espíritus, al menos en las cosas que se relacionan con el espiritismo.

Ahora bien, la Religión cristiana cree en los espíritus, cree en Dios, Espíritu perfectísimo, principio y fin de todas las cosas, justo remunerador de los buenos y castigador de los malos.

Cree que podemos çomunicarnos con Dios por medio de la oración y de los Santos Sacramentos, y Él a su vez con nosotros por medio de la revelación de su Unigénito Hijo Jesucristo y por las interiores inspiraciones de su gracia.

Cree en la existencia de otros espíritus creados, llamados ángeles: de ellos unos malos, conocidos con el nombre de demonios, porque se rebelaron contra Dios y fueron castigados a penas eter-

nas; otros buenos, que permanecieron fieles y gozan de la gloria, juntamente con Dios.

Cree que los demonios tienen comunicación con el hombre, a quien procuran inducir al mal, por medio de la tentación, y recíprocamente, que el hombre puede comunicar con el demonio, llamándole en su ayuda con determinadas condiciones, por medio del pacto diabólico. Es más: el demonio no sólo puede comunicar con el hombre, sino que puede también invadir interiormente el cuerpo humano o atormentarlo exteriormente, mediante la posesión y la obsesión.

Cree que los ángeles buenos sirven a Dios de mensajeros para con el hombre y de intermediarios suyos; mas no a capricho del hombre, como pretenden los espiritistas, sino según los designios de Dios. Esta comunicación es tan estrecha y continua, que Dios ha destinado ángeles para nuestra custodia, tanto, que cada hombre está invisiblemente guardado y dirigido por un ángel, que por esta razón se llama el Angel de la Guarda.

Cree en la existencia del espíritu humano, o sea del alma en cinco estados distintos: 1.°, en el de su unión actual con el cuerpo, formando ambos el compuesto sustancial, individual y personal, que es el hombre, y que cada alma es criada para su cuerpo respectivo al formarse éste en el seno de la madre; 2.°, en el de la pena eterna en el infierno, si muere en pecado mortal; 3.°, en el de pena temporal en el purgatorio, si muere con algún pecado venial; 4.°, en el de gloria eterna o posesión de eterna bienaventuranza; 5.°, en el limbo, para los niños que mueren sin bautismo.

Cree que las almas, después de la muerte, están separadas de su cuerpo respectivo, aguardando la resurrección del cuerpo, que en esta vida fué su compañero, para hacerlo participante de su felicidad eterna o eterna desventura. La Iglesia no admite otro estado alguno para las almas.

Cree que hay comunicación entre nosotros y las almas del purgatorio y las del cielo, pudiendo ayudar a las primeras a satisfacer con los sufragios de nuestras buenas obras, y pudiendo invocar a las segundas para que intercedan por nosotros ante el trono de Dios.

Cree que, tanto las almas bienaventuradas como las condenadas, como las que están en el purgatorio, están en manos de Dios, y que no tiene poder el hombre para hacerlas aparecer a su capricho, y que, por lo tanto, la evocación de los difuntos es una superstición culpable, y que las comunicaciones con los espíritus de la otra vida, tan cacareadas por el espiritismo, o son puramente ficticias, engaño o farsa, o debidas al demonio, que puede tomar la apariencia y lenguaje de la persona evocada, imitando la voz y las señas de la misma; pero aun en este caso tales apariciones sólo Dios puede ordenarlas para sus secretos y altísimos designios, mas nunca la voluntad o el capricho del hombre.

Los espiritualistas cristianos convienen, además, en admitir que los ángeles y los santos del cielo, las almas del purgatorio, las del infierno y los demonios han aparecido muchas veces a los vivos. Es este un hecho cierto y tan auténtico, que sólo puede negarlo quien no haya saludado la historia y no le dé crédito.

Los ángeles se han aparecido a Abraham y a Lot, a Jacob, a Balaam, a Josué, a David, a Tobías y a otros muchos. El ángel San Gabriel anuncia el misterio de la Encarnación a la Santísima Virgen y predice a Zacarías el nacimiento de San Juan Bautista; los ángeles sirven al Salvador en el desierto; se aparecen a las santas mujeres después de la Resurrección; un ángel libra a los Apóstoles y les manda predicar a Jesucristo en el templo; un ángel saca a San Pedro de la cárcel y le libra de las manos de Herodes» (1).

Que las visiones de los Santos reconocen por causa, unas ve-

(1) Act., XII, 7.

ces, responder a las súplicas que les dirigen sus devotos y otras revelarles algo de parte de Dios. Su vista inspira siempre pureza, un no sé qué de divino que infunde virtud y santidad.

El fin de las apariciones de las almas del purgatorio no es otro, generalmente, que mover a compasión a los fieles y de este modo obtener sufragios con que poder salir de aquellas penas. Nada en ellas se observa que no sea santo y no excite la compasión del corazón humano a vista de sus sufrimientos. Cuando se les permite que vengan a este mundo, o es para pedir sufragios, como enseña Santo Tomás, o para predicarnos los rigores de la divina justicia, como dice el cardenal Bona, o por algún otro fin digno.

Por lo que hace a las almas de los *condenados*, los teólogos enseñan que pueden manifestarse a los vivos y que de hecho haya habido algunas apariciones de condenados o que algunas personas santas los hayan visto (1). Estas apariciones, sin embargo, de los condenados son bastante más raras que las de los Santos y de los ángeles buenos, y no consta que hayan aparecido almas del limbo de los niños.

El fin de estas apariciones, por permisión de Dios, es instruir y amonestar a los vivos, o también atemorizarlos, a fin de que abandonen la senda del mal y emprendan la del bien.

Los libros bíblicos nos dicen que Satanás y los demonios todos son tentadores malos, espíritus inmundos, espíritus de maldad, crueles y envidiosos, que andan recorriendo el mundo en busca de presa a quien devorar; que para mejor seducir saben transformarse en ángeles de luz. Durante todo el tiempo que dure el mundo Dios les ha permitido que, por odio a Dios y a los hombres, tienten al hombre, siempre dentro de los límites señalados por el mismo Dios.

---

(1) Véase Benedict. XIV: *De servorum Dei beatificat.*, lib. II, part. 1.ª, capítulo XXXII.—Siuri: *Theologia de Novissimis*, trat. VII, cap. II.—P. Martino del Río: *Disquisit. magicar.*, lib. II. cap. XXVI, sect. 5.ª

CAPITULO X

Teoría espiritualista científica

Mas, en orden a lo que nos cuentan los espiritistas, hay entre los escritores espiritualistas cristianos tres corrientes. Al principio del espiritismo, de Allan Kardec, y aun más tarde, en tiempo del doctor Fox, fué bastante común admitir como reales y verdaderos casi todos los hechos, por estupendos que fuesen, tal y como los contaban los espiritistas. Después, en vista de algunos fraudes y engaños que fueron descubriéndose, se ha ido poniendo en tela de juicio la verdad de muchos hechos, pero todavía la opinión más corriente es no negar todos los hechos, sino reconocer la necesidad de admitir algunos, por más que no parezcan explicables naturalmente. Finalmente, en nuestros días han sido tantos los fraudes descubiertos, tantas las trampas en que han sido cogidos *infraganti* los espiritistas o que ellos mismos hayan confesado, que los científicos y cuerdos comienzan, no precisamente a *negar* todos los hechos, pero sí a *sospechar* si hay entre los fenómenos extraordinarios, *tal y como los refieren los espiritistas,* alguno que merezca *entero* crédito.

De estas tres corrientes en orden a los hechos se derivan tres criterios correspondientes para explicar sus causas. Los que siguen el pirmer criterio que son pocos y entre quienes figura principal-

mente el nombre del P. Franco, atribuyen al demonio todos los fenómenos del espiritismo, aun aquellos que no exceden las fuerzas del hombre, por creer que es una sola la causa de todos. Los segundos, que son la mayoría de los escritores católicos, reconociendo que muchos son explicables naturalmente, creen, sin embargo, que en algunos, los más notables, es preciso admitir la intervención del demonio. Los últimos trabajan en averiguar si hay alguno entre los realizados por los espiritistas o que merezca entero crédito o que no se pueda explicar naturalmente.

Desde luego, todos los espiritualistas convienen en que los fenómenos del espiritismo prueban que su causa *no es material*. En efecto, evocada, se hace presente en la sala donde se celebra la sesión; responde a las preguntas; si se le confían comisiones, suele cumplirlas casi instantáneamente. Estos y otros hechos prueban que no es causa material o física, sino inteligente o espiritual.

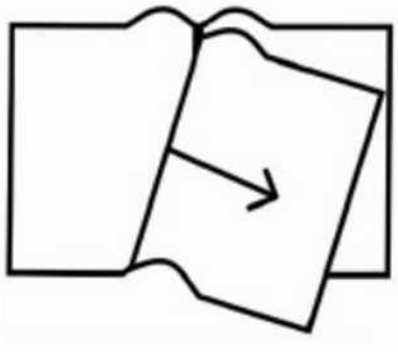
Mas ¿quién puede ser esta causa inteligente?

Muchos de los que han estudiado científicamente el espiritismo confiesan que con frecuencia los fenómenos parecen obedecer a una causa inteligente distinta de los mediums y de los asistentes. Así lo dice M. Maxwell: «En cuanto los fenómenos paranormales se repiten un poco, las cosas suceden, como si la fuerza que obra estuviese manejada por una inteligencia distinta de la de los experimentadores. Los espíritus manifiestan a veces una gran independencia y se niegan absolutamente a secundar los deseos que se les indican. No se les puede mandar, como se puede mandar a la persona hipnotizada. Forzándoles, no se saca nada» (1).

Célebre es el caso de aquel medium a quien presentaron una carta de persona ausente para que entrase en conversación con ella. Respondió que para ello era forzoso ponerse en éxtasis,

---

(1) Ob. cit., pág. 62.



FALTAN DOCUMENTOS
(paginas, cuadernillos...)
ISO 9878/1990

palabras de caridad, humildad y amor de Dios no son más que para granjearse confianza».

La *subyugación* «es una *parálisis* forzada de la voluntad del espiritista, de que es presa, y le hace obrar contra sus deseos; se encuentra, en una palabra, sometido a un verdadero *yugo*. La subyugación puede ser *moral* o *corpórea*. En el primer caso el subyugado se ve como arrastrado a tomar determinaciones, a menudo *absurdas* y *comprometedoras*, que por una especie de ilusión juzga sensatas: es una especie de fascinación. En el segundo caso el espíritu obra sobre los órganos materiales y provoca movimientos involuntarios. En el *medium escribiente* se manifiesta como una necesidad apremiante de escribir, aun en los momentos más inoportunos. Hemos visto algunos de ellos que, a falta de pluma o de lápiz, hacían como que escribían con el dedo dondequiera se hallasen, hasta por las calles, en las puertas y paredes.

»La subyugación corpórea va en ocasiones más lejos todavía: puede arrastrar a los actos más ridículos. Conocí a un hombre que no tenía nada de joven ni de hermoso, y bajo el dominio de una obsesión de esta naturaleza, se veía obligado por una fuerza irresistible a hincarse de rodillas ante una joven, a quien no quería, y pedirle la mano de esposa. Otras veces sentía una fuerte presión en las espaldas, que le forzaba, no obstante su voluntad que se oponía, a ponerse de rodillas y besar el suelo en los sitios públicos, a vista de las personas... Se daba cuenta de que hacía el ridículo, si bien a remolque, y sufría sensiblemente» (1).

3. «El espiritismo, en sentir del celebrado doctor Lapponi, determina o el embotamiento o la exaltación morbosa de las facultades mentales y provoca las más graves neuropatías orgánicas. La mayor parte de los mediums más famosos y no pocos de aque-

---

(1) Allan Kardec: *Le livre des médiums*, núm 237-242, págs. 307-311.

llos que se distinguieron como asiduos cultivadores de las prácticas espiritistas, hasta ahora o han muerto, o están locos, o son neuropáticos o víctimas de parálisis progresivas» (1). No es raro haya entre los que forman cadena con alguna frecuencia quien sufra grandes perturbaciones nerviosas. Conocida es la historia de un niño, perteneciente a una de las primeras familias de Praga, que después de haber visto girar las mesas fué presa de ataques nerviosos que determinaron la enfermedad conocida con el nombre de *baile de San Vito;* agitado de movimientos convulsivos, giraba continuamente sobre sí mismo a la manera de la mesa.

Mirville, por su parte, certifica que son muchos los que han entrado locos en Bicêtre a causa de haberse dado con demasía a las prácticas espiritistas (2). Victorio Henaquin tuvo que mandar a su señora a un manicomio, debido a las fuertes sacudidas nerviosas que recibiera en varias sesiones de espiritismo a que la había llevado; y el mismo Henaquin acabó sus días entre los locos. Elifas Lévi, espiritista de mucha fama, asegura que las prácticas del espiritismo pueden traer consigo la locura; que por la gran excitación del sistema nervioso pueden ser causa de enfermedades incurables, y que, cuando la imaginación es fuertemente sacudida o atormentada, determinan la muerte por congestión cerebral (3).

4. Los médicos señalan, como consecuencias del espiritismo, cefalalgias o hemicranias obstinadas, palpitación del corazón y otras afecciones cardíacas, enfermedades generales de nervios y especialmente debilidad y neurastenia, extenuaciones, sofocaciones, postraciones de fuerzas, alteración en la composición de la sangre, hasta llevar a veces a una muerte prematura. El doctor Gibier dice que «es necesario contar con un temperamento fuerte

---

(1) *Ipnotismo e Spiritismo*, cap. VII, fin.

(2) *Question des esprits*, 1855, pág. 55.

(3) *Clef des grands mystères*, 1861, pág. 260.

y estar seguro de los buenos antecedentes hereditarios desde el punto de vista cerebral, si no se quiere perder el juicio sin esperanzas de volver a recobrarlo, o que se padezca un eclipse en los funestos diálogos con los invisibles agentes». «Es deber nuestro, añade, señalar el peligro anejo a las experiencias de espiritismo, con las cuales se *juega* en tanto, sin parar mientes en el grande riesgo que se corre» (1). Por lo demás, ya Tertuliano, hablando de los espiritistas de su tiempo, decía: «Muchos saben que, por mediación de los demonios, son prematuras y horribles sus muertes *(las de los espiritistas y magos, o sea, de los mediums), y se atribuyen a las maquinaciones y malos tratos de aquéllos»* (2).

5. Las prácticas del espiritismo abren de par en par las puertas a todo género de libertinaje. La *cadena* que ha de hacerse para que se realicen los fenómenos con mayor facilidad, se forma colocándose alternados, o poco menos, individuos de distinto sexo; es *constante* que en la habitación haya poca luz y muchas veces ninguna, con lo cual se da motivo a comunicaciones más *con los vivos* que con los muertos y a que tal vez haya *tropiezos* y otras cosas que no son ni para vistas ni para escritas. Lo cierto es que esas pantomimas empiezan siempre por *el espíritu* y acaban casi siempre por *la carne*. Sólo haremos algunas indicaciones, contentándonos con que el lector nos entienda.

Des Mousseaux, escritor docto y muy ponderado, dice que muchas señoras que habían asistido a sesiones espiritistas fueron ofendidas de manera que a toda mujer honesta harían o deberían hacer salir los colores a la cara. Una noche sentimos toques inusitados... En cuanto a las mujeres, más licenciosas aún... Una de ellas, respetabilísima, a poco si cae de espaldas sobre la silla. Era

---

(1) Gibier: *Le spiritisme*, 1896, pág. 385.

(2) *De anima*, 57.

una mujer de mucho ánimo y, no sólo no permitió que se levantase la sesión, como era deseo de los hombres, sino que preguntó al espíritu: ¿Qué pretendes?... *(Aquí sigue un breve diálogo de golpes y una serie de desvergüenzas.)* Para impedir otros escándalos levantamos la sesión. En otra ocasión, en que no asistían más que hombres, se aparecieron espíritus femeninos y aquello fué una serie de escándalos. Como preguntásemos qué era lo que podríamos hacer que fuera de su agrado, respondieron... *(una torpeza)*. Eramos seis amigos... Rehusamos... *(siguió una escena que una pluma limpia no puede describir* (1). Y esto baste.

6. En la América del Norte, donde abundan sobremanera los mediums, en tal proporción han aumentado los casos de enajenación mental y de suicidio, que el Gobierno americano hubo de preocuparse seriamente. El diario católico de los Estados Unidos, el *Boston Pilot,* de 1.º de junio de 1852, señalaba así los peligros de las sesiones: «La mayor parte de los mediums acaban con el tiempo por hacerse intratables y ser locos, idiotas y estúpidos, como se observa en muchos de sus oyentes. No pasa semana que no veamos a alguno de estos desgraciados suicidarse o entrar en alguna casa de orates. Los mediums dan a menudo señales no equívocas de un estado anormal de sus facultades mentales, y algunos de ellos presentan síntomas muy marcados de una verdadera posesión demoniaca» (2).

El *suicidio* no es sólo efecto de sus prácticas; es también consecuencia de sus doctrinas. Describiendo con los más vivos colores la dicha de que goza el alma separada en sus sucesivas encarnaciones en el espacio y otros mundos, consiguen despertar en los corazones de quienes dan crédito a sus palabras, la aspiración a

---

(1) Mousseaux: *Les hauts phénomènes de la Magie,* 1864, pág. 340.

(2) Figuier: *Histoire du merveilleux,* 1881, vol. IV, págs. 343-345.

una vida mejor que en un momento puede alcanzarse con el suicidio; y como, por otra parte, no creen en la existencia eterna del infierno y abrigan la grata esperanza de un mundo mejor que el nuestro, en donde pueden purificarse para llegar a la felicidad, de ahí que el suicidio sea casi un acto de caridad a sí mismos y un acto de obediencia a la voz de los espíritus.

CAPÍTULO II

El espiritismo condenado

El espiritismo tomado, ora en sentido lato o amplio, ora en sentido propio o estricto, reviste cierto carácter especial de superstición por cuanto pretende recurrir a la adivinación y a medios desproporcionados para obtener ciertos efectos. Por esta causa lo vemos condenado formalmente por Dios y castigados los que se daban a tales prácticas. En el Antiguo Testamento dice Dios que abomina y castiga a sus fautores con la pena de muerte.

«Las personas que recurrieren a los *magos* y a los *adivinos* y trataren con ellos verán mi cara contra ellas y las exterminaré de en medio de su pueblo» (1).

«El hombre o la mujer en quienes hubiese *espíritu de pitón, o de adivinación,* sea castigado con la muerte; muera a pedradas y su sangre caiga sobre ellos» (2).

En la legislación mosaica estaba decretada la pena capital contra los hechiceros, adivinos, magos, pitonisas y aun contra los que a los tales consultaban.

---

(1) Levit., XX, 6.
(2) Ibid., XX, 27.

«Cuando entres en la tierra que Dios te dará, dice el Deuteronomio, no imites las abominaciones de los pueblos. No se halle en ti quien pase por el fuego, hijo o hija, ni quien consulte a los adivinos, ni escudriñe sueños y augurios, o practique el arte de los maleficios y encantamientos, ni acuda a los pitones o busque la verdad por los cadáveres. Estas son cosas abominables a los ojos del Señor, y por estas maldades destruirá Dios los pueblos en su presencia» (1).

«No sufrirás, dice en otro lugar, que los maléficos y hechiceros vivan» (2).

«La persona que se apartare de mí para ir a consultar a los adivinos... la exterminaré del medio de mi pueblo...» (3).

Castigos ejemplarísimos hizo el Señor en la ley antigua con los que consultaban a los demonios y a los falsos profetas. «Cayó Ococías por los balcones de su comedor y enfermó. Envió entonces nuncios a Beelzebub, dios (falso o demonio) de Acarón, que le preguntasen si podría sanar de aquella enfermedad. El ángel del Señor se apareció también a Elías y le dijo: «Levántate y vé al encuentro de los emisarios del rey de Samaria, y les dirás: ¿Por ventura no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Beelzebub, dios (falso) de Acarón? Por lo cual esto dice el Señor: De la cama a que has subido no bajarás, sino que morirás de muerte (irremisiblemente)...» (4). Y murió Ococías.

En el Nuevo Testamento San Pablo castigó con la ceguera al mago Elimas, y San Pedro, según se conserva en la tradición, castigó aun con más severidad a Simón el Mago (5).

---

(1) Deuter., XVIII, 9.
(2) Exod., XXII, 18.
(3) Lev., XX, 6 y 27.
(4) IV Reg., 1.
(5) Act., XIX, 19.

Reforcemos la tesis con las resoluciones de los Concilios. El de Laodicea decreta que «no es lícito a los consagrados o clérigos el ser magos o encantadores o el hacer amuletos» (1).

El Concilio IV de Cartago añade: «El que se ocupe en augurios o encantamientos debe estar separado del gremio de la Iglesia» (2), y el Concilio Agatense: «Es cosa muy pestilencial a la fe de la religión católica el que algunos usen de augurios y profesen la ciencia de la adivinación» (3).

En el mismo sentido se expresa el Concilio I de Orleans: «Si alguno cree que debe observar la adivinación o los augurios, sea arrojado de la Comunión de la Iglesia» (4).

El Concilio V de Constantinopla establece que «los echadores de nubes y encantadores y los que presentan amuletos y se llaman adivinos, sean lanzados de la Iglesia, como los Sagrados Cánones mandan» (5). El Concilio III de Tours dice así: «Avisen los sacerdotes a los pueblos fieles que las artes mágicas y los encantamientos son lazos y asechanzas del antiguo enemigo» (6). Y el Concilio VI de París enseña: «Existen otros males que han quedado del rito gentílico, como son: hechiceros, agoreros, sortílegos, maléficos, adivinos, encantadores. No hay duda que, como a muchos es notorio, de tal manera se inficionan los entendimientos con ciertos prestigios y diabólicas ilusiones, que son juzgados como si se hubiesen vuelto locos» (7). El Concilio I de Ancira: «Los que andan, dice, en busca de adivinaciones, o introducen en sus casas

(1) Can. XXXVI.
(2) Can. LXXXIX.
(3) Can. XLII.
(4) Can. XXX.
(5) Cap. LI.
(6) Can. XLII.
(7) Cap. II.

a semejantes hombres con ánimo de averiguar algo con arte maléfica, están sujetos a la regla de los cinco años» (1).

El Concilio de Elvira condenó las malas artes e invocaciones idolátricas (2).

Más tarde, el Concilio de Narbona, celebrado en tiempo de Recaredo, castigó con severidad varios crímenes de magia.

En el siglo siguiente (633), el IV Concilio toledano decretó que, «si algún obispo, presbítero o clérigo consultaba a magos, arúspices, ariolos, augures, sortílegos, o a cualesquiera que profesen artes ilícitas, sea depuesto de su dignidad y condenado a perpetua penitencia en un monasterio» (3).

Después que el Concilio V toledano anatematizó a los adivinos (4), las leyes del Fuero Juzgo castigaban las artes mágicas con severas penas.

Los Concilios toledanos XII, XVI y XVII volvieron a castigar con el rigor de los Cánones a los encantadores y fabricadores de amuletos, filacterios y ligaduras, y especialmente los castigó el Concilio lateranense (5).

Los Sumos Pontífices han hablado en todos los tiempos contra cuantos entraban, por medio de preguntas, en comunicación, explícita o implícita, con el demonio; baste citar la bula de Juan XXII, *Super illius specula* (a. 1326); de León X, *Honestis petentium votis* (a. 1521); de Adriano VI, *Dudum* (a. 1522); de Inocencio VIII, *Summis desiderantes* (a. 1484); la Constitución de Sixto V, *Caeli et terrae* (a. 1585), y la de Gregorio XV, *Omnipotentis* (a. 1623). Juan XXII dice: «Hemos sabido con dolor que... hay

(1) Tít. XXIII.
(2) Can. VI, XXXIV, XXXV y XLII.
(3) Can. XXIX.
(4) Can. IV.
(5) Ses. 9.ª (a. 1527).

cristianos de sólo nombre, que, dejada la primera luz de verdad, de tal manera está oscurecida su mente con las densas tinieblas del error, que... llegan a hacerles preguntas (a los demonios) y de ellos reciben», etc.

Inocencio VIII deplora que en algunas partes de la Alemania alta muchas personas de ambos sexos vivan dedicadas al trato con el demonio, y describe los desastrosos efectos de la magia (1).

En 1856 el Tribunal Supremo del Santo Oficio, preguntado sobre algunos fenómenos de sonambulismo y clarividencia, respondió por orden de Pío IX, que «evocar las almas de los muertos, recibir de ellas respuestas, manifestar cosas ocultas y distantes, y obrar otras cosas supersticiosas de este género», es «completamente ilícito y heretical y escandaloso contra la honestidad de las costumbres» (2).

Además, quedan excomulgados con excomunión reservada al Sumo Pontífice y que se incurre *ipso facto,* esto es, cometido que sea el crimen de que se habla, «todos y cada uno de los herejes, sea cual fuere el nombre que lleven y secta a que pertenezcan, y los que les den crédito, así como también todos cuantos los reciban, amparen y, en general, los defiendan» (3).

Ahora bien, sabido es que en las doctrinas espiritistas hay muchas herejías.

León XIII, en la nueva Constitución (4) acerca de la prohibición y censura de libros *Officiorum ac munerum,* sanciona cuanto ya en la Iglesia estaba prohibido anteriormente, a saber: «Están rigurosamente prohibidos los libros de los apóstatas, de los herejes, de los cismáticos y de cualquier otro escritor que defienda la

---

(1) Bula *Summis desiderantes affectibus.*
(2) Litt. encycl. 4 aug. 1856.
(3) Constit. Apost. Sedis, Pii IX, 1869.
(4) Const. Apost. 25 jan. 1897.

herejía o de cualquier modo eche por tierra los propios fundamentos de la religión.»

Además: «Es ilícito publicar, leer y conservar los libros de sortilegios, adivinación, magia, *invocación de espíritus* y en que se enseñan y recomiendan otras supersticiones de este género. Los libros o escritos que cuentan nuevas apariciones, visiones, profecías... se proscriben si se publican sin la autorización de los Superiores eclesiásticos. Los periódicos, hojas y revistas que de propósito ataquen a la religión y a las buenas costumbres, se prohiben, no sólo en virtud del derecho natural, sino también en virtud del derecho eclesiástico.»

Ni siquiera está permitido evocar las almas de los muertos aun cuando se proteste antes querer excluir toda intención de intervención diabólica, como se dice expresamente en el siguiente caso, propuesto al Supremo Tribunal del Santo Oficio: «Ticio, excluída toda inteligencia con el espíritu maligno, acostumbra evocar las almas de los difuntos. Procede del siguiente modo: solo y sin más preámbulos, dirige una súplica al Jefe de la milicia celestial, a fin de que le conceda hablar con el espíritu de determinada persona. Pasan unos instantes y, puesta la mano en actitud de escribir, siente que ésta se mueve, lo cual le advierte de la presencia del espíritu. Expone cuanto desea saber y la mano escribe las respuestas, las cuales concuerdan con la fe católica y las enseñanzas de la Iglesia respecto a la vida futura. Por lo general, se refieren al estado en que se halla el alma de algún difunto, a la necesidad que ésta tiene de sufragios, y a sus quejas, en vista de la ingratitud de los parientes, etc. Expuesto lo cual, se pregunta: ¿Es lícito el modo de obrar de Ticio? El Santo Oficio responde: *Uti exponitur, non licere*» (no ser lícito, tal como se expone), resolución que fué aprobada por el Sumo Pontífice en 1.º de abril de 1898.

* * *

No sólo en el derecho divino y eclesiástico, sino también en todos los códigos civiles han sido consideradas las adivinaciones de los agoreros, sorteros y hechiceros como delitos; en las antiguas legislaciones se miraban como delitos cometidos contra la religión, y en las modernas se consideran como estafas. Platón no se contentaba con menos que con la cabeza de los hechiceros (1). En Roma se castigaba con pena capital, por la ley *Cornelia de sicariis et veneficis*, a los que con encantamientos o artificios mágicos causasen la muerte de alguien (2).

Los romanos persiguieron frecuentemente la adivinación libre. Augusto mandó quemar los libros proféticos, es decir, de encantamiento (3) o magia: en tiempo de Tiberio fueron arrojados de Roma muchos magos y astrólogos (4); Vitelio condenó a muerte a los *matemáticos*. Vespasiano, Domiciano y los Antoninos los expulsaron. Paulo, el jurisconsulto, propuso que fueran castigados con la pena de muerte todos los que consultaran a los matemáticos, brujos, arúspices o vaticinadores sobre la vida del soberano o cuestiones de Estado, pena que hacía extensiva a los adivinos consultados. Diocleciano prohibió la astrología y la magia. Constantino destruyó los oráculos de Afaca y de Aegae; Constancio prohibió los sacrificios públicos, con lo que terminó la extispicina; Teodorico empezó una persecución constante contra toda clase de prácticas mánticas y de los que en ellas tomaban parte; el ejercicio de la aruspicina se consideró como un crimen capital; el consultar las entrañas de las víctimas inmoladas era penado como un delito de lesa majestad (5).

---

(1) *De legib.*, lib. XXXIV, diál. 12.

(2) *Ley de las Doce Tablas*, arts. LV, LXVIII y LXIX.

(3) Suetón.: *Vita Aug.*, XXXI.

(4) Tacit., lib. II, cap. XXXII. — Dion. Casio, XLI y LII.

(5) Véase Cicero: *De divinatione*. — Plutarco: *De defectu oraculorum. De*

Cicerón nos refiere que en las Doce Tablas, esto es, en las antiquísimas leyes de los romanos, hay pena de muerte contra el que usare tales prácticas.

Según las leyes 1.ª, 2.ª y 3.ª, título XXIII, parte VII, de las Partidas, los adivinos incurrían en la pena de muerte; sus encubridores, en destierro perpetuo; los que acudían a ellos, en la pérdida de la mitad de sus bienes, y las autoridades poco celosas en la persecución de estos delitos, en la pérdida del oficio y confiscación de la tercera parte de su hacienda.

Los legisladores tuvieron en cuenta en aquella época la pericia en el oficio, y así en la 1.ª citada ley de Partida se dice que no está prohibida la adivinanza por *arte de astronomía,* practicada por hombres sabios, sino la que efectúan los que no lo son, llegando a autorizar que se practicara no sólo para estudios científicos, sino para todo, como puede verse en la ley 17, título IX de la Partida VII.

También para autorizar las adivinaciones se atendía a la intención del encantamiento, porque «los que ficiesen encantamientos u otras cosas con intención buena, así como sacar demonios del cuerpo de los homes o para desligar a los que fueren marido y mujer que no pudiesen convenir, o para desatar nube que echase granizo o niebla para que non corrompiese los frutos; o para matar la angosta o pulgón, que daña el pan, o las viñas, o por alguna otra razón provechosa semejante destas, *non deue auer pena; antes decimo que deue erecebir galardón por ello.*» (Ley 3.ª, título y Partida citados.)

Las leyes 1.ª, 2.ª y 3.ª del título IV del libro XII de la Novísima Recopilación reprodujeron el Derecho de las Partidas respecto

---

Pythiae oraculis. — FONTAINE (H. DE): *De divinationis origine et progressu* (Rostock, 1867).—BOUCHÉ-LECLERCQ (A.): *Histoire de la divination dans l'antiquité* (París, 1879).—KÖING (PH.): *Das Orakelwesen im Alterthum* (Crefeld, 1871).

al particular, ordenando la ley 3.ª (que es la pragmática promulgada por los Reyes Católicos en 1500) que las justicias y corregidores prendiesen y castigasen a los legos por este delito, y si fuesen clérigos, que lo notifiquen a los respectivos prelados.

Estas leyes cayeron en desuso, substituyéndose para los hombres la pena de muerte por la de azotes, y para las mujeres por el emplumamiento y la coraza.

El vigente Código Penal de 1870 (artículo 606), considerando tales prácticas como faltas, les señala la pena de arresto menor, excepto si la cuantía de lo defraudado por los adivinos fuera de alguna consideración, en cuyo caso se castiga como estafa (artículo 547).

N. B. Que permita la autoridad competente a algunos sabios de reconocida competencia ir, en algunos casos, a estudiar las manifestaciones de espiritismo, para atestiguar si los hechos existen realmente, y hasta qué punto pueden ser fraudulentos, naturales o preternaturales, es lo que puede concederse en este punto.

Pero hecha esta salvedad, todo buen cristiano debe abstenerse por completo de semejantes prácticas y comunicaciones directas o indirectas, y ningún cristiano puede no sólo pertenecer a tal secta, pero ni siquiera cooperar a ella, ampararla o defenderla de cualquier modo que sea.

SEGUNDA PARTE

LIBRO PRIMERO

Teorías especiales, características del espiritismo

Así como las teorías generales, de que se ha hablado, se refieren de un modo más o menos general al espiritismo, así las especiales se fijan principalmente en las causas de algún fenómeno o de algún grupo de fenómenos en particular.

Estas teorías especiales son de dos clases: en unas se explican aquellos fenómenos que son característicos de las sesiones del espiritismo; en otras los que o son afines a éstos o comunes con otros de otras sesiones, como las del magnetismo e hipnotismo. A las primeras damos el nombre de teorías especiales características; a las segundas, el de afines. Por lo que hace a las primeras, nos fijaremos principalmente en la rotación de las mesas, tiptología, escritura automática, *levitación,* materializaciones, aportación y teoría de las irradiaciones luminosas. En cuanto a las segundas, merecen singular mención la catalepsia, cristalomancia, varita adivinatoria, sugestión puramente mental, clarividencia y otras. Entre aquéllas la primera, la más clásica, la que lleva, por decirlo así, la representación y carácter más conocido, es la que se refiere a la célebre rotación de las mesas. Por ser tan famosa, nos vamos a detener algo en su explicación.

CAPÍTULO PRIMERO

Rotación de las mesas: Crítica

a) Movimientos musculares conscientes

Una de las experiencias más características del espiritismo es la rotación de las mesas. Conviene saber si es un hecho real, cómo se obtiene y cómo se explica.

Reichenbach, uno de los más célebres experimentadores, dice: «Desde luego era indispensable confirmar la realidad de los fenómenos de las mesas giratorias con pruebas irrefutables. Para conseguirlo tomé una mesa redonda, de abeto, de tres pies de diámetro, apoyada por un sostén de tres patas. Bajo cada una de éstas sujeté una bola de madera de pulgada y media de diámetro, con objeto de ayudar a la mesa a sobrellevar las pequeñas irregularidades que en su movimiento podría encontrar sobre el suelo. En el borde de encima de la mesa hice tallar ocho canalones de un dedo de ancho; en ellos coloqué las extremidades de unas cuerdas de una pulgada de espesor. Cada una de ellas tenía poco más o menos doce pulgadas de largo, y las dejé colgar libremente a igual distancia unas de otras. Las cuerdas eran viejas y mojadas. Una de sus extremidades se adaptaba exactamente a las grietas y no estaban sostenidas más que por el esfuerzo soportado para introducirse;

a la menor tracción se salían de la ranura, y desde el borde de la mesa caían al suelo. Alrededor de la mesa se colocaron seis personas sensitivas, hombres y mujeres; a cada una de ellas les di, para que los sostuvieran por la extremidad libre, uno o dos cordeles, y los sostenían con toda la mano; al cabo de tres cuartos de hora la mesa se puso a crujir, salió de su inmovilidad; después, con gran regularidad, se puso a girar, en un principio con lentitud, luego con velocidad creciente y, por último, con violencia, corriendo alrededor de la cámara, como ocurre de ordinario en este fenómeno.

»En esta experiencia no toca a la mesa mano alguna; no puede, por tanto, desarrollarse acción manual; no se podía tampoco tirar de las cuerdas flojas, primero, porque todo el mundo lo hubiera visto, y luego, sobre todo, porque las ruedas no estaban fijas a la mesa; estaban introducidas sencillamente, sin apretarlas, en las ranuras, de forma que pudieran salirse y caer al menor esfuerzo. En semejantes condiciones era, pues, absolutamente imposible que pudiera producirse un empujón fraudulento, y, sin embargo, la mesa corría y giraba con tanta regularidad como cuando se le imponen directamente las manos, lo que demuestra evidentemente que es a otro agente, hasta aquí desconocido e inobservado, al que es preciso atribuir este movimiento.»

El autor estudia después las condiciones favorables y desfavorables al movimiento de las mesas, y dice:

«Las personas que quieren provocar el fenómeno de las mesas giratorias deben, ante todo, gozar de una *salud perfecta*. Toda persona enferma es impropia para servir de sujeto.»

Y añade: «Que si los experimentadores están cansados, los resultados obtenidos son casi nulos. Lo mismo ocurre cuando algunas personas de la concurrencia están bajo la influencia de enojosas disposiciones morales, melancolías, zozobra por la existencia, fastidio, contrariedades, mal humor, angustias, terror...»

Reichenbach recomienda algunos métodos para conseguir la rotación de las mesas.

«Se colocan las manos de plano sobre la mesa, con la palma hacia abajo, de modo que toque directamente la parte superior de la mesa y tomando una posición cómoda. Vale más aún no aplicar los dedos de plano, sino encorvarlos sobre la mesa, de modo que sus extremidades, y hasta las uñas, estén en contacto con la mesa. El colocar el lado derecho de la cabeza sobre la mesa facilita mucho el poner la mesa en movimiento.

»Permanecer sentados, inactivos, alrededor de la mesa, es, generalmente, fastidioso; por tanto, hágase por abreviar la sesión. He aquí cómo puede conseguirse: cada uno de los operadores, antes de empezar, recoge las manos y las junta como para orar. Pocas personas soportarán mucho tiempo esta posición, que pronto les causará una sensación desagradable en los dedos. Esta sensación no tardará en afectar a toda la mano, provocando un penoso desarrollo de calor; la sensación se extiende a lo largo de los brazos, con amenazas de calambres en más de un sujeto; por último, el mismo estómago, el pecho o la cabeza, serán alcanzados, lo que causa opresión, encogimiento, dolor. Las personas que presenten estos síntomas serán buenos operadores; y, por el contrario, aquellos que pueden tener las manos juntas durante largo tiempo sin experimentar desagrado y hasta placer, son malos operadores, y lo mejor será que se retiren de la cadena. Cuando los efectos penosos se manifiestan, ha llegado el momento de imponer las manos sobre la mesa.

»Gracias a estas medidas preparatorias, la mesa no tardará en ponerse en movimiento.»

Reichenbach añade que no sólo las mesas, sino también todos los cuerpos sólidos son aptos para moverse del mismo modo...

«Se ha logrado ya, dice, poner en movimiento toda clase de

objetos: cajas, armarios, bancos, sillas, cuadros, billares, puertas, toneles, loza, vasos de porcelana, platos, sombreros y todo lo que se puede imaginar cuanto a objetos mobiliarios se refiere» (1).

De esta explicación de Reichenbach resulta que el movimiento de las mesas no se puede atribuir a la acción de las manos; pero no nos dice cuál puede ser la causa. La condición que exige parecerá, desde luego, ridícula. ¿Que se requiera para ello salud perfecta? ¿Que tendrá que ver la salud con la danza de las mesas? ¡Y nada menos que salud perfecta! Y ¿qué entenderá el Dr. Reichenbach por salud perfecta? El doctor ha sabido escoger una condición muy socorrida, para no quedar mal en ningún caso, pues si no se obtiene el fenómeno, se podrá decir que no era perfecta la salud. ¡Y que sólo por cansancio los resultados sean casi nulos!

Pero si el movimiento de las mesas no es debido a la acción consciente de las manos, ¿no podrá serlo a la inconsciente de las mismas? Vamos a verlo.

b) Movimientos musculares inconscientes: teoría del polígono

El doctor Grasset supone desde luego la realidad del movimiento de las mesas y que las mesas giran realmente en muchos casos, aun cuando no haya en torno de la mesa más que personas de completa buena fe; es decir, personas que no las empujan voluntariamente y que ni sienten tampoco que las empujen involuntariamente.

«Nosotros mismos, dice Grasset, hicimos en otro tiempo experiencias con muchos de nuestros colegas en un laboratorio de la

---

(1) C. de Reichenbach: *Les phénomènes odiques*, traducción francesa de Lacoste, 1904; préface de A. de Rochas, «Les phénomènes».

facultad, y podemos afirmar que nadie empujaba la mesa *voluntaria y conscientemente,* no obstante, la mesa giraba a veces con gran velocidad. Hemos visto rodar las mesas hasta la pared, alzar una de las patas, dar golpes, responder en lenguaje espiritista a las preguntas que se hacían... Gira, pues, la mesa sin que ninguno de los asistentes crea ni sienta que empuja. Y, sin embargo, añade Grasset, se empuja, pero involuntaria e inconscientemente» (1).

Explicación del hecho. — Chevreul asegura «que su experiencia personal le demuestra que la acción muscular inconsciente *puede* explicar el movimiento de las mesas giratorias y parlantes». En consecuencia, dice, «una vez adquirida la facultad de hacer golpear una mesa con un pie o con otro, así como también la fe en la inteligencia (!) de esa mesa, concebimos nosotros de qué modo una pregunta dirigida a la mesa despierta en la persona que obra sobre ella, sin darse cuenta, un pensamiento cuya consecuencia es el movimiento muscular de hacer golpear uno de los pies de la mesa en conformidad con el sentido de la respuesta que más verosímil parece a esa persona» (2).

El doctor Grasset atribuye el movimiento de las mesas a movimientos inconscientes de los asistentes, y lo explica de esta manera: «Cierto número de personas, todas iguales, hállanse sentadas en torno de una mesa, con las manos en la posición clásica haciendo la cadena. El centro O, o sea el centro superior y consciente de todos los asistentes, es serio: esto es importante.

»En cada uno de ellos el centro O pone a su polígono en *atención expectante,* es decir, que la sesión, que ha comenzado libre y voluntariamente, va a continuarse poligonal o inconscientemente. El centro O ha presidido la instalación. Comprobará en seguida

---

(1) *L'occultisme hier,* P. II, chap. II, n. 28.

(2) Véase la crítica de MAXWELL sobre el libro de Chevreul, *De la baguette divinatoire...,* en *Annales des Sciences Psychiques,* 1894, pág. 351.

los resultados, si los hay; pero actualmente se desinteresa de toda dirección y de toda inspección, se abstrae y el polígono va a ser el único en presidir la continuación de la experiencia.

»Al cabo de cierto tiempo—muy corto por lo común,—de uno de los polígonos parte (sin saberlo el centro O) un movimiento involuntario e inconsciente: uno de los asistentes, más nervioso que los otros, arrastrado por la idea de rotación de la mesa (la única que O ha impuesto y conserva el polígono), uno de los asistentes, decimos, empuja la mesa sin quererlo y sin saberlo. Entonces todos los otros polígonos, o cierto número de ellos, solicitados por ese comienzo de movimiento de la mesa, empujan también en el mismo sentido; siempre inconsciente e involuntariamente, con una energía considerable y creciente. En ese momento (este es el tercer tiempo) el centro O, estupefacto, ve girar la mesa, sin darse cuenta, ni aun después de que su polígono disgregado es el agente de ese curioso fenómeno y el motor real de la mesa. El fenómeno, por consiguiente, hállase, en suma, caracterizado por dos cosas: primero, disgregación del polígono que, lanzado por O, no está ya dirigido por él y obra por autoridad propia; segundo, movimientos espontáneos, inconscientes e involuntarios de ese polígono; movimientos que llegan al desplazamiento de la mesa que O hace constar sin darse cuenta del mecanismo de producción» (1).

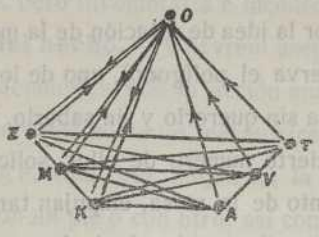
Esquema del polígono de Grasset

Para facilitar la inteligencia de la teoría de Grasset, vamos a transcribir la figura de su polígono.

O. Centro psíquico superior o de la personalidad consciente.—
E. Centro de escritura, pie de la segunda frontal izquierdo. —

(1) *L'occultisme hier*, P. II, chap. IV.

M. Centro de palabra, pie de la tercera frontal izquierdo. — K. Centro cinestésico (movimientos generales) región perirolándica. — T. Centro de tacto (sensibilidad general). — V. Centros visuales (región pericalcarina. — A. Centro auditivo (circunvoluciones temporales).



Centro O, o conjunto de los centros psíquicos superiores, y el polígono E, M, K, A, V, T, conjunto de centros psíquicos inferiores (automatismos superiores). En estado normal y fisiológico todos los centros obran en conjunto. Pero en cierto número de casos hay *disgregación* entre los dos órdenes de centros. Estos estados de disgregación suprapoligonal, es decir, aquellos en que las comunicaciones entre el polígono y O están suprimidas o trastornadas o disminuídas, pueden ser fisiológicos, verbigracia, el sueño, en que el centro O duerme, quedando el polígono con actividad sin la dirección de *contrôle* del centro superior (ensueños); la distracción, costumbre, en que el centro O piensa en una cosa y con sus centros poligonales entreteje otra, etc., etc.; extrapsicológicos (sugestión, hipnotismo, cumberlandismo, etc.), y patológicos (sonambulismo, automatismo ambulatorio, etc.).

Compréndese, dice Grasset, la necesidad de las condiciones que se han requerido siempre para el buen éxito de esas experiencias. En primer lugar es menester que haya seriedad y se preste atención. Porque, al decir del doctor Grasset, si un centro O cualquiera, escéptico, comienza a tomar la cosa a broma, distrae la atención

de los demás, y los polígonos no se hallan ya en ese estado especial de atención expectante, que es indispensable para la realización del movimiento inicial y para la producción ulterior de los demás movimientos iniciadores y consecutivos.

Además de la atención, exigen algunos confianza en el resultado. Agenor de Gasparín confiesa que «para gobernar bien la mesa es preciso ser confiado», y dice: «No llevéis un espíritu de duda, de análisis, de sospecha malévola, respecto de las cosas y personas.» Si las mesas encuentran en torno suyo «preocupaciones o excitaciones nerviosas, comienzan a enfadarse... En medio de las distracciones, de las conversaciones y de las bromas, pierden irremisiblemente los operadores toda su potencia fluídica». Por último, los testigos no deben ni mezclarse para nada, ni «hacer, mientras dure la operación, ninguna observación en alta voz... Debe encargarse a uno de los experimentadores el dirigir las operaciones y ser el único en dar la señal de las órdenes; si todo el mundo se mezcla en ello, la cosa no marchará bien... (1).

»Ahora, tan pronto como se hacen algunos ensayos, se advierte que hay personas que paralizan la mesa y hacen fracasar las sesiones; que hay otras, por el contrario, que hacen que resulten bien, más fácil y rápidamente.

»Hay un polígono que comienza el movimiento; los otros dos no hacen más que seguirle. Vese, pues, que en esas reuniones de iguales aparece la diversidad de polígonos. En otro tiempo se hubiera dicho que los diferentes sujetos son desiguales en potencia fluídica o magnética. Hoy se dice que hay polígonos más o menos dispuestos a entrar en movimiento... Hacemos, pues, constar la desigual aptitud de cada uno para hacer mover las mesas. En una sociedad cualquiera se descubren una o muchas personas cuya pre-

---

(1) C. Agenor de Gasparín: *Des tables tournantes*, t. I, pág. 83; 1885.

sencia en la cadena es segura garantía de éxito completo y rápido... Son verdaderos mediums» (1).

Chevreul adopta la misma teoría, queriendo explicar el movimiento de las mesas por medio de la «acción inconsciente de los movimientos musculares». Supone que al poner sobre la mesa las manos, formando cadena, se producen en ellas ciertos movimientos o contracciones que pasan desapercibidas y que bastan a engendrar el movimiento de la mesa (2).

Otra explicación distinta en los términos, pero idéntica en el fondo, es la de Filiatre. «Para nosotros, escribe este autor, los movimientos musculares están simplemente determinados por la conciencia impersonal del medium y de los circunstantes.

»En apoyo de nuestra afirmación es fácil observar que los sujetos dotados de lucidez en el estado hipnótico obtienen en las sesiones de tiptología previsiones que se realizan casi siempre.

»Tales mediums son más numerosos de lo que generalmente se cree, y estamos persuadidos de que cuando el ocultismo experimental sea por fin presentado y sobre todo reconocido bajo su verdadero aspecto, los sujetos tendrán aún menos duda en poner las manos sobre el tablero de una mesa, que en dejarse inducir en un estado profundo de hipnosis» (3).

Como se ve, este autor atribuye los movimientos musculares a «la conciencia impersonal del medium y de los circunstantes», lo cual equivale a decir que los movimientos musculares son inconscientes.

Las explicaciones de Grasset, de Chevreul y de Filiatre son gratuitas e infundadas. ¿Cómo es posible que la simple superposición de manos en una mesa origine movimientos tan enérgicos, capaces de levantar en alto una pesada mesa o una carga de 70 ki-

(1) Grasset, l. c., n. 31 y 32.

(2) Figuier, ob. cit., pág. 325.

(3) *Hipnotismo y magnetismo*, P. II: «Ocultismo experimental», pág. 330; 1911.

logramos, de levantarla en el aire y hacer girar los muebles por la habitación? ¿Cómo explicar el movimiento de una mesa por sólo tener sobre ella las manos apoyadas? ¿Por los movimientos musculares de éstas?

En primer lugar, nadie nos podrá demostrar que semejantes movimientos musculares existan siempre, de hecho, en esas condiciones, y después porque, aun dado caso que existiesen, siendo tan pequeños, como es preciso lo sean para que puedan pasar inadvertidos por completo al mismo individuo, ¿se concibe, por ventura, que puedan dar origen al movimiento y, sobre todo, a la elevación de la mesa? Es más: si así fuera, cualquiera podría repetir la experiencia; con que se pusieran media docena de sujetos con las manos en cadena sobre la mesa, se tendría el fenómeno. Y no hay tal. Y no le hay; no ya con movimientos musculares inconscientes; ni aun con los conscientes y enérgicos se mueve a veces la mesa, sobre todo si es algo pesada. Y luego elevarla por los aires y poner en movimiento otros objetos: todo esto ¿cómo se puede explicar con insignificantes movimientos musculares inconscientes? Y, por el contrario, ¿por qué a veces, cuando la mesa se mueve y salta, no sirven cualesquiera esfuerzos para detenerla?

Además, en la disposición de esos centros se ve mucho artificio, pero salta a la vista que para explicar el movimiento de las mesas es completamente inútil dicho polígono; es más, semejante explicación parecerá ridícula a todo hombre sensato. Acerca de las condiciones exigidas por Grasset, ocurre a cualquiera que son buenas para salir del paso en todo fracaso. Cuando no resulte el fenómeno a medida del experimentador, bastará decir que faltaba alguna de dichas condiciones; cosa muy fácil por otra parte, porque siempre puede darse alguna falta de atención, de confianza, de importunidad, etc.

* * *

No se contenta con meras afirmaciones, sino que se esfuerza en traer algunas razones el Vicario de San Sulpicio, de París, Mons. Boucard, para explicar naturalmente la rotación de las mesas. Oigámosle:

«La rotación de las mesas puede perfectamente no reconocer más causa que los movimientos nerviosos e inconscientes del medium y de los asistentes. ¿Quién no conoce ya lo que se llama: «Efectos motores de las imágenes»? Toda idea es un movimiento iniciado, es decir, produce en nosotros, consciente o inconscientemente, alguna suerte de movimiento correspondiente a esta idea. La idea del bostezo, por ejemplo, provoca el bostezo; por eso basta bostezar delante de alguno, para que éste en seguida haga lo propio. El pensamiento, un poco vivo, de la comida, hace que realmente se estimule en la boca la secreción de la saliva. Si decimos a alguno que se vaya, el brazo casi inconscientemente hace el movimiento necesario para despedirle o para abrirle la puerta. Si pienso en un objeto colocado a mi derecha o a mi izquierda, la imagen del movimiento necesario para llevar allí la mano se refleja en mi imaginación, y mi brazo experimenta la nervimoción para dirigirse por aquel lado:

«Toda representación de un movimiento va acompañada de una excitación de los centros motores, y de una onda nerviosa centrífuga que provoca una modificación en la tonalidad de los músculos que deberían concurrir a la realización del movimiento.» Nada importa que nos demos o no cuenta de la existencia de esta corriente nerviosa; la mayor parte de las veces no nos es posible; de la misma manera que tampoco sentimos una gran parte de los movimientos vitales que hay en nosotros, y, no obstante, los psicofisiólogos los han comprobado y comprueban fácilmente. Con instrumentos adecuados han llegado hasta a determinar su velocidad, que es de unos 30 metros por segundo.

»El medium y los asistentes que forman la cadena en torno de la mesa, pensando intensamente en hacerla girar, en hacerla moverse de tal o cual manera para dar las respuestas, producen una verdadera corriente nerviosa, movimientos inconscientes en el sentido que se desea. Todos estos movimientos inconscientes ¿no pueden determinar, sin intervención alguna preternatural, la rotación de la mesa, los golpes repetidos como contestación la escritura...?» (1).

No se puede negar que aquí hay, por lo menos, un conato de explicación, pero apenas llega a la mitad. Porque, a la verdad, el camino que ha emprendido el ilustrado escritor comprende dos jornadas: una, cómo se explican los movimientos conscientes o inconscientes musculares; otra, cómo éstos pueden poner en movimiento las mesas, y el autor hace alto en la primera. Que las representaciones motoras causan de una u otra manera excitaciones en los centros motores y en las ondas nerviosas eferentes o centrífugas, modificando la tonalidad de los músculos, o en términos más gráficos, aunque algo inexactos, que «las ideas tienden a realizarse», no hay inconveniente en admitirlo. Mas con esto en el caso presente sólo conseguiremos el tener en movimiento, consciente o inconscientemente, los músculos. Hasta aquí llega la explicación del doctor Boucard. Pero no está en eso la dificultad. La dificultad surge ahora: ¿cómo esos movimientos musculares inconscientes, y que por ser inconscientes pasan desapercibidos al mismo individuo, ponen en movimiento mesas pesadas y las hacen girar a veces con gran velocidad?

Al final de la explicación confunde el autor los movimientos inconscientes con los conscientes, porque dice que pensando intensamente en hacer girar la mesa se producen movimientos incons-

(1) Mons. Boucard: *El dogma católico*, pág. 149.

cientes en el sentido que se desea. Si precede ese pensamiento intenso en orden a la rotación de las mesas, ya los movimientos consiguientes no serán inconscientes, mucho menos si lo son «en el sentido que se desea»; pero importa poco que sean conscientes o inconscientes; mientras el medium y los asistentes permanezcan pasivos de su parte y no se propongan coger la mesa y darla vueltas, jamás se explicará que con sólo el ligero contacto de las manos, y muchas veces sin contacto ninguno de las manos con la mesa, comience ésta a bailar de manera tan sorprendente.

No queremos decir con esto que por no explicarse de esa manera la rotación de las mesas haya de recurrirse a una causa preternatural (1). Conocido es el experimento de los molinetes, en los que las paletas se ponen y siguen en movimiento con sólo imprimirlas, por medio del aire, la primera dirección del movimiento. Claro está que es mucho más pesada la mesa y mucho más difícil su movimiento, pero a éste le favorece en parte la disposición de la mesa y la de sus pies. Si a esto se añade que no es difícil poner en oculta comunicación alguno de éstos o el centro inferior de la mesa o uno de sus extremos con cualquier aparato eléctrico, no aparecerá, naturalmente, imposible la rotación de las mesas. Una vez conseguido el movimiento, ya su velocidad no ofrece grandes dificultades, y para regularla basta cualquier mecanismo algo apartado del público, y que pueda ser manejado sin ser visto. En los cinematógrafos se ven vertiginosas carreras y revueltas de objetos y muebles.

Al Dr. Richet le parece verdadera en el fondo la hipótesis de Grasset y de Chevreul, pero incompleta y trata de perfeccionarla. Supone que los movimientos musculares inconscientes son la causa

---

(1) Moralista tan eminente como el P. Noldin, S. J., «tiene por muy probable que la rotación de las mesas se produce por las solas fuerzas naturales eléctricas o magnéticas». (*Summ. Theol.*, 1911, «De praeceptis», n. 180.)

de que la mesa se ponga en movimiento y que las respuestas, cuando son lógicas, normales, aunque sobrepujen por su elevación la capacidad del medium, no son sino ideas, conceptos, recuerdos, conocimientos adquiridos antes por el medium, que existen en estado latente en su mente y que, sin darse cuenta, se manifiestan con motivo de la rotación de la mesa (1).

Pero también esto es gratuito e infundado. Cierto que poseemos en nuestra mente muchos conocimientos o ideas en estado latente, y que a veces despiertan de improviso con ocasión de un signo cualquiera, mas no por eso quedan suficientemente explicadas las respuestas de las mesas.

Y en efecto, si la respuesta que se da a una pregunta fuese un conocimiento latente de la mente del medium, se seguiría: que éste, recorriendo con la memoria las lecturas, los estudios y ocupaciones pasadas, debería recordar que en otro tiempo, al menos en germen, tuvo la base, la sustancia de semejantes respuestas, y muchas veces no hay tal. El Dr. Richet confunde aquí los hechos *olvidados* con los hechos *ignorados*.

Ahora bien, cuando la idea suscitada es del todo nueva, completamente ignorada, ¿cómo es posible atribuir la causa a los supuestos movimientos musculares de Richet? Y cuando un lápiz que hay sobre la mesa se yergue y desliza por el papel, describiendo la respuesta y tornando a caer de nuevo más tarde sobre la mesa, ¿a quién puede ocurrírsele decir que todo ello es obra de las ideas latentes en la memoria del medium?

No pareciéndole, sin duda, acabada esta teoría acude, para completarla, a la de los dos centros.

---

(1) Richet: *De la suggestion mentale*, 1884, «Les mouvements inconscients».

CAPÍTULO II

Teoría de los dos centros

Esta teoría es parecida a la poligonal de Grasset. Dicen sus partidarios que en el cerebro hay dos series de centros nerviosos formando un polígono que tiene sus ángulos en ciertos puntos de la corteza cerebral. La primera serie está formada por tres centros de sentidos: a saber, al primero concurren las impresiones transmitidas por el oído; al segundo, las de la vista, y al tercero, las de la sensibilidad en general. La segunda serie corresponde a la voluntad y se compone a su vez de otros tres centros de movimiento, que son: uno para los movimientos del cuerpo, otro para la escritura y el tercero para la palabra articulada. Sobre estos centros, en la cúspide de ellos ponen el centro psíquico, correspondiente al entendimiento y a la conciencia; este centro puede estar en comunicación con todos los otros centros inferiores de las dos series mencionadas.

Ahora bien, supóngase por un momento que el centro psíquico no está en comunicación con ninguno de los centros inferiores por hallarse ocupado, absorbido por un pensamiento; como todos los centros asignados a la motividad y sensibilidad están unidos entre sí y con el centro psíquico de la razón por medio de filamentos nerviosos, podrá suceder que, si el centro psíquico pone

en acción la actividad de los centros inferiores, el acto que resulte sea voluntario; si, por el contrario, el acto que determina un movimiento tiene lugar sin que tome en ello parte el centro psíquico, el acto que resulte será automático o espontáneo. Síguese de esto que los centros motores de la segunda serie pueden ser excitados a obrar sin intervención del psíquico, y entonces ponemos acciones de tendencias las más variadas, como hablar, escribir, pasear, etc., etc., estando el centro psíquico o entendimiento, ligado por la idea, por el pensamiento que lo absorbe por completo: estos movimientos serán por lo mismo inconscientes, automáticos. De ahí su teoría de las dos personalidades en un mismo hombre: una consciente y otra inconsciente.

Tal es la doctrina del Dr. Richet, de Du Prel, de Hellenbach, de Myers, del Dr. Janet (Pedro) y otros.

Veamos ahora cómo, tomando como punto de partida la inconciencia o automatismo y la multiplicidad de la personalidad, explican los fenómenos espiritistas. Supongamos que en cada uno de nosotros haya un conjunto de personalidades, que podemos indicar con A, B, C, D. etc., y supongamos, además, que la persona principal, o sea aquella que habitualmente vemos, oímos, palpamos y de que sólo tenemos conciencia, por una causa cualquiera se adormezca y que, en este estado, las personalidades B, C, D, actúan ejecutando acciones, aun las más complicadas, a espaldas de A. El medio es un ser que, con caer en letargo, queda adormecido y, aprovechando semejante coyuntura, las otras personalidades B, C, D, etc., entran en acción, escriben, responden a las preguntas que se les dirigen y ejecutan las órdenes todas que la ignota causa suele ejecutar en las sesiones.

Al despertarse el medio de este semisueño o letargo, las distintas personalidades que hasta allí habían desempeñado un papel tan activo e importante en la reunión espiritista, se ocultan, re-

cogen su actividad, se ausentan hasta tanto que el medio cae de nuevo en el estado primitivo de semisueño; y todo sin que el ser principal A sepa nada, por estar adormecido, de cuanto han podido hacer las personalidades B, C, D, de forma que equivocadamente cree que los espíritus del otro mundo son los que han intervenido personal y realmente, siendo así que quienes han obrado han sido las otras personalidades, desconocidas por completo de la principal A (1).

En una palabra: que el inconsciente es el autor de los fenómenos. Para declararlo mejor, el Dr. Richet reconoce en ciertos sujetos un estado de *semisonambulismo* tal, que en una parte del encéfalo se realicen algunas operaciones psíquicas sin que el yo se dé cuenta de ellas, aunque la conciencia del individuo se halle íntegra. «Un medium, dice, es un individuo que posee esta facultad de semisonambulismo o de inconciencia parcial, facultad por la que partes de su inteligencia, de su memoria, de su voluntad, operan independientemente de la conciencia, permaneciendo ésta, sin embargo, despierta» (2).

Pues bien, en esta teoría hay muchas afirmaciones gratuitas y falsas: 1.º El entendimiento y la voluntad, como espirituales que son, son facultades inorgánicas y no tienen ni pueden tener partes ni centros orgánicos. — 2.º Esa serie de centros y de funciones, artificiosamente dispuestos, es más arbitraria y caprichosa que científica y fundada; y en todo caso será, a lo sumo, una idea ingeniosa para explicar la trama de los movimientos conscientes e inconscientes, mas no para dar razón de los fenómenos del espiritismo. — 3.º La multiplicidad de personalidades en el hombre es totalmente falsa y errónea, como se demuestra en filosofía,

---

(1) Véase Pierre Janet: *L'automatisme psychologique*, pág. 464; 1889.
(2) Richet: *Revue Philosophique*, t. II, pág. 651.

y proviene de confundir la personalidad con los varios estados sujetivos de una misma persona. — 4.° Al querer explicar de esta manera los fenómenos, los partidarios de esta teoría no aducen ninguna razón; conténtanse con meras afirmaciones gratuitas; razón por la que dice un apologista contemporáneo:

«Un *medio* que no sabe versificar escribe una preciosa octava real de Espronceda, cuyo espíritu evocó; otro que nunca tomó en las manos un pincel dibuja figuras de Murillo; otro una de caligrafía, no sólo diferente de la suya propia, sino peregrina y nneva para él y para los presentes. Estos hechos no se explican por disociación del cerebro ni por cerebración inconsciente» (1). — 5.° El fundamento de todas esas suposiciones es que, al decir del Dr. Janet, que es uno de los partidarios de esta teoría, todos los mediums son simples histéricos, y que estos fenómenos se repiten en el hipnotismo y en el sonambulismo. Ahora bien, respecto de esta afirmación de Janet, escribe Delanne (2): «Nos ha sorprendido la ligereza con que este autor (Janet) no titubea en colocar en una misma categoría a los mediums y a los neurópatas.»

Y el doctor Beaunis, especialista en la materia, añade: «En contra de la opinión difundida, los sonámbulos no son raros; y aquí debo combatir un prejuicio, no sólo del vulgo, sino también de muchos médicos, a saber: que no se pueda provocar el sonambulismo más que en los histéricos; en realidad no es así. El sonambulismo artificial se obtiene con la mayor facilidad en muchas personas que en modo alguno son histéricas, en niños, viejos y hombres de cualquier constitución o temperamento. Muy a menudo el histerismo y el estado nervioso son circunstancias desfavorables para obtener el sonambulismo, tal vez debido a la movilidad de espíritu que

---

(1) J. Mir: *El milagro*², III, pág. 494; 1915.

(2) Delanne: *Recherches sur les médiumnités*, pág. 89.

acompaña y que impide al sujeto que se quiere adormecer, fijar su atención bastante fuertemente en una sola idea: la del sueño» (1). De las experiencias hechas por varones doctos y otras muchas personas, resulta que el medium, generalmente, no es un neurasténico (2).

(1) Beaunis: *Somnambulisme provoqué*, pág. 10.

(2) Véase Meriz: *L'imagination et les prodiges*, t. II, pág. 253; 1905.

CAPÍTULO III

Teoría hipnótica

Figuier explica los movimientos y respuestas de la mesa por medio de la teoría hipnótica. «Cuando se contempla, dice, desde lejos un objeto fijo, la tensión cerebral con esto producida fatiga el cerebro y engendra en el sujeto el estado anormal llamado *hipnótico*. En tal estado no se tiene dominio de la voluntad, ni es capaz uno de reflexionar y discurrir por cuenta propia; hace lo que se le manda; vuelto al estado normal, no recuerda nada de cuanto ha hecho en estado hipnótico. Ahora bien, ¿qué sucede cuando varias personas se agrupan en derredor de una mesa y forman cadena en espera de que se ponga en movimiento? Todas ellas están sumamente preocupadas, absortas, emocionadas ante el acontecimiento y recogidas; sus cerebros se fatigan, las ideas se perturban y, si no todas, algunas al menos, caen en el sueño hipnótico; éstas, no teniendo conciencia de sus actos ni otra idea que la idea fija de la rotación de la mesa, imprimen a ésta el movimiento, sin saberlo, y, precisamente porque está hipnotizada, puede desarrollar una fuerza muscular tal, que le permite arrancar la mesa de su sitio.

»En cuanto a las respuestas dadas con golpes por medio de los pies de la mesa, basta suponer, añade, que entre las personas que

forman la cadena haya una en la cual el estado hipnótico persista por cierto tiempo; hipnotizada como está, sin saberlo, responde a las preguntas y obedece las órdenes que recibe, inclinando para ello la mesa o haciéndola dar golpes con arreglo a las distintas preguntas que le dirijan. Para que una mesa responda con sus golpes es indispensable que los mediums estén ya muy habituados de antemano a las sesiones» (1).

Esta hipótesis se funda en datos falsos, porque: 1.° No es verdad que en las sesiones se requiera todo el recogimiento de espíritu que él supone; antes por el contrario, no se requiere ninguno, toda vez que, formada la cadena entre chanzas y bromas y hablando de cosas muy ajenas al caso, de pronto la mesa se mueve, se mueve por los aires y vence cuantos obstáculos y resistencias pongan los asistentes para sujetarla; disuelta la cadena y sin tocarla ya nadie, ésta prosigue en sus peregrinos movimientos y excursiones, los objetos de la habitación, a veces frágiles y quebradizos, cruzan de acá para allá, chocan y se alzan en el espacio con sorpresa de todos, instrumentos músicos, circuídos adrede por redes metálicas, tocan por sí solos trozos escogidos; se observa ora un aumento, ora una disminución de peso en los cuerpos.— 2.° Las respuestas son dadas también directamente, esto es, sin lápiz ni pluma, en condiciones a veces imposibles para la escritura humana (entre dos láminas, dos cristales, etc., etc.).—3.° No se requiere en los fenómenos espiritistas estar avezado a hacer de medium, por cuanto muchos han quedado convertidos en mediums y mediums excelentes, de buenas a primeras y sin percatarse.— 4.° Es por demás gratuito suponer que por sólo estar absortos impriman a la mesa tal movimiento, y que ninguno de ellos haya caído en la cuenta, y que esta fuerza desarrollada inconsciente-

(1) Figuier, ob. cit., vol. IV, págs. 331-340.

mente sea tan grande.—5.º No es menos gratuito suponer que la persona hipnotizada dé precisamente por sí misma respuestas tan cabales y difíciles. Pero así como lo hemos dicho del magnetismo, así advertimos ahora que en este trabajo prescindimos por completo del hipnotismo.

CAPÍTULO IV

Tiptología

Complemento de la rotación de las mesas son los golpes dados por ellas en contestación a las preguntas. Conócense con el nombre de *tiptología* las comunicaciones transmitidas por medio de golpes dados por la mesa. Para obtenerlas, la concurrencia se sienta alrededor de la mesa, pone las palmas de las manos sobre el mueble con los dedos extendidos y espera.

Al cabo de algunos instantes la mesa cruje, gira ligeramente, oscila, se inclina y, tornando al punto de partida, da un golpe más o menos fuerte sobre el suelo.

Generalmente el modo de designar las letras del alfabeto consiste en que la mesa dé tantos golpes como exija el orden de la letra; por ejemplo:

1 golpe para a
2 » » b
6 » » f
10 » » j
20 » » t, etc.

O bien, que no dé más que uno cuando la letra se indique al recitar el alfabeto (1).

---

(1) J. Filiatre, ob. cit., pág. 328.

La tiptología es conocida también con el nombre de experiencia de los golpes, dados encima de la mesa, en el techo, o en el suelo, sobre los asistentes o sobre los muebles, y oídos por los espectadores. Precisamente los golpes notados por la familia Fox fueron el punto de partida del espiritismo moderno.

Maxwell ha hecho un detenido estudio acerca de ellos.

«He obtenido, dice, los golpes en plena luz... El contacto de las manos no es necesario para la obtención de los golpes. Cuando se ha logrado obtener golpes con contacto, uno de los medios más seguros para obtenerlos sin contacto es el de conservar durante algún tiempo las manos apoyadas sobre la mesa y alzarlas después con gran lentitud, con las palmas vueltas hacia la mesa y los dedos en ligera extensión.»

«En general, el tipo ordinario de estos fenómenos es un golpe seco, de intensidad variable; recuerda la tonalidad de una campanilla eléctrica al menos sobre las mesas; pero las variaciones son muy numerosas.»

Pueden los golpes variar con las diversas personalidades del medium. «Cada individualidad personificada se manifiesta por golpes especiales.»

Cree haber hallado estrecha conexión entre los golpes y los movimientos musculares de los asistentes, y formula estas proposiciones: «1.ª Todo movimiento muscular, aunque sea débil, va generalmente seguido de un golpe; 2.ª, la intensidad de los golpes no me ha parecido proporcional al movimiento hecho; 3.ª, ni que varíe proporcionalmente a su alejamiento del medium».

Los golpes producen en el medium «una sensación de fatiga ligera. Esta sensación es perceptible para los mismos espectadores» (1).

---

(1) Maxwell: *Les phénomènes psychiques*, pág. 67.

Los autores citados en la rotación de las mesas explican este fenómeno lo mismo que aquél, y, por tanto, nada tenemos que añadir aquí acerca de ellos. Respecto de la explicación de Maxwell hemos de observar: 1.° Que es gratuito suponer que por sólo poner las palmas de las manos sobre la mesa haya siempre movimiento muscular, no ya consciente, pero ni inconsciente; fácil es comprobarlo. — 2.° Dado que exista dicho movimiento, es igualmente gratuito suponer que el golpe seco dado por la mesa sea generalmente efecto del movimiento muscular, sobre todo cuando éste sea débil. ¿Qué proporción hay entre el golpe de una pesada mesa y dicho movimiento? Al mismo Maxwell le parece que no hay proporción.

Es más: ni le parece que hay proporción entre dicho golpe y el alejamiento del medium; es decir, que tampoco es debido al medium; pues entonces, ¿por qué los golpes producen en él « sensación de fatiga » que, al decir de Maxwell, notan los mismos espectadores? Y si no es el medium, ¿quién es el que los produce? No lo dice el célebre experimentador. Como quiera que sea, el fenómeno de los golpes es más sencillo y más fácil de obtenerse que la rotación de la mesa, y ciertamente que no es necesario recurrir a grandes habilidades para conseguirlo: basta para ello un sencillo mecanismo de un hilo aplicado ocultamente al pie de la mesa con un botoncito eléctrico puesto lejos, en lugar no visible, a disposición del medium; si la experiencia se hace a oscuras o con poca luz puede bastar el uso de los electroimanes, o de otro medio, como luego se verá en los fraudes.

He aquí por qué si bien dichos golpes significan las respuestas a las preguntas hechas, y a veces son éstas acertadas, no hay que pensar no ya en la inteligencia de la mesa, pero ni en la de los espíritus invisibles del otro mundo a que recurren los espiritistas.

Si las contestaciones dadas son exactas, y las predicciones

hechas se realizan, los partidarios del espiritismo admiran la sagacidad del espíritu que se manifiesta. Si, por el contrario, aquéllas no son exactas y éstas no se realizan, los espiritistas no se desilusionan por ello y atribuyen el hecho a un *espíritu engañador* (1). ¡He ahí un expediente muy cómodo para salir de apuros!

«Para que esas inexactitudes y esos aciertos pudieran y debieran atribuirse a los espíritus, dice acertadamente un escritor, sería menester que las pretendidas revelaciones proviniesen de los espíritus y que éstos fueran, realmente, las personalidades que ellos afirman ser» (2).

El Dr. Filiatre, lejos de atribuirlo todo, como Grasset, a los movimientos musculares inconscientes, añade:

«No pretendemos explicar todas las comunicaciones tiptológicas por la sola hipótesis de los movimientos musculares más o menos inconscientes. Esta hipótesis no se puede invocar cuando los asistentes, contentándose con hacer la cadena alrededor de la mesa sin tocarla, obtienen mensajes por medio de golpes dados por el pie de la mesa o por golpes que resuenan en el tablero. Cuando planteemos el problema del desdoblamiento del cuerpo humano veremos por nuestras propias experiencias que es aún posible atribuir estos fenómenos a causas naturales.

»Existen gran número de medios para obtener comunicaciones por automatismo simple, pero el estudio de todos estos procedimientos, más o menos complicados, no es indispensable desde el punto de vista práctico, y podemos diferirlo sin ningún inconveniente. Aconsejamos, pues, al lector, que se atenga por el momento a la tiptología, puesto que es el medio más sencillo de inducir el automatismo muscular.

---

(1) Filiatre: *Hipnotismo y magnetismo*, P. II, pág. 329.

(2) Grasset: *L'occultisme hier*, P. II, n. 45.

»Se puede interrogar a la mesa sobre cualquier asunto. A veces se obtienen comunicaciones interesantísimas, y muchas veces, y aun muy a menudo, las predicciones hechas se realizan, particularmente cuando el medium está dotado de clarividencia...» (1).

El autor deja la cuestión sin resolver; se limita a afirmar que no se explican por movimientos musculares inconscientes todas las comunicaciones tiptológicas, pero ni dice cómo se explican las unas, ni por qué no pueden explicarse las otras, ni señala cuáles son éstas. En una palabra: aquí no hay más que meras afirmaciones sin prueba ninguna.

---

(1) Ob. cit., págs. 330 y 331.

CAPITULO V

Escritura automática

Para obtener respuestas en las sesiones espiritistas no es necesario acudir a los golpes de la mesa. Medio más expedito es el de la escritura automática.

Son muchos los procedimientos empleados para obtener escrituras automáticas. No pocos de ellos exigen el concurso de aparatos bastante complicados. La manera más práctica es la siguiente: el medium deja reposar sobre una hoja de papel la punta de un lápiz, sosteniéndolo como si fuese a escribir, y mantiene su brazo flojo, sin hacer ningún movimiento manifiesto en el primer ensayo. Lo más corriente es que en esta primera tentativa sólo se obtengan garabatos absolutamente ilegibles, y a veces la repetición de la misma letra. Para obtener resultados sorprendentes por la escritura automática, es necesario adiestrarse semanas enteras. Es preciso experimentar todos los días, al menos durante un cuarto de hora, y mejor todos los días a la misma hora.

Si queremos obtener por nosotros mismos la escritura automática, he aquí las reglas que prescribe un operador:

Se ha de tener la mano derecha abierta y los dedos juntos, y pensar que los dedos se separan.

El brazo debe hallarse en un estado pasivo; es necesario no

hacer ningún movimiento voluntario para que los dedos se aparten sin oponer resistencia a su separación. Al cabo de algunos momentos la mano se agita ligeramente a impulso de pequeñas conmociones eléctricas, que nos hacen la ilusión de pequeñas descargas, y los dedos se apartan por movimientos bruscos.

Obtenido este primer resultado y separados los dedos todo lo posible, se piensa que se aproximan. Repitiendo a menudo este ejercicio se desarrolla en nosotros una especie de automatismo que nos inducirá poco a poco a obtener la escritura automática.

Déjese ahora la punta del lápiz sobre el papel, como si fuésemos a escribir, y pensemos en una letra cualquiera. En la mayoría de los casos la mano reproducirá inmediatamente esta letra sin necesidad de movimientos razonados y voluntarios.

Cuando el entrenamiento sea suficiente, colocaremos la punta del lápiz sobre el papel del modo que queda indicado, esforzándonos en no pensar en nada. Ignorándolo el operador, la mano trazará palabras, después frases, y obtendremos por este procedimiento interesantes comunicaciones. De esta manera los mediums han escrito algunos volúmenes (1).

¿Qué decir de este maravilloso fenómeno? En verdad que si fuéramos a creer a pie juntillas cuanto nos dicen aquí los espiritistas, nos encontraríamos sin poder dar ninguna explicación natural. Porque, ¿cómo es posible que la mano escriba, *en pleno estado de vigilia*, sin necesidad de movimientos razonados y voluntarios? Y si no es en estado de vigilia y, por tanto, consciente, ¿cómo en estado inconsciente (a no ser hipnótico y del que ahora prescindimos) y sin saberlo el operador puede la mano escribir acertadamente mucho y sobre muchas y diversas materias? Pero, después de todo, ¿es esto lo que pasa en las sesiones del espiritismo?

---

(1) Filiatre, ob. cit., pág. 331.

«Kellar, prestidigitador muy conocido, hacia 1895, en América y en otras partes, realizó, según cuenta el Dr. Grasset (1), experiencias de escritura directa con el medium inglés W. Egliton. Imitó, con gran éxito, la escritura sobre pizarras, y, finalmente, «se comprometió a repetir cualquier fenómeno mediánico con tal de verlo tres veces» (2); de modo que, según él, es cuestión de aprendizaje.

Además, ¿quién no ha visto, en los cinematógrafos, lápices que con extraordinaria velocidad escriben, *al parecer*, solos o por sí mismos, largos mensajes? Luego tendremos ocasión de referir algunos fraudes cometidos en esta materia, y esto nos excusa de entrar en más explicaciones (3).

---

(1) *L'occultisme hier*, P. I, n. 13.

(2) *Annales des Sciences Psychiques*, 1893, págs. 167, 235, 287 y 355.

(3) Véase Bessmer: «Das automatische Schreiben» en *Stimmen aus Maria Laach*, 1903, t. LXIV, pág. 44.

CAPITULO VI

Levìtación

Uno de los fenómenos más sorprendentes del espiritismo es el que nos cuentan acerca de la *levitación,* o sea «elevación de un objeto material sin que ninguna de las partes de este objeto descanse o esté en contacto con un punto aparente de apoyo.»

Se obtiene con contacto de las manos y sin él. He aquí un método para obtener la *levitación* de la mesa estando las manos en contacto con ella.

Después de haber evocado al espíritu, los concurrentes aguardan unos minutos sin romper la cadena. Cuando se balancea la mesa y parece querer levantarse, el medium coloca una mano debajo de la mesa y la hace descender de modo que quede colocada a pocos centímetros de la tabla superior. La deja algunos instantes inmóvil, luego la eleva muy lentamente.

Cuando los asistentes no tocan la mesa, ponen la cadena a distancia, es decir, forman un círculo alrededor del mueble, dándose la mano unos a otros. El medium presenta la palma de la mano a una ligera distancia de la tabla de la mesa, la deja inmóvil algunos instantes y la eleva en seguida muy lentamente (1).

---

(1) *Hipnotismo y magnetismo:* «Ocultismo experimental», págs. 283 y 284.

«Para mí, dice Flammarion, la levitación de los objetos no es más dudosa que la de un par de tijeras levantadas con ayuda de un imán. Una tarde, continúa diciendo, rogué yo a Eusapia que pusiese sus manos conmigo sobre el velador... Bien pronto elevóse el mueble a 30 o 40 centímetros, mientras nosotros dos estábamos ambos en pie. En el momento de producirse el fenómeno puso el medium una de sus manos sobre una de las mías, apretándola fuertemente; y había de parte de ambos un acto de voluntad expresado con palabras. Esta experiencia se repitió tres veces ese día, en plena luz. Así, pues, el fenómeno de la levitación se encuentra, para mí, probado de un modo absoluto y total» (1).

Levitación. — 1. La mesa sobre el suelo

Uno de los mediums más célebres es Eusapia Paladino. «Sujeta a una silla o contenida fuertemente por los brazos de los curiosos, atrae ella los muebles que la rodean, los alza, los mantiene eleva-

(1) C. Flammarion: *Les Forces Naturelles inconnues*, «Expériences de lévitation», 1907.

dos en el aire y hace que desciendan con movimientos ondulatorios; Eusapia se eleva en el aire, cualesquiera que sean los brazos que la retengan, y permanece de esta suerte en contra de todas las leyes de la gravedad» (1).

En la sesión del 22 de mayo de 1871, Crookes hizo notar que tanto su mujer como él sintieron apoyarse sobre sus rodillas sucesivamente una mano pesada. *Las manos de Home estaban sobre la mesa y en la habitación había bastante luz.* Algunos minutos después la mesa se elevó en el aire muchas veces, y en ese preciso instante varias personas tomaron una bujía y examinaron los pies y las manos de Home, mientras la mesa se elevaba, y comprobaron que las tres patas de la mesa estaban en el aire.

En las famosas sesiones celebradas en 1892 en Milán, se produjo el fenómeno de *levitación* de una mesa, «*y se pudo fotografiar la mesa en el instante en que permanecía suspendida en el aire durante algunos segundos*... En una de las fotografías se ve al doctor Richet sujetando una mano, las rodillas y un pie del medium, y al profesor C. Lombroso que le coge la otra mano» (2).

Viniendo ahora a la explicación del fenómeno, lo que debería estudiarse con los registradores es la zona de aire y de éter que separa al sujeto del objeto que es puesto en movimiento. Ahora bien, sabido es que nada se había hecho en las experiencias de Eusapia (y en otras tampoco) para explorar científicamente esta zona.

«Luego toda la ingeniosidad desplegada por los experimentadores italianos, dice un escritor, no ha sido suficiente para hacer que esas experiencias resulten indiscutibles...; continuamos ignorando si hay o no un contacto disimulado, una trampa hábil o un fraude inconsciente...» (3).

---

(1) Chaia, en *Annales des Sciences Psychiques*, 1908, pág. 29.

(2) Juan Filiatre, lib. cit., pág. 286.

(3) Grasset, ob. cit., P. III, chap. II, n. 88.

Gustavo Le Bon «ofrece un premio de quinientos francos al medium» que realice una levitación de objetos sin contacto en las condiciones científicas que él indique. El príncipe Rolando Bonaparte añade mil francos a ese premio, que Dariex ha elevado a la suma total de dos mil francos (1).

Levitación. —2. La mesa levantada a 20 centímetros

Reprocha Papús a Le Bon el pedir levitaciones en plena luz, cuando, según sus investigaciones, «se necesita una fuerza cuarenta y cinco veces mayor para producir un fenómeno a la luz blanca, que para producir el mismo fenómeno a la luz de la lámpara de fósforo de Crookes, o a la luz roja de los fotógrafos». ¡Esto es verdaderamente inaudito! ¡Que con una fuerza cuarenta y cinco veces menor que a la luz blanca puedan ser elevados los cuerpos a la luz roja de los fotógrafos! No dice Papús en qué se funda esta maravillosa invención. Si esto fuera verdad, se explicaría perfectamente

(1) *L'Eclair*, de Paris, 29 avril 1908.

por qué los espiritistas no quieren practicar con luz meridiana y a vista del público sus más famosas experiencias.

Graciosamente le responde Harduin: «Encontrándose el medium en una habitación iluminada con la luz roja de los fotógrafos, levantará una mesa. Se dará en seguida la luz, y el mismo medium podrá entonces desplazar un objeto cualquiera que pese cuarenta y cinco veces menos que la mesa. De esta suerte el gasto de flúido continuará siendo el mismo y el medium se ganará sin dolor los dos mil francos prometidos. Esto es tentador» (1).

W. Crookes cree haber comprobado que la persona magnetizada puede perder algo de su peso, con lo cual se pone en condiciones de elevarse. Contra esta pérdida de peso contesta P. Janet diciendo que él ha hecho experiencias de peso en tales personas y que no ha hallado tal pérdida (2). Además, ¿de qué serviría el que perdiera algo de peso?; todavía el peso de una mesa o de una persona resulta demasiado grande para elevarse naturalmente por el aire.

Otros lo quieren explicar diciendo que la gravitación depende de la diferencia entre la polaridad eléctrica o magnética de los cuerpos, y afirman que el cuerpo humano tiene una polaridad distinta que la de la tierra, pero que pueden anularse en ciertos casos, es decir, que si la tierra y el cuerpo llegan al mismo estado de polaridad, el cuerpo queda en libertad de poderse elevar en el espacio.

Pero, en primer lugar, ¿cómo conocerá el medium que entre tal cuerpo y la tierra hay idéntica polaridad? Porque si se pone a hacer la experiencia sin este previo conocimiento se expone a un fracaso.

---

(1) Grasset, ob. cit., n. 88, fin.

(2) *Bulletin de l'Institut Psychologique Intern.*, Paris, juillet, 1901.

En segundo lugar, si hay tal polaridad idéntica y el cuerpo está en condiciones de elevarse, ¿por qué no sube más que unos cuantos centímetros?

Levitación. — 3. Sin cadena

En tercer lugar, si tiene tal libertad, ¿por qué no permanece en el aire más que unos segundos o algún minuto? Y ¿por qué desciende o por qué desciende tan pronto?

«La explicación que daba el profesor de Química Roberto Haare, de Filadelfia, de estos fenómenos, era que la inteligencia presente puede, por la volición, privar a los cuerpos inertes de la fuerza de inercia y mover esos cuerpos por la voluntad» (1). Concuerda con esta explicación la de aquellos que dicen que la fuerza psíquica anula o neutraliza muchas veces la ley de la gravitación. Semejantes afirmaciones no merecen respuesta.

Cuando se trata de explicar la levitación hay que distinguir entre la que se realiza en las sesiones de espiritismo y otras de que nos hablan las historias. Aquélla es muy precaria, como se ve en la figura; no pasa de unos cuantos centímetros de elevación, no dura más que un momento, se realiza a media luz, y hay varias personas alrededor de la mesa que inducen sospechas acerca del modo. Sería extremada sencillez y candor creer que para tales levitaciones se requieran fuerzas preternaturales; hábiles prestidigitadores son capaces de realizar, con poderosos imanes y fuerzas eléctricas artificiosamente dispuestas, elevaciones de objetos más sorprendentes que la que ofrece la figura. Es de saber que esa figura es la clásica, reproducida en casi todas las obras de espiritistas. No hablemos de otras elevaciones o autoelevaciones más notables, porque, como luego veremos, han resultado falsas o falseadas. En los cinematógrafos se ven ascensiones mucho mayores y de objetos más pesados.

Otra cosa sería si se tratara de explicar la levitación o autolevitación de las personas por el aire, en plena luz, como la que realizó el Divino Salvador el día de la Ascensión. Para dar razón de estas levitaciones no hay explicación natural que valga. Hay que acudir o bien a la Omnipotencia de Dios, aplicada directamente al fenómeno, o a la acción angélica. Porque o es la misma fuerza

(1) Citado por FILIATRE, pág. 285.

divina la que realiza el fenómeno, como en el caso del Señor, pues se elevó por su propia virtud; o es la aplicada por medio de los ángeles, cuyas fuerzas son ciertamente capaces de elevar objetos muy pesados; y esto, o bien conservando el mismo peso, o bien consiguiendo de Dios que pierdan momentáneamente los cuerpos su peso, anulando el efecto de la gravitación.

No queremos terminar este punto sin hacer mención de una célebre levitación; nos referimos a la de Simón Mago.

Es famosa la autolevitación de Simón Mago. Las constituciones apostólicas que, dicho sea de paso, no son de los Apóstoles, afirman que se verificó diez años antes de morir el mismo. San Pedro, según dichas constituciones, la refiere en estos términos: «Encontré a Simón Mago en Cesarea y en una disputa pública le obligué a darse por vencido. Partió entonces para Italia. Llegado a Roma empezó a mover guerra a la Iglesia y a enervar la fe y corromper a los paganos con su arte mágica.

»Un día invitó al público al anfiteatro y me llevó a mí también, prometiendo que volaría por el aire. Todos los ojos estaban fijos en él. Yo oraba en lo íntimo de mi corazón. Tómanle los demonios y le levantan en alto. — Yo subo al cielo, decía, y desde allí derramaré sobre vosotros bendiciones y gracias. — La muchedumbre aplaudía y le festejaba como a una deidad.

»Yo, con el corazón y las manos alzadas al cielo, suplicaba a Dios, por los méritos de Jesucristo, abatiese los humos de aquel impostor, quebrantase el poder de los demonios que pervertían a los hombres, derrotase al impío con caída afrentosa y le rompiese los miembros sin privarle de la vida.

»Hecha esta oración exclamé mirando a Simón: Si yo soy realmente verdadero Apóstol de Jesucristo y maestro de la sincera piedad, y no un impostor como tú, miserable Simón, mando a las potestades, cómplices de tu impiedad, que te suelten de las manos,

y caigas de esas alturas, y vengas a recoger el premio de tus embustes.

»No bien hube hablado, Simón, abandonado de los demonios, vino a tierra con estruendo cayendo en medio del anfiteatro. Quebróse un muslo y se desencajó los dedos de los pies. La turba exclamó: El Dios que Pedro predica es el verdadero Dios. Muchos abandonaron a Simón y se convirtieron; otros perseveraron en esa ignominiosa secta» (1).

También habló de esta ascensión Arnobio (2), cuya relación aceptaron Baronio, Natal Alejandro, Berti, Tillemont, Calmet y otros (3). En cambio, los padres apostólicos y escritores del segundo siglo la pasan por alto.

Por esta causa Enrique Valles (4), Lecanu (5) y otros autores dudan si voló en efecto por los aires, y piensan que la tradición recogida por Arnobio significaba alegóricamente el triunfo de Simón Pedro sobre Simón Mago. Y las Clementinas que lo narran, adornaron considerablemente con figuras simbólicas la historia tradicional (6).

---

(1) Constit. Apost., lib. VI, cap. IX.

(2) *Advers. gentes*, lib. III.

(3) S. Ciril.: *Cateches.*, VI. — S. Epifan.: *Haeres.*, XXI. — S. Agust.: *Libr. de haeres.* — Eusebio: *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XII. — Calmet: *Dissertat.*, de Simón Mago. — Teodoreto: *Haeret. fabul.*, lib. I, cap. I.

(4) *Annot.*, ad cap. XV, lib. II, *Hist. Euseb. caesar.*

(5) *Dictionn. des miracles:* «Simon le Magicien».

(6) Fouard: *S. Pierre*, app. V.

CAPÍTULO VII

Fenómenos de aportación

Llámase fenómeno de aportación a la aparición repentina de objetos que no hayan sido traídos por los concurrentes. Son bastante frecuentes, y muchos los testigos que los han relatado.

«Propiamente hablando, dice Filiatre, no existe procedimiento especial que pueda ser recomendado para la obtención de estos fenómenos. Experimentando con frecuencia sobre personas cuya buena mediumnidad ha sido comprobada, es como se verificará la aportación (generalmente sin que se la espere). Entonces se ven aparecer sobre la mesa los objetos más diversos, como flores, frutas, piedras, confites, etc., etc. Lo que contribuye a dar a estos fenómenos un interés muy particular es que no será raro ver cómo aparecen flores y frutos exóticos en perfecto estado de frescura, y esto en pleno invierno» (1).

Pero tratándose de personas que estén en cabal estado de juicio, ¿se puede explicar naturalmente la aparición repentina de objetos lejanos? ¿Que «experimentando con personas cuya buena mediumnidad ha sido comprobada, se verifica la aportación»? ¿Qué significa esa buena mediumnidad? ¿Mucha habilidad de prestidigitador?

---

(1) Lib. cit., pág. 294.

El doctor A. Comte de Sarak o «Rama» el «yogui fué muy celebrado en París porque, según se decía, hacía crecer el trigo». Recibía a la gente con el pecho cubierto de placas y condecoraciones diversas y operaba vestido con una doble túnica «tibetana» o «con una especie de hopalanda de seda clara, abierta por delante». «Debo yo, decía, revestirme para cada una de las experiencias con una ropa cuyo color se armonice con las ondas y las vibraciones que en esa experiencia utilice» (1).

Ante los ojos de los espectadores hacía brotar una yuca o saltar pececillos rojos. Pues bien, era un vulgar embaucador que ocultaba el tallo de la yuca bajo sus vestidos y los peces en un depósito que oprimía detrás de su espalda (2).

En los fenómenos llamados de aportación han tenido lugar, como luego se verá, semejantes engaños. Además, los hechos mismos no constan con certeza, ni han sido suficientemente comprobados, y son en aparencia realizables por prestidigitadores, según ellos mismos confiesan.

Hemos dicho que no hay, al menos naturalmente, tales fenómenos de aportación repentina de objetos lejanos para los que están en su sano juicio. Pero puede parecer que los hay a los sonámbulos y a otros que están en estado inconsciente. El doctor Janet cuenta y explica un sucedido muy notable; es el siguiente:

«Fué llevada al servicio del profesor M. Raymond, en la Salpêtrière, una muchacha de veintiséis años, turbada, según se dijo, por alucinaciones. Hija de un padre estragado por el ajenjo, muerto en un asilo, había tenido siempre alucinaciones. Las primeras databan de la infancia. A los ocho años veía ella ángeles con hermosas vestiduras blancas, que se le aparecían hasta en pleno día.

---

(1) *Echo du Merveilleux*, 1907, págs. 441 y 461. — *Annales des Sciences Psychíques*, 1908, pág. 21.

(2) Ibid., pág. 302.

En el momento de la pubertad, de los diez a los doce años, vióse muy turbada por esas imágenes, siempre de carácter religioso. Mezclábanse a ello alucinaciones auditivas, porque los ángeles la daban oralmente buenos consejos y la enseñaban el Catecismo.

»Tomó la costumbre, sin que sepamos nosotros el origen de esta idea, de bautizar a uno de esos ángeles con el nombre de Santa Filomena, y desde entonces la santita, como ella la llamaba, desempeñó un gran papel en su vida. A la edad de doce años pareció que desaparecían las alucinaciones, hasta los diez y siete. En este momento diferentes emociones, un amor contrariado, la enfermedad y encierro del padre en el asilo, la perturbaron, y volvieron a comenzar las alucinaciones; en suma, no han cesado hasta la enfermedad actual, o edad de veintiséis años.

»Se me quiso demostrar la existencia de Santa Filomena *con objetos que esta Santa había traído del cielo*... De este modo supe que las alucinaciones se complicaban con fenómenos de aportación.

»La joven, para convencerme, me presentó una colección de objetos dados milagrosamente por la Santa. Tengo una caja llena de ellos: son plumas de pájaros especialmente, algunas que provenían probablemente de su edredón, algunas flores desecadas, piedras extrañamente coloreadas, algunos fragmentos de vidrio y algunos dijes comunes de plata, como un angelito con las alas desplegadas.

»La enferma se puso a mi disposición para ayudarme a encontrar los procedimientos de que se servía Santa Filomena; me ayudó a poner en evidencia el error, quedóse muy admirada cuando conseguí hacerle patente ese error...

»Contóme M., en primer término, tan exactamente como le fué posible, cómo habían pasado las cosas. De tiempo en tiempo, no importa en qué lugar, pero sobre todo en la escalera, y en

su habitación, encontraba ella *objetos que no estaban en su sitio;* este es el hecho más esencial; objetos en un sitio anormal y extraño, como, por ejemplo, piedras brillantes en la escalera, plumas de aves sobre la mesa del comedor, un dije desconocido en medio de su edredón, plumas y trozos de vidrios colocados en forma de cruz sobre una mesita de su alcoba. Estos objetos, o más bien el sitio en que los objetos aparecían, la sorprendía, y no tardaba en aferrarse, sin saber por qué, a la creencia de que la Santa los había colocado allí.

»No siempre sabía de dónde procedía la creencia, pero la poseía firmemente y entonces la comunicaba a los demás. Algunas veces las cosas pasaban hasta en público y todo el mundo experimentaba entonces la misma sorpresa; así, durante una comida de familia, habían caído realmente plumas del techo sobre la mesa; la sorpresa fué general, y todo el mundo estuvo de acuerdo, aun antes de hablar ella, para decir que esas plumas no habían llegado naturalmente y debían haber sido llevadas por la Santa.

»Con objeto de ir más adelante, traté yo de reavivar de todas suertes los recuerdos del sujeto durante la vigilia primero y en seguida durante el sueño hipnótico; bastaba dirigir la atención con cuidado sobre los instantes que habían precedido o seguido al descubrimiento de los objetos. M. con gran sorpresa encontró algunos recuerdos, y yo pude comprobar que en su casa no siempre se hacían las aportaciones de la misma manera.

»Deben distinguirse tres formas del fenómeno, que se acercan por lo demás una a otra con una complicación creciente.

»El primer caso es el más sencillo; el objeto se encuentra realmente en un sitio por casualidad; una piedra brillante en una acera o en la escalera, no dejaría de producir en cualquiera un movimiento de extrañeza, y mucho más en la enferma que se halla preocupada por esos objetos colocados en sitios extraños. Esto

determina una emoción y, a consecuencia de ella, una especie de aturdimiento, de rebaja del nivel mental, en el que se da ella cuenta de la realidad y se encuentra de nuevo en medio de alucinaciones. Aparece la Santa y ella es sencillamente la que afirma haber colocado la piedra para proporcionarla un placer. La idea de los *aportes* que preocupa a la enferma en razón de su ambiente espiritista, origina un fenómeno subconsciente que trae la alucinación visual y auditiva. Esta transformación de la idea en alucinación tiene por consecuencia el hacer nacer la convicción en el espíritu de esta histérica sugestible. La convicción es contagiosa y todo el grupito se halla en admiración ante esa piedra encontrada por casualidad.

»Este es el caso más sencillo. El fenómeno se complica, cuando se trata de objetos extraños, en la habitación misma de la enferma. Aquí las cosas pasan frecuentemente durante la noche. M. es una sonámbula, nadie lo pone en duda; ella era la que se levantaba por la noche durmiendo y buscaba en el fondo de un baúl una piedrecita azul, en forma de corazón, y la ocultaba en el fondo del delantal, o bien disponía los trozos de vidrio en cruz sobre la mesa con plumas sacadas del edredón, o hacía dos marcas sobre el edredón, que semejaban dos alas. Al despertar quedábase la enferma estupefacta ante lo que veía; y que Santa Filomena interviniese o no, por alucinación, la creencia era la misma.

»Finalmente, en el tercer grupo el ataque de sonambulismo era diurno; la enferma se sorprende a sí misma; pero, esto es cierto, dice, yo fuí quien busqué aquel angelito de plata en un viejo cajón, yo quien lo llevé al medio de la habitación; yo era quien cogía las plumas del edredón y las desparramaba por la escalera... Yo a mi vez la hice encontrar el recuerdo de una escena muy curiosa. Antes de la comida de familia viósela subir sobre la mesa,

colocar en ella un taburete para elevarse más alto, y pegar las plumas en el techo con un poco de harina mojada; luego se bajó tranquilamente, puso en orden todas las cosas y se volvió a su habitación sin ningún recuerdo de esa broma. Durante la comida, cuando cayeron las plumas, despegadas tal vez por el calor de la lámpara, quedóse sinceramente estupefacta» (1).

---

(1) GRASSET: *Le Spiritisme devant la Science*, prefacio de PIERRE JANET; *Société de Psychologie*, décembre 1902.

CAPÍTULO VIII

Materializaciones y fotografías

1. Llámanse fenómenos de materialización aquellos en que, al decir de los espiritistas, aparecen los espíritus evocados en formas materiales, pudiendo ser vistos, oídos y palpados, tanto, que se han obtenido, según ellos dicen, fotografías de los espíritus evocados (1).

Veamos, ante todo, cómo se procede en estas experiencias.

«He aquí, dice A. Enry, cómo se procede en una sesión de materialización. Se coloca al medium en una habitación sombría, no teniendo otra puerta que la que da acceso a la cámara donde se encuentran los asistentes. Esta cámara puede quedar con una luz débil y desde que el medium está en estado letárgico se presentan formas materializadas; cuando esas formas son fluídicamente débiles, no pueden avanzar sino a algunos metros cerca del medium; cuando las formas tienen una fuerza psíquica mayor, pueden marchar, hablar y hasta escribir. Durante todo ese tiempo el medium debe quedar en una oscuridad semicompleta. Se puede entrar y asegurarse de si el sujeto está en un perfecto estado de

---

(1) Véase G. de Fontenay: *La photographie des phénomènes psychiques;* París, 1912.

letargo» (1). El célebre geólogo americano Danton, para obtener la forma de miembros materializados, preparó un recipiente de agua fría y otro de cera derretida. Apareció una mano materializada y Danton rogó fuese introducida primero en la cera líquida y después en el agua fría: fué al punto obedecido y desmaterializada que fué la mano, obtuvo un facsímile admirablemente torneado (2).

Carlos Eldred, de Clowne, obtuvo curiosas materializaciones. Dice que en Clowne, ante M. y Mme. Letort, en cada una de las sesiones, «Arturo, el hermano del medium, muerto mucho tiempo hacía, materializándose, efectivamente, iba y venía de la sala al gabinete en nuestra presencia. Permanecía entre nosotros cada una de las tardes de diez a quince minutos. Nos mostró sus brazos desnudos, diónos puñetazos, hízonos tocar sus magníficos vestidos blancos, y se paseó a través de la habitación...» Muchas veces se desmaterializaba y parecía «sombrear en el parque... En cada una de las sesiones se materializaban ocho o nueve espíritus». En uno de ellos reconoció Mme. Rosset a su madre; en otros reconoció M. Letort a su vieja nodriza, a su hijo... Se tomaron muchas fotografías. En Nottingham, con el mismo medium, el contraalmirante W. Osborne Moore vió materializarse a uno de sus próximos parientes, muerto poco antes y que había manifestado anteriormente el deseo de aparecérsele.

Pero el 5 de marzo de 1900 fué desenmascarado por el doctor Abraham Wallace. Siguiendo las indicaciones de un *psicómetra clarividente*, M. Bailey, examinóse de cerca la silla sobre la que realizaba Eldred sus experiencias, y se encontró en la parte posterior un agujerito de cerradura profundamente incrustada y escon-

---

(1) Citado por FILIATRE, ob. menc., pág. 304.

(2) Véase PAPPALARDO: *Spiritismo*, pág. 110.

dida en medio de la tela... Mandóse hacer una llave que abrió la cerradura y pudo sacarse una fotografía que puso de manifiesto el compartimento secreto que medía quince pulgadas por dos (cuarenta centímetros por cinco próximamente). «En una sesión se encontró el pequeño armario lleno de los artículos necesarios para simular formas espiritistas. Hallóse una cabeza de malla con una máscara color de carne; seis piezas de hermosa seda blanca de la China, de una longitud total de trece metros; dos piezas de paño negro muy fino, destinadas, sin duda, a las pretendidas desmaterializaciones; tres barbas de formas diferentes; dos pelucas, una blanca y otra gris; una especie de armazón de metal que podía extenderse en todas direcciones y que, cubierto de tela, debía representar la segunda forma humana; una lamparilla eléctrica con cuatro metros de hilo que permitía al medium producir luces espiritistas en el interior del gabinete cuando él se hallaba fuera; un frasco de esencia, alfileres, etc., etc.» (1).

En la misma época ocurrióle una desventura análoga a Craddock, que es «otro de los mediums de materializaciones más conocidos en Inglaterra».

El teniente coronel Mark Mayhew comenzó a sospechar la existencia del fraude antes de desenmascararle. Una o dos formas se aproximaron a M. Mayhew, pretendiendo ser parientes que jamás había tenido; un niño se adelantó hacia su mujer llamándola madre, siendo así que no había perdido ningún hijo. «En los mismos momentos, otros espectadores se mostraban más cándidos y confiados. En un momento dado, al ver una señora que una forma se le acercaba, comenzó a gritar, dirigiéndose a su marido: «¡Mira, es tu padre!» El marido replicó: «¡Es cierto!» Pero luego, fijándose más, exclamó: «¡No, es mi madre!»

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1905, pág. 558; 1906, págs. 184 y 292. — *Echo du Merveilleux*, 1905, pág. 292; 1906, págs. 73, 124 y 147.

En la sesión final se anunció primeramente el espíritu de una señora, que no solamente se encontraba viva, sino que estaba presente. Después, «en cierto momento, una forma que tenía sobre su labio superior un bigote blanco retorcido, se acercó al teniente coronel, quien la cogió fuertemente por los brazos. El fantasma se debatía violentamente, y, no consiguiendo desprenderse, arrastró a su agresor al gabinete. M. Mayhew, sabiendo que M. Carleton se hallaba provisto de una lamparilla eléctrica, le rogó que diese luz, y de esa suerte pudo reconocerse que el pretendido fantasma no era otro que el propio M. Craddok en persona» (1). Luego tendremos ocasión de referir otros fraudes.

2.—Experiencias de materialización en la Villa Carmen

Las experiencias de la Villa Carmen han tenido mucha resonancia en estos últimos tiempos. Estas experiencias se hicieron en el mes de agosto de 1905, en la Villa Carmen, cerca de Argel, en casa del general y Mme. Noel con Mlle. Marthe B., medium; las refiere Carlos Richet en noviembre del mismo año en los *Annales des Sciences Psychiques*.

El fantasma B. B. no es ni una imagen reflejada en un espejo, ni una muñeca, ni un maniquí. «Posee todos los atributos de la vida. Yo le he visto salir del gabinete, marchar, ir y venir en la habitación; he oído el ruido de sus pasos, su respiración y su voz; he tocado su mano en diversas ocasiones que estaba articulada, cálida, móvil.» B. B. sopla con un tubo en el agua, que resulta completamente blanca, y, como se le aplaude, el fantasma reaparece y saluda tres veces. Se le fotografió muchas veces durante una deflagración súbita de una mezcla de clorato de potasa y de

(1) *Annales*, 1906, págs. 320 y 448. - *Echo*, 1906, págs. 125 y 249.

magnesio... Desde febrero de 1902, el mismo fantasma había ya aparecido muchas veces con otros mediums.

Pues bien, Carlos Richet confiesa que *hasta ahora los experimentadores no han conseguido convencer de la realidad de las materializaciones y apariciones de fantasmas*, y que es preciso averiguar si ha habido fraude o no.

Y parece que le hubo. Según las publicaciones del doctor Rouby en Argel *(Les Nouvelles)*, del doctor Valentín en París *(La Vie Normale)*, del pintor Von Max en Leipzig *(Psychische Studien)*, parece que efectivamente en las experiencias anteriores a Richet hubo fraude voluntario, cometido en especial por el árabe Areski, y en las mismas experiencias de Richet le hubo también más o menos consciente del medium, en muchas sesiones al menos (1).

3. — Experiencias de materialización de Müller en París

Müller hizo experiencias en París; de ellas dice C. de Vesme: «No es aquí una forma humana la que se materializa con mucho trabajo, como en las de Katie King y de B. B.; las apariciones se suceden y no se asemejan nunca; van, vienen, tocan a los asistentes, hablan y hasta cantan.»

Mas, según Gastón Méry, no ofrecen todavía la certidumbre científica de la existencia de las materializaciones. «Las sesiones, dice, parecían reguladas por un hábil empresario... se hallaba graduado el interés como en una representación teatral.» «El medium no parecía disponer más que de cierto número de apariciones que tomaban nombres diferentes, vacilaban acerca de sus apellidos

(1) *Annales*, 1905, pág. 319.

(cuando no los ignoraban). Puede preguntarse uno si los cantos que se entonan en el intervalo de las apariciones no tienen por objeto el ocultar el ruido de los preparativos; si la cadena, cuyo oficio confesado era ayudar a la condensación de los flúidos, no tiene otro objeto no confesado, a saber, impedir que los indiscretos percibiesen los ropajes flotantes o hasta las manos de las apariciones.»

«Ninguna de las formas que hemos visto condensarse ante nosotros ha dado una prueba de su identidad... Diríase que las formas, indecisas acerca de los nombres que habían de pronunciar, trataban de pescarlos en los labios de los asistentes, y que querían que los espectadores mismos designaran las personalidades de que ellas se revestían... Ninguna de las numerosas apariciones que se presentaron reveló un hecho que fuera ignorado del medium.» Los fantasmas muy precisos correspondían siempre a personajes desconocidos de los asistentes; permanecían, por el contrario, vagas las apariciones que correspondían a personajes conocidos.

Si, pues, esos fantasmas no son ni espíritus reencarnados ni demonios, «no queda más que una explicación posible: a través de las formas aparecidas es Müller el que habla y el que obra» (1).

---

(1) Véase Gastón Méry y Charles y Ellen Letort, en el *Echo du Merveilleux*, 1906, passim.—C. de Vesme, en *Annales*, 1906, págs. 696 y 756. — Jules Bouyer: *Les nouveaux horizons de la science et de la pensée*, 1907, pág. 85. — J. Bessmer: *Geisterphotographien* en *Stimmen aus Maria-Laach*, 1912, t. LX, pág. 183.

CAPÍTULO IX

Teoría de las irradiaciones luminosas

Según esta teoría, si no todos ni siempre, muchos, al menos, cuando están bajo el influjo de una sobreexcitación anormal, tienen la propiedad de emitir efluvios, de tal modo que éstos se hacen visibles para todos.

El Dr. Baraduc cuenta el hecho siguiente: «Una casualidad — dice — me permitió ver distintamente este fenómeno en todo el lado derecho de un hijo mío de doce años de edad, el día 22 de agosto de 1891, en Luc-sur-Mer, encontrándonos en plena noche. En un sueño agitado creyó haber pescado un cangrejo y lo balanceaba sobre su cama, diciendo: «¡Ya lo tengo!» La noche era completamente oscura y lluviosa. En la habitación no había luz. Observé un momento: nada a la derecha; y a lo largo del lado izquierdo de la cara, de la nariz, de la barbilla, del brazo, corría una fosforescencia de un blanco amarillento, mucho más marcado sobre las partes salientes, y que se extinguió al cabo de un minuto, cuando desperté al niño, en su pesadilla.»

El Dr. Bilz cita a un magnetizador dotado de esta propiedad, que hacía visibles a voluntad sus radiaciones para todos, y lograba impresionar placas fotográficas por medio de la acción de los efluvios digitales.

El Dr. Maxwell recomienda el procedimiento siguiente para ver el efluvio con plena luz:

«1.º Colocarse frente al origen de la luz, lámpara o ventana, cuanto sea posible.

»2.º Colocar entre sí y el origen luminoso, lámpara o ventana, un objeto oscuro y mate. No se debe colocarlo, como una pantalla, entre la luz y los operadores. Basta simplemente colocarlo entre los experimentadores y, por ejemplo, la ventana. El medio más cómodo es el de llevar un sillón forrado de terciopelo oscuro, de forma que la espalda del sillón haga frente a la luz.

»3.º Presentar las manos con la palma vuelta hacia el pecho, de modo que las proyecten sobre el fondo sombrío preparado. Es preciso separar ligeramente los dedos extendidos de la mano; luego se aproximan las manos de forma que las extremidades de los dedos se toquen, y se separan lentamente las manos, teniendo siempre los dedos ligeramente en tensión.

»4.º Colocar detrás de sí a la persona con la cual se quiere experimentar, de tal suerte que su cabeza esté poco más o menos al nivel de la del operador, y en una posición poco menos que normal en el centro del plano que ocupan las manos.

»En estas condiciones, siete u ocho personas entre diez verán, cuando los dedos se separen, que una especie de nube grisácea une las dos extremidades de una y otra mano.

»Es necesario tener gran cuidado de no prevenir a la persona con la que se experimenta de lo que debe ver, pues esto viciaría la experiencia, introduciendo un elemento sugestivo o imaginativo.»

M. Durville estudia detenidamente las irradiaciones humanas. Recomienda que se opere en una cámara oscura con los sensitivos. La oscuridad debe ser absoluta:

«Si tenemos buenos sensitivos, dice, al cabo de diez o quince minutos veremos que nuestros ojos se tornan visibles, que nuestra

silueta se destaca en la oscuridad y aparece a la vista del sensitivo bajo una forma indecisa, vaporosa y blanquecina.

»Los sensitivos ordinarios emplean más tiempo y son precisas, con frecuencia, muchas sesiones de dos o tres horas para que las personas dotadas de una sensibilidad mediocre puedan percibir la forma de aquellos que las rodean.

»En esta forma indecisa nuestras facciones se dibujan cada vez más y nuestro cuerpo aparece con una blancura incandescente. Las manos parecen más gruesas, más largas; las últimas falanges son más claras, y los dedos están terminados por una prolongación brillante.

»Una especie de aureola, en la que parecen entremezclarse muchos colores, que brillan con una luz particular, se muestra por encima de nuestras cabezas. Los costados laterales del cuerpo parecen azules a la derecha, amarillos a la izquierda. La luz azul del costado derecho y la amarilla del izquierdo parecen avanzar hacia la línea media para confundirse: y sobre los costados laterales, como en las extremidades, los colores pasan al índigo y al anaranjado.

»Cuando ha desaparecido del ojo toda excitación, al cabo de una hora aproximadamente, el sujeto ve que la parte anterior del cuerpo tiene un color que hasta entonces no había percibido. Le parecía antes que la línea media — la frente, la línea de la nariz, la punta de la barbilla, el cráneo y la columna vertebral, — brillaba con luz indecisa procedente de la mezcla, o mejor aún, de la yuxtaposición del azul y del amarillo; pero ahora ve distintamente una banda de un azul muy vivo de 3 a 5 centímetros de ancho, que nace hacia el borde del frontal, disminuye de anchura y sigue la línea de la nariz bajo la forma de una raya muy brillante...

»Examinando atentamente el sujeto reconoce la presencia de muchos colores más o menos vivos que se funden, palidecen y tienden a desaparecer en los reflejos del azul...»

«En el primer examen de conjunto el costado derecho parece enteramente azul, el izquierdo enteramente amarillo; pero a medida que la vista se hace más perfecta, el vidente percibe bandas longitudinales de matices diferentes que se confunden unas con otras y tienden a desaparecer en los reflejos del azul por la derecha y en los del amarillo por la izquierda.

»Los brazos presentan aisladamente el mismo fenómeno que los dos costados a que pertenecen.

»La palma de la mano derecha brilla con un color azul índigo muy brillante; el dorso es amarillo claro. La palma de la izquierda ostenta un soberbio amarillo anaranjado, y el dorsal es azul claro.

»Las piernas y los pies presentan a la vista las mismas particularidades que los brazos y las manos del costado correspondiente.

»El ojo derecho lanza continuamente un haz de rayos azul índigo, en el que son de notar frecuentes rayos violeta; el izquierdo, un haz de rayos amarilloanaranjados, entre los que se notan, a veces, rayos rojos. Estos haces alcanzan, con frecuencia, una longitud de dos metros.

»De la oreja derecha centellean constantemente chorritos de luz azul; de la izquierda, pequeños chorros de luz amarilla...

»El sonido de la voz es visible siempre en forma luminosa. En general, cuando el sonido de la voz es agudo, el color es azul índigo; los sonidos gangosos son de azul, gris o rojos. El silbido es un azul índigo muy vivo. Cuando el sonido es muy agudo parece violeta.

»El aliento sale de la boca en forma de fleco de un gris azulado. El soplo cálido, de un gris azul; el soplo frío, lanzado con los labios cerrados y como para apagar una bujía, es amarillo claro.

»Al dar palmadas resplandece instantáneamente un chorro de luz verde, que se proyecta tanto más lejos cuanto más fuertes son las palmadas.

»La luz del hombre no es idéntica a la de la mujer. A la derecha del hombre brilla un azul índigo más vivo y más intenso que el de la mujer; a la izquierda la luz de ésta es de un amarillo anaranjado más vivo y más activo que la de aquél.

»Cuando se rompe el equilibrio de la salud, los colores se modifican más o menos. En general, en las enfermedades caracterizadas por un aumento de la actividad orgánica, los colores son más brillantes, más centelleantes, como si fueran la consecuencia de una combustión más activa, y con frecuencia el azul pasa al índigo y hasta al violeta. Cuando, por el contrario, están caracterizadas por una disminución de la actividad orgánica, como en las parálisis, los colores son más pálidos y el anaranjado se torna en un amarillo tanto más claro cuanto la energía es menor. Cuando hay lesiones graves, como en el cáncer, la tisis, la ataxia locomotriz, esas lesiones se vuelven visibles bajo la forma de placas sombrías rodeadas de una aureola muy luminosa, en la cual el verde aparece más o menos.

»Algunas personas nerviosas presentan oblicuamente bandas parecidas a las de la cebra, amarillas y azules.

»Cuando las experiencias son repetidas con frecuencia, la vista del sujeto alcanza un grado de perfección del que difícilmente se puede tener una idea. El cuerpo humano aparece enteramente luminoso y de una transparencia particularmente notable. A través de los vestidos se distinguen todos los órganos. La sangre aparece con el color que le es propio, pero sus movimientos producen una luz de un azul muy claro que ilumina todos los vasos de la circulación, y los nervios son, particularmente, brillantes. Las corrientes del organismo, que parecen caminar siempre en el mismo sentido, con los mismos colores, son percibidas en las profundidades de la máquina humana, y una parte del velo que cubre el funcionamiento de la vida orgánica se eleva. Las manifestaciones del pensamiento

y de la voluntad parecen hasta apreciables por los colores diferentes y por unas especies de ondulaciones que llevan a lo lejos los movimientos vibratorios del cerebro.

»Estos fenómenos, que pueden ser obtenidos fácilmente, confirman de un modo absoluto la teoría de la polaridad humana.

»Entre determinados sujetos la acuidad de la vista puede alcanzar tal grado de perfección, que la imaginación permanece confundida. Ellos ven el cuerpo humano a distancia a través de los cuerpos opacos.

»Reichenbach cita a un sensitivo que desde la cámara oscura veía cuanto sucedía en las cámaras vecinas.

»El Dr. Narkiewicz Iodko, Consejero del *Instituto imperial de Medicina experimental* de San Petersburgo, correspondiente honorario de la *Sociedad magnética de Francia*, obtiene la fotografía de esas irradiaciones en una oscuridad relativa y sin objetivo, valiéndose para ello de su procedimiento electrográfico.

»PROCEDIMIENTO. — Es preciso, ante todo, conocer la tensión eléctrica del cuerpo humano y la de la atmósfera, con el fin de regular las condiciones de la operación. Cuando se han establecido éstas, una pila que facilite una corriente de uno a dos voltios pone en acción un carrete de Ruhmkorff, uno de cuyos hilos queda en comunicación con el aire atmosférico, mientras el otro termina por un tubo de cristal, en el cual está soldado. Tomadas estas disposiciones, se pasa a la cámara oscura. El tubo aislador se coloca sobre la mesa, con una placa sensible aplicada encima por su lado no preparado. Se aplica encima la mano que se quiere electrografiar, y desde el momento que el aparato esté en actividad, salen chispas del tubo y la impresión fotográfica queda efectuada casi instantáneamente...

»Todos los experimentadores que han podido observar esos fenómenos han notado que el efluvio digital tiene una conexión

con el agente que produce los movimientos sin contacto. En efecto, cuando en las experiencias de *telekinesia*, o de exteriorización de la motricidad, un medium hace descender el platillo de un pesacartas por la sola imposición de la mano a distancia, todos los sensitivos susceptibles de percibir el efluvio ven desprenderse de la mano del medium un prolongamiento fluídico que termina en el platillo» (1).

¿Qué pensar de semejante teoría?

Aparte de que la imaginación exaltada puede en algunas ocasiones hacer creer que se ven colores, y aparte de que no suelen ser raras en esta parte las ilusiones ópticas, algunos autores, partidarios de estas visiones, toman demasiado en serio algunas expresiones que no son más que metafóricas. Así el Dr. Filiatre para probar la realidad de estos efluvios escribe con toda formalidad: «¿No se dice, cuando una persona se encuentra en estado de cólera violenta, que sus ojos lanzan chispas?» (2).

Además, no es difícil imitar esas fosforescencias.

«Los fenómenos luminosos, dice Maxwell, son muy cómodos para el fraude; varios sulfuros permiten imitar manos y formas.» En muchas de esas experiencias se ha notado un olor fosfórico. Es cierto que algunos autores han reconocido en esos casos el olor del ozono... (3).

La oscuridad indispensable, naturalmente, para los fenómenos luminosos, y el *gabinete* con su cortina, necesarios para las materializaciones, constituyen un elemento de sospecha, como lo reconoce la misma *Revue Spirite* (4).

---

(1) J. Filiatre: *Ocultismo experim.*, págs. 295 y sigs.

(2) Ibíd., l. c.

(3) *Echo du Merveilleux*, 1906, págs. 118, 127 y 259. Los objetos impregnados de sulfuro de calcio, de estroncio o de bario resultan luminosos en la oscuridad cuando han sido expuestos algún tiempo a la luz.

(4) En el *Echo*..., ibíd., pág. 140.

En plena sesión, dada por uno de los mediums del coronel De Rochas, Valentina, cuya propiedad era despedir de sí reflejos y fulgores misteriosos, el coronel hizo funcionar varias veces un aparato eléctrico, y se vió que Valentina agitaba en todas direcciones sus pies desnudos, previamente impregnados de alguna sustancia fosforescente; toda la habilidad de este medium consistía en despojarse en un instante del calzado y rápidamente volverse a calzar (1).

Esta teoría no pasa de ser pura fantasía. Es una distinción muy socorrida la de sensitivos y no sensitivos, y la subdivisión a su vez de aquéllos en sensitivos ordinarios y exquisitos. De ese modo si no percibe esos efluvios el individuo quedará calificado de no sensitivo. No será necesario decir que a esta categoría pertenecemos la inmensa mayoría de los mortales. Los espiritistas, más afortunados y de vista más lince, son sensitivos. Nada decimos de la variedad de colores y de matices de los efluvios luminosos que según la relación anterior, emanan de los diversos miembros y partes del cuerpo. ¡Parece increíble que hombres de sano juicio escriban tales tonterías! ¡Pero lo que nadie se hubiera imaginado es que la luz irradiada por el hombre sea distinta de la de la mujer! Hemos querido copiar por extenso la relación (que en el original es mucho más extensa todavía), para que el lector conozca hasta dónde llegan los delirios de algunos *se-dicentes* científicos.

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1894, págs. 33 y sigs.

LIBRO SEGUNDO

Teorías especiales afines

Si en las teorías que acabamos de exponer se explican aquellas experiencias que son características de las sesiones del espiritismo, en estas de que ahora vamos a tratar se da cuenta de fenómenos que si no son precisamente característicos del espiritismo, o se realizan a veces en sus sesiones, o tienen mucha semejanza con ellos. Comenzaremos por la catalepsia. Como la catalepsia puede ser natural o provocada artificialmente en la hipnosis, y nosotros, según queda dicho, prescindimos en este trabajo del hipnotismo, nos fijaremos exclusivamente en la catalepsia natural. Dicho se está que la catalepsia provocada, y no la natural, es la que puede tener lugar en las sesiones del espiritismo, mas por la razón dicha de que la provocada la reservamos para el hipnotismo, queremos dar aquí una explicación detenida y fundamental de la catalepsia natural (1). Allégase a esto, el que si dejáramos para el hipnotismo la explicación de la catalepsia natural, sólo estas dos explicaciones—la natural y la provocada—habrían de ocupar casi la mitad

(1) Puede verse en *Razón y Fe*, febrero y abril de 1912.

del libro, lo cual sería, sin duda, demasiado. Y, en fin, si bien la catalepsia natural no tiene lugar en las sesiones del espiritismo, pero como los efectos de la provocada convienen con los de aquélla, explicados aquí los unos, quedan en parte explicados los otros. He ahí por qué tratamos ahora de la catalepsia natural.

CAPÍTULO PRIMERO

Catalepsia

a) Fenómenos catalépticos

La catalepsia es un estado en que los músculos y miembros del cuerpo continúan durante cierto tiempo en la actitud en que el ataque de enfermedad o de sugestión artificialmente provocada les ha sorprendido.

Los catalépticos siguen en la misma posición en que les sorprende el acceso, ora estén en pie, ora sentados o acostados; las facciones de la cara participan de esa actitud, y los ojos, a no ser que el ataque se verifique durante el sueño, quedan abiertos, fijos y dirigidos hacia adelante o hacia arriba, a manera de las figuras de cera.

Pero el fenómeno más singular consiste en la posibilidad que presentan la cabeza, el tronco y los miembros de conservar la postura que se les dé.

La catalepsia puede ser natural, esto es, originada por algún ataque, o artificialmente provocada. Entre las artificialmente producidas tiene lugar preferente la catalepsia hipnótica. Como no podemos ahora entrar en el examen del hipnotismo, dicho se está que nos limitamos a la catalepsia naturalmente producida. Bastará consignar aquí que las causas productoras de la catalepsia pueden ser diferentes, y que si el sujeto en el estado cataléptico presenta

muchas anomalías, de las que no podemos totalmente prescindir, con todo, nosotros nos fijaremos principal y directamente en las que se refieren a los músculos y miembros del cuerpo.

La vida orgánica permanece generalmente normal, aunque con algunas modificaciones. La respiración es generalmente regular; a veces es algo más lenta; otras veces su intensidad está disminuída o no es uniforme, de modo que existe una alternativa de inspiraciones más débiles y más fuertes.

El pulso puede ser más lento que en estado normal; la temperatura del enfermo puede permanecer normal; en algunos casos suele descender notablemente.

Los músculos, presa de este estado, están rígidos al tacto y ofrecen desde el principio más o menos resistencia a las tentativas de un cambio pasivo de la posición en que se encuentran; pero poco a poco desaparece esta resistencia y se prestan bastante bien a los movimientos pasivos, como se verá en los caracteres de la «flexibilidad cérea».

El cataléptico se halla privado de reflexión y de síntesis mental; cuando más, se halla quizá dotado de algún conocimiento directo y muy superficial. Tampoco habla, ni recuerda, pasado el acceso, ni parece que siente durante él. *Esto es lo general;* sin embargo, a veces se ve que conserva algún conocimiento, si bien algo oscuro, al menos al principio del acceso y aun acaso durante todo él. En estos casos tampoco existe de ordinario una completa analgesia; es verdad que los catalépticos no perciben los estímulos ligeros, pero algunos sienten los más fuertes, verbigracia, los de una gran corriente farádica, y conservan la sensación que han experimentado.

Es más: en un caso observado por Puel notóse durante el acceso notable hiperestesia: el más delicado toque, un ligero ruido, provocaba gritos ahogados y rechinamiento de dientes. Lasègue

observó en un individuo hiperestesia en la mano izquierda, mientras que la derecha, invadida por la catalepsia, estaba anestesiada (1).

El modo de conducirse la excitabilidad refleja y la reacción eléctrica varía mucho en unos casos y otros.

Haase vió en una enferma abolición completa de conocimiento, que duró ocho semanas, y en la que los accesos convulsivos alternaban con estados catalépticos. Durante los dichos paroxismos la enferma se ponía fría como un cadáver, en un estado de muerte *aparente;* pero la muerte *real* es un caso excepcional en el acceso cataléptico (2).

Wilhelm comprobó en una niña de ocho años, afectada de sonambulismo, durante los accesos asociados a la «flexibilidad cérea», un enfriamiento marmóreo de la piel y color lívido de la cara (3).

Fabre, describiendo el ataque cataléptico de una joven, dice: «Tenía los ojos inmóviles; no hacía otros movimientos que los que le comunicaban; la punzaban y le hincaban alfileres en brazos y piernas y no daba señales de dolor; sólo el pulso indicaba que tenía vida; si le encorvaban los dedos o se los extendían, quedaban, respectivamente, en la misma posición; pusiéronla en pie y así permaneció; según estaba le levantaron un pie y se conservaba estribando en el otro; la inclinaban a todos lados y guardaba la posición recibida; solamente cuando la colocaban en situación violenta no la retenía tanto tiempo como las naturales, porque los movimientos convulsivos la hacían caer en tierra.»

Un cataléptico, a las tres horas de crisis, acababa la frase que en la invasión había comenzado.

Zanardelli, estudiando la catalepsia hipnótica que había sido provocada en su esposa, la señora Ema, observó la posición qu

(1) Lasègue: *Archiv. Génér.*, 1864, I; 1865, II, pág. 385.
(2) Haase: *Archiv. d. Heilkr.*, 1868, H. 5, pág. 492.
(3) Wilhelm: *Wiener med. Presse*, 1872, núm. 30.

tenía la mano de ésta en la catalepsia, y dice: «Levantada la mano de Ema sobre su cabeza, permanecía allí como clavada, de tal modo que los espectadores no podían separarla, y si con energía lo probaban, todo el cuerpo de la paciente seguía este esfuerzo, antes que se moviera de su sitio la mano y se separara de la cabeza, y, sin embargo, con un soplo en la articulación del brazo, el magnetizador destruía en un momento este fenómeno de fortísima catalepsia» (1).

Por lo que hace a la localización, los fenómenos catalépticos suelen observarse con más frecuencia en los miembros superiores, y tanto más marcados en ciertas regiones de los mismos, cuanto más pequeñas son las articulaciones que a ellos se refieren y más delgadas las masas musculares próximas; así son mucho más fáciles de producirse los cambios de posición del pulgar de los dedos de la mano que los del hombro o de la cara.

Lo mismo puede decirse respecto de los miembros inferiores, con la diferencia de que en éstos la producción de cambios notables de posición es más difícil, y generalmente mucho menos completa que en los segmentos correspondientes a miembros superiores.

Viniendo a su aparición y desaparición, las accesos de catalepsia se manifiestan, por lo general, casi de repente. Raro es que vaya precedida de fenómenos prodrómicos, como son cefalalgia, vértigos, hipo, contracciones musculares, etc. A veces sobreviene el ataque en medio de un discurso, y queda el sujeto con la boca abierta y el brazo levantado, porque la rigidez invade inmediatamente los músculos que se hallaban en acción.

Este estado particular de rigidez o de tensión muscular muy marcada se propaga en la catalepsia natural con verdadera rapidez a casi todos los músculos sometidos al dominio de la voluntad, aun-

---

(1) Dr. A. Battandier en el *Cosmos*. de París, 7 juin 1886.

que no siempre a todos ni en el mismo grado; algunas veces la rigidez es parcial.

La duración de cada ataque cataléptico varía mucho: unas veces no pasa de ocho minutos; otras, por el contrario, se dilata horas y horas; pero en el caso de accesos tan prolongados existen generalmente intermitencias o remisiones, durante las cuales se recobra el conocimiento; hasta que algún estímulo interno o externo produce de nuevo la catalepsia. En estos casos más bien hay una serie de accesos que rápidamente se suceden.

A veces el acceso cataléptico cesa de repente; los enfermos recuperan de una vez su pleno conocimiento y el uso normal de sus músculos; vuelven a la ocupación interrumpida, continúan el diálogo comenzado; en una palabra, se conducen como si nada hubiese ocurrido en ese intervalo.

Pero estos casos son verdaderas excepciones; lo más frecuente es que estos enfermos vuelvan en sí de una manera lenta y gradual; al principio permanecen en una especie de estupor, como si despertaran de un largo y profundo sueño; por lo menos en algunos músculos dura todavía algún tiempo cierta rigidez que hace difícil la ejecución de movimientos voluntarios, tanto que, al extender el brazo u otro miembro, paréceles que mueven un gozne enmohecido.

Es raro que estos fenómenos duren mucho tiempo sin perder nada de su intensidad; generalmente tiene lugar después de algunos minutos una disminución de la rigidez muscular; los miembros comienzan a obedecer a la ley de la gravedad. Así, el brazo, que se halla, verbigracia, en posición horizontal, desciende algo, la mano extendida empieza a doblarse, y a veces un ligero temblor se va apoderando poco a poco de los músculos; y aun señala Krafft-Ebbing (1) el caso raro de que los músculos se fatigan; pero esto era

(1) KRAFFT-EBBING: *Ein Fall von Katalepsie.* Deutsche Klinik, 1874, núm. 8.

a causa de la corriente farádica y galvánica que se les había aplicado (1).

b) Catalepsia simulada

Los fenómenos catalépticos ofrecen, sin duda, vivo interés; pero la dificultad está en saber cómo se origina el acto mismo de la catalepsia y cómo se explican los fenómenos que en tal estado se observan.

En cuanto a lo primero, la oscuridad proviene de que se puede simular y muchas veces se ha fingido el estado cataléptico; otras veces las causas que se asignan como tales no son más que fenómenos antecedentes o concomitantes de la catalepsia, o son solamente causas predisponentes, no determinantes, y, aun dado que lo sean, las hallamos de tal manera propuestas por algunos autores, que no explican todo el enlace e influjo que entre ellos y el efecto media.

Pero antes de entrar en el estudio de las verdaderas causas, hay un problema de gran interés para la responsabilidad moral y jurídica y para la medicina legal, y es el de saber si es real o fingida la catalepsia de un individuo.

¿Puede simularse el estado cataléptico de tal modo que se llegue a engañar al observador y al médico? Un cataléptico puede conservar el brazo extendido horizontalmente e inmóvil durante algún tiempo; pero pasados diez o quince minutos comienza generalmente el miembro a descender, y transcurridos veinte o veinticinco vuelve a su posición vertical. Ahora bien, una persona robusta, no cataléptica, puede conservar diez minutos extendido

(1) A. Eulemburg: «Katalepsie» en el *Trat. enciel. de Patol.*, t. VIII, páginas 511-528.

horizontalmente e inmóvil el brazo; luego esa actitud no es indicio cierto de verdadera catalepsia.

Pero hay un medio seguro para conocer cuándo hay simulación. Al que simula, lo mismo que al cataléptico verdadero, se puede aplicar un tambor de reacción sobre el brazo extendido, que sirve para registrar por el método gráfico las menores oscilaciones de este miembro. También se puede servir de un neumógrafo, que, aplicado al pecho, dará la curva de los movimientos respiratorios.

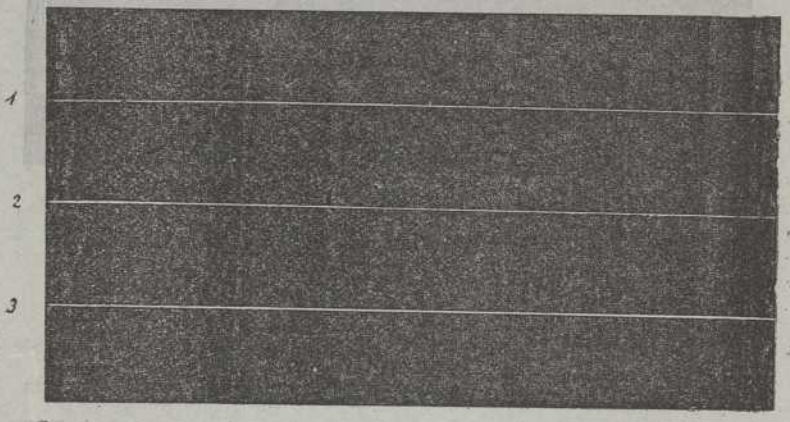


Fig. 1
Esquema del trazado obtenido sobre una histero-epiléptica en estado de catalepsia, por el tambor de reacción

Ahora bien, en el cataléptico, durante todo el tiempo de la observación, la pluma que corresponde al miembro extendido traza una línea perfectamente regular (fig. 1).

En el que finge es verdad que al principio el trazado correspondiente se parece al del cataléptico, pero después de algunos minutos empiezan a notarse diferencias considerables. La línea recta se cambia en una quebrada muy accidentada, señalada por movimientos de grandes oscilaciones dispuestas en serie (fig. 2).

Los trazados obtenidos por el neumógrafo son también muy significativos. En el cataléptico se observa respiración superficial,

como de persona que no se fatiga; es normal o regular, y el final del trazado corresponde al principio (fig. 3).

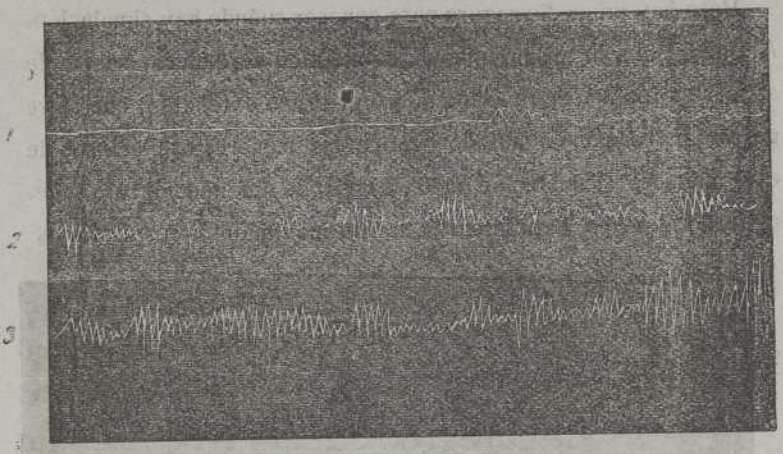


Fig 2
Trazado obtenido por medio del tambor de reacción, en un hombre que trata de simular la catalepsia

En el que simula, el trazado se compone de dos fases distintas: En la primera la respiración es regular y normal. En la segunda hay irregularidad en el ritmo y en la extensión de los movimientos

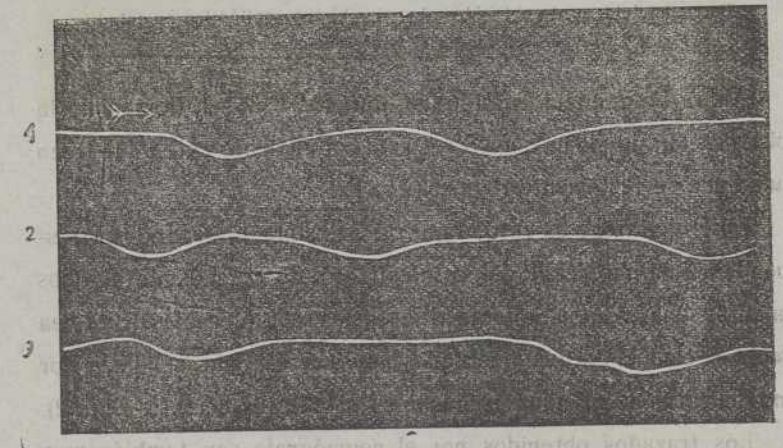


Fig. 3
Trazado del neumógrafo en la misma enferma

respiratorios; hay profundas y rápidas depresiones, indicios del trastorno de la respiración, y, consiguientemente, del esfuerzo realizado para simular (fig. 4).

Estos resultados se pueden también obtener, observando experimentalmente la contractura de la mano, primero en una enferma cataléptica, y luego en un joven vigoroso que trate de simular la catalepsia.

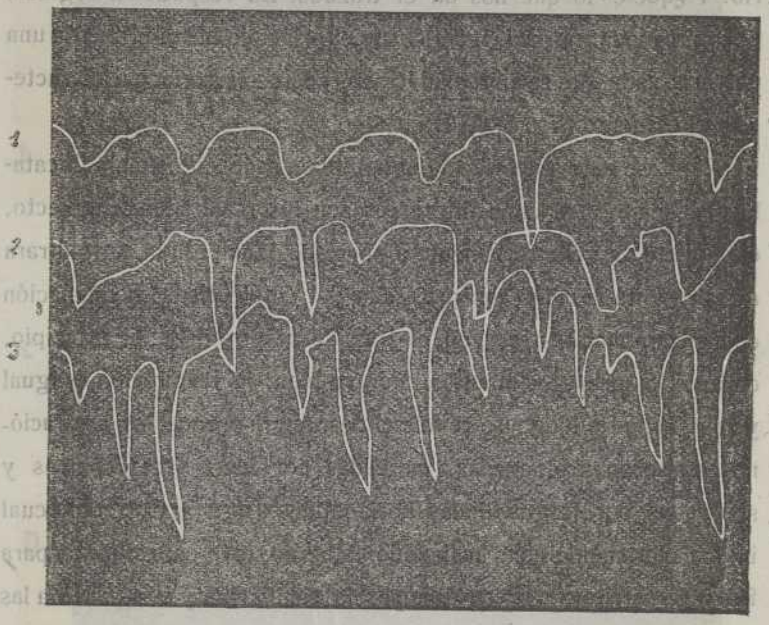


Fig. 4
Trazado de la respiración del mismo hombre

El experimento se dispone de la manera siguiente: el antebrazo de la enferma se aplica sobre una mesa, contra la cual se fija sólidamente el dorso de la mano por medio de un vendaje; una pequeña charpa abraza el pulgar; éste se halla fijo por una cuerda que pasa por dos poleas y que sostiene un platillo de balanza, en el que se coloca un peso de un kilogramo.

El experimento dura media hora próximamente; durante este

tiempo el pulgar es levantado progresivamente y se separa más y más del índice.

Después de la experiencia el pulgar ha vuelto a su primera posición, sin señal de fatiga, y tan fuertemente doblado como antes lo estaba.

El neumógrafo, aplicado durante todo este tiempo sobre la parte anterior del pecho, ha registrado cada movimiento respiratorio. Y ¿qué es lo que nos da el trazado? La respiración regular, poco profunda, normal, igual desde el principio hasta el fin; en una palabra, nada que recuerde el trastorno respiratorio que caracteriza el esfuerzo (fig. 5, A, B).

Repítase esta experiencia en un joven sano que simula la catalepsia, y se verá cuán diferentes son los resultados. En efecto, este joven da voluntariamente a su mano izquierda la actitud rara que presenta la mano contracturada del cataléptico. La simulación comienza a manifestarse en el trazado respiratorio. Al principio, durante los primeros minutos, todo va bien: la respiración es igual y regular; pero luego se revela el desorden, porque las aspiraciones aparecen prolongadas, marcadas por fuertes depresiones y separadas por largas líneas horizontales (fig. 5, C, D), lo cual indica claramente que ha habido esfuerzo, esto es, esfuerzo para fingir la catalepsia. Pero dejemos la simulación y vengamos a las causas reales de la catalepsia natural.

c) Catalepsia natural: sus causas fisiológicas

No tratamos ahora de las causas de la catalepsia hipnótica o artificialmente provocada, pues tendríamos que hacer un estudio detenido del hipnotismo, sino de la natural, esto es, acaecida por algún ataque. Y conviene tener presente esta distinción, pues por no distinguir los fenómenos de la catalepsia hipnótica de los de la

natural, psiquiatras, por otra parte eminentes, atribuyen a la catalepsia lo que es propio de la hipnosis. Sirva de ejemplo lo que escribe M. Richet: «Mientras (la persona) B se halla en estado

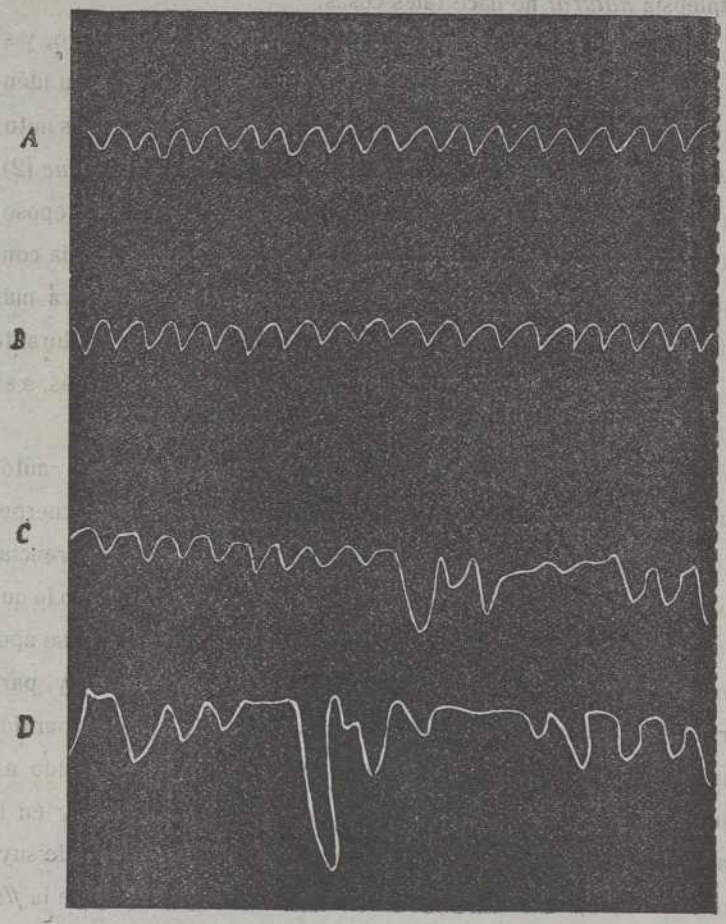


Fig. 5
Las líneas A, B, representan los movimientos respiratorios del cataléptico; las C, D, las del simulador

cataléptico, se atrae su mirada, y dirigiéndose a la tierra se le dice que está en un jardín lleno de flores; al momento cesa el estado cataléptico, el sujeto hace un gesto de sorpresa, su fisonomía se

anima, y dice: «¡Qué bellas son!» e inclinándose coge las flores, hace un ramillete...» (1). Pues bien, esto no es propio de la catalepsia, sino de la hipnosis; o, en otros términos, el individuo en la catalepsia *natural* no hace tales cosas.

Otros confunden el estado de catalepsia con el de letargo, y si bien el primero lleva consigo cierto letargo, con todo, no son idénticos. Y la razón de su diferencia no es la aducida por algunos autores, como la de E. Blanc en su *Dictionnaire philosophique* (2), «que en el letargo el músculo, separado de su posición de reposo, vuelve a él, abandonado a sí propio, y que en la catalepsia conserva el estado primitivo». No, tampoco en ésta lo conserva más que algún tiempo, y así el brazo, colocado horizontalmente durante la catalepsia, vuelve, al cabo de un cuarto de hora o algo más, a su posición vertical.

Más acertada es la diferencia asignada por el mismo autor cuando afirma que en el letargo queda inmóvil todo el cuerpo, mientras que la catalepsia puede ser parcial; pero esta diferencia, como se ve, aunque verdadera, es inadecuada; la adecuada o la que siempre subsiste es que en la catalepsia natural la rigidez se apodera de los músculos atacados, y en el letargo no la hay, para prescindir ahora de otras diferencias. Son más los que barajan indistintamente los nombres de catalepsia y parálisis, siendo así que tampoco estos términos son entre sí convertibles. Hay en la catalepsia cierta parálisis, pero en cambio, no hay en ésta de suyo rigidez cataléptica, ni se verifican en ella los fenómenos de la *flexibilidad cérea*, de que más tarde hablaremos, que en la catalepsia natural se observan. Esto sin contar con que en las parálisis pueden seguir funcionando las facultades cognoscitivas y la volitiva.

---

(1) C. Richet: *Journal de l'anat. et de la physiol.*, 1875, IV.

(2) E. Blanc: *Diction. philos.*: «Catalepsie».

Viniendo, pues, a las causas fisiológicas de la catalepsia natural, las hay *predisponentes* y *determinantes*. Entre las primeras pueden señalarse, ya el histerismo, ya algunas enfermedades crónicas del cerebro, ora algunas intoxicaciones, ora afecciones nerviosas, etc., etc.

En especial, entre las causas predisponentes de la catalepsia *histérica* se encuentran el reblandecimiento crónico del cerebro, meningitis tuberculosa, las intoxicaciones, etc., en las pocas excepciones en que dichas intoxicaciones no hayan acabado con la vida, como generalmente sucede.

Como causas predisponentes de la catalepsia *idiopática* y no complicada, se nombran las afecciones que Griesinger ha calificado con el nombre de neuropatías *constitucionales y hereditarias*. Así se observa a menudo en familias, alguno de cuyos miembros presenta una marcada predisposición a estas neuropatías, y, en especial, a la hiperestesia y a la corea; y, a su vez, los individuos que padecen de catalepsia suelen estar afectados de neurosis de diversas especies, singularmente convulsivas, y en quienes los accesos, al principio epilépticos, se convierten luego en cataléptico. En prueba de esta herencia se han observado casos de catalepsia en individuos menores de cinco años.

Por lo que hace a las causas determinantes, se han dado dos interpretaciones: una fisiológica y otra psicológica. Comenzando por la primera, algunos atribuyen la rigidez cataléptica a un aumento temporal y paroxístico del tono normal de los músculos voluntarios. Cierto que hay algunos hechos experimentales que pueden ser aducidos en comprobación de la existencia de este tono muscular. Pero se puede dudar con fundamento de si éste es causa o más bien un fenómeno antecedente o concomitante de la catalepsia. Y aun en el caso de que fuera lo primero se pudiera preguntar: Y ¿de dónde procede ese aumento de tono muscular? ¿Se debe

a la mediación de las neuronas de la medula espinal o a la cesación de la inervación volitiva? La opinión más probable y más corriente se inclina a lo segundo, fundándose en que la supresión de la sensibilidad y del influjo volitivo que acompaña al ataque cataléptico son circunstancias que autorizan a suponer que ha habido una supresión, transitoria al menos, de la funcionalidad del cerebro. De este parecer son Heidenheim, Mausdley, Despine y otros.

Y ¿en qué consiste esta supresión? En la del funcionamiento de los *centros inhibitorios de los actos reflejos*, descubiertos por Setschenow, que tienen su asiento más particularmente en los tubérculos cuadrigéminos y en el tálamo óptico, a juzgar por las experiencias hechas en las ranas.

Y para confirmarlo se añade el hecho frecuente de que las sustancias narcóticas y anestésicas pueden producir en un momento dado de su acción, y antes que se manifieste la verdadera narcosis y anestesia, fenómenos catalépticos parciales. Eulemburg observó una verdadera forma de flexibilidad cérea, alternando con trismo o tétanos de la mandíbula y convulsiones generales, en un caso de envenenamiento por la morfina (nueve centigramos de clorhidrato de morfina).

De las experiencias practicadas por Malkiewicz, bajo la dirección de Setschenow, resulta que una serie de sustancias tóxicas, verbigracia, el alcohol y la morfina, ejercen una acción paralizante sobre los centros cerebrales inhibitorios de los actos reflejos, y es probable que las contracciones musculares catalépticas manifestadas por el abuso de los narcóticos y de los anestésicos, así como también el espasmo reflejo, que a veces se observa en los casos de envenenamiento por el opio, sean dependientes de la falta o de la supresión de la acción del mecanismo cerebral inhibitorio.

En algunos casos se ha atribuído a la infección por malaria el desarrollo de accesos catalépticos. Los traumatismos y los cambios

atmosféricos pueden también a veces, al menos si hay alguna predisposición en el sujeto, producir catalepsia. Schwarz vió desarrollarse una forma coreica, que luego se convirtió en catalepsia, en un niño de siete años, por efecto de malos y crueles tratamientos.

El mismo Schwarz, refiriéndose a este joven, añade que halló en él, además de cierta cantidad de líquido en las aracnoides, reblandecimiento del cuerpo estriado y del tálamo óptico, especialmente en el lado izquierdo; a lo largo de la cara posterior de la medula oblongada encontró una masa gelatinosa de color rojo oscuro que recubría a la duramadre y en algunos puntos se adhería a ella. La medula parecía perfectamente sana (no fué practicado el examen microscópico) (1).

Meissner halló en un hombre de cuarenta y siete años, que hacía seis estaba atacado de catalepsia, una epitelioma procedente de las meníngeas y situado en la fosa anterior del cráneo, encima del etmoides; el tercio anterior del hemisferio derecho del cerebro, hasta la corteza, era asiento de un reblandecimiento pronunciado que interesaba también la parte externa del cuerpo estriado derecho (2).

No cabe duda de que esta supresión de la función cerebral y los hechos aducidos, sin ser una explicación cabal que satisfaga del todo, tienen bastante fuerza para declarar el origen *fisiológico* de la catalepsia, cuando es fisiológico y no psicológico su origen. Ahora, no hay dificultad en admitir que la supresión del funcionalismo cerebral lleva consigo la del impulso volitivo y de otras acciones psicomotoras, y que esta segunda supresión origine, como origina, un desarrollo más fácil de los reflejos musculares.

Decimos cuando es *fisiológico* el origen de la catalepsia, como lo es, sin duda, en algunos casos, verbigracia, de lesión o de con-

(1) Schwarz: *Rigaer Beiträge z. Heilkr.*, 1857, IV, pág. 118.
(2) H. Meissner: *Archiv d. Heilkr.*, 1860, pág. 572.

moción cerebral, etc., porque también es manifiesto que en otros lo es *psicológico,* verbigracia, cuando procede de alguna emoción. Por eso hay que completar la explicación fisiológica, cualquiera que ella sea, con la psicológica.

d) Causas psíquicas de la catalepsia

La interpretación psicológica atribuye la catalepsia a la emoción súbita, llamada emoción-choque, o a ciertas emociones de cólera, vergüenza, miedo, tristeza, etc. Rosenthal la vió manifestarse en un joven de doce años a causa de una grave sobreexcitación (1). Scheidemantel y Tulpius refieren el caso de un joven inglés que fué atacado de catalepsia por haberle sido rehusada por el padre la mano de la joven a quien amaba. Jones (2) observó la catalepsia en un hombre de sesenta años por el dolor que en él produjo la repentina muerte de su esposa. Jameson vió aparecer el acceso cataléptico en un joven de diez y ocho años inmediatamente después de una bofetada que éste recibió, es decir, no precisamente por el dolor físico, sino por la vergüenza e ira que esto le causó (3). De un soldado cuenta Henry que, riñendo con uno de sus camaradas, quiso tirarle una botella; pero en el mismo instante quedó inmóvil, sosteniendo su mano en alto la botella. El Dr. Maisonneuve refiere que a una señorita le dió tal susto por haberse volcado la carretela en que iba, que a la media hora estaba ya cataléptica. No es necesario multiplicar los hechos.

Veamos de explicar las causas psíquicas. La más típica de éstas, en orden a la producción de la catalepsia, es una fuerte y brusca emoción de angustiosa sorpresa. Para entenderla bien es preciso analizar cómo obra la sorpresa.

---

(1) *Wiener u. Pres.*, l. c. — *Handbuch der Diagnostik, Erlangen,* 1870.

(2) *British med. journ.*, 6 June 1863.

(3) *Edinb. med. journ.*, July 1871, pág. 29.

Es ésta una especie de admiración; es la expresión o el resultado de un choque sujetivo producido por algo nuevo e inesperado. *Por algo nuevo.* No es necesario que lo sea en sí, se requiere que lo sea para el sujeto; pero no basta que sea nuevo, como quiera, sino que ofrezca interés al sujeto para atraer su atención; pues si sólo fuera nuevo y no de especial interés, podría no producir en el sujeto más que cierta plácida admiración, sin llegar a la sorpresa. La novedad e importancia del fenómeno ha de ser tal que llame la atención de un modo brusco e inesperado. *Por algo inesperado.* Por serlo, choca con las representaciones y afectos del sujeto; y con la conmoción del choque remueve y desarmoniza la trama representativa y afectiva que en él existía, y produce la ruptura del equilibrio habido en la manera de pensar y sentir del sujeto.

En una palabra: de la fuerte oposición de lo nuevo con lo habitual, de lo que acaece con lo que no se esperaba, resulta la emoción de sorpresa. De donde se deduce que la sorpresa será tanto mayor cuanto mayor es la oposición o contraste entre el suceso y la disposición habitual o actual del sujeto.

En cuanto a los efectos, para apreciar los que la sorpresa haya de producir, hay que distinguir si los sujetos sorprendidos son de espíritu vigoroso o débil. Hay, en efecto, personas que tienen gran presencia de ánimo, inteligencia y síntesis mental poderosa y voluntad firme, y los hay que ceden a la menor impresión. Los primeros pueden y saben hacer frente a la sorpresa, y ofrecen garantías de resistir al choque, bien sin dejarse conmover, bien rehaciéndose y recobrándose pronto del susto. En cambio, los segundos, entre los cuales se cuentan los enajenados, los histéricos y psicasténicos, se turban completamente, y son inmediatamente víctimas de la emoción. Es más: en sujetos psicológicamente débiles no es necesario que la emoción sea grande y brusca; basta

una serie de pequeñas y continuadas sacudidas o emociones para ir vaciando el alma de toda fuerza sintética y presencia de ánimo.

Pero prescindiendo de la diferencia de sujetos y considerando la magnitud de la sorpresa en sí, si esta emoción es grande, como ha de serlo para causar la catalepsia, el fenómeno nuevo e inesperado, sea un hecho, sea una noticia, tan poderosamente atrae la atención del individuo, que la absorbe para sí, desviándola de todo lo demás; de modo que todas las demás representaciones y afectos del espíritu quedan, si no ciertamente destruídos, ni aun borrados del todo a lo que parece, pero sí como suspendidos por el momento en la *penumbra* del olvido o de la subconciencia.

Pasando ahora en silencio algunos fenómenos que no hacen a nuestro propósito, y considerando sólo aquellos que preparan el estado cataléptico, supongamos que la emoción de sorpresa no ha sido la producida por una gran noticia placentera, como la de una millonada que al sujeto le haya podido tocar en suerte, sino la causada por un hecho desagradable, verbigracia, el verse súbitamente enroscado por una serpiente; la representación vivísima de este peligro produce una sensación aguda de miedo y angustia; inmediata e instintivamente reacciona el sujeto para defenderse del peligro, pero su emoción va en aumento a medida que experimenta cuán grande es su peligro y sus medios de defensa nulos. En consecuencia, decae totalmente de ánimo y, perdida toda esperanza, se pierde la presencia de espíritu y se esfuma aun la misma representación del peligro, única que existía con plena conciencia, y queda el alma como vacía de toda representación y afecto. La eficacia de la voluntad es ya nula, porque suprimido, o poco menos, el conocimiento, no hay apetición y la voluntad no ejerce imperio ni influjo, si no es debilísimo, en los músculos y miembros. De ahí que en el cataléptico no haya movimientos *voluntarios*, aunque los haya *reflejos*.

Por otra parte, como la inminencia de tan gran peligro había turbado por completo la imaginación y alterado el sistema nervioso, éste había comunicado sus excitaciones al sistema muscular, quedando los músculos bajo el influjo de la sacudida recibida y en el sentido y actitud fijados por la fuerte excitación de la sacudida. La excitación nerviosa será tanto mayor cuanto mayor es la turbación de la imaginación, y podrá influir tanto más en los músculos cuanto más anulado se halle en ellos el influjo motor de la voluntad; de modo que la sacudida nerviosa podrá repercutir sin obstáculo en los músculos. ¿Qué extraño, pues, que éstos, faltos ya de resorte voluntario, queden fijos e inmobles en el estado cataléptico en el sentido de la excitación recibida?

En resolución: una emoción grande y brusca de sorpresa o de angustia produce tres efectos principales: En el orden *cognoscitivo* deja en el primer momento sola la representación vivísima y dominante del peligro; poco después, en virtud del agotamiento y postración de ánimo causados por la tremenda sacudida, desaparece o se suspende también esa representación, al menos *como consciente;* en el orden *afectivo* produce una gran perturbación, desequilibrio y disgregación; por lo cual, y porque no hay representación que lo presida, quedan también los afectos como anulados o sin efecto; en fin, en el orden *miótico* o muscular origina la inercia, esto es, suspende y fija de una manera inmoble la actitud de los músculos, tanto más cuanto más resistencia ofrezcan para recibir la sacudida.

Por el contrario, aunque se altera, no se suspende la circulación de la sangre ni la respiración; porque el choque de la emoción no halla resistencia en ellas, y por lo mismo su sacudida no repercute allí, si no es indirectamente o de soslayo, alterando su marcha. Así se explica que en el estado cataléptico permanezca la vida orgánica (excepción hecha de algún caso raro en que la vio-

lencia de la emoción llega no sólo a perturbar, sino también a suspender las funciones vitales), y no permanece la vida consciente o de relación. Y al decir que ésta no permanece, no es que queramos afirmarlo categóricamente y en absoluto; sólo queremos decir que si subsiste algo, debe de ser poquísimo e insignificante, esto es, la mínima expresión de la vida consciente; porque ello es así, que el cataléptico no da *señales* de conocimiento y de sensibilidad, si no es en algunos casos raros y extremos.

He ahí cómo la magnitud de una emoción violenta y brusca puede producir la catalepsia. No es esto decir que precisamente así, y así siempre, se produzca, porque en esto ha de haber naturalmente muchas diferencias, dada la diferencia de los sujetos y circunstancias del ataque. Mas como es imposible saber a punto fijo los pasos que ha seguido el accidente, porque el sujeto no se da cuenta de ello, trátase aquí únicamente de saber cómo se puede explicar psicológicamente la aparición del fenómeno en cuestión. Y sin llegar a creer que lo dicho sea la última palabra, ni mucho menos, creemos que la explicación dada es una de las más verosímiles. Estamos, pues, en presencia del estado cataléptico; resta sólo averiguar cuáles son los caracteres de este estado y la interpretación de los fenómenos que en él se observan.

e) Caracteres de la catalepsia

Para conocer la esencia de las cosas comenzamos por conocer los fenómenos; este conocimiento nos conduce al de las propiedades o caracteres del ser, y de ahí pasamos al de su esencia o naturaleza. Pues bien, conocidos y enumerados algunos fenómenos catalépticos, estamos en disposición de apreciar los caracteres generales de la catalepsia.

De los caracteres que ofrece el estado cataléptico, unos perte-

necen exclusivamente al sentido muscular y otros son mixtos del orden muscular y representativo.

Entre los primeros, el más general es la *inmovilidad,* o, hablando en rigor, la *persistencia* o continuación de la posición adquirida. Ésta puede ser de reposo o de movimiento; si la primera, queda algún tiempo inmóvil el miembro atacado, mientras no se le toque; si la segunda, como puede suceder en la catalepsia hipnótica, continúa moviéndose cierto tiempo hasta que la mano o el influjo del hipnotizador le detenga. Pero el carácter más frecuente es el de inmovilidad, sobre todo en la catalepsia natural, de que ahora tratamos.

Con este carácter se halla íntimamente relacionado otro, a saber: la poca o ninguna *fatigabilidad* que los músculos y miembros catalépticos presentan, ya que pesos y esfuerzos que en circunstancias normales fatigan, los soporta el cataléptico cierto tiempo sin experimentar el menor cansancio.

A pesar de las posiciones más inverosímiles y de suyo muy fatigosas, no aparece en él sensación de cansancio.

Por estos dos caracteres se echa de ver que los músculos del cataléptico permanecen cierto tiempo en la actitud en que les ha sorprendido el ataque. Pero esta actitud se puede modificar con relativa facilidad. Así, por ejemplo, si a un cataléptico se le extienden los dedos, se le dobla el brazo, etc., éste queda doblado, aquéllos extendidos. Si después se quiere modificar cualquiera de estas posiciones, bastará forzar un poco el músculo, y éste adoptará la nueva posición y permanecerá en ella. En una palabra: la posición del músculo se modifica por la acción exterior, como si fuera un pedazo de cera. A esta propiedad muscular del cataléptico dieron los antiguos el nombre de *flexibilitas cerea:* flexibilidad cérea. Tal es el tercer carácter de la catalepsia.

Entre los caracteres mixtos del orden muscular-representativo

tenemos la imitación o *repetición*. El cataléptico repite a veces el gesto o movimiento que se le indica, las palabras que se le pronuncian.

Levántese delante de él la mano derecha y puede ser que él levante la izquierda, lo mismo que la imagen en el espejo; pregúntesele: «¿Qué quiere usted?» y el repetirá: «¿Qué quiere usted?»

Otro de los caracteres del cataléptico, algo parecido al anterior, es la *adaptabilidad;* basta una impresión muy ligera para que el movimiento del músculo se desarrolle en este sentido. Si se le pone en la mano un peso muy ligero, la tensión de los músculos se adapta a ese peso; si se le pone un peso más grande, se adapta a él igualmente, y en ambos casos permanece en aquella posición. Un objeto colocado sobre su lengua provoca la deglución o el asco; la percepción de un olor origina un movimiento de cabeza, de atracción o de repulsión.

A la adaptabilidad sigue la *generalización* espontánea de los actos similares, es decir, el paso de un acto a otro asociado al anterior. Ciérrese la mano a un cataléptico, y no solamente conservará el puño cerrado durante cierto tiempo, sino que esta actitud provocará la de otros miembros; la otra mano se cierra también; levántanse los brazos en actitud de ataque, y todo el cuerpo se yergue; apriétanse los labios, fúncense las cejas y todo el porte manifiesta cólera.

Y si, mediante una modificación cualquiera, se le sugiere una actitud distinta, modifícase al punto la anterior y la nueva despertará a su vez un conjunto de gestos que indicarán, verbigracia, devoción, gozo, ironía, etc. Así, cuando se le juntan las manos, se recoge y ora; si se le abaja la frente se postra, etc. En una palabra: si se toma uno de sus brazos y se le levanta, y se coloca en cierta posición que demuestre tal o cual idea, tal o cual afecto,

todos los músculos con él relacionados se conformarán automáticamente con este movimiento.

f) Inmovilidad epiléptica; su interpretación

Veamos ahora de explicar estos caracteres. Este es el lado más difícil de la cuestión. Y a esto se debe quizá el que muchos autores dejen no poco que desear en la explicación de este punto. Unos porque tratan indistintamente el acto de la catalepsia y los fenómenos que con ella, ya constituída, se relacionan; otros porque no distinguen los caracteres de la catalepsia hipnótica de los de la natural; éstos porque se contentan con la explicación fisiológica, que por sí sola es a todas luces insuficiente; y aquéllos (como Pierre Janet, que es quien más reciente y detenidamente ha tratado esta cuestión, y que por cierto se inclina a la explicación psicológica), porque ni exponen todos los caracteres ni son felices en la interpretación de alguno de ellos. Comencemos por los caracteres musculares.

Y, ante todo, ¿cómo se explica la inmovilidad del cataléptico?

Zanardelli da la explicación de la catalepsia del brazo de su esposa, de que hablamos más arriba, diciendo que el calor es agente necesario a la catalepsia y que ésta desaparece con el frío, tanto que, para conseguirlo, basta un ligero soplo o un pañuelo empapado en agua fría, y que en el caso de que los músculos, fuertemente rígidos, no obedecieran a estos agentes, volverían a su estado normal con sólo tocarlos, verbigracia, con una varilla de cobre (jamás de hierro). Esta explicación tiene tres inconvenientes: 1.º Que la inercia del brazo a que alude Zanardelli, observada en la señora Ema, no fué efecto de la catalepsia natural, sino de la artificial, producida por el hipnotizador, y en esta señora influía más la sugestión de éste que el frío. ¿Cuándo se ha visto que el

brazo rígido de un cataléptico *natural* haya cedido por el frío de un ligero soplo? — 2.° Aun dado que el frío destruyera la catalepsia, se trata de averiguar por qué y cómo: esto no lo dice Zanardelli. — 3.° ¿Que el calor es agente necesario a la catalepsia y a la inercia del brazo? Y ¿por qué? ¿Por dónde consta esto? ¿Cómo lo produce? ¿Cómo mantiene el brazo en aquella posición?

El Dr. P. Janet, director del Laboratorio de Psicología en la Clínica de la Salpêtrière, de París, explica dicha inmovilidad por la *persistencia de la sensación*. He aquí cómo: «Si se levanta el brazo de un individuo y se le coloca en una posición determinada, así se queda, a pesar de que la fuerza de la gravedad le empuja hacia abajo. ¿De dónde proviene esta resistencia a la acción de la gravedad? Sin duda de una contracción delicadamente sistematizada de los músculos, que mantienen a éstos en esa posición. Y ¿cuál es la causa de esa contracción, de su unidad y persistencia? He aquí la única respuesta que se me ofrece: una *sensación permanente*. Cuando levanté el brazo del cataléptico provoqué en él cierta sensación muscular consciente, completamente determinada, es decir, que corresponde exactamente a tal posición del brazo, puños, dedos, etc. Esta sensación se ha introducido en la conciencia vacía del cataléptico, y como se hallaba sola, sin ninguna otra antagonista, ha subsistido sin obstáculo y mientras subsiste mantiene el brazo en su posición» (1). El Reverendo P. Eymieu da también esta explicación, que realmente no deja de ser especiosa, pero no nos parece aceptable (2).

Nosotros distinguimos dos casos de inmovilidad en el cataléptico: una fundamental, que proviene del ataque mismo; otra u otras que de nuevo se pueden provocar en él después que se halla en tal estado.

---

(1) *L'Automatisme psychologique*, pág. 55..., 1907.

(2) *Le gouvernement de soi-même:* Catalepsie.

Ahora bien, para explicar la primera inmovilidad sería a todas luces inadmisible la hipótesis de Janet, pues adolecería de falso supuesto. En efecto, desde el momento en que al cataléptico le sorprende el ataque, queda su conciencia, como dicen todos, sin excluír al mismo Janet, vacía de toda sensación; y siendo esto así, mal podría existir en él una sensación permanente, y tal que mantuviese el miembro inmóvil por cierto tiempo y en posición violenta.

Pero aun suponiendo que el cataléptico conserva cierta conciencia y sensación — lo que no tenemos inconveniente en admitir, — no cabe duda de que ésta sería debilísima, superficial y muy elemental, y en este caso preguntamos: ¿Esa conciencia debilísima ejerce su sensación e influjo en el sentido de mantener el brazo inmóvil? ¿Cómo se prueba tal cosa?

Mas supongamos que sí: entonces replicaremos que el influjo de una conciencia tan débil ha de ser también debilísimo; ¿y un tal influjo es suficiente para mantener el brazo u otro miembro en posición violenta o estado de equilibrio inestable, por bastante tiempo, resistiendo al peso y a la acción de la gravedad? Es evidente que no.

Por tanto, hay que apelar a otra razón. No hallamos ninguna otra verosímil y proporcionada más que la ya mencionada por nosotros anteriormente, y es ésta: Por una parte, con la sacudida del ataque se altera de tal modo el sistema nervioso, que éste comunica inmediatamente su fuerte excitación al sistema muscular. Sabido es que, según la magnitud del ataque, será la de la excitación comunicada a los músculos, y cuanta mayor resistencia presenten éstos, la sacudida repercutirá en ellos con más empuje y con mayor descarga, y tanto más fuerte e invariablemente fijará la posición del músculo en el sentido o dirección de la sacudida.

Por otra parte, como en el cataléptico no impera ya la volun-

tad, no hay en él movimiento voluntario y, por tanto, el músculo no sólo ha recibido la descarga nerviosa sin oposición de ningún influjo voluntario, sino que permanece así por efecto de aquella descarga.

Que esta fuerte sacudida, recibida en los músculos y no contrarrestada por ninguna fuerza antagonista de la voluntad, es capaz de producir una vigorosa contracción e inmovilidad muscular, parece que no se puede poner en duda. Y es natural que permanezcan así los músculos mientras una fuerza contraria no modifique su posición. ¿Se sigue de aquí, por ventura, que hayan de permanecer así indefinidamente? No, ni es necesario para la verdad de la explicación dada, pues prescindiendo de la catalepsia hipnótica, en la que pueden conservar por mucho tiempo una actitud violenta, esta posición en la catalepsia natural, de que ahora tratamos, no llega generalmente a media hora. Y se comprende que no persistan así indefinidamente los músculos, ya que el peso y la acción de la gravedad están obrando constantemente en sentido contrario.

Viniendo al segundo caso de la inmovilidad, o sea, al que se provoca en el cataléptico después que éste se halla en tal estado, hay que distinguir de nuevo dos maneras de provocar esta inmovilidad: por influjo *físico* y por influjo *moral*. Y a la verdad, puedo yo coger, verbigracia, el brazo, ya inmóvil, del cataléptico y colocarlo en otra posición, o puedo cambiar la posición de mi brazo ante el cataléptico y observar cómo él cambia la del suyo en el mismo sentido.

La explicación del Dr. Janet, que antes hemos expuesto, se refiere a la primera de estas dos maneras, como puede verse por sus palabras ya citadas. Pues bien, al declarar el primer caso de inmovilidad (la fundamental), decíamos que la hipótesis del profesor Janet (la de la *sensación permanente)* no era admisible para

explicar aquel caso, porque adolece: 1.°, de *falso supuesto,* por no existir en el atacado de catalepsia tal sensación permanente, si no es debilísima e insignificante; 2.°, de *impotencia* o *insuficiencia,* porque, aun dado que exista, no es suficiente para mantener inmóvil el brazo, contrarrestando tanto tiempo la acción de la gravedad.

Ahora, al declarar esta primera manera de inmovilidad provocada — la del influjo *físico* de este segundo caso, — no decimos que la hipótesis de Mr. Janet adolece de falso supuesto, porque no tenemos inconveniente en admitir que al coger el brazo del cataléptico y cambiar su posición se ha podido determinar en él una sensación muscular determinada. Pero que esta sensación sea la que, como dice Mr. Janet, mantiene, mientras ella subsista, en posición violenta e inmóvil el miembro, esto es lo que no admitimos. Y no porque haya en el paciente otras sensaciones antagonistas que anulen o contrarresten el influjo de ésta, sino porque ella sola no basta para mantener el miembro tanto tiempo en posición violenta e inmóvil.

Efectivamente, o el paciente tiene conciencia de esta sensación o no. Si no tiene conciencia de ella, es decir, si no advierte o sabe que la tiene, cierto que no hará nada para conservarla; y ¿quién va a creer que una tal sensación sea la que mantiene el miembro o miembros en su posición violenta e inmóvil, o que sea suficiente para explicar el caso propuesto?

Nadie, ni el mismo Janet, concede que la sensación que determinamos en el cataléptico, cogiendo su brazo y torciéndolo o elevándolo, sea *totalmente inconsciente* para el enfermo, pues está viendo cómo le cogemos el brazo y se lo forzamos, de modo que para otro sujeto que estuviera en estado normal la operación no podría ser más consciente.

Supongamos, por tanto, con el mismo Janet, que la sensación

muscular que en el caso presente experimenta el cataléptico es consciente. Pero en vano; porque ¿qué se adelanta con decir que la conciencia del cataléptico es debilísima? ¿Acaso una tal conciencia es capaz de mantener por tanto tiempo los resortes de la contracción muscular en estado de tensión, impidiendo la acción de la gravedad y la relajación de los músculos?

¿O es que se pretende que la conciencia del cataléptico no es tan débil, sino relativamente intensa? Nadie, que sepamos, lo dice; pero por el momento supongamos que lo sea. Habrá que admitir *ipso jure* que el cataléptico tiene un conocimiento proporcionado, esto es, relativamente intenso o claro; éste influiría proporcionalmente en la apetición y consiguientemente en la voluntad del paciente, y restablecida ya la inervación voluntaria, ésta influiría ejerciendo movimientos *voluntarios* en los músculos catalépticos, y en pocos momentos desaparecería la inmovilidad muscular, lo cual es contra la experiencia.

Es más, si el cataléptico tuviera conciencia relativamente intensa de la sensación muscular respecto de la violenta posición de sus miembros, y por tanto tiempo, comenzaría también a tener conciencia o sensación de fatiga; por la razón, ya dicha, de que esta conciencia influiría en la inervación voluntaria, de la que originariamente proviene la fatiga. Luego nada se adelantaría con suponer que el cataléptico tiene conciencia relativamente intensa de la sensación muscular.

En resolución, aun suponiendo que subsiste en el cataléptico la sensación permanente en el grado que se quiera, consciente o inconsciente, no se explica en modo alguno la inmovilidad del miembro. La hipótesis, pues, de la sensación permanente, propuesta por el Dr. Janet y seguida por célebres psicólogos y psiquiatras, nos parece destituída de sólida probabilidad.

Pues si es así, ¿cómo se explica el fenómeno de la inmovilidad

físicamente provocada? De la misma manera que la inmovilidad *fundamental* causada por el ataque, de que hemos hablado en el primer caso, con dos diferencias accidentales, que no alteran el fondo de la cuestión, a saber: *a)*, que lo que allí determinó la posición inmóvil de los miembros fué el ataque, y aquí las nuevas posiciones inmóviles son producidas por el estímulo físico de una mano extraña; *b)*, que aquella inmovilidad es tanto más fuerte cuanto mayor haya sido la alteración de la imaginación y la excitación nerviosa y consiguiente sacudida recibida en los músculos, y aquí no hay nada de eso, pues los músculos del paciente obedecen sin resistencia a los movimientos *reflejos* extrínsecamente producidos, y permanecen, como allí, hasta que otro movimiento *reflejo* o la acción de la gravedad anule la fuerza de la contracción muscular y determine la relajación del músculo.

g) Infatigabilidad y «flexibilidad cérea»

Explicada la inmovilidad cataléptica por una acción o estímulo *físico*, podríamos declarar la producida por medio del influjo *moral*, mas como este fenómeno no es exclusivamente muscular, sino mixto, del orden muscular-representativo, preferimos dejarlo para más adelante.

Según esto, procede declarar brevemente el segundo y tercer carácter de la catalepsia. ¿Cómo se explica que el cataléptico no sienta fatiga, teniendo bastante tiempo en violenta posición uno o varios miembros? La razón de este hecho se halla, según la opinión más probable, en que la fatiga muscular es de origen psíquico y no muscular, aunque inmediatamente proceda del excesivo o acelerado trabajo de los músculos. Originariamente proviene de la inervación de la voluntad o facultad expansiva, la cual influye en las contracciones musculares, o en su aceleración o exceso, que es

lo que inmediatamente causa la fatiga. Luego evitando la inervación voluntaria, o lo que es lo mismo, si la voluntad se halla en estado de completa depresión y, por tanto, los centros que ordenan los movimientos voluntarios han perdido su actividad, el músculo no recibirá ya excitaciones o impulsos voluntarios, y mientras se halle provisto de sangre oxigenada, permanece inmóvil sin fatigarse: tal es el caso del cataléptico.

Por ahora sólo queremos consignar la razón *condicional,* es decir, que si efectivamente la fatiga proviene originariamente, según la opinión más corriente, de la inervación voluntaria, y esta inervación voluntaria no existe en el cataléptico, como, en efecto, no existe, se explica perfectamente que el miembro o miembros inmóviles no se fatiguen.

Esto nos conduce a la explicación del tercer carácter, o sea, la *flexibilidad cérea.* Mas para comprenderlo mejor, conviene recordar que hay en el hombre tres clases de movimientos musculares: reflejos, automáticos y voluntarios o espontáneos. El movimiento *reflejo,* en sentido *fisiológico,* es un movimiento que corresponde a una excitación exterior sin previa intervención de la voluntad. Puede ser *inconsciente* o *consciente,* o sea, advertido por la conciencia después de la excitación, pero siempre se produce *sin una previa volición o apetición.*

El movimiento automático se produce también independientemente de todo acto de la voluntad; pero difiere del reflejo en que no tiene por causa una excitación periférica o externa, sino que es producido por un estímulo interno del órgano. Así, verbigracia, el corazón late automáticamente aun separado del organismo y los movimientos respiratorios se realizan también automáticamente.

El movimiento *voluntario* es un movimiento provocado por una apetición y, por tanto, dependiente de una percepción. Ahora bien: como en el cataléptico apenas hay percepciones ni apeticio-

nes, no hay tampoco movimientos voluntarios. Por tanto, para cualquier acto que hayan de ejercer los musculos del cataléptico, excepción hecha de los movimientos automáticos, es necesario que se les imprima una excitación externa; y como no están sujetos a otro influjo, de ahí que obedezcan con facilidad a las excitaciones externas y ejecuten los movimientos reflejos.

Que en realidad de verdad, el influjo de la voluntad consciente o inconsciente, sea el que, si no exclusivamente, al menos de una manera principalísima, hace difícil o impide que estas posturas puedan ser adoptadas y *conservadas* en estado normal, pruébalo el hecho de que los simuladores hábiles de la catalepsia procuran ante todo evitar todo influjo voluntario, y tratan de acomodarse y rendirse totalmente a los movimientos reflejos, esto es, a los que extrínsecamente les imprimen, por violentos, fatigosos y dolorosos que sean, procurando ocultar toda señal de dolor o de fatiga.

Y así se explica también en la *flexibilidad cérea* la notable inestabilidad de la postura anormal adoptada, esto es, el que un impulso procedente del exterior, como un ligero choque, una presión, etc., sea suficiente para producir inmediatamente nueva posición de los miembros, en la que éstos quedan de nuevo fijos, hasta que la acción de la gravedad o un nuevo impulso exterior les fuerza a tomar otra posición.

Pero surge aquí una dificultad. ¿De qué depende que mientras con un movimiento reflejo, a veces insignificante, se pueda obtener fácilmente un cambio en la posición en que se hallan fijos los miembros, no se consiga en muchos casos el mismo efecto por medio de la más enérgica excitación farádica o galvánica de los miembros o de los músculos? En verdad, el estímulo que se produce con este último medio es mucho más intenso que el producido por un moderado y pasivo alargamiento o acortamiento del miembro.

Rosenthal insinúa la razón de esta diferencia cuando dice:

«Mientras el estímulo que obra directamente sobre la piel o la excitación eléctrica de los músculos o de los nervios no determina movimiento alguno reflejo ni cambio de posición artificialmente producida, puede un estímulo indirecto, determinado por una influencia externa y procedente de los nervios sensitivos, en particular de los huesos y de las articulaciones, reflejarse sobre un determinado grupo de músculos. La llamada *flexibilidad cérea* es, pues, una contracción refleja» (1). Lo cual quiere decir que la facilidad de cambiar la posición de los miembros no tanto depende de la *cantidad* de excitación externa cuanto del *modo* de aplicar ésta a tal grupo de músculos, de tal manera y en tal sentido.

Y con esto pasamos a explicar los caracteres mixtos.

h) Imitación. — Adaptabilidad y generalización

Dada la extensión de lo que llevamos dicho, seremos breves en la explicación de los caracteres mixtos. Hemos considerado ya el caso en que con nuestra acción *física* cambiamos de posición el brazo del cataléptico. Examinemos ahora el influjo *moral* que en él podemos ejercer sin tocarle.

En lugar de coger y de levantar el brazo del paciente, le muestro mi brazo levantado y él pone el suyo en la misma posición. ¿Cómo se explica este acto de imitación? ¿Cómo se explica el que, preguntándole: «¿Cómo está usted?», por toda respuesta repita él la pregunta: «¿Cómo está usted?» Conviene presuponer que este caso de imitación o de repetición es más propio de la catalepsia hipnótica que de la natural; sin embargo, como alguna vez puede también verificarse en ésta, queremos hacernos cargo de él.

El cataléptico realiza dos géneros de actos: representativo el

(1) Rosenthal: *Med. Presse*, Wien, 1867, n. 5. — *Ueber das Absterben der Muskeln und den Scheintod. Med., Jahr*, 1872, 4.

uno y motivo el otro. El primero es ver el movimiento de mi brazo, oir mi pregunta. El segundo es levantar el suyo, mover los labios y repetir la frase. En que vea el movimiento y oiga la pregunta no hay dificultad, pues tiene abiertos los ojos y expedito el oído; la dificultad está en saber si esta visión y audición, débilmente conscientes, se requieren y bastan para determinarle *ipso facto* a levantar su brazo, a mover la lengua y repetir la frase.

Desde luego y por de contado es falsa la explicación materialista y exclusivamente fisiológica o mecánica. Estos actos realizados por el cataléptico no se han de interpretar de un modo meramente material, porque no basta la sola vibración de la luz sobre la retina para determinar dentro del organismo del sujeto la sensación muscular y el movimiento del brazo, pues dicha vibración puede obrar también sobre la retina de un cadáver, sin que por eso cause en él ninguna sensación muscular ni movimiento del brazo. No es tampoco suficiente, por la misma razón, la vibración del aire en el oído para hacerle mover la lengua y los labios, de modo que repita una frase entera.

No lo es el choque material de la excitación exterior, ni la repercusión material de los órganos unos sobre otros, ni una pura descarga nerviosa: si esto solo bastara, el cadáver de un sujeto que acaba de morir podría sentir y mover sus miembros de un modo connatural y sin violencia. Qué, ¿por ventura nosotros mismos, cuando, *estando distraídos,* vemos y oímos lo que en el caso presente ve y oye el cataléptico, nos determinamos a ejecutar los actos en cuestión? Sin duda que no. Luego algo más se requiere que el choque material, que la vibración de la luz en la retina, que la vibración del aire en el oído para sentir y mover un brazo y responder una frase. Es necesario recurrir a la interpretación psicológica, que supone alguna conciencia, alguna atención, siquiera sea mínima.

Es verdad que en el estado cataléptico se halla la conciencia reducida a su mínima expresión, pues las señales que da son de una simplicidad extrema; pero también lo es que cuando se le hacen gestos y se le dirigen preguntas se aviva algo su conciencia o atención.

Esto supuesto, oigamos primero a Mr. Janet. He aquí en sustancia su explicación: La excitación visual E, producida por el movimiento de mi brazo, causa en el cataléptico la sensación o representación visual SV; ésta despierta por asociación la imagen de la sensación muscular y quinestésica SK, y esta imagen produce el movimiento M que a dicha imagen o representación corresponde (fig. 6).

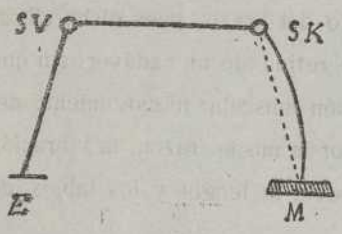


Fig. 6

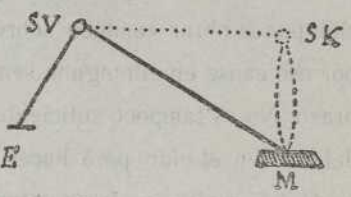


Fig. 7

Y es más, añade Mr. Janet: ¿Por qué la representación visual SV no podrá producir directa e inmediatamente el movimiento M, sin la mediación de la imagen muscular SK? (fig. 7).

Esta hipótesis, al decir de Janet, no carece de probabilidad, si se tienen presentes ciertas experiencias ya conocidas acerca del influjo que la idea o la representación ejerce en el acto correspondiente, y, por tanto, la representación del movimiento en la realización o ejecución de éste.

Es verdad, prosigue el célebre psiquiatra, que este movimiento permanece general cuando la sensación es también vaga; pero, por lo mismo, ¿por qué no ha de ser determinado, cuando también lo

es la sensación misma? M. Féré ha mostrado (1) que la vista de un objeto en movimiento, verbigracia, la visión de un disco rotativo, provoca una reacción motriz, diferente según el sentido de la rotación; ¿por qué, pues, en ciertos casos la imagen de un movimiento determinado no podrá provocar un movimiento concreto?

Esta suposición adquiere mayor fuerza, a juicio del Dr. Janet, por las observaciones hechas en los histéricos anestésicos. En efecto, ¿cómo explicar que estos enfermos puedan, no pocas veces, conservar todos sus movimientos, a pesar de la pérdida absoluta de las sensaciones e imágenes quinestésicas, si no se admite que puede ser producido el movimiento directamente por imágenes visuales o auditivas? Esta hipótesis se ha generalizado mucho después de los trabajos de M. Charcot sobre los movimientos del lenguaje (2).

Para apreciar con exactitud la explicación dada por Mr. Janet distinguiremos la cuestión de posibilidad y la de hecho. ¿Hay alguna contradicción o repugnancia absoluta en que se pueda verificar el caso de la manera explicada por el profesor de la Salpêtrière? Que el movimiento de mi brazo produzca en la retina del cataléptico una imagen visual, y que la facultad cognoscitiva visiva de éste, fecundada por la *especie impresa* o sin ella — cuestión que no hace ahora al caso, — realice el acto vital e inmanente de la sensación visual, no ofrece ninguna duda. Que ésta *pueda* despertar por asociación la imagen de la sensación muscular quinestésica correspondiente, y que ésta a su vez influya en el movimiento muscular consiguiente, tampoco tenemos inconveniente en admitirlo; y aun dejaremos pasar que la representación visual *pueda en absoluto* producir directa e inmediatamente el movimiento del músculo por la íntima conexión que hay entre las fibras sensitivas

(1) Féré: *Sensation et mouvement*, pág. 83.

(2) Pierre Janet, l. c., *Essai de Psychologie expér.*, pág. 58.

musculares y por el influjo que la representación ejerce en el acto subsiguiente. Ciertamente que para producir en el cataléptico el movimiento del brazo se requiere una sensación menos potente (dado que fuera una sensación, como pretende Mr. Janet, la causa de aquél) que para mantenerlo inmóvil, como antes discutíamos, y en posición violenta por bastante tiempo.

Pero no se trata de averiguar si el caso es posible o contradictorio, sino de comprobar si sucede así o no de hecho. Mr. Janet baraja indistintamente ambas cuestiones, y trata de probar que tal acontece en la realidad.

Mas la realidad misma es tal, que nos fuerza de nuevo a distinguir. El profesor de la clínica de la Salpêtrière parece que no ha tenido presente más que los casos de la catalepsia hipnótica o provocada. Ya hemos indicado oportunamente que no tratamos de ésta, porque sería preciso contar con otros factores, y señaladamente con el influjo que en el hipnotizado ejerce la sugestión del hipnotizador.

Pero explíquese como se quiera el acto de la repetición o imitación de los casos propuestos en la catalepsia *provocada*, la explicación dada no es apta para dar razón de lo que se observa en la catalepsia *natural*. En primer lugar, porque adolece de falso supuesto. ¿Cuándo se ha visto que un enfermo de catalepsia *natural* repita los actos que se realizan en su presencia, sólo por repetirlos? ¿Que porque yo mueva un brazo o una pierna mueva él los suyos correspondientes? El pobre paciente no está para tales dibujos; sin que esto sea tampoco afirmar que nunca se dé el caso.

Más fácil es que el enfermo repita la pregunta que se le hace; verbigracia: «¿Cómo está usted?» Y es que, por elemental que sea su conciencia, no sólo oye la pregunta, sino que conoce también que le toca responder. Ahora bien, como su conciencia y entendimiento están vacíos de ideas y conocimientos, no es extraño

que le falten las ideas de bien y mal, de mejor y peor; razón por la que no responde «estoy bien, estoy mal», etc., sino que se limita a responder: «¿Cómo está usted?», por ser esta la única idea que con el sonido de la pregunta se le sugiere y flota en su mente.

Dicho se está que aun para que repita esta frase ha sido necesario que la vibración del aire suene en su oído; pero esto, con que se contentan los psiquiatras materialistas, no es suficiente, como queda indicado.

También es verdad, como afirma Mr. Janet, que la sensación o representación auditiva precede al movimiento correspondiente e influye en él, pues no se trata ahora de movimientos inconscientes, llámense reflejos o automáticos, sino de movimientos voluntarios y, por tanto, conscientes. Pero no vacilamos en afirmar contra el célebre psiquiatra que la representación auditiva no produce por sí sola, de la manera dicha por él, el movimiento muscular de la lengua y labios, sino de esta otra manera: Apenas el cataléptico oye la pregunta: «¿Cómo está usted?», realiza internamente el acto vital e inmanente de la sensación auditiva de esta frase; esta sensación representativa influye directamente en la apetición de la facultad expansiva o volitiva del mismo, e influye en ella proporcionalmente; débil como es la representación o conciencia del paciente, débil será también su apetición. ¿Cuál es su apetición? Naturalmente, la de responder a la pregunta. Impera, pues, la voluntad, la débil voluntad del cataléptico el movimiento voluntario de los labios para dar la respuesta; y como para la respuesta no tiene el paciente más ideas que las que acaba de oir, esa es la que expresa, repitiendo: «¿Cómo está usted?»

Esto basta para nuestra explicación enfrente de la de Janet. Si quisiéramos aquilatar y precisar más cómo ejerce la voluntad su imperio, diríamos con los antiguos escolásticos que este imperio no es *despótico,* sino *político,* esto es, que no siempre está en

poder de la voluntad el ejercerlo, ni lo ejerce siempre en la medida que ella lo quisiera (1). Concretando la mirada a nuestro caso, no siempre depende de la *sola* voluntad el mover la lengua y los labios; no depende de ella sola el pronunciar una frase; para esto fué preciso que el cataléptico tuviera alguna idea como la que acababa de oir: «¿Cómo está usted?», y, consiguientemente, tuviera una imagen verbal correspondiente en la fantasía.

Y así como no depende de la *sola* voluntad, tampoco depende de ella *inmediatamente* la repetición de la frase, pues esto, como es sabido, depende *inmediatamente* de los centros cerebrales, y de la representación de la fantasía, la cual representación imaginativa, en consonancia con la intelectual influye en la apetición de la voluntad. Y he ahí cómo la voluntad influye *mediatamente* en el movimiento de la lengua y de la pronunciación. El influjo, pues, de la voluntad en el órgano motor es mediato, pero *directo,* porque las vías de la fantasía y de los centros cerebrales por donde aquella comunica su influjo son directos, y porque ambos son para la voluntad medios connaturales y subordinados *políticamente* a su influjo impulsivo.

La voluntad ejerce imperio *despótico,* mejor dicho, imperio con pleno dominio e independencia física (no ética o moral) en los actos *elícitos* o estrictamente inmanentes que se consuman dentro de la misma voluntad. Cuando ella *quiere,* no hay potencia *creada* que la fuerce a *no querer,* y viceversa. En el *quiero* y *no quiero* tiene pleno dominio. Mas en los actos *imperados,* esto es, en los realizados por su influjo por otras potencias internas representativas, verbigracia, por la imaginación, sólo ejerce imperio *político.* También es político el que ejerce en el apetito sensitivo. En los movimientos *voluntarios* de la facultad locomotiva, hablando

---

(1) St. Thom.: *Politicor,* lib. I, cap. III.

en general y cuando los miembros se hallan en estado *normal,* puede decirse con Santo Tomás que la voluntad ejerce imperio *despótico;* mas cuando el miembro u órgano está afectado de algún estado patológico, o, aun sin estarlo, necesita para su moción y funcionalismo de alguna representación imaginativa o de algún recuerdo de la memoria, como sucede al órgano de la voz, a la lengua, para expresar una idea o repetir una frase, entonces el imperio de la voluntad no es más que político, pues no siempre logra ejecutar lo que impera. Hemos dicho en los *movimientos* voluntarios de la facultad locomotiva, porque en los *automáticos* o puramente naturales u orgánicos, como son, verbigracia, los de la circulación de la sangre, la voluntad no ejerce ningún imperio, ni despótico ni político.

Como se ve, Mr. Janet en su explicación prescinde del factor principal que interviene en esta operación; es a saber, la apetición e imperio de la voluntad. A la verdad, si el cataléptico estuviera privado de toda conciencia y atención, hasta de la más débil e insignificante, tampoco surgiría en él ninguna apetición, porque *nil volitum quin praecognitum* y, consiguientemente, ni la voluntad imperaría la respuesta, ni se ejecutaría el movimiento *voluntario* de la lengua y de los labios.

Pero a su vez no se vaya a creer, como errada y perniciosamente creen algunos modernos, que de la *sola* representación de la fantasía o de la idea intelectual depende la operación del órgano motor, o, lo que es lo mismo, que la *representación* influya *irresistible* o independientemente de la voluntad en la acción del órgano. No, no se debe entender en ese sentido el dicho moderno: *las ideas tienden a realizarse,* pues sería falso y de gravísimas consecuencias morales y jurídicas. ¡Ay de la lengua, si su funcionalismo dependiera exclusiva e irresistiblemente de las representaciones, verbigracia, de la imaginación! ¡Cuántos disparates y blasfemias

pronunciarían, aun los cuerdos y santos, sin poderlo resistir! Gráfica y acertadamente dijo la antigua Escuela que las facultades representativas mueven a la acción *per modum specificationis*, esto es, mueven a las facultades expansivas y locomotivas a obrar representándoles el objeto y la esfera de acción; pero el mover *per modum exercitii, hic et nunc*, esto depende directa o indirectamente, en sí, o al menos en su aplicación, del imperio de la voluntad. Así, pues, la ejecución de los órganos motores de la pronunciación está sometida mediatamente, pero de un modo principal, directo y definitivo, al impulso e imperio de la voluntad.

Esta influencia de la voluntad se echa de ver en la misma catalepsia hipnótica. ¿Por qué el cataléptico hipnotizado repite los gestos y palabras del hipnotizador, si no es principalmente por la sugestión que en él ejerce el hipnotizador? Y ¿cómo se ejerce la sugestión del hipnotizador sino obrando directa y principalmente sobre la atención y voluntad de aquél?

De ahí que la experiencia de Féré — «que la vista de un objeto en movimiento provoca una reacción motriz» — aducida por Janet, en comprobación de su hipótesis, esté mal interpretada por éste, pues *por sí sola* la vista de un objeto en movimiento puede no provocar, y de hecho no provoca generalmente una reacción motriz ni en el sano, ni en el atacado de catalepsia natural, ni aun en el hipnotizado. La interpretación de esa experiencia resultará ser verdadera, suponiendo lo que se debe suponer, *suppositis supponendis*, de parte de la atención o representación y de la voluntad, ya que se trata de ejecutar movimientos *voluntarios*, como es levantar el brazo o responder a una pregunta.

* * *

Para explicar los fenómenos de adaptabilidad hay que presuponer que éstos se refieren a actos ya experimentados en otra ocasión

o para los que las facultades del paciente han sido ya educadas. Un cataléptico que no sea piadoso o que no ha hecho antes los actos de súplica, de oración, etc., no producirá durante la catalepsia la escena de la súplica; las manos permanecerán unidas, pero no se seguirán los demás actos, como son arrodillarse, orar, etc. Y es que no habiendo en él ni reflexión ni libre elección, sino tan sólo una especie de automatismo poco consciente, no hay creación de síntesis nuevas, no hay más que la manifestación, repetición o asociación de síntesis que han tenido ya lugar en él.

Por tanto, para explicar la adaptabilidad que presentan los miembros y los sentidos, basta la aptitud natural y tendencia que conservan para dichos fenómenos como para sus propios actos, cuando esta actitud y tendencia han sido educadas en el sentido indicado, y, sobre todo, cuando para ello han adquirido facilidad y hábitos. En otros términos: lo raro sería que se condujeran de otra manera, esto es, de tal manera en que no se han ejercitado nunca; esto sí que sería difícil explicar, mas no el que hagan actos, aunque casi inconscientemente, cuya razón suficiente se halla en la aptitud, educación, hábito y repetición de actos anteriores.

Pero se dirá: es que cuando a uno en la catalepsia provocada se le sugiere un acto, lo hace y se acomoda a él, aun cuando no sea conforme a su educación y hábitos anteriores. Así es, por desgracia, y tanto, que lo hace irresistiblemente, al menos cuando la inconsciencia es total, aun cuando el acto sugerido sea tal que le horrorizaría en estado normal. Pero esto no desvirtúa lo dicho arriba. La respuesta a esta objeción consiste en que el sujeto en tal estado cataléptico no tiene más idea que la del acto que se le sugiere, y como se la sugiere para que la realice y es la única, se lanza a su ejecución.

Puede ser que el acto sea malo en sí o malo para los sujetos que tienen su conocimiento en estado lúcido y cabal. Para el

paciente aquella idea es buena, porque aquélla es la única que se le sugiere como tal, anuladas o suspendidas como están en su conocimiento todas las demás.

¿Cómo admirarse, por tanto, de que el cataléptico tienda hacia él? No divisando más bien que aquél, *real o aparente*, y no hallando su actividad más que esta salida, abre su cauce a ella. En este caso, como en otros anormales, cuando no se ofrece más que una salida, la tendencia, cualquiera que ella sea, es irresistible.

Lo dicho sobre la adaptabilidad prepara, sin duda, el camino para explicar la generalización de los actos; pero ésta tiene su razón *inmediata* en la asociación de actos y representaciones. Hamilton había dicho a propósito de la asociación de las ideas: «Sugiérense mutuamente los pensamientos que en otro tiempo formaron parte de un todo, de un mismo acto de conocimiento» (1). M. Taine considera las asociaciones como renacimientos parciales de totalidades que tienden a formarse completamente (2). M. Paulhan reduce la asociación al acto de síntesis considerado como función general del espíritu (3).

Apliquemos estas ideas a nuestro caso, y tendremos que las sensaciones del puño cerrado o de las manos juntas de que antes hemos hablado en el carácter de *generalización*, al mismo tiempo que son por sí mismas un todo, una sensación completa, estuvieron en otro tiempo unidas a un gran número de sensaciones simultáneas o sucesivas, y formaron parte de una síntesis, de un sentimiento común, de un todo que era, respectivamente, el acto de cólera y el de súplica.

El provocar ahora los actos de cerrar el puño, de juntar las manos, etc., despierta, o más bien comienza a despertar, aquel

---

(1) Véase FERRI: *La Psychologie de l'Association*, pág. 231.
(2) TAINE: *Intelligence*, t. I, pág. 144.
(3) PAULHAN: *Revue Philosoph.*, 1888, t. I, pág. 45.

sentimiento general o común que en otra u otras ocasiones se siguió a los actos preliminares.

¿Qué extraño, pues, que puestos los antecedentes, se sigan los actos subsiguientes que mutuamente conspiran a un todo, y que vayan apareciendo uno en pos de otro, y causen las expresiones y los movimientos que integran el todo? El eminente psiquiatra de la Universidad de Montpellier, doctor Grasset, refiere la historia de un soldado a quien, durante una crisis de convulsiones, le asaltó de repente la idea de que estaba haciendo el ejercicio. Esta idea se desarrolló de manera que el enfermo realizó durante varias horas, y sin despertar, diversos ejercicios perfectamente coordenados (1). Esto se funda en la fórmula expresada por los modernos con estas palabras: *las ideas tienden a realizarse*, o, en términos más exactos: las ideas conducen de suyo a los actos correspondientes, influyendo en ese sentido con sus representaciones, así en el apetito sensitivo y volitivo como en la imaginación, y, consiguientemente, en el sistema nervioso. Y es más: así como las ideas influyen en los actos, así los actos realizados sugieren los sentimientos correspondientes, y unos sentimientos conducen, por asociación, a otros. Pero téngase siempre presente que en la representación de las ideas no hay propiamente tendencias, ni menos impulsos irresistibles, sino que para la ejecución hay que contar con el dominio e imperio de la voluntad.

---

(1) GRASSET: *Leçons de Clinique médicale*, 1896, págs. 41 y sigs.

CAPÍTULO II

Cristalomancia

Es, como el mismo nombre lo dice, la manera de adivinar por medio de cristales. Es conocida desde la más remota antigüedad. José, el ministro de Faraón, hizo meter su copa de plata en el saco de Benjamín y encargó al intendente de su casa que dijese a los hermanos de aquél: «La copa que habéis robado es aquella en la que mi señor bebe y de la que se sirve para augurar» (1).

Si hemos de creer a Spartien, Didio Juliano, cuando Septimio Severo avanzaba contra él, recurrió a la adivinación que se practica con un espejo, en el cual algunos niños, cuyos ojos han sido sometidos a ciertos encantamientos, ven el porvenir. El niño que se había elegido vió de esta suerte la llegada de Septimio Severo y la retirada de Juliano, y, en efecto, así hubo de ocurrir.

Según Ch. Lancelin, los espejos mágicos son de tres clases: primera, los espejos solares o metálicos; segunda, los espejos lunares o bolas de cristal; tercera, los espejos saturninos, compuestos de discos oscuros o sombríos (grafito pulimentado) (2).

En las obras acerca de los magos y los hechiceros del siglo XVI,

---

(1) Genes., XLIV, 5.

(2) LANCELIN: *Journal du magnétisme*. — *Journal des Débats*, 1907: «Les miroirs magiciens».

se habla de la adivinación por medio de bolas de vidrio. En un pasaje que reproduce Gastón Méry refiere Saint Simon las revelaciones hechas en 1706 al duque de Orleans, el futuro regente, por uno que pretendía hacer ver en un vaso de agua todo lo que se quisiera saber.

En una garrafa puesta sobre una taza de oro y colocada en lo más sombrío y retirado de un pabellón, fué donde, al decir de Alejandro Dumas, José Bálsamo, el futuro Cagliostro, hizo ver a la archiduquesa María Antonieta, la futura reina de Francia, el porvenir terrible que la esperaba, y a la vista del cual, la Delfina... preguntó primero lo que sucedería a su nueva familia. «La familia real, dice Bálsamo, se compone de tres príncipes: el duque de Berry (Luis XVI), el conde de Provenza (Luis XVIII) y el conde de Artois (Carlos X).—¿Cómo — prosigue ella — morirá mi marido? —Sin cabeza.—¿Cómo el conde de Provenza?—Sin piernas.—¿Y el conde de Artois?—Sin corte.—¿Y yo?» Bálsamo movió la cabeza sin querer contestar; por fin condujo a la archiduquesa ante la garrafa y ella se desvaneció de terror (1).

Pierre Janet describe el modo de hacer la experiencia: Se coge una bola de vidrio y se la coloca en un sitio que no esté ni completamente oscuro ni totalmente luminoso. Basta una luz ligera que llegue como a acariciar la bola. Colócase uno en plena luz; se rodea el cristal de pantallas o de tela negra; se instala después cómodamente al sujeto y se le ruega que mire fijamente.

No percibe el sujeto, al principio, más que cosas vagas e insignificantes: su propia figura, el vago reflejo de las cosas que le rodean, los colores del espectro, un punto luminoso, en una palabra, los reflejos que presenta de ordinario una bola de vidrio. Al cabo de cierto tiempo las cosas cambian, es decir, que la bola va

---

(1) A. Dumas: *Joseph Balsamo, Mémoires d'un médecin*, t. I, pág. 175.

oscureciéndose cada vez más; el sujeto no distingue ya nada; el reflejo, los objetos, todo se borra; todo se vuelve sombrío; la bola parece cubrirse de vapor; este es el momento deseado.

La nube va espesándose cada vez más, y en medio de esa nube ve el sujeto aparecer diseños, figuras muy sencillas al principio, estrellas, líneas, como, por ejemplo, barras negras sobre fondo blanco; a veces líneas precisas y más interesantes; a veces letras, cifras. Unos instantes más y percibe figuras coloreadas, personajes, animales, árboles, flores.

En algunas personas las imágenes son inmóviles; en otras se mueven, desaparecen, reaparecen, saludan, hablan. Finalmente, el fenómeno es a veces más preciso y más complicado, y toma en ciertas personas un curioso carácter de fijeza; en vano separa la persona sus ojos del cristal; si vuelve a comenzar la experiencia, vuelve a ver la misma visión. En esos casos la imagen gana, naturalmente, mucho en precisión y puede ser descrita con minuciosos pormenores.

Algunas personas llegan hasta alejarse de la bola para ir en busca de una lente. A su vuelta encuentran el mismo espectáculo, le miran con la lente y ven que las imágenes se desarrollan y los pormenores aparecen más y más claros y precisos. «Nosotros mismos, prosigue Pierre Janet, hemos visto una persona que podía hacer salir esas imágenes de la bola, objetivarlas sobre un papel y seguir sobre ese papel, con un lápiz, el diseño de su alucinación» (1).

El doctor Grasset refiere una autoobservación comunicada a Gastón Méry por la mediación del R. P. Lescœur. Una joven cogió un vaso lleno de agua, «llamó en su ayuda al espíritu Aracra» y pintó las personas ausentes sobre las cuales se le interrogaba. Entonces, dice el autor, «rogóme la joven que mirase con ella, per-

(1) Pierre Janet: *Néuroses et idees fixes*, I, pág. 407.—Conférence *Sur la divination par les miroirs et les allucinations subconscients;* Lyon, juillet 1907.

suadida de que, mandándome ver, vería. En efecto, después de algunos instantes de atento examen fueron apareciendo gradualmente ante mí un castillo, situado en las lejanías, árboles y una persona; pero yo no percibí más que la mitad de la escena, mucho más completa para la vidente. Una vez sola, quise yo intentar una nueva experiencia. Con gran sorpresa de mi parte, vi yo dibujarse una cabeza de Cristo infinitamente dolorosa. Retiréme lanzando una exclamación de extrañeza; pero habiendo vuelto a mirar de nuevo, aparecióseme esta vez de perfil el semblante de un verdadero *Ecce Homo;* después fué disminuyendo poco a poco hasta desvanecerse. Todo ello había durado apenas un minuto» (1).

Cahagnet, el autor de la *Magia magnética,* se servía del espejo de Swédenborg. Para construirlo da las indicaciones siguientes:

«Se toma una cantidad cualquiera de mineral de plomo, dice, tamizándola hasta que resulte polvo finísimo, que se deslíe (en un vaso conveniente que pueda ser colocado en el fuego) con una cantidad suficiente de aceite de oliva, de forma que se haga una pasta bastante clara; se coloca en el fuego esta preparación, a fuego lento, para facilitar su mejor mezcla; se toma un espejo ordinario (sin azogar), el cual se aproxima muy despacio al fuego para prepararle a recibir la mixtura sin experimentar una transición que pueda hacer que se rompa; se le coloca de plano sobre dos pedazos de madera; luego se vierte la pasta preparada sobre una de sus superficies, moviéndola de un lado a otro con objeto de dar facilidad al líquido para cubrir por igual todas sus partes. Si esta pasta resultase un poco clara, se la espolvoreará con el plomo tamizado sobre el total, lo que hará una amalgama más compacta.

»Estando el cristal preparado en esta forma, se le coloca de plano horizontalmente sobre cualquier mueble y no se utiliza hasta

(1) *L'occultisme hier,* P. II, n. 41.

pasados algunos días, poniéndole un marco apropiado a este efecto. Este espejo tiene la ventaja sobre los azogados de fatigar menos la vista y de dar una imagen perfecta de los objetos; debe tenerse cuidado en ponerlo en un sitio de forma que no refleje la imagen de la persona que se quiere fijar».

Estanislao de Gualta expone el procedimiento empleado por Cagliostro para obtener mensajes en forma de sensaciones visuales.

«Supongamos, dice, una garrafa llena de agua límpida o aun una bola de cristal magnetizada; con parecidos medios, muy refringentes para la luz astral, era con los que Cagliostro hacía flotar largo tiempo la mirada de muchachos jóvenes, todavía inocentes, que desempeñaban el papel de *videntes pasivos,* mientras los tenía sometidos bajo la irradiación de un *querer* magnético. Éstos veían desarrollarse la cadena de las contingencias futuras, bajo la forma de una serie de imágenes sibilinas, especies de profecías concretas, que no aguardaban más que su traducción al lenguaje demótico.»

Advierte el doctor Maxwell que «para mirar en la bola se necesita colocarla *fuera y libre* de todo reflejo, de forma que ofrezca un tinte uniforme sin puntos brillantes. Para esto se la puede envolver en un pañuelo o en un trozo de terciopelo oscuro, o bien tenerla en el hueco de la mano y hasta en la punta de los dedos, siempre que se llenen las condiciones indicadas más arriba. El objeto debe ser colocado, no sobre la superficie de la bola, *sino en la bola misma;* con un poco de costumbre se llega a obtener la práctica deseada.

«El espejo que recomendamos a nuestros lectores, añade, es de uso mucho más sencillo y práctico que la bola de cristal. En efecto, el operador no está obligado a sostener el aparato ni envolverlo en ninguna forma. Se coloca sencillamente sobre una mesa, se sienta cómodamente frente a él y fija el interior de la bola de cristal hasta que aparezcan las formas que se deseen.

El método mejor de entrenamiento para obtener a su antojo el automatismo visual es, dice, el indicado por Papús en su *Tratado de magia práctica*.

«Cuando se ha mirado algunos instantes al centro del espejo, se siente, dice, como un *pellizqueo* característico en los ojos y se ve uno obligado a cerrar los párpados momentáneamente, y, por consecuencia, a deshacer todos los esfuerzos hechos hasta entonces. El parpadeo es debido al ser impulsivo y es acto puramente reflejo. Así, pues, hace falta combatirlo por medio de la voluntad y esto es asunto de unos cuantos días solamente de sesiones diarias de veinte minutos cuando más. En el momento en que se siente ese pellizqueo característico de los ojos es preciso poner la voluntad en tensión, para impedir a los párpados que se cierren, y así se llega rápidamente a donde hemos dicho.

»Al obtener este primer resultado se verá al espejo tomar un tinte diferente del que de ordinario presenta. Se verán efluvios rojos, luego azulados y parecidos a los efluvios eléctricos, y sólo entonces será cuando las formas aparezcan...» (1).

Los doctores Janet (Pierre) y Grasset explican el fenómeno diciendo que es una alucinación subconsciente, una alucinación que se desenvuelve, en frase de Grasset, en el polígono disgregado de su centro superior, pero a la cual en ciertos casos, o en ciertos momentos al menos, puede asistir el centro O, llegando entonces a ser consciente.

Según ha dicho un psicólogo americano, Newbold, citado por Pierre Janet, «el espejo incompletamente iluminado desempeña el papel de un excitante visual» sobre el polígono que se halla en *atención expectante*, «presenta él un espacio vacío e invita a la imaginación a llenarle».

---

(1) Véase FILIATRE, ob. cit., págs. 342 y sigs.

El centro O se abstiene, no dice al polígono que no hay nada en aquel cristal; sin la inspección de O el polígono se alucina, ve diferentes cosas, hace asociaciones de imágenes, las combina, las fija y forma la alucinación definitiva.

Esta alucinación que el polígono forma por sí solo, por sí solo puede describirla; encuentra entonces frecuentes recuerdos inconscientes depositados anteriormente en el polígono, pero el centro O, que no ha intervenido para nada en la formación de la alucinación y no asiste a esa formación, puede, en un momento dado, descubrir esa alucinación en su polígono, tener conciencia de ella, tomarla por una realidad y colaborar a su descripción. Y entonces esas revelaciones de la conciencia poligonal sorprenderán, pasarán por maravillosas o adivinatorias, porque revelan a los asistentes y al sujeto mismo cosas que él creía no saber o que se creían desconocidas de él y que se hallaban almacenadas en la memoria inconsciente del polígono.

El doctor Grasset termina así: «La visión en el cristal no tiene nada de oculto ni de extracientífico en sí misma. Es un fenómeno que entra en un grupo, ya conocido y analizado, de hechos fisiológicos. Si esos hechos existen, evidentemente no se explican por la actividad poligonal; pero no dependen del cristal...

«Durante largo tiempo se ha visto algo misterioso y sobrenatural en el hecho mismo de la cristalomancia; y la carta arriba citada, de la correspondencia del R. P. Lescœur, prueba que aun hoy ciertas personas tienen tendencia a encontrar algo de maravilloso en esta alucinación poligonal» (1). Según Grasset, nada hay de oculto y de maravilloso en la cristalomancia.

«Por lo que a nosotros toca, escribe Jean Filiatre, tenemos la certeza de que el fenómeno de la visión en el espejo mágico

---

(1) Grasset, lib. cit., pág. 125.

se resume en sencillos mensajes transmitidos a la conciencia personal por la conciencia general bajo la forma de *imágenes*...

»¿Qué se ve en el espejo mágico?

»*Recuerdos olvidados* que se presentan al medium bajo la forma de visión; *hechos pasados que ha ignorado siempre; hechos actuales que ocurren lejos,* y, por último, *hechos futuros.*

»Los sujetos dotados de la facultad de ver *inmediatamente* en el espejo mágico, son numerosos. Aquellos que no pueden conseguirlo desde los primeros ensayos obtendrán satisfactorios resultados después de un entrenamiento anterior. Gracias a dicho entrenamiento esta facultad se manifestará en un tiempo relativamente corto, en todas las personas indistintamente, y todo aquel que consagre un cuarto de hora diario a esos ejercicios tan sencillos obtendrá, en no muy lejano porvenir, los resultados más extraordinarios» (1).

No creemos que estas explicaciones puedan satisfacer a nadie, fuera de los interesados que las han propuesto. Desde luego, hay que descartar, como completamente gratuita y falsa, la afirmación que por medio de cristales y vasos de agua se pueda adivinar «el porvenir y todo lo que se quiera saber».

Tal manera de ver a través de una bola de cristal se presta a muchas ilusiones y alucinaciones, y no es extraño que las imágenes visuales parezcan unas veces borrosas, otras claras, ora vagas, ora concretas y casi siempre fantásticas. P. Janet confiesa que en todo esto caben muchas alucinaciones. Los mismos espejos contribuyen en parte a ello por su artificiosa disposición con medios muy refringentes para la luz y por el esfuerzo de vista en el observador.

---

(1) L. c., págs. 337 y 338.

Janet y Grasset atribuyen los maravillosos efectos de esa visión a cierta alucinación, y, por tanto, los resultados carecen de valor real. Ahora, que no es necesaria ni verosímil la explicación dada por dichos doctores acerca de la manera de producirse la alucinación. Que ésta se produzca de una u otra manera importa poco; lo cierto es que estas experiencias se prestan mucho a ilusiones ópticas y alucinaciones.

Lo que es de todo punto inadmisible es que el fenómeno de la visión en el espejo consista, como pretende Filiatre, en «mensajes transmitidos por la conciencia general a la personal». ¿Qué conciencia general es esa? ¿Cómo obra a través de los espejos? Y ¿qué es lo que comunica? «¿Recuerdos olvidados y hechos pasados que el observador ha ignorado siempre? «¿Hechos actuales, lejanos y futuros?» ¿Cómo demuestra el autor tal aserto? ¿Dónde hay el menor vestigio de ello? Para afirmaciones tan atrevidas y estupendas el autor no aduce ninguna prueba.

CAPÍTULO III

La varita adivinatoria

Es una varita de avellano, de encina, de almendro o de mirto, en forma de horquilla, y sirve para descubrir las fuentes, los tesoros ocultos y hasta las huellas de los criminales. Se cogen con ambas manos las dos ramas de la horquilla y se avanza sobre el terreno que se ha de explorar, teniendo cuidado de no mover voluntariamente los brazos. Si en un punto cualquiera del recorrido la varita oscila y se retuerce, es señal de que allí se debe cavar para encontrar las fuentes y los tesoros.

Dió fama a la vara adivinatoria el célebre Jacobo Aymar. El rumor de que descubría tesoros, minerales, fuentes, etc., corrió por Alemania, Inglaterra, Flandes, Francia, Italia y España.

«Antes de la prohibición del cardenal Le Camus, dice Le Brun, era muy común su uso en el Delfinado. Muchas personas del campo, hombres, mujeres y niños, vivían con el producto de su varita, y una infinidad de diferencias acerca de los linderos se resolvían por este procedimiento; recurríase a esos jueces, que llevaban en su mano la justicia y todas las leyes de su tribunal, para descubrir de cerca o de lejos las cosas más ocultas; se consultaba la varita sobre el pasado, el presente y el porvenir. La

varita se bajaba para responder *sí* y se elevaba para la negativa» (1).

Agenor de Gasparin refiere la curiosa historia o fábula del famoso Aymar: Después de un asesinato, cometido en Lyon en 1692, hízole llamar el juez. Colocósele en una cueva donde había tenido lugar el crimen; él se hallaba emocionado y acelerado el pulso; la varita, cogida por las dos extremidades de la parte curva, empezó a girar con gran rapidez; guiado por la varita, recorrió las calles por que habían pasado los asesinos, salió de la ciudad por el puente del Ródano y siguió por la orilla izquierda; al pasar por una casa afirmó que allí habían estado los asesinos; la varita dió vueltas sobre una botella vacía, cuyo contenido habían ellos bebido. Fuése después al Ródano, encontró sus huellas sobre la arena y se embarcó. Fué a muchos pueblos, recorrió los hoteles y reconoció el lecho en que se habían acostado los asesinos y la mesa en que habían comido. A través de mil peripecias, llegó finalmente a Beaucaire, donde, en un calabozo y entre una quincena de prisioneros, designó a un corcovado, cuyas declaraciones no tardaron en confirmar las suyas (2).

Grasset añade que Aymar no siempre fué tan afortunado. Tras numerosos éxitos se acumularon fracasos ruidosísimos; en París, en casa del Príncipe de Condé, en el palacio de Guisa y sobre todo en Chantilly no reconoció el río que pasa bajo una bóveda y no pudo distinguir diversas cajas cerradas, que contenian una oro, otra plata y otra cobre, otra piedras y otra nada. Al fin vino a terminar de una manera miserable (3).

En cuanto a la explicación del fenómeno, hay mucha diversi-

---

(1) Véase Bersot, ob. cit., pág. 99.
(2) Conde Ag. de Gasparin, l. cit., t. II, pág. 126.
(3) Grasset, ibíd., pág. 102.

dad de pareceres. No faltan quienes nieguen el hecho mismo (1). Pero es patente que éste, a veces, en una u otra forma se verifica.

Algunos lo atribuyen a los efluvios de átomos desprendidos por las aguas y metales que, penetrando en los poros de la vara, la fuerzan a tan violenta contorsión. Esta explicación es completamente infundada: con que no se tuerce sobre las corrientes inmediatas que están a la vista, ni sobre los metales metidos en un cofre, y ¿se va a retorcer por el influjo de los metales y aguas soterrados en las entrañas de la tierra? Ni ¿qué clase de efluvios pueden emitir los linderos de un terreno, los metales y tesoros ocultos, para encorvar así las astas de la varilla?

Otros dicen que la contorsión de la varilla proviene de la contorsión del hombre que la toma en las manos, quien, sin saber cómo ni tener conciencia de ello, le da aquel impulso cuando está sobre el terreno. Mas, si el tesoro no es conocido del hombre, como se supone, ¿cómo y por qué le da ese impulso precisamente cuando está sobre el tesoro escondido?

Pablo Vinassa y Miguel de Rossi creen que la varilla es la que hace violencia a las manos y no las manos a la varilla (2).

Para explicar el hecho es de notar que sólo se trata de declarar el mecanismo inmediato de la rotación de la varita prescindiendo de la adivinación y de las aptitudes especiales del buscador de fuentes (3).

Chevreul, Janet y Grasset tratan de explicar dicho mecanismo por movimientos involuntarios e inconscientes, movimientos automáticos o poligonales. El primer punto de partida del acto poligonal se halla en el centro O, que concentra su pensamiento sobre una cosa. El centro O pone al polígono en *sinergia* con su pensa-

(1) Le Brun: *Traité de superstitions*, lib. III, cap. XVII.
(2) *Cosmos*, 29 novembre 1890, núm. 305.
(3) Grasset, l. c.

miento; le pone en el estado en que debe hallarse para provocar el movimiento, pero no da la orden voluntaria del movimiento. Ese movimiento se produce completamente sólo maquinalmente por el polígono sin que O se dé cuenta de su origen. La idea de hacer girar la varita es poligonal o inconsciente; el movimiento se verifica involuntariamente. O bien lo ve, y saca sus conclusiones.

En cambio, el P. Feijoó escribe: «Por conclusión digo que si alguno, usando de la varita adivinatoria, lograse los aciertos que le atribuyen sus partidarios, se debe hacer juicio que interviene pacto diabólico, implícito o explícito» (1).

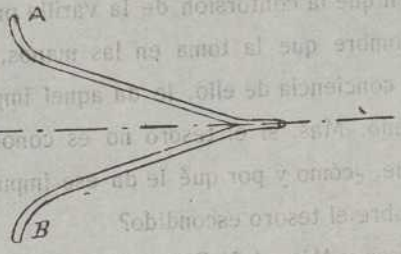


Fig. 1.ª

Moralistas tan eminentes como Guri-Ferreres, Noldin y otros distinguen las aguas y metales de las demás cosas en que la vara se emplea. Si en realidad las aguas y metales influyen en los movimientos de la vara, y éstos son independientes de la voluntad, no ven por qué deba reprobarse su uso, ora se busquen, ora no, las aguas y metales. Otras cosas más trascendentales, como buscar las huellas de criminales, adivinar cosas futuras y lejanas por medio de la varita etc., no están comprobadas, si ya no son meras supercherías.

Para completar la materia vamos a exponer la explicación que

(1) *Teatro crítico*, t. III, disc. V.

de tales movimientos acaba de dar un distinguido ingeniero, autor de una reciente obra (1).

«La elasticidad, dice, del avellano permite fácilmente doblar sus extremos en la forma de la figura 1.ª, sin romperlo.

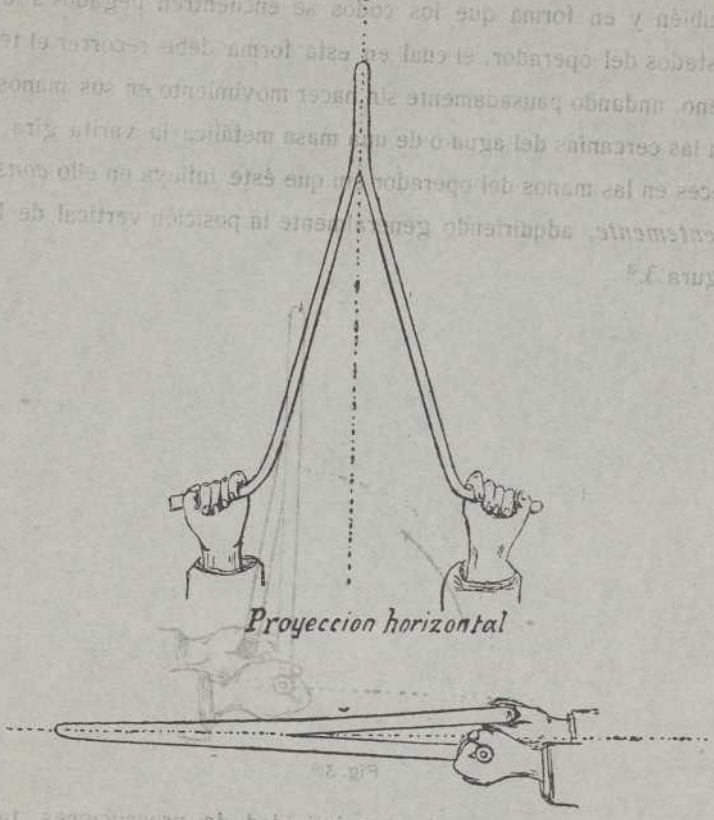


Fig. 2.ª

»Y los extremos A y B así doblados deben ser sujetos entre las palmas de las manos, colocadas hacia arriba y los dedos, apretando éstos contra aquéllas en la forma de la figura 2.ª

»En esta forma sujeta la varita bifurcada, se coloca de manera

(1) Joaquín Menéndez Ormaza, ingeniero de minas: *Cómo se descubre el agua subterránea;* Madrid (sin fecha), ¿1915?

que sus dos ramas se encuentren en un mismo plano horizontal, lo que implica la colocación de las dos manos cerradas (como hemos dicho y, según indica la figura, con los dedos hacia arriba) al mismo nivel y separados del cuerpo por los dos antebrazos, horizontales también y en forma que los codos se encuentren pegados a los costados del operador, el cual en esta forma debe recorrer el terreno, andando pausadamente sin hacer movimiento en sus manos. En las cercanías del agua o de una masa metálica la varita gira a veces en las manos del operador sin que éste influya en ello *conscientemente*, adquiriendo generalmente la posición vertical de la figura 3.ª

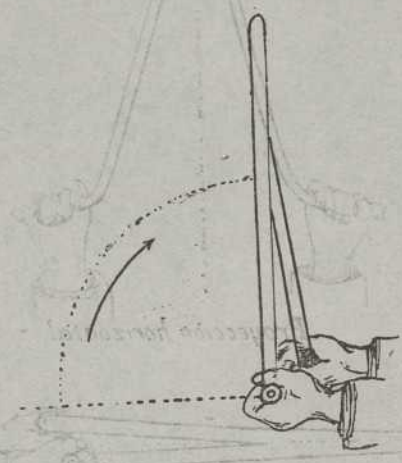


Fig. 3.ª

»Los prácticos recomiendan infinidad de precauciones, tales como acercar las manos lo bastante entre sí para que las dos ramas, por su natural propensión a separarse los 30º a que han debido ser cortadas, formen resorte tendiendo a abrirse, y que para facilitar el doblamiento de las extremidades de la horquilla se aflojen un poco los dedos pequeño y anular abriendo su primer falange, con lo cual los tales extremos quedan en curva dentro de la mano, como lo indica la figura 4.ª

»Se observa que todas estas precauciones no tienen, en resumen, otro objeto final que colocar la horquilla en posición *inestable*, al propio tiempo que las manos y brazos del operador sostienen una posición forzada de sus músculos.

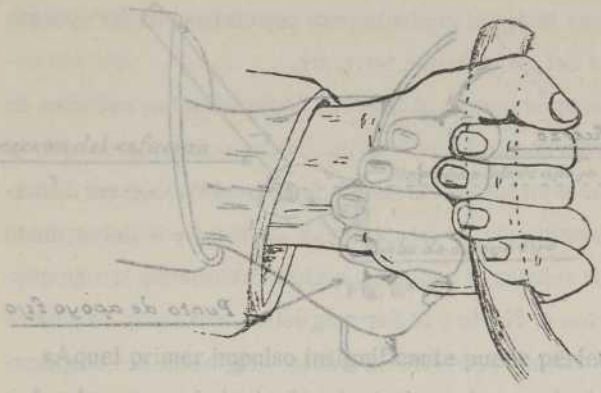


Fig. 4.ª

»En efecto, observaremos que si estudiamos la posición del extremo de la horquilla dentro de la mano del observador en posición de observación, o sea horizontal y apretada por los dedos, la presión de éstos se ejerce sobre el cuerpo de la varita en dirección horizontal y está contrarrestada (por efecto de la horizontalidad del aparato) por el apoyo que el extremo sufre en la base del dedo gordo. El esquema del esfuerzo será el de la figura 5.ª Pero en cuanto las ramas de la horquilla se separan del plano horizontal, el esfuerzo de apretamiento de los dedos, particularmente del pequeño y anular, se sale del plano del punto de apoyo, elevándose si la horquilla se levanta lo más mínimo, y como consecuencia tendiendo a hacer girar la horquilla en el sentido del movimiento iniciado por formarse un par de fuerzas en la forma de la figura 6.ª

»Y de aquí que, cuanto más se apriete, gire la horquilla más fuertemente, notando la sensación del giro en el punto fijo, que es la base del dedo gordo.

»Esta sensación es la que confunde al operador. Iniciado el me-

nor movimiento, es natural el esfuerzo de apretamiento de los dedos para comprobar la verdad del giro, y el dedo pequeño, y el anular principalmente, aprietan normalmente a su superficie inter-

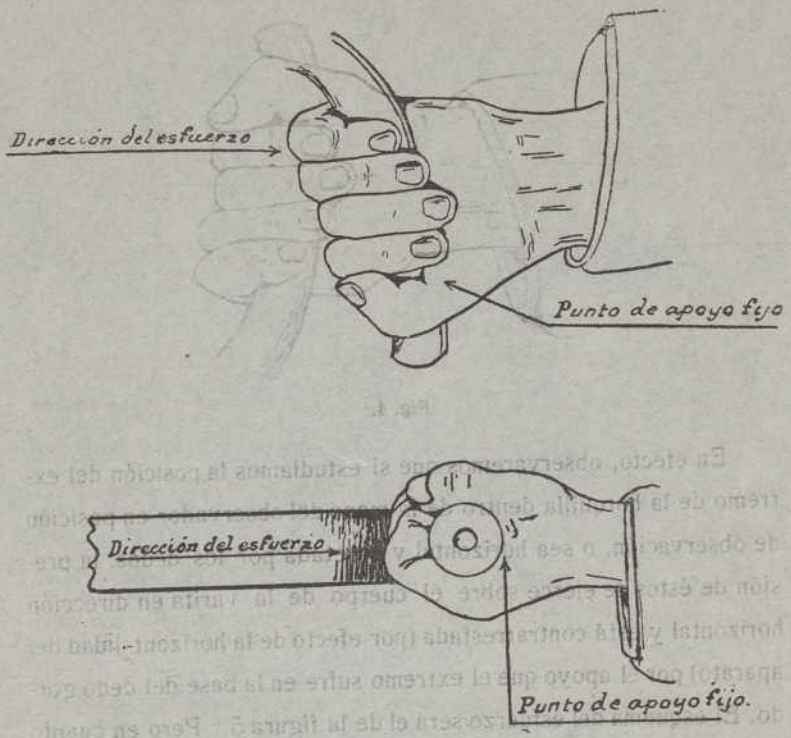


Fig. 5.ª

na. Este apretamiento no es tan sensible para el operador como su consecuencia, o sea el giro del extremo que se apoya en la base del dedo gordo; dicho extremo, al girar sin cambiar de plano, hace notar fuertemente la torsión en la epidermis, con gran sorpresa del experimentador novel, que en lugar de evitar el movimiento conforme esperaba, siente que se acelera...

»Ahora bien, sentado el hecho de que todo apretamiento o cierre de los dedos favorece el movimiento iniciado, haciendo girar fuer-

temente la varita en la mano del experimentador, ¿de dónde procede el movimiento inicial que le hace desviarse de la horizontal? Porque suponemos la mayor buena fe en el operador que *intencionadamente* no hace el menor movimiento en sus manos...

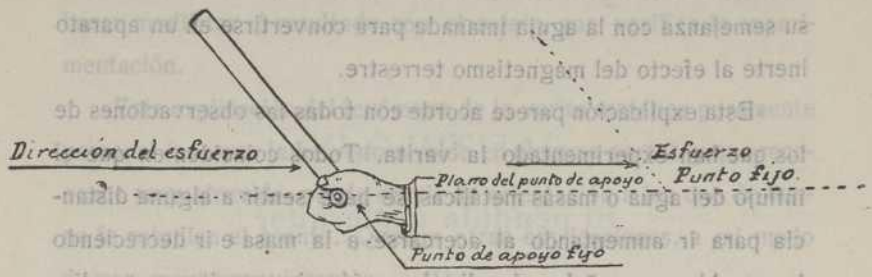


Fig. 6.ª

»Aquel primer impulso insignificante puede perfectamente proceder de un movimiento involuntario e inconsciente, y así es de suponer que suceda en casi todos los casos de varitas apretadas entre las manos del operador; pero, en realidad, el que se pueda explicar el fenómeno en la forma que hemos explicado, no demuestra que en algunos casos no pueda suceder que el movimiento inicial sea consecuencia de una acción directa del agua y los metales sobre las ramas de la varita...

»Dado el influjo del magnetismo terrestre sobre las corrientes que hace moverse al aparato sustentador de éstas en determinadas condiciones, si es un hecho que la cercanía del agua o de las masas metálicas crean un desnivel eléctrico en un aparato registrador (como consecuencia de las variaciones que la masa en cuestión establece en la marcha regular de las superficies de igual voltaje), el aparato en cuestión actuará en las cercanías de la masa como una transitoria aguja imanada; es decir, que el fenómeno se verifica como si se le asignara al agua o a la masa metálica la propiedad de transformar en sus cercanías al inerte aparato en un imán. Como consecuencia, en las cercanías de la masa, el aparato en cuestión

va adquiriendo su transitoria semejanza con la aguja imanada, y como resultado inicia su movimiento por influencia del magnetismo terrestre, acentuándose este movimiento en la misma vertical de la masa para ir decreciendo cuando al alejarse el aparato va perdiendo su semejanza con la aguja imanada para convertirse en un aparato inerte al efecto del magnetismo terrestre.

»Esta explicación parece acorde con todas las observaciones de los que han experimentado la varita. Todos coinciden en que el influjo del agua o masas metálicas se hace sentir a alguna distancia para ir aumentando al acercarse a la masa e ir decreciendo luego. Algunos señalan el radio de acción circunscrito a una elipse cuyos ejes son el Norte y el Sur magnético, cosa muy razonable siendo el magnetismo terrestre la causa originaria del desplazamiento. Es más, algunos experimentadores señalan el fenómeno curioso de que la varita se mueve en las cercanías de las depresiones bruscas del terreno, lo cual cae perfectamente dentro del papel asignado al desnivel eléctrico del aparato, ya que, siendo su causa el trastorno de la horizontalidad de las superficies de igual voltaje, éstas deben ser trastornadas en las cercanías de una depresión brusca del terreno.

»Por otra parte, esta explicación de los movimientos de la varita concuerda perfectamente con la influencia personal que parece indudable, pues unos observadores (aun con la varita perfeccionada) obtienen distintos resultados que otros. Señala el Observatorio del Ebro en la relación de sus estudios sobre el potencial atmosférico la influencia del observador sobre el voltaje atmosférico y recomienda insistentemente que se tenga esto en cuenta, ya que el cuerpo humano es más o menos conductor de la electricidad y como consecuencia trastorna las experiencias. Lo mismo tiene que ocurrir necesariamente con la experimentación de los efectos del desnivel eléctrico producido por las masas de agua o metales en los

anteriores aparatos; siendo este desnivel ocasionado por una variación de las superficies de igual voltaje, el cuerpo del observador influye en ellas, y como esta influencia se deja sentir más o menos, según el observador que la ejerce, claro es que estas influencias hacen modificar el resultado con el sujeto que verifica la experimentación.

»Esta explicación del fenómeno de la varita metálica puramente personal (pues no la he visto ni oído en ninguna parte), y que reconozco muy atrevida, puede servir de orientación a los que de buena fe estudian el asunto. Quedan otras explicaciones, a mi modo de ver, menos convincentes...» (1).

(1) Ob. cit., págs. 135, 140, 148 y 165.

CAPÍTULO IV

El péndulo explorador

Con la varita adivinatoria tiene mucha semejanza el péndulo explorador.

Consta de un cuerpo pesado suspendido de un hilo flexible. Se sostiene con dos dedos el hilo sobre ciertos cuerpos, y aun cuando el brazo permanezca inmóvil, el péndulo oscila. Se verifica la experiencia suspendiendo un botón o un anillo; se suspende el hilo del pulgar sobre un vaso; se fija entonces bien la atención y, sin movimiento aparente, el botón golpea el vaso.

Chevreul ha hecho varias experiencias. Al principio notó que había oscilaciones cuando el hilo se suspendía sobre el agua, sobre un bloque de metal o sobre un animal vivo; más tarde sobre una cubeta que contenía mercurio; por el contrario, observó que las oscilaciones disminuían y aun cesaban sobre vidrio o resina. Aplicóse entonces a estudiar el hecho con más atención, apoyando cada vez más el brazo sobre el soporte, y vió que el movimiento disminuía y aun llegaba a cesar por completo cuando los dedos se hallaban apoyados, y esto, cualquiera que fuese la sustancia que se hubiese colocado debajo. Repitió la experiencia con los ojos cerrados y ya entonces el efecto, diferente de las diversas sustancias, no ejercía acción ninguna sobre la producción o la cesación

de las oscilaciones, tan pronto como se cerraban los ojos para no ver esas sustancias.

De estas experiencias dedujo Chevreul la conclusión de que el movimiento del péndulo era producido por una acción muscular involuntaria. La idea del movimiento bastaba, según él, para que éste se realizase de una manera inconsciente (1).

Advierten, tanto él como Grasset, que no tratan de la adivinación, sino del mecanismo inmediato del péndulo explorador, y estos movimientos los explica Chevreul, lo mismo que Grasset, por los movimientos involuntarios e inconscientes de la persona (2).

Ahora bien, que el péndulo oscile sobre algunas materias y sobre otras no, nada tiene de extraño, según sean de diferente atracción, afinidad o composición química. Que las sustancias ejercieran o no acción en el péndulo, porque Chevreul tuviese los ojos cerrados o abiertos, es muy extraño, y sería cosa de examinar el caso antes de admitirlo, no sea que dicho señor sea víctima de una ilusión. Lo que no aparece por ninguna parte es la conclusión de Chevreul, a saber, que de estas experiencias se deduzca que el movimiento del péndulo es debido a la acción muscular involuntaria. O ¿es que por sólo cerrar los ojos ha de ser ya involuntaria la acción de los músculos? Para que oscile el péndulo cualquier influjo basta, cualquier influjo que en él ejerzan determinados cuerpos o materias, y no vemos que sea necesario recurrir a hipótesis insólitas e infundadas, como la de la acción muscular involuntaria; mucho menos a explicaciones misteriosas y preternaturales, a no ser que por medio de él se pretendiera adivinar cosas lejanas o futuras, para lo cual es manifiestamente incapaz el péndulo por sí mismo.

---

(1) Chevreul: *Du pendule explorateur...*, 1854, págs. 155 y 158.
(2) Grasset, l. c., II Part., n. 33.

CAPÍTULO V

Sugestión puramente mental o comunicación inmediata del pensamiento

Entre los ángeles, espíritus puros, se concibe la comunicación inmediata del pensamiento; pero en el hombre, cuyo pensamiento tiene que expresarse a través del cuerpo, aquélla tiene que ser siempre mediata. El medio ordinario es la palabra, es el gesto u otro signo. Y se trata de averiguar si el hombre puede comunicar a otro su pensamiento a través, claro está, de su cuerpo y del ambiente que le rodea, pero sin ninguno de esos medios ordinarios. En otros términos: ¿puede haber comunicación directa de pensamiento a pensamiento, de modo que uno comunique (transmisión) y otro llegue a penetrar (sugestión puramente mental) lo que se piensa?

¿En qué consiste la comunicación del pensamiento? La comunicación es manifestación, y toda manifestación, como tal, supone un sujeto que la reciba, algo así como el aparato transmisor se completa con el receptor para el hecho de la comunicación telegráfica.

En la manifestación mediata del pensamiento, el medio, imperado por el que la hace, la dirige hacia el que debe recibirla y no a otro. Así yo expreso mi pensamiento a una persona de forma que otras no puedan oirme.

La manifestación por sí misma no tiene orientación determi-

nada; extiéndese por doquiera y es apta para ser recibida por todo el que esté en condiciones. La locución, el escrito, la mímica, etc., son manifestaciones de por sí indiferentes para ser entendidas por persona determinada. Si yo quiero que sólo una sepa lo que digo, se lo digo a solas o de forma que otros no me lo oigan. Lo mismo se puede decir de las demás formas de manifestación *mediata*.

Tratándose, empero, de la *inmediata*, la falta en ella de *medio* extrínseco de orientación o dirección exige que la manifestación en sí misma esté orientada o dirigida.

Supongamos un auditorio de varios individuos que no se entienden entre sí porque cada uno habla una lengua distinta y no conoce otra. Preséntase ante ellos otro que posee la lengua de todos y sabe, además, cuál habla cada uno. Si este políglota desea hablar a uno lo hará en la lengua del que haya de entenderle, y los demás quedarán sin entenderle. ¿Cuál es en este caso el principio director de la expresión del pensamiento del que habla? La misma locución hecha en la lengua de aquel a quien se manifiesta el pensamiento. El que habla modaliza la expresión de su idea de manera que la entienda aquel a quien quiere comunicársela y nadie más; *sintoniza*, digámoslo así, la manifestación del pensamiento con el que ha de recibirla, hablando a éste en su lenguaje, que los demás no entienden.

En este caso, como fácilmente se echa de ver, la expresión misma contiene la dirección u orientación, lo que no acontecería si todos entendiesen el lenguaje del que habla, pues la manifestación sería recibida y entendida por todos.

Algo así acontece en la comunicación *inmediata;* debe ésta llevar en sí misma la dirección, estar orientada, ser *sintónica* respecto del que ha de recibirla y no de otro.

El ángel piensa, *y si quiere* que otro ángel conozca su pensamiento, es decir, si quiere hablarle..., basta que lo quiera para que

el propio pensamiento se haga patente a la inteligencia del otro y éste lo conozca perfectamente. Es decir, que en el hombre la voluntad de manifestar el pensamiento impera la ejecución de los medios encaminados a tal fin, la locución, la escritura, la música, etc.; en el ángel la sola voluntad basta para que el pensamiento quede patente a quien se quiere manifestarlo.

Síguese de esta doctrina que en el ángel el pensamiento tiene dos aspectos: el que corresponde al entendimiento que lo forma, y es así el principio de conocimiento del objeto del mismo, y el de expresión para que otro ángel pueda conocerlo. Esta expresión hácese por imperio de la voluntad del ángel que piensa. Describe este modo de conocimiento el Angélico Doctor cuando dice (1): Lo inteligible puede estar de tres maneras en el entendimiento: 1.°, habitualmente, en la memoria intelectiva; 2.°, actualmente, cuando se piensa en él; 3.°, en cuanto se ordena a otra cosa. La voluntad impera al entendimiento para su acto propio, y, por lo mismo, por aquel imperio, el entendimiento pasa del primero de dichos grados al segundo y de éste al tercero. La voluntad, en efecto, ordena el concepto de la mente a alguna acción o a ser manifestado a alguien. Y cuando la mente considera actualmente o piensa en aquello que está en hábito en la memoria, dícese que uno habla consigo mismo; que por eso el concepto mental llámase *verbo* o palabra interior. Cuando, pues, la voluntad del ángel ordena el concepto de la mente a ser manifestado a otro, tal concepto hácese patente a éste y así es cómo un ángel habla con los demás, toda vez que hablar a otro no es sino manifestarle el concepto de la mente.

Vengamos ahora a la dirección; si el ángel quiere manifestar el concepto de su mente, éste hácese manifiesto; ¿cómo, empero, se

(1) *Sum. Theol.*, I P., q. CVII, a. 1, 2.

manifiesta tan sólo al otro ángel a quien quiere hablar y no a los demás, toda vez que no hay, como en el lenguaje humano, medio externo de dirección u orientación? Hay varias opiniones (1).

Escoto da la siguiente explicación. Dice que «al modo como la voluntad del ángel puede elegir una de las especies inteligibles que tiene en la memoria para pensar en ella — es el tránsito del primero al segundo grado de los que habla Santo Tomás en el texto citado — así, si la naturaleza angélica tuviese muchas inteligencias podría elegir la voluntad del ángel por cuál de éstas inteligencias la noticia inteligible había de ser entendida o concebida. Porque igual aptitud o determinación tiene el recipiente natural para recibir que el agente para obrar — *non magis determinatur passivum naturale ad patiendum, quam activum naturale ad agendum.* — Si, pues, la voluntad determina al entendimiento a pensar o no pensar, así eligiría, en la hipótesis dicha, a esta o a aquella de las inteligencias del ángel a recibir la noticia para producir el pensamiento. Luego si la voluntad angélica podría elegir entre las inteligencias intrínsecas del ángel, es indudable que puede también elegir entre las extrínsecas a él, es decir, entre los demás ángeles, a aquel a quien quiere manifestar el pensamiento, toda vez que en cuanto receptores son de la misma índole que lo serían las supuestas inteligencias varias de cada ángel» (2).

¿Cómo se explica que la onda hertziana sea dirigida, en cuanto al efecto de la telegrafía sin hilos, a donde quiere el que transmite el radiograma? ¿En qué consiste la *sintonización* de los aparatos transmisor y receptor? ¿Es que no ha llegado la telegrafía sin hilos a la deseada perfección práctica? *Pues cuando se sintonicen* perfectamente los aparatos, se aislarán los radiogramas y tendremos

(1) V. Marchini: *Institut. Dogmat.*, II, pág. 134, 1903.—Suarez: *De Angelis*, l. 6.
(2) *Sentent.*, l. II, D. IX, q. 2.

la misma orientación que en la telegrafía ordinaria se obtiene mediante los hilos (1).

Ahora bien, en el hombre se echan de menos esas dos cosas: ni el acto interno de la sola voluntad basta para exteriorizar el pensamiento, ni el solo deseo de expresarlo a tal o cual es suficiente para darle esa determinada orientación. La experiencia cotidiana confirma ambas aserciones. Y así tiene que ser, porque en primer lugar la voluntad impera inmediatamente al entendimiento a pensar en tal objeto; pero el acto intelectual del hombre *en esta vida* necesita algún medio o vehículo para exteriorizarse: la palabra, el gesto u otra expresión. La razón es porque el hombre a quien se ha de comunicar ese pensamiento tiene que interpretarlo a través de los sentidos y valiéndose de ellos; tanto es así que, si un hombre estuviese privado de todos los sentidos, no llegaría a entender nada. Pues bien, los sentidos son incapaces de penetrar propia y directamente en el pensamiento ajeno. Luego el hombre en esta vida no puede tener comunicación directa del pensamiento.

Por la misma razón tampoco puede, sin hacer uso de los signos exteriores, orientar su pensamiento de modo que sea percibido por uno y no por otro; como que, prescindiendo de dichos signos, no puede ser percibido por nadie.

Monseñor Boucard cree que esta transmisión inmediata o sugestiva puramente mental, aunque muy discutida, no parece imposible, teniendo presente, por una parte, que «todo pensamiento hace vibrar el cerebro de una manera particular; y recordando, por otra, el fenómeno de la vibración por influencia: cuando dos diapasones, como dos arpas, están al mismo tono, y así afinados, se colocan el uno enfrente del otro, al hacer vibrar al uno vibra el

(1) Algunas de estas consideraciones aparecieron hace algunos años, no recordamos en qué fecha, en la *Integridad de Tuy*.

otro por influencia sin que se le toque. Si dos cerebros están bien armonizados, ¿no puede suceder muy bien que las vibraciones del uno hagan vibrar al otro al unísono?; y estas vibraciones similares ¿no pueden dar lugar al correspondiente pensamiento?» (1).

«Se cita con frecuencia, añade, y yo mismo lo he oído contar a dos testigos, el caso presentado a la Facultad de Medicina de Angers por el Dr. Quintard, en 1894, de un muchacho que leía absolutamente todos los pensamientos de su madre. Cuando su madre le tomaba una lección, siempre la sabía; en cambio, en clase, ni palabra. Por fin se descubrió que el muchacho leía inmediatamente en el pensamiento o en los ojos de su madre todo lo que su madre leía en el libro, aun tratándose de problemas complicados o de preguntas de latín o de inglés, que él desconocía por completo. Este hecho y otros de clarividencia, de vista a distancia en el sonambulismo y la hipnosis, son ciertamente muy curiosos y obligan a gran reflexión antes de admitir que en los fenómenos que se desarrollan en torno nuestro hay algo más que lo natural» (2).

Es sensible que Mons. Boucard no haya ahondado un poco más. ¿Que todo pensamiento hace vibrar el cerebro de una manera particular? Pase; pero precisamente la dificultad está en observar esas vibraciones y en conocer su significación. Por otra parte, de las vibraciones de los diapasones a las de los cerebros hay un abismo. ¿Cerebros que vibran al unísono? A la verdad que se necesita mucha fantasía para fingir tal armonía de vibraciones. Y aun dado que vibraran al unísono dos cerebros, ¿qué adelantamos con eso si ninguno de los dos conoce que están al unísono? Y supuesto que conocieran la identidad de sus vibraciones, ¿quién

---

(1) *El dogma católico*, pág. 157.

(2) Ibíd., FLAMMARION: *L'inconnu et les phénomènes psychiques*, pág. 352.

les interpreta su significación? ¿Quién les traduce el sentido de esas vibraciones cerebrales respecto de los pensamientos?

El caso que cita el esclarecido autor, si no en tanto grado, se ha repetido muchas veces; pero no prueba nada. Él mismo lo desvirtúa al decir que el muchacho leía inmediatamente en el pensamiento *o en los ojos* de su madre todo lo que ésta leía en el libro. Decimos que este caso no prueba nada, porque se trataba de una lección que el muchacho, aunque no la sabía de memoria, sabía al menos sobre qué versaba. Además, la madre la iba leyendo, y sabido es cuán expresivos son los ojos de una madre y más cuando balbucea un poco la lectura. Sin duda aquel muchacho, que se propuso no estropear las hojas del libro ni romperse los codos estudiando, se diría a sí mismo: «¿Para qué voy a leer dos veces la lección? ¡Basta que lea una vez mi madre por ella y por mí! A mí me basta mirar la expresión y el movimiento de los labios de mi madre para deducir *por conjetura* lo demás.» Además, ¿cómo prueba el Dr. Boucard que el muchacho leía «absolutamente todos los pensamientos de su madre»? Del referido caso, aun concedido todo lo demás, no se deduce tal conclusión.

Tal adivinación es imposible en el estado de la vida presente y por solas las fuerzas humanas. Pues para conseguirla se requeriría saber antes qué modificaciones cerebrales corresponden a cada pensamiento; de otro modo es imposible que aquéllas sean signos que nos guíen al conocimiento de éstos. Ahora bien, esa correspondencia es imposible que pueda ser conocida por las solas fuerzas naturales del hombre. Porque sólo podría ser conocida, o por el mismo sujeto pensante o por un observador; pero el sujeto pensante no conoce, ni por intuición ni por discurso, las modificaciones que sufre su cerebro con cada uno de sus propios pensamientos; así lo atestigua la conciencia. Un observador extraño necesitaría estar viendo a la vez el pensamiento del sujeto cuya

observación intentara y las correspondientes modificaciones orgánicas, lo cual es imposible.

Pues por lo que toca al pensamiento, éste es invisible e insensible; faltaría, por tanto, uno de los extremos de la comparación, y sería la comparación imposible; y para ver las modificaciones cerebrales se necesita, o que el pensante estuviera sin cráneo, o que éste, y lo mismo la masa cerebral, fueran transparentes para el observador; y se necesitaría, además, que dichas modificaciones fuesen perceptibles por los sentidos del observador; lo cual no es físicamente posible, pues dado el casi infinito, cuanto variadísimo número de sensaciones, ideas, juicios, raciocinios y afectos, los cuales todos, según esta hipótesis habían de tener su correspondiente modificación cerebral, síguese que ésta había de ser por necesidad tan delicada y tan diminuta que no es posible que observador alguno pueda percibirla.

Por lo tanto, esa locución inmediata o lenguaje interno de unos entendimientos con otros resulta humanamente imposible (1).

Lo que sí se consigue muchas veces es conjeturar y aun conocer, con más o menos certeza, por las solas miradas y gestos, el pensamiento de un individuo; pero en la sugestión puramente mental se pretende comunicar a otro las ideas, los deseos y las intenciones, sin signo externo alguno. Ahora bien, ¿qué nos dicen la experiencia y la razón? Que cuando hemos de exteriorizar algún pensamiento o afecto, es preciso que nos valgamos de la palabra, de los gestos, miradas, movimientos, etc.; es decir, de algo sensible que sea el vehículo que lo conduzca al exterior. Además, ¿qué es el pensamiento y qué se requiere para exteriorizarlo? El

---

(1) MARSHALL WANAMAKER, en un folleto (trad. del inglés por P. J. Ll.), *Adivinación y transmisión del pensamiento* (Barcelona, sin fecha), supone la posibilidad de ésta, pero ni ahonda nada ni aduce apenas pruebas. Prescindimos ahora de la telepatía.

pensamiento es una cosa inmaterial e insensible; y la exteriorización humana del mismo consiste en ligar a una cosa sensible y externa el sello o imagen de tal pensamiento, de modo que por la percepción del signo se venga en conocimiento del pensamiento. Con lo cual se ve que, si no hay signo sensible y externo, no hay exteriorización; y que no basta la voluntad de exteriorizar para realizar la exteriorización: es indispensable que se pongan en juego las facultades orgánicas destinadas a poner en el exterior los signos de la idea, verbigracia, la palabra, la escritura o el gesto.

Además de la exteriorización por parte del sugerente, se requiere para la recepción de la sugestión que el paciente conozca los signos, ya por natural instinto, como son conocidas las lágrimas, los ayes y la risa, ya por la enseñanza; de otro modo la sugestión no tendría aplicación respecto del sugerido.

Se podría sospechar, si acaso es posible, el conocimiento directo del pensamiento por medio de los rayos X; pero ni aun así, aparte de que en las sesiones del espiritismo no suelen funcionar los aparatos que se requieren para tal objeto, y, por tanto, no suele haber allí rayos X.

Pero supongamos que hay rayos X y que los cerebros de los asistentes a las sesiones aparecen iluminados con luz meridiana ante la mirada del medium, ¿podría éste leer en los senos de aquellos iluminados cerebros las huellas del pensamiento? ¿Podría averiguar por tales huellas los pensamientos mismos? Es evidente que no. Le sucedería lo que a uno que no supiese leer, si le colocasen delante de los ojos un libro abierto. ¿Podría este sujeto leer en tal libro? Claro está que no. Vería materialmente las letras, los renglones, los espacios intermedios; pero no entendería la significación de aquéllas. Cosa parecida, pero más desproporcionada le sucedería al que se le presentase un cerebro impresionado con las modificaciones vibratorias y se le dijese que adivinase los

pensamientos. El observador vería en el tal cerebro moléculas, fibras, circunvoluciones, espacios vacíos, etc.; pero nada que le indique su correspondencia con los pensamientos, pues para poder averiguar los pensamientos, era preciso que supiera de antemano qué modificación cerebral correspondía a cada idea, lo cual parece físicamente imposible (1).

Suponen los materialistas que la comunicación inmediata del pensamiento es naturalmente posible, por cuanto creen que el pensamiento es la modificación del movimiento de algún flúido sutil, y que, por tanto, puede propagarse y comunicarse de un punto a otro; es decir, de un cerebro a otro cerebro, lo mismo que se comunica la luz, la electricidad y el sonido. Al efecto, aprovechando la idea de los espejos cóncavos, han intentado comprobar la transmisión del pensamiento entre dos sujetos. A tales experimentos se han dedicado los suecos Schmann y Hansen, y el profesor Sidwicht. En las experiencias de transmisión de las ideas hay dos espejos cóncavos, en cuyo centro se colocan las cabezas de los sujetos en los que se va a realizar la comunicación. El sujeto que haya de transmitir (agente) mira fijamente una cifra u objeto, y a veces sólo se lo figura; el que haya de recibir el pensamiento (paciente), espera que una imagen se revele a su conocimiento, y entonces reproduce por el dibujo lo que en su cerebro se refleja.

Schmann cuenta que ha hecho quince experimentos, y que el resultado le impresionó mucho, pues parecía dar la razón a la teoría del flúido; mas pronto vió que era una ilusión el pretendido acuerdo entre la imagen enviada y la recibida. Comparando ambas imágenes, vimos, dice, que las que se ofrecían a la fantasía del recipiente tenían forma vaga e indecisa, y era precisa la buena voluntad para reconocer en los dibujos las cifras en que pensaba el

(1) González H.: *El Hipnotismo*, P. II, cap. XIII.

agente. Cifras reproducidas por el recipiente: 44, 33, 6, 73, 53. Cifras enviadas por el agente: 77, 33, 65, 76, 83... Estudiamos lo que pudo causar tal *el reflejo de ideas,* y creímos desde luego que era la reflexión de los espejos; pero nos convencimos de que no, y que el deseo de explicar de algún modo el dibujo dirige la mano del recipiente (1).

Hay que reconocer, además, que las experiencias de la sugestión puramente mental o no se han hecho con precisión, o no han dado resultados, o se hallan mezcladas con fraudes (2).

Bernheim, Pitres y Charcot confiesan que no vieron nunca de una manera positiva la sugestión mental (3).

«No hay en ello, dice Sollier, ningún fenómeno de adivinación, de intuición o de comunicación del pensamiento con su hipnotizador; no hay sino un fenómeno de percepción. Y la prueba de ello es que, no solamente otros experimentadores distintos de mí obtuvieron inmediatamente el mismo resultado, sino también que el sentido de la impresión es el que determina su movimiento»; es el gesto y no el pensamiento del experimentador (4).

«Son demasiado complicadas esas experiencias, dice el doctor Grasset, para tener el rigor de vigilancia necesaria para una experiencia científica; los hechos pensados y ejecutados son vagos, insuficientemente precisados, bastante comunes para tener probabilidades de encontrarse en una sesión, en el curso de la cual son igualmente ejecutados otros muchos hechos no sugeridos mentalmente. Además, y esto nos parece capital, la exactitud de las órdenes ejecutadas no es más que después del acto; no se tiene ninguna prueba de que el experimentador (de absoluta buena fe) no

(1) *Controverse,* l. c., t. V, págs. 173 y sigs.

(2) Grasset, l. c., P. III, n. 85.

(3) Ibíd.

(4) *Bulletin de l'Institut Général Psychologique,* 1904, t. IV, pág. 509.—*Annales des Sciences Psychiques,* 1905, pág. 178.

haya sido él mismo sugerido en su pensamiento, por el acto que ha visto ejecutar al medium.

»Vese en ciertos casos que el experimentador no reconoce de pronto su pensamiento en el acto del medium y que no le reconoce más que mediante la reflexión, en virtud de razonamientos muy complicados a las veces... El medium rebasa, excede muchas veces el pensamiento del experimentador. En medio de una sesión complicada y de múltiples manifestaciones, se descubre intercalada la realización de una simple chispa de pensamiento en el experimentador.

»Parécenos que todo esto basta para quitar a esas experiencias el valor de una demostración científica de la sugestión mental... Las experiencias hechas, añade, con la Mrs. Clarisa Miles, son más curiosas; pero son, en general, demasiado complejas, muy poco precisas...

»Las trampas son más o menos hábiles, más o menos conocidas, pero siempre las hay» (1).

El comandante Darget, de Tours, tiene la pretensión de haber sacado *fotografías del pensamiento*. Una prueba de 27 de mayo de 1906 representa una botella, y fué obtenida al pensar insistentemente en una botella que acababa de mirar. El 5 de junio siguiente se le pidió que obtuviese una segunda botella, y sacó una botella en la fotografía «en presencia de las seis personas que formaron el proceso verbal, el cual se insertó en la *Revue Scientifique du Spiritisme*, de enero de 1897, con grabados de las dos botellas». Otra prueba representando un bastón fué obtenida por el comandante «pensando en su bastón, que acababa de mirar a la luz roja de su gabinete». Otra fotografía del ensueño representa un águila, y fué obtenida por el comandante «colocando una placa durante diez minutos sobre la frente de Mme. D., dormida...» (2).

---

(1) Grasset: *L'occultisme...*, P. III, núms. 85 y 86.

(2) *Annales des Sciences Psychiques*, 1905, págs. 581 y sigs.

El doctor A. M. Le Verder, *Scientist,* de Lyons, cerca de Rochester, en el Estado de Nueva York, cree haber resuelto igualmente el problema de *fotografiar las ondas que emanan del cerebro.* «Cerrado y cubierto el aparato fotográfico sobre una mesa, cada una de las personas, «reconocida como capaz de ejercer facultades supersensitivas que habitualmente se hallan en estado latente, coloca una de sus manos a cuatro pulgadas próximamente sobre la placa, poniendo la otra mano debajo de la placa y de la mesa; se dice a cada una que fije el pensamiento sobre un objeto que se le indica; al mirar la placa representaba el objeto en el que los experimentadores habían pensado» (1).

No sabemos lo que pensarán estos señores; pero es cosa extraña que de tales experiencias deduzcan que se ha fotografiado el pensamiento. ¡Convertir las fotografías de un par de botellas, de un bastón, de un águila, en fotografías del pensamiento! ¡Y esto por la sola afirmación y garantía de que el sujeto había pensado en esos objetos, los había mirado o puso una placa sobre la frente! Si la cosa no fuera ridícula, se necesitaría mucho candor para creerla.

La razón fundamental para echar abajo todo este edificio de ficciones y fantasías es que el pensamiento es inmaterial, insensible y espiritual y no puede ser fotografiado, porque ni emite ni puede emitir colores, matices ni ondas de ningún género.

(1) Ibíd., 1906, pág. 125.

CAPÍTULO VI

Clarividencia

Se entiende aquí por clarividencia la facultad de ver a través de los cuerpos opacos. Antes de investigar la realidad y causas de este fenómeno, preciso es consignar que la mayor parte de estas experiencias se han hecho con los hipnóticos. Como prescindimos ahora del hipnotismo, que por sí solo exigiría un libro, forzosamente hemos de ser breves en la materia.

Un cataléptico de Petetin «veía el interior de una carta que apoyaba fuertemente entre los dedos, y otro distinguía el retrato que se le colocaba sobre el epigastrio».

«Otro, en fin, percibió una bala alojada en la cabeza y la descubrió con toda exactitud» (1).

«Nosotros, dice el doctor Grasset, creímos encontrar el hecho demostrativo de la visión a través de los cuerpos opacos en un sujeto del que nos había hablado mucho nuestro colega de Narbona, el doctor Ferroul, y acerca del cual ya se habían publicado interesantes trabajos en los *Annales des Sciences Psychiques*.

»La primera experiencia resultó completamente satisfactoria; el sujeto leyó a través de un sobre y de un papel de estaño algunas

---

(1) Richard Hodgson: *Annales des Sciences Psychiques*, 1894, pág. 364.

líneas escritas por nosotros en francés, asimismo indicó los caracteres rusos que habíamos puesto debajo. Pero fracasó totalmente una segunda experiencia llevada con todo rigor por una Comisión de la Academia de Ciencias y Letras de Montpellier.»

«Las experiencias de Mme. Sidgwick consisten sencillamente en adivinar cartas sacadas de una baraja sin que nadie las haya visto... De 2,585 experiencias, hubo un total de 149 éxitos, tres veces mayor que el número que el cálculo de probabilidades atribuye al azar...» (1).

Para ejercitarse en esta clase de experiencias y hacer la selección de sujetos más o menos habilidosos para el caso, propone el doctor de Montpellier «la pequeña experiencia siguiente, que parece un juego de salón y que ha sido, por lo demás, ensayada varias veces por sabios muy serios:

»Toma el experimentador una baraja y, después de mezclar bien las cartas, coge una, la prensa muy fuertemente y los experimentados (que no la conocen) anotan en un papel la carta en la que ellos propios piensan en aquel momento; no se comunican sus resultados. El experimentador pasa a una segunda carta, y así sucesivamente, hasta diez o veinte por sesión. Dícense luego en alta voz las cartas salidas, en el orden en que fueron pensadas, y cada uno anota el número de sus éxitos, es decir, de sus coincidencias. Repítense las experiencias, y si una persona llega a alcanzar y, sobre todo, a rebasar el 20 o el 30 por 100 de éxitos, no se cantará victoria, pero podrán renovarse y precisarse nuevas experiencias con el sujeto así descubierto» (2).

Como se ve, no se da al hecho mismo más alcance que el de una simple conjetura en la que unas veces se acierta y otras no. En este caso daríamos la cuestión por terminada con sólo decir

(1) Ob. cit., P. III, n. 90.

(2) *L'occultisme hier*, P. III, n. 87.

que la vista es susceptible de más y de menos, y que hay vistas de lince que superan con mucho la visión ordinaria.

Pero es el caso que algunos suponen la realidad de esa facultad visiva en proporciones tan extraordinarias, que hacen a algunos sujetos mediánicos capaces de ver a través de cuerpos opacos y de leer las líneas de un libro cerrado.

Ante todo habría que examinar el hecho, porque los que nos refieren de algunas sesiones de espiritismo, o no aparecen suficientemente comprobados, o aparecen realizados a media luz y en condiciones desfavorables para ser observados.

Supuesto el hecho, Sollier ha querido explicarlo diciendo que en las experiencias realizadas a través, verbigracia, de una pared, «se ve uno inclinado a admitir o que la propagación de las vibraciones impresas al aire se realiza a través de obstáculos hasta ahora considerados como insuperables, o que se trata de vibraciones de un orden desconocido» (1). Esto, ya se ve, no explica nada: son sólo un par de conjeturas.

En estos mismos días (2) se habla de los nuevos descubrimientos hechos por Marconi sobre esta materia. Según el *Corriere della Sera,* Marconi ha hecho en Londres algunas declaraciones sobre su nueva invención, y ha dicho que las experiencias practicadas le inducen a pensar que el problema de ver las personas y cosas a través de los muros puede ser resuelto.

La verdad es que, gracias al descubrimiento del telescopio, del microscopio y de los rayos X, el hombre ha llegado a penetrar naturalmente mundos que antes parecían inexplorables para él. Por eso es difícil decir que *algunas* vistas especiales no puedan atravesar *algunos* cuerpos opacos con su mirada. Pero de aquí a

---

(1) *Bulletin de l'Institut Général Psychologique*, 1904, t. IV, pág. 509.—*Annales des Sciences Psychiques*, 1905, pág. 178.

(2) Véase *Razón y Fe*, julio de 1915, pág. 409.

afirmar que pueda la vista, *en general,* ver a través de cuerpos opacos, hay mucho trecho, sobre todo si no se emplean medios o procedimientos especiales.

Richard Hodgson describe una trampa para simular la clarividencia. «Se le da a un asistente una tarjeta en blanco con un sobre, se le dice que escriba en ella el nombre de un espíritu amigo y dos o tres preguntas; hecho esto, que la cierre y la selle sin poner la cara escrita del lado de la goma y la entregue así cerrada... El medium, después de varias manipulaciones, y con alguna habilidad para ocultar el juego, humedece con alcohol el sobre y así puede leer lo que ha escrito y parece que lo ha adivinado...» (1).

Tampoco es aceptable la explicación de Sédir y de Filiatre, que apelan a los espejos mágicos, de que ya hemos hablado.

A juicio de ellos, «todo el secreto de la clarividencia se resuelve en este único medio: extender el campo de la conciencia...»

«La experiencia de cada día nos enseña que no percibimos un objeto hasta tanto que no le prestamos nuestra atención. Por otra parte, todas las escuelas filosóficas reconocen que la atención es un fenómeno esencialmente voluntario, de donde el solo medio de extender el campo de la conciencia, según el desarrollo de la clarividencia, es la ejecución de la voluntad.

»Ahora bien, los espejos mágicos, añade el doctor Filiatre, facilitan, en la más alta medida, la obtención de la clarividencia. Esta facultad puede ejercerse en el tiempo (visión de las cosas pasadas o futuras) y en el espacio (visión de las cosas presentes, pero lejanas...)

«Importa poco que los espejos sean llamados mágicos o psíquicos, el nombre no hace al caso; pero hace falta que se sepa que el empleo de estos objetos no tiene nada de misterioso» (2).

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques,* 1894, pág. 364.

(2) FILIATRE, lib. cit., págs. 338-340.

Si es cierto que con la atención se extiende el campo de la conciencia, también lo es que con los espejos mágicos se obtiene cierta clarividencia; pero que con los espejos mágicos se llega a ver cosas pasadas, futuras y lejanas, esto es completamente gratuito y falso.

¿Se adelantará algo con apelar a los rayos X? De suyo para ver algunas cosas ocultas sí, pero en nuestro caso, no hay tales rayos X.

Los rayos X, descubiertos por Röntgen en 1895, «son unos rayos invisibles, y se distinguen de todos los demás por la propiedad de poder atravesar casi todos los cuerpos opacos o transparentes, en grandes masas o reducidos a polvo, propagándose siempre en línea recta sin experimentar reflexiones ni refracciones... Además, los rayos X poseen la propiedad de impresionar las placas sensibles: de donde resulta que esa sombra, más o menos clara, puede fotografiarse; es decir, puede quedar señalada de una manera permanente sobre la placa sensible». Ahora bien, es completamente seguro que hasta el presente nadie los ha obtenido, ni el mismo Röntgen, sin el auxilio de ciertos aparatos de física. Se necesitan carretes de Ruhmkorff, reósforos, tubos de Geissler o de Crookes; se necesita que funcione el aparato, y se requieren otras varias condiciones para obtener las fotografías de los objetos en las placas destinadas al efecto. Pues bien, en los casos de espiritismo no ha habido aparato alguno, ni ha habido, por tanto, los rayos X, verdaderamente formados y en condiciones para llevar hasta el ojo del medium la imagen de los objetos escondidos.

De los objetos escondidos dentro de cuerpos opacos no pueden partir rayos de luz; ya que ni ellos son luminosos, como se supone, ni, por estar encerrados, la reciben de otros, ni tampoco se ve que puedan partir rayos de otra naturaleza, estando, como están, los

objetos escondidos, los que los rodean, la atmósfera y el éter en estado normal, cual se supone.

Un libro cerrado, aun dado caso que pudiera ser penetrado por los rayos X, y ser representado en la retina del medium todo el contenido interno de dicho libro, presentaría tal aglomeración, confusión y desorden de caracteres, que sería imposible que se pudiera leer en él ni una sola página.

CAPÍTULO VII

El cumberlandismo

Se llama así, del nombre del autor que la introdujo hace algunos años, la hipótesis según la cual un individuo con sólo ponerse en contacto con un operador descubre los objetos escondidos.

Las experiencias suelen hacerse de la manera siguiente: «Se esconde un objeto cualquiera sin que el sujeto lo sepa, pues tiene los ojos tapados. Una persona que sabe dónde está el objeto escondido se pone en comunicación con el sujeto tocándole la mano o la sien; esa persona piensa intensamente en el objeto; y he aquí que el sujeto entonces descubre el objeto.»

¿Cómo se explica este hecho? Según Grasset, estos movimientos son automáticos, involuntarios e inconscientes, poligonales. El sujeto director concentra intensamente su pensamiento sobre el acto que hay que ejecutar, y su pensamiento pasa entonces, sin que él se dé cuenta, a sus dedos. El centro O del director piensa intensamente; entra en actividad su polígono sin saberlo O, realiza movimientos y, por medio de presiones y atracciones involuntarias e inconscientes, dirige mecánicamente al sujeto, que tiene los ojos tapados. «Nosotros mismos, añade Grasset, hemos hecho algunas experiencias, y con los ojos vendados nos hemos dado perfecta

cuenta de las presiones o de las atracciones que el dedo del director ejercía, sin darse cuenta ese mismo centro director...

»Muchas veces el movimiento del dirigido se detiene y vacila; obedece esto a que el director ha dejado momentáneamente de pensar en lo que debe. Si el director se halla distraído o piensa en otra cosa, el dirigido no recibe ya impresiones y se detiene, vacila o se equivoca.

»Es necesario para el buen éxito que el director sea muy activo, que piense con mucha intensidad en el acto deseado, y que el dirigido sea muy pasivo, es decir, que anule su centro O y deje a su polígono obedecer automáticamente a las impulsiones del polígono director.

»Las cualidades requeridas para ser buen director son muy diferentes de las que se requieren para ser buen dirigido: son inversas. El uno debe ser una autoridad, activo, el otro pasivo, sometido y que no debe analizar el mecanismo de la experiencia.

»Es menester, además, que el polígono del director sea naturalmente muy motor, gesticulando fácil y voluntariamente.

»En el sujeto dirigido, las cosas pasan también en el polígono. Podrá darse cuenta el centro O, si él se analiza; pero puede también obedecer automáticamente sin darse cuenta de ello. Hasta puede suceder que no tenga ninguna conciencia de lo que se le hace, de lo que se le obliga a hacer y que lo ejecute muy bien.

»Además, en ese caso de inconciencia del acto ejecutado, se puede más tarde hipnotizar al sujeto, y muchas veces en la hipnosis encuentra éste el recuerdo del acto que se le ha hecho ejecutar y del cual no había tenido conciencia en O.

»Es, pues, éste un acto automático del polígono que se olvida en la vida psíquica normal y completa, pero cuyo recuerdo se encuentra en otra escena de la vida poligonal aislada, del mismo modo que en ciertos ensueños se encuentra el recuerdo de los

ensueños precedentes, y como en ciertas crisis de sonambulismo o de hipnotismo se encuentra el recuerdo de crisis anteriores.

»La personalidad poligonal es la que se acuerda de sí misma siempre que se emancipa de la inspección y de la inhibición del centro O.

»En todos los hechos de lectura del pensamiento, cuya teoría hemos bosquejado, hay siempre algún *contacto* entre el director y el dirigido» (1).

Examinemos brevemente el hecho y la explicación. El doctor Grasset generaliza sin fundamento el hecho. Demos que eso haya sucedido alguna vez: ¿es acaso general? De que se haya verificado alguna que otra vez no se puede deducir nada, porque pueden ser muy diversas las causas, las conjeturas y aun los fraudes. Ahora bien, experiencias como las que relata el Dr. Grasset son sumamente raras, excepto en los casos de prestidigitación.

Que la persona piensa intensamente en el objeto, toca en la sien del sujeto y éste descubre el objeto. Parece increíble que el Dr. Grasset admita semejantes ilaciones. Supongamos que la persona no hubiera pensado tan intensamente en el objeto: ¿no lo hubiera por eso descubierto el sujeto vendado? Supongamos que no hubiera pensado ni intensa ni remisamente en él: ¿no lo hubiera descubierto? Supongamos que pensando tan intensamente como se quiera no hubiera tocado la mano o la sien del sujeto paciente: ¿qué hubiera sucedido?

Mas supongamos el hecho: la persona piensa intensamente, toca la sien del sujeto y éste descubre el objeto. La explicación del doctor Grasset no puede ser más ridícula: El director piensa y su pensamiento pasa a los dedos, cuya presión ejercida en las sienes del paciente revela a éste dónde está el objeto escondido. Tal argu-

---

(1) *L'occultisme hier*, P. II, núm. 35.

mentación, impropia ciertamente de la altura científica del célebre psiquiatra de Montpellier, no merece respuesta. ¿Puede darse afirmación más gratuita e infundada que decir que el pensamiento se traslade a los dedos y que la presión de éstos en las sienes del sujeto se traduzca en expresión concreta del pensamiento del director?

Lo que sí puede suceder, y sucede en estos casos, es que tal número de presiones o ejercidas en tal o cual forma signifiquen *por previo convenio* que el objeto está escondido en tal parte; ya vimos y veremos algunos fraudes cometidos en parecidas experiencias. Por lo demás, conviene consignar que el Dr. Grasset tiene obsesión por su polígono, con el cual quiere explicar todos los fenómenos por raros que sean; la construcción del polígono ya es en sí una ficción artificial y el afán de explicar por su medio los fenómenos le lleva, al célebre doctor, a conclusiones verdaderamente extrañas e inaceptables. ¿Cómo no ha de ser inaceptable el que por sólo pensar intensamente el centro O del director entra en actividad su polígono *sin saberlo* O?

Es realmente curioso el suponer por una parte que el centro O piensa intensamente, y por otra que no piense que el polígono entra en actividad. Pues entonces ¿cuándo va a saber que el polígono entra en actividad? ¿Lo sabrá cuando no piense? ¿cuando se distraiga? ¿Y que el polígono *dirige* mecánicamente con sus presiones inconscientes al sujeto que tiene los ojos vendados? ¿y que esta dirección sea tan perspicaz que el sujeto así vendado dé con el objeto escondido? Y ¿cómo ha de ser aceptable el suponer que las vacilaciones del sujeto proceden precisamente de que el director se distrae o piensa en otra cosa?

Que «en todos los hechos de lectura del pensamiento (si es que son reales) haya siempre algún *contacto* entre el director y el dirigido», no cabe duda; es necesario que le haya física o moral-

mente; se trata de explicar ese contacto; pero la explicación del Dr. Grasset nos parece completamente infundada.

Para saber cómo estos efectos se pueden conseguir más o menos con la educación y la destreza, propone el Dr. Grasset: «1.º Ensayar órdenes sumamente sencillas, sin gestos ni palabras; pedir mentalmente a un sujeto el alzar el brazo, abrir la boca, levantar el pie...—2.º Multiplicar y repetir las experiencias y anotar todas las circunstancias con gran exactitud; hasta es conveniente el colocar previamente en un cajón, perfectamente cerrado, las órdenes que habrán de darse y que los asistentes, poco numerosos por lo demás, deben ignorar; todos los actos del sujeto serán anotados, a medida que se produzcan, por un asistente ignorante de las órdenes dadas; en seguida se hará la comparación de las dos listas escritas» (1). Y añade:

«En el mismo orden de ideas, el Dr. Laurent tuvo la bondad de comunicarme en 1903 divertidas experiencias, en las cuales estudió y repitió después las de Pickmann. Así pudo ejecutar, a distancia de cuatro metros próximamente, las órdenes dadas mentalmente por ciertas personas; órdenes muy sencillas, por supuesto, tales como la elección de un objeto sobre una mesa» (2).

«Ha analizado, dice, muy bien la cosa sobre sí mismo y ha comprobado que había hiperacusia en el sujeto dirigido y percepción de palabras inconscientemente pronunciadas por el director: a derecha, a izquierda, sí, no.»

El alcalde de Crewe, Charles H. Pedley, refirió al profesor Lodge la historia de un empresario que hacía señales a un sujeto levantando el pulgar del pie derecho; de ahí «un leve movimiento

(1) Ibíd., P. III, núm. 87.

(2) L. c., núm. 86.—Laurent: *Les procèdes des liseurs de pensée... —Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, 1905, t. II, pág. 481, núm. 6.

del zapato, que ojos penetrantes pueden descubrir hasta veinte yardas» (1).

Ciertos prestidigitadores hacen las preguntas en distintos términos, según la respuesta que hay que dar.

He aquí lo que hacía Robert Houdin «con ayuda de un cuestionario, o más bien, de un vocabulario especial y convencional que conocían únicamente el sujeto y él: había adiestrado a su sujeto a responder a las preguntas que le hacía y a adivinar a distancia, sea la naturaleza, la forma, el color de un objeto, sea la efigie y el valor de una moneda, sea la hora marcada por un reloj, etc Si preguntaba, por ejemplo: «¿Qué veis?», el sujeto debía contestar: «Un sombrero»; si: «Decidme lo que veis», era un bastón, y así sucesivamente. A cada pregunta correspondía una respuesta convenida de antemano».

Otros prestidigitadores designan a su sujeto el número que hay que adivinar por el sitio que la primera letra de cada palabra ocupa en una palabra numerada. Así, por ejemplo, con la palabra $\frac{catholique}{1234567890}$, he aquí algunos ejemplos de preguntas y respuestas:

¿Cuántos? 1.

¿Qué cifra veis? 81.

¿Cuál es esa cifra? 8061 (2).

Hay también insinuaciones por gestos y actitudes.

Geraud Bonnet cita de ello un ejemplo: «Bastaba decir en voz baja al empresario lo que se deseaba; éste, sin separarse, miraba a la muchacha, distante cinco o seis metros, y veíase a ésta realizar el acto deseado... Existía un diálogo mudo entre ambos, facilitado por la atención que los espectadores todos prestaban al sujeto, sin fijarse en el prestidigitador; pero observando a este último era

(1) Lodge en *Annales des Sciences Psychiques*, 1899, pág. 176.

(2) Geraud Bonnet: *Transmission de pensée*, 1906, pág. 94.

posible comprobar que sus actitudes y movimientos eran estudiados y variaban cada vez, según lo que se pedía, aun cuando parecía hallarse casi inmóvil e inactivo durante la acción del sujeto...; había una trampa por medio de gestos, pero de tal modo disimulada, que los más escépticos entre los espectadores dudaban.

«Todos esos casos de transmisión directa del pensamiento o de cumberlandismo sin contacto se deben a una trampa y con frecuencia a un código de señales convenido entre los dos compadres, que son muy diestros y de exquisita sensibilidad uno, al menos, de los dos» (1).

En confirmación de lo dicho vamos a aducir un par de ejemplos. El primero se refiere a «un procedimiento empleado por dos artistas de *Music-Hall* (de esos que adivinan el pensamiento de los espectadores y el número de sus relojes) con uno de sus antiguos empleados que acababa de revelar trampas muy divertidas. Según parece, se había instalado un teléfono en las galerías superiores del teatro, que iba a parar a la silla de la vidente. De este modo un compadre tenía a la dama al corriente de lo que pasaba en la sala. Otra trampa, no menos original, consistía en hacer seguir los pasos a las personas que tomaban localidades; así se les contaba, con estupefacción grande de su parte, lo que habían hecho durante el día» (2).

«Alberto Bonjean, que en su libro sobre el *hipnotismo* había descubierto el fraude de una primera vidente L., ha puesto recientemente de manifiesto la trampa de otra B. de P. «El procedimiento empleado por una y otra deriva del mismo principio. Es preciso, para que la vidente *vea*, que el *Barnum* conozca la cosa

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1907, pág. 47.—*Echo du Merveilleux*, 1907, pág. 33.

(2) *Petit Méridional*, 30 décembre 1906.

o el pensamiento que hay que encontrar... Si este último conoce la palabra o la cosa, nada más fácil que comunicar al sujeto esta cosa o esta palabra por medio de un alfabeto convencional o de un lenguaje especial, que para la interesada tiene un sentido preciso y matemático... Yo conozco los medios empleados; yo puedo reproducir con mi excelente amigo y colega M. León Mallar, siendo él el *Barnum* y yo el sujeto, todos los fenómenos obtenidos por Mme. de P.» (1).

---

(1) *L'Union Libre de Viviers*, 2, 4, 9, 13 octobre 1906. — Véase GRASSET, obra citada, P. III, n. 86.

CAPÍTULO VIII

Irradiaciones anestésicas a distancia

Con las experiencias del cumberlandismo tienen bastante semejanza las «experiencias cardinales» de Boirac. En ellas pretende el citado experimentador, que el organismo humano irradia a distancia, hasta el punto de producir ciertas anestesias en otros organismos. Veamos las experiencias y la interpretación del autor: «*Primera experiencia*. A un sujeto a quien se han vendado los ojos se le advierte que deberá anunciar, sin que se le pregunte, todos los contactos que pueda experimentar. Un operador, en silencio, presenta su mano ante una parte cualquiera del cuerpo del sujeto, a cinco o diez centímetros de distancia. Una tercera persona, también en silencio, golpea con una varita el cuerpo del sujeto en toda clase de puntos, incluso el punto al que se halla próxima la mano del operador. Al cabo de un tiempo muy corto, como treinta o sesenta segundos, el sujeto continúa anunciando las percusiones hechas, excepto la del punto sobre que actúa el operador. Si sustituye al operador un individuo neutro, es decir, que no ejerza la acción magnética o psíquica, presentando éste sus manos en las mismas condiciones, no producirá ningún efecto, ni aun después de cinco, diez o más minutos; en otros términos, el sujeto continuará anunciando indiferentemente todas las impresiones.

»De esta experiencia deduce, a título al menos de conclusión hipotética, que habrá de comprobarse por las experiencias ulteriores: 1.° Que el organismo humano irradia a distancia por la mano una influencia capaz de obrar sobre otro organismo, por lo menos, de un sujeto, y producir en él una modificación observable, a saber: una anestesia.—2.° Que esta influencia no emana de todos los organismos humanos, o cuando menos no emana de todos con una fuerza suficiente para producir un efecto observable.

»*Segunda experiencia.* Hallándose colocado un sujeto en las mismas condiciones que anteriormente, un individuo neutro obra sobre él, según se ha dicho en la experiencia precedente. Cuando se ha comprobado perfectamente que la influencia de este individuo es aparentemente nula, es decir, que no produce ningún efecto observable, ninguna anestesia, puesto que el sujeto sigue anunciando los contactos del individuo, se pone un operador en contacto con este individuo neutro, ya cogiéndole la mano, ya de cualquier otro modo. Se observa entonces que después de treinta o sesenta segundos, o algo más, cesa el sujeto de anunciar las percusiones hechas sobre el punto en que actúa la mano del individuo neutro.

»De esta experiencia deduce, al título al menos de conclusión hipotética, que deberá comprobarse por las experiencias ulteriores: 1.° Que la fuerza irradiada por los individuos activos es efectivamente recibida por los individuos neutros y que atraviesa su organismo, aun cuando no se manifieste en él por ningún efecto observable.—2.° Que esa fuerza es transmitida al exterior por esos individuos neutros y que conserva, después de haberlos atravesado, la propiedad de influir sobre los sujetos y producir en ellos un efecto observable, a saber: una anestesia» (1).

(1) E. Boirac: *La Psychologie Inconnue*, págs. 252, 264 y 271.

Aparatos para medir las irradiaciones psíquicas

Se han ideado varios aparatos para demostrar y medir esta fuerza psíquica radiante. Todos ellos están basados sobre la supuesta propiedad que tienen ciertos sujetos de ejercer una acción, ya atractiva, ya repulsiva, sobre los objetos que les rodean.

El primero de los aparatos construídos para medir esta fuerza radiante es, dice Papús, «el excelente biómetro de Luis Lucas, establecido sobre el principio del galvanómetro. Viene después el biómetro del abate Fortin, que fué el primero en establecer fórmulas biométricas y extendió sus investigaciones a la meteorología. Aparece luego el biómetro del doctor Baraduc, salido del de Fortin, sin grandes modificaciones. Finalmente, el doctor Audollent ha presentado un biómetro-galvanómetro. La fuerza que actua sobre esos biómetros obra a través del agua fría. Lejos de atravesar los metales es, por el contrario, rechazado por ellos, toda vez que la rotación de las agujas metálicas se halla determinada por el choque de los efluvios sobre la aguja suspendida al hilo» (1).

El magnetizador Lafontaine decía a mediados del siglo XIX: «Es preciso coger una aguja de cobre, de platino, de oro o de plata, agujereada en su mitad, suspenderla horizontalmente por un hilo de seda no hilada, en un vaso de agua de veinte o treinta centímetros de altura, herméticamente cerrado, querer entonces obrar sobre esa aguja presentando a una de sus puntas la extremidad de los dedos a través del vaso, a una distancia de cinco a diez centímetros. Bajo la influencia magnética, se verá la aguja girar a derecha o a izquierda, según la voluntad del experimenta-

(1) *Echo du Merveilleux*, 1904, pág. 119.

dor... Yo he hecho desde 1840 experiencias sobre la aguja de un galvanómetro y he podido comprobar que la acción del fluido magnético animal es sobre la aguja imantada, la misma que la del flúido magnético mineral» (1).

La descripción del *magnetómetro* del abate Fortin es la siguiente: «En la base, reposando sobre el zócalo, se halla el condensador en comunicación directa con el suelo. Está constituído por hojas de estaño replegadas entre sí, pero separadas por una sustancia aisladora. Encima se halla un multiplicador metálico formado de un largo hilo, cuyas vueltas están aisladas. Finalmente, sobre un cuadrante dividido hay una aguja magnética, pero no imantada» (2).

El doctor Joire describió en 1904, del modo siguiente, un *estenómetro* que le permitió afirmar la existencia de una fuerza «especial que se transmite a distancia, emanando del organismo viviente y apareciendo especialmente bajo la dependencia del sistema nervioso».

«El aparato comprende un zócalo de una materia apropiada cualquiera, cuya cara superior se halla dividida en trescientos sesenta grados y forma un cuadrante. Este zócalo está horadado en su centro, para colocar verticalmente un soporte de vidrio, en cuya extremidad hay una concavidad. Sobre el cuadrante hay una aguja ligera, generalmente de paja, atravesada por una cinta que sirve de eje y reposando en el fondo de la cavidad del soporte. Uno de los brazos de la aguja, mucho más corto que el otro, está cargado con un contrapeso, suspendido por un hilo rígido, a fin de mantener la aguja en una posición horizontal. El zócalo tiene una ranura circular destinada a recibir el borde de un globo de vidrio

(1) Véase Surbled: *Spiritualisme et spiritisme*, 1898, pág. 233.
(2) *Revue universelle des Inventions nouvelles*, 1890, pág. 104.

que sirve para guardar la aguja libre de los movimientos del aire» (1).

Con las experiencias ya mencionadas pueden relacionarse las siguientes, acerca de la exteriorización de la sensibilidad:

A un individuo anestesiado sobre un punto por una influencia como en la experiencia precedente, se pellizca bruscamente el aire a alguna distancia, por encima del punto anestesiado; en seguida la mano del sujeto hace un brusco movimiento, sin que el sujeto tenga ninguna sensación consciente. «El experimentador sostiene durante cierto tiempo (cinco minutos próximamente) un vaso medio lleno de agua entre sus dos manos. La una sosteniendo el vaso y la otra colocada encima; dirígese luego hacia el sujeto, que se encuentra en la otra extremidad de la sala, en estado de sonambulismo y con los ojos perfectamente vendados; le da el vaso de agua para que lo sostenga en una mano, recomendándole que sumerja en ella uno o dos dedos de la otra mano; hecho esto se vuelve a su sitio y hace seña a uno de los asistentes, sin pronunciar una sola palabra, que le pellizque o le pique en la mano que había tenido él colocada encima del vaso. Cada vez que el experimentador es pellizcado o picado, el sujeto se estremece y declara espontáneamente que se siente picado o pellizcado en la parte correspondiente de su propia mano.»

«En segundo lugar, el experimentador, después de haber tenido un vaso de agua entre las manos, como en la experiencia precedente, lo coloca sobre una mesa al alcance de uno de los asistentes, vase después a la otra extremidad de la sala, junto al sujeto sumido previamente en sonambulismo y con los ojos perfectamente tapados, y coge una de sus manos entre las suyas. A partir de ese momento,

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1904, pág. 23.—*Echo du Merveilleux*, 1905, pág. 379.

cada una de las veces que el asistente practique un pellizco, una picadura, un contacto cualquiera sobre el agua del vaso, o sobre el aire colocado encima, el sujeto se estremece y acusa espontáneamente sensaciones correspondientes» (1).

Acerca del valor de estas experiencias plácenos ante todo consignar que son sencillas y que las conclusiones del doctor Boirac son también modestas, ya que se contenta con llamarlas «hipotéticas, y que habrían de ser comprobadas por nuevas experiencias».

Que el organismo humano irradie alguna influencia no hay inconveniente en admitirlo; es esto propiedad de muchos cuerpos. Que esta irradiación llegue a producir una anestesia en organismos vecinos, eso ya es muy problemático. Desde luego, el mismo doctor Boirac confiesa que tal influencia no emana de todos los organismos. Es más: de las experiencias hechas ni siquiera se deduce que provenga de ese mismo organismo. Se pone la mano del operador sobre un punto del organismo del operado y en éste se produce la anestesia en el punto en cuestión; ¿cómo se demuestra que eso es debido precisamente a la irradiación de la mano del operador? Pues qué, ¿no ha podido el operador cubrir su mano u ocultar en ella algún anestésico? Y aun sin acudir a fraudes, que al menos en otros operadores son frecuentes, ¿no puede influir en el operado la sola presencia del operador y sospechar el sitio sobre el que éste coloca su mano?

Con razón se ha dicho acerca de estas y otras experiencias análogas: La principal objeción que a esta técnica puede hacerse, procede del empleo de los *gestos* por el experimentador. Nunca hay seguridad de que el sujeto no los perciba, sea por la vista, cuando se dice que tiene los ojos cerrados y el experimentador está ante él,

---

(1) Véase Joire en *Revue de l'Hypnotisme*, janvier 1898. — Boirac, l. c.

sea por el oído o el desplazamiento del aire, cuando el experimentador está detrás. No estamos bastante seguros de que no haya habido una percepción más o menos consciente.

Acerca de los aparatos inventados al efecto, sólo diremos que apenas han dado hasta la fecha ningún resultado satisfactorio.

CAPITULO IX

Acción a distancia: "Actio in distans"

Como en algunas teorías que pretenden explicar los fenómenos del espiritismo se supone la acción a distancia, veamos de declarar cómo no se da tal acción a distancia. Expongamos antes el estado de la cuestión.

Sabido es en buena filosofía que no puede haber acción sin que el agente se una de alguna manera al paciente. Ahora bien: la unión del agente con el paciente puede ser de dos clases: *inmediata* o *mediata*. La conjunción *inmediata* puede realizarse:

α) Por *identidad* entre el agente y el paciente, esto es, siendo uno mismo el agente que obra y el que recibe la acción: tal sucede con el agente que realiza acciones inmanentes; verbigracia, el entendimiento respecto de la intelección, la voluntad respecto de la volición.

β) Por *inmensidad* o presencia *repletiva;* así está Dios inmediatamente presente en todas las cosas.

γ) Por unión *física:* ya sustancial, así está el alma íntimamente unida al cuerpo, ya accidental, como el color a la pared.

δ) Por *vía de contacto,* el cual puede ser *o cuantitativo,* como el que hay entre el cuerpo impelente y el movido, *o virtual,* como el que hay entre un espíritu y la materia sobre que obra.

La conjunción *mediata* puede tener lugar: α) obrando el agente en el paciente mediante un *instrumento;* así el pintor obra en el lienzo por medio del pincel.

β) Obrando el agente en una cosa la cual a su vez obra en otra tercera: tal sucede en las llamadas causas mediatas; verbigracia, el sol iluminando el aire ilumina la tierra, el calor obra sobre las plantas, las cuales producen sus frutos.

La primera clase de unión, o sea la inmediata, llámase en términos de escuela: *inmediación de supuesto (praesentia supositi);* la segunda: *inmediación de virtud o de eficacia (praesentia virtutis).*

Ahora bien, es evidente que cualquiera de estas clases de unión *basta* para que el agente obre en el paciente. Se trata de averiguar si se *requiere* como *condición indispensable* alguna de las dos, por lo menos la unión mediata o virtual, porque también es cierto y evidente que no siempre se requiere la unión inmediata o de supuesto.

Se pregunta, pues: ¿Repugna la acción *telodinámica,* o a lo lejos, *actio in distans*, es decir, repugna que un agente obre en un objeto con el cual no está unido ni con unión inmediata ni con unión mediata, bien por hallarse separados por el vacío absoluto intermedio, bien por no haber medios aptos que de algún modo los ponga en comunicación?

Prescindiendo de Dios, que por razón de su inmensidad o *ubicuidad* no puede menos de hallarse inmediatamente presente en todos los lugares, es cosa *cierta* que ningún agente corpóreo o visible puede obrar en otro con el cual o no esté inmediatamente unido o no tenga algún medio de conjunción.

La experiencia se encarga de demostrarnos esta verdad. Así, por ejemplo, para que la acción del pintor sea recibida en un lienzo, es menester el pincel. Para que un cuerpo luminoso produzca

impresión en nuestra vista, es menester la conmoción del éter que le sirve de instrumento. Para que el sonido producido por un cuerpo llegue a nuestros oídos, es preciso que el aire lo transmita, como se demuestra en la acústica mediante un aparatito de relojería, y así pudiéramos ir discurriendo sobre todos los agentes físicos de luz, calor, electricidad, magnetismo, etc., que obren a distancia, porque en la realización de ningún movimiento mecánico, de ningún fenómeno físico, se puede prescindir de semejante intermedio. Si no hay alguna cosa intermedia capaz de transmitir la acción del agente al paciente, es necesario que haya unión inmediata entre ambos.

«La *actio in distans,* dice el P. Pesch, se nos presenta indudablemente en todos los efectos naturales, pero mediando siempre el contacto o el movimiento. Tal es la verdad que con estas breves indicaciones queremos recordar: α) El hecho de que la intensidad de un mismo foco natural crece a medida que decrece la distancia entre el lugar de la causa y el del efecto y viceversa, es la prueba más irrecusable de que no hay nunca acción a lo lejos en la naturaleza sin que se dé algún medio.

En este sentido se debe interpretar la propensión universal de los cuerpos a disminuir las distancias que los separan, conocida bajo el nombre de gravitación o atracción universal. Precisamente porque las cosas están destinadas a obrar unas sobre otras, y no es dable ninguna acción *inmediata* a lo lejos, esa propensión es la condición indispensable para toda influencia recíproca.

β) La especial aproximación de los cuerpos, al unirse en las síntesis químicas, es otro testimonio eficacísimo de la necesidad del medio.

Los cuerpos ingredientes se disuelven en sus partículas mínimas elementales, a fin de que sea todo lo más grande posible la superficie necesaria para el contacto mutuo, lo cual no tendría ningún ob-

jeto razonable si la acción natural pudiera saltar sin ningún medio de un punto a otro distante.

γ) Viene a corroborar nuestra tesis el *horror vacui,* que ha sido motivo de hilaridad por más de un ignorante. El hecho es que la naturaleza ha dispuesto todas las cosas de modo que ninguna parte del espacio quede absolutamente vacía. Donde ciertas causas pudiesen producir un vacío, está provisto por las leyes físicas que la laguna vuelva a llenarse instantáneamente. Pues como las cosas no obran a lo lejos, la existencia de insterticios vacíos originaría la más espantosa confusión en la economía del universo. Creemos suficientes estas someras indicaciones... para desterrar del dominio de la ciencia la *actio in distans,* la acción *inmediata* a lo lejos» (1).

La verdad de la doctrina expuesta acerca de la imposibilidad de la acción a distancia quedará confirmada con la explicación de la llamada *ley de medio.*

En toda comunicación o acción hay que considerar dos fases: la expresión o acción de parte del agente, y la pasión o impresión de parte del paciente.

Son estas dos fases, como las del funcionamiento de los aparatos telegráficos, transmisor y receptor; como la de la locución y audición y del medio ondulatorio que transmite al que oye el sonido producido por el que habla.

En este medio se deben reconocer tres elementos: la intensidad de la expresión, la impresionabilidad del que la recibe y la distancia entre ambos. Designémoslos respectivamente por las letras *e, i, d;* llamando *t* al fenómeno de la transmisión.

---

(1) *Los grandes arcanos del universo,* t. I. n. 268. — Pasamos en silencio el argumento *a priori* (cuyo valor se ha puesto en duda por algunos), que suele aducirse para demostrar la repugnancia de la acción inmediata a lo lejos, ya sean cuerpos, ya sean espíritus los que obran. Véase DELMAS: *Ontol.,* n. 514 y sigs. — URRAB.: *Ontol.,* n. 402. — MENDIVE: *Ontol..,* n. 526.

La experiencia y observación nos dicen que la comunicación será mayor o menor, y aun existirá o no, según el grado de acción o de omisión de estos elementos. Así, a igualdad de distancia y de impresionabilidad, la transmisión depende de la intensidad de la expresión. Si ésta es igual, e igual la distancia, la comunicación será mayor o menor, según el grado de mayor o menor impresionabilidad del que la recibe. Y si la distancia varía, permaneciendo constantes la expresión y la impresionabilidad, la transmisión será *más* o *menos* intensa, según la distancia sea *mayor* o *menor*.

La expresión matemática de estas consideraciones será:

$$t = \frac{e\ i}{d^2}$$

Fórmula quenos da la *ley de medio*, a saber: que «la transmisión está en razón directa de la expresión y de la impresionabilidad, y en razón inversa del cuadrado de las distancias».

Pero los valores de los elementos de la fórmula no son indefinidos, tienen límite, al menos en cuanto a su mutua influjo. Así, por ejemplo, hablo yo a una persona que me escucha a cierta distancia, si poco a poco voy disminuyendo la voz, llegará un momento en que aquella persona no me oiga; pero otra, de más delicado oído, puesta a igual distancia, podría aún oirme, la que, sin embargo, dejará también de percibir mi palabra cuando la intensidad con que yo me exprese llegue al límite ínfimo de influjo en el sentido del oyente. La misma observación puede hacerse suponiendo que yo hablo siempre con igual intensidad de expresión, pero alejándome poco a poco de la persona que me escucha. Llegará un momento en que ésta no perciba mis palabras.

Siendo, pues, relativos los elementos de transmisión, existe un valor fijo en cada uno que corresponde a otro valor constante de los demás, y fuera de estos valores nuestro influjo decrece hasta anularse; algo asi como para la saturación de un disolvente en

circunstancias normales existe una cantidad fija de cada materia que disuelve; como para cada elemento químico existe, también en normales condiciones, una dinamicidad constante.

Ahora bien, si de la doctrina antes expuesta sobre la acción a distancia se deduce que no hay en la naturaleza acción a lo lejos sin que se dé algún medio de comunicación, de la doctrina acerca de la *ley de medio* se sigue que el medio de comunicación tiene un valor fijo y limitado, y que más allá de este límite el influjo de nuestra acción decrece hasta anularse.

De donde se infieren dos consecuencias de suma importancia: 1.ª Que caen por su base todas las teorías espiritistas que nos hablan de irradiaciones psíquicas, luminosas, dinámicas, capaces de ejercer su acción a distancias *ilimitadas*.—2.ª Que también cae por su base la explicación natural de la *telepatía*, entendida ésta como acción ejercida o sin los medios suficientes de comunicación, o a distancias tales hasta las que no pueden llegar los medics naturales de comunicación. No queremos tratar aquí de la telepatía, porque su lugar más propio es al hablar del magnetismo y del hipnotismo.

CAPÍTULO X

Las maravillas de los faquires

La palabra faquir es de origen árabe y significa pobre (1). Los faquires se dividen en varias clases o familias distintas. Los hay instruídos y capaces de explicar los libros sagrados de los indios, llamados *Vedas*. Forman una familia sacerdotal bastante numerosa en la India; y los hay también que van mendigando el sustento, bien uno a uno, bien por grupos. Los unos y los otros son muy conocidos por su extraña vida, y por obrar ciertos fenómenos maravillosos: los más notables son la danza de las hojas, la producción de las plantas y la muerte y resurrección aparente.

1. *Danza de las hojas.* — La danza de las hojas es una de las maravillas realizadas por los faquires. Ensartan hojas de higuera u otra planta, atravesándolas por medio, en delgados ramitos o verduguillos de bambú, poniendo a poca distancia unas sobre otras e hincando los ramitos, ordinariamente, en la tierra de un tiesto. Se sienta el faquir en el suelo y extiende los brazos en dirección a los ramitos, dejando siempre entre aquéllos y éstos el espacio suficiente para que pueda pasar una persona con soltura. Tras una brevísima pausa un sutil cefirillo acaricia el rostro de los

(1) «En muchos Estados de América los espiritistas llaman *Fakirs* a los mediums que hacen trampa.» (*Annales des sciences psychiques*, 1906, pág. 392.)

presentes y las ensartadas hojas empiezan a subir y bajar a lo largo de las varas, sin que aparezca causa alguna visible de dicho movimiento (1).

2. *Producción de las plantas.* — Este fenómeno consiste en hacer que una semilla brote, se desarrolle y florezca en cuestión de pocas horas. Iacolliot cuenta el siguiente hecho acaecido en su presencia. Encontró un día al faquir Covindassamy y le dijo: «Deseo ver inmediatamente el maravilloso prodigio de la vegetación acelerada.» Este le respondió: «Estoy a sus órdenes.» Iacolliot propuso que él mismo escogería el tarro, la tierra y la semilla. A lo que el faquir contestó: «El tarro y la semilla sí, pero la tierra no, pues debe ser tierra de un nido de hormigas blancas y sumamente pulverizada.» Dió Iacolliot órdenes a un criado para que le trajese un puñado de simientes de diversas plantas, un tarro cualquiera y la tierra que pidiese el faquir. Covindassamy llenó el tarro de tierra, echóle un poco de agua, mientras murmuraba varias oraciones y pidió la semilla escogida y una tela para cubrirlo.

«Era una semilla de amapola o adormidera, y llevaba algunas señales o manchas que le hizo Iacolliot para mejor distinguirla y evitar cualquier engaño o fraude; la dió al faquir y con ella varios metros de muselina blanca, conforme había pedido. Vuelto éste al europeo dijo: «Me adormeceré del sueño de los espíritus. Es preciso me jures que durante este tiempo no has de tocar ni al tiesto ni a la semilla, ni a mí.» Iacolliot se lo juró. Envolvió entonces la semilla entre la tierra, convertida en lodo, hincó al borde la mágica caña de siete nudos y lo cubrió todo con la muselina; a continuación inclinó el cuerpo hacia adelante, puso sobre el tiesto los brazos en posición horizontal y fué cayendo poco a poco en catalepsia. Dos horas pasó en este estado de inmovilidad absoluta; sus ojos abiertos de par en

---

(1) L. Iacolliot: *Le spiritisme dans le monde*, citado por Antonelli, pág. 87.

par y fijos en un punto, a guisa de extático, el cutis de su cuerpo, resplandeciente y tostado por la acción del sol, la aparente falta de toda señal de vida le hacía semejante a una estatua en actitud de mística visión.

»Durante todo este tiempo Iacolliot no le dejó un momento solo, ni le perdió de vista. Al fin emitió el faquir un leve suspiro, recobró el sentido y la vida, que al parecer había huído, e hizo señas que se acercara, quitó en seguida la muselina y le mostró la planta que había ya crecido 20 centímetros; y para que Iacolliot depusiera toda sospecha de fraude, el faquir arrancó de cuajo la planta de la tierra ya enjuta, y le presentó la semilla con las señales que aquél hiciera en su cubierta o envoltura. Altamente maravillado el europeo, no pudo menos de manifestar su asombro, por lo que, advertido el faquir, le dijo: «Si yo prosiguiese en mis evocaciones, al cabo de ocho días la planta echaría flor, y a los quince días el fruto» (1).

3. *La muerte aparente.* — El fenómeno más sorprendente y más célebre entre los faquires es el estar enterrados semanas y aun meses sin dar apenas señales de vida, y exhumados volver en sí como si nada les hubiera pasado. Referiremos dos de estos hechos:

«El día 6 de junio de 1838, dice Osborne, oficial inglés en la India, la monotonía de nuestra vida de campo fué interrumpida con la llegada de un célebre individuo de Pendjob. Era objeto de mucha veneración entre los Sikhs, debido a la rara *habilidad* que tenía de permanecer mucho tiempo enterrado en vida. Referíanse en el país, de este hombre, cosas extraordinarias, y eran personas tan respetables las que garantizaban su autenticidad, que todos teníamos grandísimos deseos de verle. El mismo nos dijo que aquel

(1) Ibíd., pág. 90.

su oficio, como le llamaba, venía ya ejerciéndolo de algún tiempo a esta parte. Entre las personas serias y dignas de fe, que pueden atestiguar lo dicho, debo citar al capitán Wade, agente de policía en Lodhiana. Este oficial me ha asegurado con toda seriedad haber asistido a la exhumación de nuestro faquir, después de haber sido enterrado algunos meses antes en presencia del general Ventura, de Maharadjah y de los principales jefes Sikhs.

»He aquí algunos pormenores que oí de sus labios sobre el sepelio y exhumación: «Después de algunos preparativos que duraron varios días, el faquir dijo que estaba pronto a la prueba. El Maharadjah, los jefes Sikhs y el general Ventura se reunieron en torno de una tumba construída a tal propósito con ladrillos. A vista de todos el faquir cegó con cera todos los orificios de su cuerpo que podrían dejar pasar el aire, excepto la boca, y se despojó de la ropa que vestía. Fué envuelto a continuación en un saco de tela, y en conformidad con sus deseos, le fué plegada la lengua hacia adentro, a fin de cerrar el paso por la garganta; momentos después el faquir caía en una especie de letargo.

»Atado el saco que le contenía, se le puso el sello del Maharadjah, se colocó en un ataúd de madera, sellado también éste y cerrado con un candado, y fué bajado a la tumba; se cubrió con una recia capa de tierra, se pisó en ella y sembraron cebada. A más de esto pusieron centinelas en torno de la tumba con objeto de que vigilasen día y noche. No obstante todas estas precauciones, el Maharadjah tenía sus dudas, y en el espacio de diez meses vino dos veces e hizo abrir la tumba en su presencia; el faquir seguía metido en el saco, en las mismas condiciones en que fué envuelto y sepultado, y se hallaba frío y exánime.

»Pasados los diez meses se procedió a su exhumación definitiva. El general Ventura y el capitán Wade vinieron a abrir el candado, romper los sellos y sacar la caja de la tumba. Sacaron al

faquir. Ni una pulsación se notaba en el corazón ni en la muñeca; todo indicaba que no había ya rastro de vida. Como primera medida para reanimarlo, una persona le introdujo un dedo en la boca para poner de nuevo la lengua en su posicion natural. Sólo la coronilla de la cabeza conservaba un calor sensible. Con derramar agua caliente lentamente a lo largo de su cuerpo se tuvieron de allí a poco señales de vida. A las dos horas de prodigarle estos y otros parecidos cuidados, el faquir se levantó y echó a andar.

»Cuenta que en el tiempo que estuvo enterrado tuvo sueños deliciosos, pero que el momento de despertar le es siempre penoso. Antes de recobrar el conocimiento sufre vahidos. Su edad es de treinta años...» (1).

En el segundo caso el faquir estuvo veinte días bajo tierra. Pasó el hecho en Tangora, en el Dekhan meridional. Lo más importante es la ceremonia de la exhumación.

He aquí cómo Mirville refiere la relación de un testigo ocular:

»Cuando llegué a la puerta del cementerio indiano vi un sinnúmero de indios allí apiñados desde el día anterior, y sólo a duras penas pude abrirme paso a través de aquella compacta muchedumbre. Un oficial amigo mío, que me divisó, me mandó me acercara y pusiera en la primera fila de asistentes. Los brahmanes, envueltos con gravedad en sus luengos hábitos amarillos, parecían estar convencidos de que el faquir vivía. Llegó el delegado del gobierno y al punto se hizo silencio.

»Los desenterradores cogieron sus palas y empezaron por quitar la broza y la tierra que cubría la tumba; pasaron luego largas palancas de bambú de un lado a otro por las argollas de la enorme losa que cerraba la entrada, la levantaron y corrieron a un lado ocho indios robustos y quedó la tumba semiabierta, de la que

(1) Dr. Mac Gregor.: *Revue Britannique*, 4 sér. 1840, t. XXVII, P. II, pág. 368.

se desprendía un gas pesado y mefítico. En el fondo de aquella tumba, encajonado entre cuatro paredes, había un largo ataúd de tek, sólidamente ajustadas sus tablas por medio de tornillos de cobre. En cada uno de sus costados se habían practicado varios orificios de pocos centímetros a fin de que dejaran pasar el aire.

»Echaron algunas cuerdas que pasaron por debajo de las extremidades de la caja, se sacó ésta a tierra y dió principio lo más interesante de la exhumación. En medio de aquel inmenso gentío, de ocho a diez mil almas, pertenecientes a todas las clases, reinaba un silencio de muerte. No se oía más que el rechinar de los tornillos y el canturreo de los brahmanes, para quienes el acto de la exhumación revestía un carácter esencialmente religioso. Todas las miradas estaban fijas en el ataúd.

»La tapa cedió a un esfuerzo de los sepultureros y pude ver dentro, tendido sobre esteras, un cuerpo largo, enjuto y casi desnudo, cuyo rostro cadavérico no acusaba señal alguna de vida. Se acercó uno de los brahmanes y sacó fuera de la caja una cabeza acartonada, momificada, en estado incomprensible de conservación, después de haber estado tanto tiempo bajo tierra. Era la cabeza de un cataléptico y no la de un muerto; había conservado la posición que le diera el sacerdote al pasarle las manos por los ojos, que tenía abiertos y fijos como mirando de hito en hito: se diría que era una cara de cera.

»Dos hombres levantaron el cuerpo, lo extrajeron del ataúd y lo dejaron en el suelo, tendido sobre una estera. Jamás en mi vida había visto semejante palidez. La piel seca y arrugada del faquir estaba como pegada a los huesos; sobre su cuerpo se habría podido dar cómodamente un curso de anatomía. A cada movimiento que los dos hombres imprimían a sus miembros, salpicados de manchas lívidas, yo los oía crujir como si estuvieran unidos unos con otros por medio de bisagras dentadas.

»Más tarde, y sentado que hubo el exhumado, un brahmán le abrió la boca y le puso en los labios como medio vaso de agua; tendiólo luego de nuevo en tierra y empezó a frotarlo de arriba abajo, primero poquito a poco, rápidamente después. Casi por espacio de una hora el cuerpo no hizo movimiento alguno; mas cuando los ingleses empezaban ya a chunguearse burlonamente del indiano, he aquí que el faquir entorna los ojos y los vuelve a abrir de paso, dejando escapar un suspiro.

»Un *¡Hurra!* se oyó al punto entre los indígenas. El brahmán seguía con sus fricciones. Poco después el faquir movió un brazo, luego una pierna y casi sin ayuda se incorporó y dirigió en torno suyo una vidriosa y mortecina mirada. Abrió la boca, movió los labios, pero no pudo proferir palabra alguna. Se le dió a beber de nuevo y aun no habían pasado diez minutos, cuando el faquir se levantó y se fué.

»Cuando el faquir hubo partido, los curiosos se precipitaron en la tumba y era de ver cómo registraban las paredes, las golpeaban y horadaban el suelo: nada podía dar a los incrédulos la clave del enigma. Había sido materialmente imposible al indiano salir de la tumba; no había salida alguna y a más de esto, los centinelas no habían dejado de vigilar, día y noche, durante los veinte días que estuvo enterrado. Pregunté quiénes habían sido los centinelas y se me dijo que no había habido ningún indio, que todos habían sido sacados de entre los soldados ingleses» (1).

Por lo que hace a la explicación de estos fenómenos, la danza de las hojas y la producción de las plantas son cosa corriente entre las prestidigitadores. Además, la danza de las hojas puede ser obra de los imanes y de otros mecanismos artificiales, artificiosa e invisiblemente dispuestos.

(1) MIRVILLE: *Question des esprits*, 1855, ap. pág. 66.

La producción de las plantas algunos viajeros la sostienen, otros la niegan o acaso traen la planta de otra parte, la llevan consigo disimuladamente y luego la pegan oportunamente a la semilla. Y aun ¿quién sabe si habrá tal planta? Los miembros de la misión científica inglesa, enviada a estudiar el faquirismo, según se dice, vieron este fenómeno, tomaron de él instantáneas y en las fotografías nada se ve.

Los espiritistas hacen alarde de poder obtener en sus sesiones la producción instantánea de flores olorosas, de un aroma especial y que podrían todos examinar, tocar y oler.

Con sólo agua y tierra obtuvo Oxley, del espíritu aparecido llamado Yolanda, una *Ixora crocata*. Oigamos cómo refiere el hecho: «Al salir del gabinete Yolanda pidió un vaso, un poco de agua y arena; púsose en cuclillas a vista de todos y llamó a Reimers que, fiel a sus instrucciones, echó en el tarro arena y un poco de agua. Yolanda puso el improvisado tiesto en medio de la habitación, dió unos cuantos pasos y lo cubrió con una tela ligera, alejándose tres o cuatro pies en dirección al gabinete.

«En aquel mismo instante echamos de ver que se movía una cosa debajo de la tela y se extendía en todos sentidos, alcanzando en breve una altura de catorce pulgadas. Acercóse Yolanda y levantó el paño y entonces pudimos ver que había brotado una verdadera planta con raíces, tronco y hojas. Cogió Yolanda el tiesto y me lo ofreció; lo tuve entre mis manos y lo examiné con mi amigo Calder; la planta no tenía aún flores. Lo dejó en el suelo a una distancia de dos pies, volvió a entrar Yolanda en el gabinete y oímos dar varios golpes; los contamos y vimos que querían decir: «Mirad ahora la planta.» Cogió entonces el tiesto mi amigo Calder, y exclamó fuera de sí: «¡Hay ya una flor!» En efecto, la planta había echado una flor anaranjada que había crecido seis pulgadas. La planta era

una *Ixora crocata.*» Pues bien, todo ello no fué más que artificio de pura prestidigitación (1).

Por otra parte, en Alemania se sorprendió a Ana Rothe, *el medium de las flores,* en el momento que sacaba de su corsé rosas y *pensamientos* que llovían sobre los espectadores (2).

Viniendo a las celebradas muertes y resurrecciones, son de notar varias cosas que excluyen el milagro. La primera es que el faquir no muere y así no resucita: no muere porque sale de la fosa con calor vital conservado en la cabeza y porque él mismo declaró haber estado sepultado soñando cosas placenteras. ¿Cómo dura tanto tiempo aletargado? Difícil es explicarlo; pero la concentración del pensamiento pudo ayudar al letargo. Braid y Carpenter, que han estudiado el suceso, son de parecer que la prolongada suspensión de la actividad vital en los faquires proviene del esfuerzo hecho para fijar la atención en un pensamiento, como acontece a los hipnotizados y a los extáticos naturales.

Algunos enfermos viven aletargados y profundamente dormidos varios meses. Ello es que el faquir toma antes sus precauciones y hace sus preparativos. Tampoco se sujeta a cualesquiera condiciones. Como quiera que sea, el fenómeno es natural y conseguido a fuerza de precauciones y habilidades, y en todo caso el faquir no muere, y, por tanto, no resucita.

He aquí cómo se ejercitan los faquires: encerrados en celdas subterráneas de escasa luz y faltas de aire, sentados en extrañas posturas, se esfuerzan en contener los movimientos respiratorios de la manera siguiente: Los del primer grado interponen 324 segundos entre la inspiración y la aspiración; los del segundo grado, 648; los del tercero, 1,296; los del cuarto, 2,592; los del quinto, 5,184; duplicando los segundos. Tres meses seguidos se dedican cuatro veces

(1) A. Pappalardo: *Spiritismo*, pág. 109.

(2) *Annales des Sciences Psychiques*, 1904, pág. 388; 1906, págs. 53 y 571.

al día, durante cuarenta y ocho minutos, a espirar por sólo uno de los conductos nasales. Así van acostumbrándose a vivir con muy poco aire hasta que llegan a la abstinencia total. Con anticipación logran con incisiones en el frenillo de la lengua dar a este órgano la longitud y flexibilidad suficiente para replegarse hacia atrás y cerrar la glotis. Así, perdida poco a poco la sensibilidad y la conciencia de sí, caen en profundo letargo, parecido al de los animales invernantes, y pueden bajar a la fosa y vivir allí semanas con apariencia de muertos (1).

Es más: podemos concebir el caso de una resurrección artificial o aparente, hecha, según cuentan, por el demonio.

P. Armentarius, de Dalhem, en la Lorena, mata a su hijo. Esto ocurre en 1581. Cometido el crimen, el remordimiento se apodera del delincuente. No sabiendo qué resolución tomar, se le ocurrió acudir al diablo. «Invócame, le dijo éste, adórame y te devolveré tu hijo.» Cerrado el pacto, el difunto fué devuelto en el acto a su padre. Abrió los ojos a la luz y ejercía las diferentes funciones de la vida, pero su cara tenía todos los caracteres de un cadáver animado por fuerzas artificiales.

Esto duró un año, hasta que un día retiróse el espíritu que sostenía el cuerpo del joven y éste se desplomó bruscamente, esparciendo a su alrededor un hedor cadavérico intenso. La verdad de ese suceso, dice el Dr. Kornmann, la afirman muchos testigos presenciales.

Del Rio, contemporáneo del prodigio, dice: «Este suceso se desarrolló en la Lorena, en Dalhem, el año 1581; y no hay hecho cuya autenticidad esté más sólidamente establecida.» «Entre los hechos de imponente autenticidad, escribe el conde de Résie, se encuentra el del cadáver de un joven de Dalhem (Lorena), animado du-

---

(1) *El Siglo Médico*, 1881, pág. 30.

rante un año por el demonio; cosa consignada en los archivos de Nancy, atestiguada por actas judiciales, firmadas por M. Rémy, procurador general, y por multitud de testigos juramentados» (1).

«En lo que se refiere a un cuerpo muerto, dice Leloyer, el demonio, así como se apodera de un cuerpo vivo y le da movimiento, cual se apodera de los demoniacos, a los cuales agita y lleva como quiere, así puede mover a un cuerpo muerto y guiarlo a su gusto. Con todo, yo no quiero decir que pueda el demonio *animar* un cuerpo muerto, pues esto sería darle una *forma* (alma), lo que pertenece sólo a Dios. Pero puede mover el cuerpo y, por consiguiente, trasladarlo de un punto a otro. Y ¿por qué no ha de poder un espíritu sutil y penetrante como los rayos del sol o las llamas del fuego, adherirse al cuerpo muerto, moverlo y hacerlo andar, no en cuanto agente natural, sino como insuflándole sus propiedades y su agilidad accidentalmente?» (2)

---

(1) *Des sciences occultes*, t. 1, pág. 45; 1857.

(2) Véase BERTRAND: *¿Se aparecen los muertos?*, trad. de GABBLER, pág. 40.

LIBRO TERCERO

Nuevas investigaciones: fraudes

Desde que comenzaron los fenómenos del espiritismo moderno siempre ha habido la convicción de que se cometían en ellos algunos fraudes de espiritistas y engaños de prestidigitadores, pero no tantos como se han averiguado en lo que llevamos de siglo. Los críticos más prudentes han juzgado hasta estos últimos años que sería exagerado negar la realidad de todos los hechos referidos por los espiritistas, por sorprendentes que fuesen. Mas ahora, en vista de que se van descubriendo fraudes a granel, ya comienzan muchos de esos mismos críticos a dudar de si en las sesiones del espiritismo hay algo más que trampas, habilidades y prestidigitación.

Realmente son innumerables los fraudes cometidos, hasta el punto de que apenas hay reuniones o grupos de fenómenos en que no se descubran algunos (1). Para mayor orden y claridad trataremos de ellos primero en general y después en particular.

(1) Hemos referido ya muchos fraudes, según se iba presentando la ocasión. Ahora nos fijaremos de propósito en muchos más.

CAPÍTULO PRIMERO

De los fraudes en general

Hogdson llega a decir «que casi todos los mediums profesionales forman una banda de trapaceros vulgares, más o menos ligados unos con otros. Asociadas aquí y allá con estas bandas, se encuentran otras personas que han sido o quieren ser mediums profesionales y que son igualmente muy poco dignos de confianza». «Declaraba Sidgwicz que para él toda experiencia realizada con esos mediums sospechosos se hallaba condenada irrevocablemente de antemano; y esta opinión, añade Carlos Richet, puede muy bien sostenerse. Pero también es posible sostener, con algunas apariencias de razón, la opinión contraria» (1).

Observa Maxwell que es preciso desconfiar de los mediums que realizan con éxito todas sus experiencias y obtienen con toda seguridad y exactitud los resultados previstos y anunciados. Menester es que, de tiempo en tiempo, haya algunas «malas sesiones» (2).

He aquí lo que cuenta de las sesiones de espiritismo un antiguo espiritista, que merece entero crédito por ser en estas cuestiones testigo de mayor excepción:

---

(1) *Annales des sciences psychiques*, 1905, pág. 36.

(2) MAXWELL, ibíd., pág. 267.

«De las diferentes maneras que, según la doctrina espiritista, pueden comunicarse los espíritus, es una, ocasionando en el medium un género de síncope, durante el cual habla: lo que habla es la comunicación. De aquí saqué gran partido: unas veces, con los rudimentos que alcanzaba del idioma francés a fuerza de paciencia, traducía en esta lengua comunicaciones que antes escribía en castellano, y las aprendía de memoria para después recitarlas en una sesión: como entre los concurrentes había algunos que conocían el francés, y por todos era sabido que yo no entendía de él poco ni mucho, pronto eran las tales comunicaciones traducidas y a la par ¡admiradas! Otras veces las aprendía en castellano, las recitaba precipitadamente para que no pudiesen ser copiadas, y cuando *salía del sueño* oía las lamentaciones de todos por no haber podido conseguir la escritura de mis palabras: entonces nos poníamos a rogar al espíritu que se había comunicado que lo hiciese de nuevo, *yo volvía a dormir* y repetía lo dicho anteriormente con pausas que permitían que fuese escrito.

»¡Esto les parecía prodigioso!

»Otra causa de asombro para los tales era que yo escribiese *mediánicamente,* se entiende, estando sin luz o interponiendo un objeto opaco entre los ojos y la mesa; pero si me hubieran visto en mi casa pasar horas enteras ensayando este juego, a buen seguro que se habrían convencido de que la costumbre puede en esos negocios tanto como sus decantados espíritus. Lo mismo sucedía respecto del hecho de escribir con la mano izquierda, y el pronunciar algunas frases y casi sostener una conversación en tanto que tomaba una comunicación escrita.

»No pretendo yo negar que alguna vez el demonio, transformado en ángel de luz, se valga de estos procedimientos u otros análogos para mantener su fatal reinado sobre el género humano; pero sí digo que *jamás* he observado ningún fenómeno que me

convenciese de la materialidad de los hechos... Por otra parte, el argumento tan removido de que hombres rudos y sin instrucción alguna tratan materias y cuestiones que están muy sobre sus alcances, no merece ni ser escuchado: esos hombres nunca dicen más de lo que saben; y si acaso hablan o escriben de lo que no entienden, lo hacen así como de lo que no entienden, desbarrando a cada paso y diciendo mil tonterías y ridiculeces sin sentido.

»En otras noches de sesión tenía yo visiones. *Juro* que nunca he visto nada; pero ¡es tan fácil hacer comulgar con ruedas de molino a los hombres! Con sólo quedar inmóvil, fijar la vista en un punto y sin pestañear durante largo rato, estaba terminado el asunto; pasada la primera impresión, algo molesta, que ocasiona el contacto del aire con el globo del ojo, podía permanecer ya buen espacio sin mover los párpados. ¡Ahí estaba el secreto, y así creían a pie juntillas cuanto les contaba!

»Si ocurría que alguien pretendiese una comunicación de algún individuo que fué de su familia, para mí desconocido, yo procuraba con maña averiguar el nombre del muerto, de tal modo que ni el mismo que pidiese la comunicación lo advirtiese; decía o escribía después lo que calculaba que había de complacer más al sujeto, y al final largaba el nombre de la persona evocada.

. . . . . .

»La primera vez que me pidieron que viese a un espíritu determinado, y diese detalles de su fisonomía y aspecto para convencerse el interrogante de la verdad de los hechos, me vi en grande apuro; después me fué esto la cosa más fácil... Voy a explicarme.

»De ordinario, lo primero que dice el que desea que se vea la persona a quien llama es su nombre, y si no lo dice se averigua; ya se colige el sexo, como es natural, y muchas veces hasta la edad, porque es muy común que empleen los diminutivos al dar el nombre del muerto si es un niño; otras veces dicen: «Mi hijo, mi

hermano, mi padre, etc.», y dada la edad calculada del que hace la pregunta, se puede acertar aproximadamente la del evocado. Estos datos, al parecer inseguros, son suficientes para comenzar.

Si se trata de un hombre, lo mejor es decir que no se distinguen completamente sus facciones; en otro caso, cualquier cosa que se diga está bien, porque el rostro de las mujeres y de los niños se presta a todas las descripciones; en el primer supuesto, emocionado el que consulta cuando oye decir que ya está allí su deudo, pero que no se aparece con claridad, sin saberlo abre camino al punto para proseguir: «Mire usted si tiene bigote... o barba... o tal otra cosa... o», comúnmente, lo que dicen es lo que tenía el caro difunto. Dando datos muy generales se obliga insensiblemente a los peticionarios a precisar detalles, que se les devuelven rodeados de misterios; y de una en otra palabra que pronuncian de asentimiento, de negación, y por sus ademanes, por sus gestos, etc., es muy sencillo obtener buen resultado.

»Recuerdo que estando en una sesión en Madrid... uno de los concurrentes pidió que se apareciese Carmencita. Al momento quedé extático, y a poco *¡¡se me apareció una niña!!* El buen señor se llenó de alborozo al saber que yo veía a su hija; me hizo una porción de preguntas, a que yo contestaba en nombre de la aparecida, hasta que llegué a especificar que la niña tenía una pequeña cicatriz en la pierna derecha ¡y un abanico en la mano!... Ya el padre había dejado escapar lo de la cicatriz; y lo del abanico... ¿qué niña, aunque sea de tres años, no ha tenido un abanico con que hacía fiestas a su papá cuando él la acariciaba?» (1).

---

(1) J. Huertas Lozano: *Yo he sido impío*, 1892, págs. 76 y sigs.

CAPÍTULO II

Fraudes en especial

En la tiptología y en la levitación

1. Maxwell, que ha estudiado los fenómenos de tiptología, ha comprobado fraudes positivos en algunos de sus mediums; estudió y expuso además las diferentes maneras de imitar los golpes y declarar que hay muchas: «La más sencilla y perfecta es la de deslizar muy lentamente el dedo, apoyándole en la mesa, sobre todo si el dedo está seco y desengrasado por la bencina... También pueden imitarse los golpes con la uña...»; y cita después otras muchas maneras de imitarlos: «Todo es posible, continúa diciendo, en las tinieblas con ciertos observadores confiados... Ciertas personas, apoyando el pie de cierta manera y contrayendo los músculos de la pierna y del peroné, pueden imitar los golpes dados sobre el suelo... Yo he conocido a un estudiante de medicina, embaucador incorregible y neurópata, que obtenía golpes apoyando el codo sobre la mesa y haciendo ciertos movimientos con la espalda.»

Y añade: «En plena luz engaño yo fácilmente a personas prevenidas. Es muy difícil observar a la vez los diez dedos, el brazo, la pierna y el pie» (1).

---

(1) Maxwell, l. c., págs. 68, 79, 84 y 257 (*Annales des sciences psychiques*, 1905).

Un día llamó Eusapia a Lodg, a Myers y a Ochorowicz, para que escucharan los golpes dados en la mesa. Llegan éstos y comprueban fácilmente «que era ella misma la que golpeaba con el pie». «Cuando yo, dice Ochorowicz, la hice esta observación, retrocedió un poco, negando rotundamente el hecho. Es sumamente extraño, dijo ella; algo hay que empuja mi pie hacia la mesa: ¡escuchad, escuchad!... De tal suerte hallábase ella segura del fenómeno, que insistió mucho para que atase yo su pie con el mío por medio de un cordón. Y cuando hicimos esto sentí yo que ella tiraba del cordón, retorciendo sus pies, volviéndole de manera que pudiese golpear la mesa con su talón: Era esto evidente para todo el mundo, menos para ella misma. He visto yo mediums golpear con el puño sobre la pared, ante muchos testigos, teniendo, con todo, la pretensión de afirmar que era el espíritu quien golpeaba» (1).

2. Se hicieron célebres en 1906 las levitaciones del medium Zaccarini; levantaba mesas y se levanta a sí mismo (autolevitación), y se sacaron fotografías de la levitación del cuerpo de un medium.

Los profesores Vicenti y Lori instalaron aparatos de inspección muy ingeniosos. «Sobre dos pies de la mesa, los dos más próximos del medium, colocamos, dicen, dos interruptores especiales, que tenían cerrados los circuitos respectivos durante todo el tiempo que la presión sobre el pie pasaba de 10 kilos. Si una persona subía sobre la mesa y no ejercía la presión sobre los otros dos pies, el circuito permanecía cerrado; si ejercía la presión sobre uno de los dos pies dotados del interruptor, sólo un circuito permanecía cerrado. Unos aparatos especiales colocados en la habitación contigua registraban, por medio de diagramas, el momento y la duración de cada cierre. En la misma habitación contigua se hallaban también dos asistentes que estaban encargados de acechar y mirar

(1) Ibíd., pág. 351.

por un agujero. Hablábamos en voz alta indicando las posiciones del medium y sus movimientos; los dos asistentes anotaban nuestras frases y el momento exacto.»

Ahora bien, «el resultado de los diagramas obtenidos en las sesiones segunda y tercera coincide con los que se hubiesen trazado si cualquiera persona subiese sobre la mesa, se sostuviese ya sobre una pierna, ya sobre otra, y diese en seguida un salto, cayendo sobre la misma mesa». A consecuencia de estas observaciones, «el profesor Lori emite un juicio desfavorable al medium».

El profesor Severi observa que «el aparato registró y dejó consignado: 1.º, que el medium no alzó nunca de la mesa sus dos pies a la vez, mientras duró la oscuridad y mientras no se pidió la luz de manera explícita; 2.º, que cuando se pidió la luz de manera que M. Zaccarini (o mejor dicho, su personalidad medianímica) lo pudiese comprender, se elevó, pero permaneció en el aire menos de medio segundo; es decir, durante el tiempo que podemos sostenernos en el aire, sin ser acróbatas, por medio de un vulgar salto».

El profesor De Marchi añade: «una vez que los experimentadores, creyendo equivocadamente que el medium se hallaba realmente suspendido en el aire, pidieron la luz por medio de una palabra convencional que no podía comprender M. Zaccarini, se dió la luz, pero se encontró que el medium estaba sencillamente de pie sobre la mesa» (1).

«En una serie de experiencias, dice Maxwell, que me dieron resultados que valían la pena de ser observados con cuidado, obtuve la levitación de la mesa en condiciones un poco mejores. Pero ciertos asistentes engañaban con una inconciencia tal, que no creo deber tener en cuenta los movimientos paraquinéticos obtenidos, aun cuando tenga la impresión de que esos embaucadores no

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1907, págs. 528 y 674.

engañaron del todo»; y más adelante: «No debe olvidarse que nada hay más fácil de simular que una levitación de la mesa» (1).

Hay muchos ejemplos de fraudes, como el que publica Ochorowicz en los *Annales des Sciences Psychiques* (2).

Flammarion se hace cargo de que se pueden formular muchas objeciones contra esas experiencias: «¿Por qué ese gabinete oscuro? El medium lo declara necesario para la producción del fenómeno, para la condensación de los flúidos... Los procesos verbales son contradictorios con frecuencia. El de M. Antoniadi, por ejemplo, concluye afirmando que todo es fraude, desde el principio hasta el fin» (3).

D'Arsonval «asistió a una quincena de sesiones dadas por Eusapia Paladino. Durante ellas fué Eusapia convencida de fraude. No obstante, algunos fenómenos resultaron oscuros e inexplicables, entre los que puede contarse la levitación de una mesa... Eusapia, tenía las rodillas sujetas y las manos puestas encima de la mesa; estaba sentada en una silla colocada encima de una balanza, que indicaba las variaciones de peso. Cuando la mesa se levantaba, el peso de Eusapia se aumentaba con el de la mesa».

Y concluye diciendo D'Arsonval: «A la hora presente ninguna comprobación de carácter rigurosamente científico me permite afirmar o negar la realidad de los fenómenos de levitación. Es Eusapia un medium detestable para este género de investigaciones, pues hace siempre imposible toda inspección seria y permanente» (4).

---

(1) Ibid., págs. 26 y 88.
(2) 1896, pág. 79.
(3) L. c.—Véase *La Revue*, 1906, págs. 29 y 329.
(4) *Le Matin*, mars, avril, mai, 1908.

CAPÍTULO III

En la escritura automática y fenómenos de aportación

1. Uno de los más célebres prestidigitadores, hábil para imitar perfectamente los fenómenos mediánicos, ha sido Davey. Lo que principalmente hizo fueron escrituras directas sobre la pizarra.

Hodgson ha estudiado principalmente las trampas de Davey en los tres siguientes grupos de experiencias: 1.°, la escritura sobre la superficie superior de una pizarra aplicada bajo la mesa; 2.°, la escritura sobre la superficie superior de la pizarra de abajo cuando se colocaban dos pizarras juntas sobre la mesa; 3.°, la escritura en la pizarra cerrada bajo llave de Davey. Describe especialmente Hodgson «el método habitual que empleaba Davey para sustituir una de sus pizarras cerradas con llave a la otra en ese tercer tipo de experiencias, que eran su invención favorita» (1).

Hablando de sus experiencias con las pizarras, dice Maxwell: «Es este un fenómeno sumamente fácil para el engaño, así que yo he intentado seriamente el obtenerlo... Yo mismo, hace mucho tiempo, he producido artificialmente ese género de manifestaciones fijando un lápiz en un agujero bajo la mesa y poniendo la piza-

---

(1) *Annales des Sciences Psychiques*, 1905, pág. 569.

rra en movimiento. Con un poco de hábito se llega a escribir muy bien» (1).

También Slade tenía la especialidad de la escritura directa sobre las pizarras. Hodgson descubrió sus trampas, análogas a las de Davey. Un día, en Londres, «apenas acababa de colocar la pizarra el medium bajo la mesa, cuando Lankester se la arrancó de las manos y pudo comprobar que estaba ya escrita» (2).

2. Dice Mac Nab a propósito de los fenómenos de *aporte*: «Todos los prestidigitadores hacen eso, y es de notar que cuando un medium se halla en el estado de espíritu en que el fenómeno se realiza, adquiere una destreza que puede exceder a la del más hábil prestidigitador, sin parecer, empero, dormido.»

Hablando de sus propias experiencias sobre «los objetos transportados a muy grandes distancias», declara que son numerosas, pero «carecen de inspección rigurosa», lo cual quita mucho valor a la experiencia. Y más adelante dice: «Todo esto carece de inspección» (3).

Ya conocemos la crítica de las experiencias de Ch. Bailey por C. de Vesme; ya sabemos que este medium no quiso nunca desnudarse por completo, por miedo de coger frío. Ahora bien, «cuando se trata de fenómenos tales como los *aportes*, la pesquisa personal del medium es evidente mente el todo. Todos los fenómenos físicos se producen, además, en las tinieblas, quedando libre el medium. Por el contrario, con M. Bailey, cuando se hace la luz es que se ha terminado el fenómeno de *aporte;* no queda más que el objeto aportado».

En medio de una experiencia, cuando aparecía un pájaro

---

(1) Maxwell, ibid. — *Les phénomènes psychiques*, 1914, «Ecriture automatique», 198.

(2) Slade en *Annales des Sciences Psychiques*, 1905, l. c.

(3) *Echo du Merveilleux*, 1906, págs. 111 y 132.

en la mano del medium, un asistente abrió una puerta «y dejó penetrar en la habitación una luz muy viva. El medium protesta enérgicamente, vuelve la espalda a la luz y al propio tiempo el Dr. Clericetti, que no había separado los ojos del pájaro, observó perfectamente que el pájaro desapareció sin que se hubiese abierto la mano y sin que se le viera escapar. Los prestidigitadores hacen desaparecer objetos mucho más voluminosos en condiciones infinitamente más favorables para la observación, mientras todos los ojos se hallan dirigidos hacia ellos y siendo la luz espléndida... Sin duda... es un poco extraño que se llegue a ocultar pájaros vivos sin sofocarlos ni aplastarlos; esto ha excitado siempre mi admiración en las sesiones de prestidigitación a que he asistido» (1).

(1) *Annales des sciences psychiques*, 1905, págs. 218 y 308; 1906, pág. 396.

CAPÍTULO IV

Fraudes en las materializaciones y fotografías

1. Paul Mathiex refiere los tres hechos siguientes: «En 1894, Miss Williams, medium americano, vino a París y trató de presentar las materializaciones de un doctor de luenga barba y de una hija de éste vestida de traje blanco. Mr. Leymarie, redactor de la *Revue Spirite*, y tres de sus amigos, se propusieron sorprender cualquier engaño que hubiera. Y en efecto, cuando después de algunas sesiones apareció la figura del citado doctor, acompañado de la de su hija, Mr. Leymarie hizo una señal, y mientras un espectador se apoderaba de la tramoyista, dos de los otros se hacían cargo de las apariciones y un cuarto encendía la luz. Entonces se vió a Mr. Leymarie luchando a brazo partido con Miss Williams, que lanzaba gritos desaforados y se defendía furiosamente: ella era la que, envuelta en gasas negras, disfrazada con una peluca y barbas postizas, hacía la aparición del doctor. La joven que acompañaba a ésta no era más que una máscara cubierta con un largo velo y a la que Miss Williams aparentaba llevar de la mano izquierda, mientras con su mano derecha tiraba de una cuerda combinada con un aparato dispuesto para producir las variadas luces de color que circuían a las apariciones. Así se descubrió la tramoya.

»La vestidura de larga cola con que se presentaba la misteriosa espiritista, podía hacerla desaparecer de sí rápidamente, consiguiendo así cambiar de formas, y presentarse según su gusto.»

»He aquí cómo se arreglaba: una vez en la oscura habitación, se despojaba de su larga túnica, y de un saco oculto en la cola de la misma sacaba los fantasmas que le servían para la variada materialización de los espíritus; obtenida esta pretendida materialización, se volvía a poner con gran habilidad su vestidura y se la encontraba sentada en la silla donde al empezar la sesión la habían dejado, en un estado de postración tal, que rayaba con la catalepsia. Siendo ventrílocua, sabía imitar perfectamente varias voces, desde la voz cascada del hombre de edad a la voz aguda de un niño» (1).

«En los Estados Unidos, Miss Cadwed, medium no menos célebre que el mencionado anteriormente, fué desenmascarada en circunstancias idénticas por algunos redactores del diario el *World*.

»El coronel Alberto de Rochas, según dijimos, tenía un medium, Valentina, cuya propiedad consistía en emitir luces misteriosas... Durante una sesión celebrada en una habitación oscura, cuando los resplandores se extendían por la sala, el coronel de Rochas hizo jugar súbitamente un aparato eléctrico y se vió que Valentina agitaba en todos sentidos sus pies desnudos, previamente impregnados de fósforo.»

«Preparábase el medium Ebstein, dice el *Daily Telegraph* (2), a hacer aparecer los espíritus de los difuntos, ante berlineses simpáticos a su tentativa, en un hotel bien conocido. Sumida en densas tinieblas hallábase la concurrencia, cuando de pronto se enciende la luz eléctrica y aparece ante los espectadores lo que

(1) *Echo du Merveilleux*, 1 juillet 1906.—*Annales des sciences psychiques*, 1894, pág. 333.

(2) 14 november 1905.

servía para representar al espíritu evocado: un maniquí embadurnado de pintura luminosa» (1).

Davey produjo con fraude algunas materializaciones. Describe Hodgson una sesión en la que él mismo hizo de prestidigitador, imitando el fantasma con una máscara rodeada de muselina, bañada en pintura luminosa, haciendo él un segundo fantasma con un turbante, una barba postiza y un libro luminoso... y publicó el relato palpitante de esa misma escena, hecho por un espectador cándido que había salido convencido de haber asistido a una verdadera sesión de materialización (2).

2. Acerca de la fotografía espiritista, dice Alberto de Rochas: «Desgraciadamente pueden ser simuladas esas fotografías, y es cierto que el fotógrafo Burguet se entregó a ese fraude para atraer cierta clientela...» (3).

El mismo autor acaba de referir de qué modo le asaltaron algunas sospechas, que se vieron después confirmadas, acerca de la realidad científica de ciertas fotografías de efluvios humanos hechas con M. de Jodko (4).

Respecto de las *marcas* de Eusapia, «las dos primeras pruebas, dice Surbled, hacen creer que Eusapia produjo ella misma las marcas con sus dedos, y la última demuestra lo contrario» (5).

Guébhard impresionó las placas con un dedo artificial de caucho lleno de arena o de agua, como con efluvios humanos, y puso de manifiesto los errores que pueden cometerse omitiendo únicamente el agitar su *revelador* (6).

«Yo conozco, dice Maxwell, una fotografía hecha con magne-

---

(1) Armand Bussy: *Medicina*, 1906, pág. 23.
(2) *Annales...*, 1893, págs. 167 y 355; 1905, pág. 569.
(3) Véase Jules Bois, ob. cit., pág. 33.
(4) A. de Rochas: *Annales...*, 1908, pág. 9.
(5) Surbled: *Spirites et Médiums*, págs. 52 y 59.
(6) Ibíd.

sia en una sesión, teniendo el medium una barba postiza y una funda blanca en torno del cuello, imitando una especie de vestido. En cuanto a los contactos, Dios sabe que es bien fácil simularlos en la oscuridad. Sabido es el papel que las muñecas, los disfraces y los compadres desempeñan en las sesiones de materialización. La imaginación de los embaucadores es de una inconcebible fertilidad» (1).

(1) MAXWELL, l. c., págs. 118, 127, 259 y sigs.

CAPÍTULO V

Varios fraudes

Como todas esas artimañas de que venimos hablando, son con frecuencia muy difíciles de reconocer por el espectador, aun en el caso mismo de que el prestidigitador anuncie su existencia, todas las experiencias llevadas a cabo con sujetos de esa clase son *a priori* sospechosas. Recordaremos algunos hechos.

En 1892 refirió el *Daily Telegraph* las experiencias extraordinarias hechas en la Alhambra de Londres por Miss Arbott, *The Little Georgia Magnet*. El «pequeño imán sacude violentamente a derecha y a izquierda una silla y a un hombre vigoroso que resiste; seis hombres no pueden alzarla del suelo. Cogiendo un taco de billar en sus manos, se pone en un pie, y siete hombres, agarrando el taco, intentan inútilmente hacerla perder el equilibrio. El doctor Henri Goudard asistió a esas experiencias en el Casino de París; las inspeccionó muy de cerca y afirmó que se trataba de un medium muy activo que caía voluntariamente en el sueño, conservando, empero, las apariencias de la vigilia, las relaciones normales con el medio ambiente y una gran potencia magnética» (1).

---

(1) *Annales des sciences psychiques*, 1892, pág. 60.

Hyslop, hablando de las célebres experiencias de Miss Arbott, se expresa así: «He dicho lo bastante para demostrar su carácter fraudulento y no puede menos de lamentarse que hombres como el doctor Charcot hayan sido completamente engañados, hasta el punto de suponer que Miss Arbott ejercía una influencia hipnótica inconsciente sobre aquellos con quienes experimentaba. Sus *tours de forces* son, pura y simplemente, groseras y vulgares maneras de hacer el juglar con las leyes ordinarias de la mecánica. En vista de mis experiencias, no me queda ninguna duda de que Miss Arbott miente de ordinario, pues yo la he cogido muchas veces en mentira. Sólo esto debería bastar para desacreditar sus pretensiones aun en el caso de que no pudiéramos explicar sus hechos».

«Manifestó Davis, de Nueva York, el deseo de dar una sesión en condiciones rigurosas de inspección y que fuese juzgada por una comisión. La oferta fué aceptada. Hízose la experiencia y resultó muy bien; el relato se publicó con el título de «Un éxito». Ahora bien, el propio Davis declaró que todo había sido una superchería y descubrió sus artimañas» (1).

El 17 de diciembre de 1904 murió en Alemania Anna Rothe, «el medium de las flores», célebre por sus representaciones de flores y de frutos. Fué procesada por la policía prusiana y se demostró que en efecto había engañado muchas veces.

«Jamás consintió en someterse al examen de comisiones científicas. Sus poderes mediánicos que, desaparecieron en la prisión, reaparecieron en seguida. Ruidos, golpes, *aportes* de flores hasta en su lecho de enferma», durando hasta tres semanas antes de la muerte (2).

«Todos cuantos han experimentado mucho, dice Dariex, y

---

(1) Ibíd.

(2) Ibíd., 1904, pág. 388; 1906, págs. 53 y 571.

manejado mucho esos sensitivos que se llaman mediums, saben... que todos los mediums — o casi todos — acostumbran hacer trampas.» Y Ochorowicz por su parte dice: «No debe olvidarse que el fraude es inseparable del medianismo, como la simulación es inseparable del hipnotismo» (1).

Sabido es que existen, sobre todo en Nueva York, en Duane Street, lo que se llaman «Oficinas de desenvolvimiento», especie de escuelas de charlatanería, donde se aprenden procedimientos y trampas para imitar la mayor parte de los fenómenos realizados por los verdaderos espiritistas.

«Una de las dos señoritas Fox, que tan importante papel desempeñaron en la historia del espiritismo moderno, hizo revelaciones y confesó que había hecho trampas» (2).

El hecho de mover Slade una aguja a voluntad, lo explica Wundt porque el prestidigitador se proveyó anticipadamente de un fuerte imán. Afirma, además, Wundt que los sabios que concurrieron a las experiencias de Slade no eran competentes en aquellas materias, y que el único competente, Cristiano, preparador en el Instituto Fisiológico de Berlín, aseguró que las experiencias ejecutadas por Slade y presenciadas por él eran únicamente ejercicios de prestidigitación. Después refuta cumplidamente Wundt la forma en que se hicieron las experiencias, y el campo dentro del cual se prepararon; y concluye con los datos que de *visu* recogió, y con su reconocida autoridad, que la cuestión del espiritismo no es ni debe ser considerada sino a lo sumo como *seudo-científica* (3).

«Un espiritista bien conocido en Inglaterra, Mr. Corney, se

(1) Grasset, ob. cit., P. I, n. 15.

(2) Jules Bois, l. c., pág. 175.

(3) W. Wundt: *Der Spiritismus*, Leipzig, 1879, Offener Brief an Herrn Prof. Dr. Hermann Ulrici in Halle.

encontraba solo con un medium en una habitación, cuando a ambos lados de ese medium vió alzarse en el aire una columna de humo que se trocó en mujer, atravesó la habitación, cogió una manzana de sobre la mesa, la comió y desapareció. Mr. Corney refirió en los periódicos ese hecho interesante. Un prestidigitador, Mr. Masheny, apostó doscientas libras esterlinas a que, con sólo los recursos de su arte, repitiría en público la escena que el espiritista sólo había visto en particular. Mr. Corney aceptó la apuesta. En el día señalado, ante una reunión numerosísima que nada pudo comprender de ello, el mágico transformó en un ramo de manzanas una columna de humo» (1).

Maxwell refiere los siguientes ejemplos de fraudes de los mediums. Lady Sidgwick, su marido y amigos, con objeto de obtener fenómenos físicos (golpes y movimientos sin contacto), «se dirigieron a Eglinton; para obtener la escritura sobre pizarra, a Slade; y a Wood, Fairlamb y a otro medium llamado Haxby, para las materializaciones. Los dos primeros hicieron fenómenos bien sospechosos, por no decir otra cosa peor; en cuanto a Haxby, engañó imprudentemente... Yo tuve ocasión de asistir, añade, en una gran ciudad de Alemania, a una sesión de materialización; claro es que el medium personificaba la única apariencia que vi. «Nosotros creemos que Fairlamb, Wood y un tercero que fué más tarde objeto de discusiones bastante vivas, fueron sorprendidos por diversos experimentadores, en el transcurso de una sesión, en posturas que permitían sospechar de su buena fe» (2).

Müller realizó en San Francisco de California experiencias de materialización. Delanne y de Vesme asistieron a una sesión que les pareció sospechosa, en la cual no fué registrado el medium, ni

---

(1) *Journal des Débats*, 19 octobre 1906.
(2) *Annales...*, 1899, pág. 263.

sus manos fueron sujetadas y la luz era muy poco viva. De Vesme indicó una serie de trampas posibles.

Propuso entonces Delanne a Müller una sesión completamente demostrativa, convocando a ella a De Vesme y a Carlos Richet. Acepto Müller en un principio, pero se negó en seguida y devolvió el dinero, pues, según decía, no «quería que se sospechase de él».

Como observó De Vesme, esta decisión, lejos de disipar las sospechas, las hizo nacer hasta en las personas mismas que mejor dispuestas se hallaban en favor de aquél (1).

---

(1) *Echo du Merveilleux*, 1905, pág. 276. — *Annales des sciences...*, 1906, páginas 501 y 591.

CAPÍTULO VI

Otros fraudes

1. **En las experiencias de Milán.** El medium australiano Bailey había obtenido en su país fenómenos tan extraordinarios que la Sociedad de Estudios Psíquicos de Milán hizo que a sus expensas viniera a Europa. Vino y el órgano de la Sociedad «Luce e Ombra» dió cuenta de las experiencias realizadas en aquella ciudad.

C. de Vesme, que sometió esas experiencias a una crítica rigurosa, hace constar que esa «serie de diez y siete sesiones,'desarrolladas, al parecer, en las mejores condiciones, apenas ha dejado tras de sí otra cosa que la incertidumbre y la desconfianza». Operaba siempre Bailey en la oscuridad y jamás quiso ser desnudado completamente en las sesiones, temiendo, según decía, coger frío. Porque decía que una vez en Australia se dejó desnudar y cayó enfermo.

Un día en Roma, al tocarle por encima de la ropa, creyósele descubrir una «sustancia dura» que Bailey «declaró ser una lente que él tenía desde muchos años antes». Ahora bien, jamás en los relatos de la Comisión de Milán se hace mención de esa lente. Por otra parte, en Roma se habían olvidado de investigar al final de la sesión si la lente existía o no.

Los objetos aportados en ciertas sesiones se desmaterializaban en seguida, y nunca se le registró a Bailey después de la sesión. Los pájaros que *aportaba* de la India se hallaban asfixiados o muertos; no fué posible obtener animales que no existieran en Italia; el pastel que el espíritu de una mujer india presentó «se hallaba totalmente compuesto de la harina que se servía para hacer el pan ordinario. Ladrillos de tierra cocida con caracteres babilónicos y monedas antiguas de Egipto y de la India, fueron reconocidos en el «British Museum», y se vió que no eran sino imitaciones o monedas nada raras y sin valor que podía uno proporcionarse mediante unos cuantos céntimos».

Cuando se multiplicaban las precauciones y la vigilancia, resultaban deplorables las sesiones. Después de una de ellas, «pretextando asuntos de familia» regresó Bailey a Australia... El novelista italiano Antonio Fogazzaro, que asistió a muchas de esas sesiones, no encontró *serias* las manifestaciones mediánicas así obtenidas (1).

2. **Fraudes de Eusapia Paladino.** ¿Quién fué Eusapia Paladino? De Rochas nos cuenta parte de su historia (2). «Nacida en 1854, Eusapia fué atacada de histeria con tendencia erótica, con un ligero estado parético e hiperestésico de la mitad derecha del cuerpo; tiene una inteligencia notable, pero poco desarrollada y hasta desviada por malas influencias... Un temperamento variable e irritable, una desmesurada ambición, cierta embriaguez de su gloria mediánica..., desde su infancia fué testigo de escenas terribles (asesinatos, robos). Desde la edad de ocho años estuvo sujeta a una alucinación en el estado de vigilia en que creía que unos ojos expresivos la miraban desde atrás de un montón de piedras o de un árbol, siempre a la derecha... Las primeras manifestaciones me-

(1) *Annales des sciences...*, 1905, págs. 218 y 309; 1906, pág. 396.
(2) *Annales...*, 1908, pág. 29.

diánicas coinciden con la aparición de la menstruación hacia la edad de trece a catorce años. Sólo a los veintidós o veintitrés años comenzó la cultura espiritista de Eusapia, dirigida por un ferviente espiritista, M. Damiani, «John King», hermano de Katie King, de Crookes.

»Entra por sí misma en estado de posesión, cuando forma parte de la cadena de las manos, y esos estados se asemejan mucho en ella a crisis de histeria, tras las cuales se queda Eusapia completamente agotada y casi inconsciente.

»Ella misma cuenta sus impresiones cuando quiere producir un movimiento a distancia; en primer lugar, desea ardientemente ejecutar el fenómeno; experimenta después el entorpecimiento y la carne de gallina en los dedos; esas sensaciones van siempre creciendo, y al propio tiempo siente ella en la región inferior de la columna vertebral como una corriente que se extiende rápidamente en el brazo hasta el codo, donde se detiene suavemente; entonces es cuando tiene lugar el fenómeno. Durante y después de la levitación de las mesas experimenta dolor en las rodillas; durante y después de otros fenómenos, en los codos y brazos.» Ya hemos hablado de sus engaños en la tiptología; refiramos otros.

Eusapia Paladino fué varias veces sorprendida engañando, especialmente en Cambridge (1).

«En agosto de 1895, en casa de Myers, la Sociedad de las investigaciones psíquicas de Londres» halló fraudes en veinte sesiones. Sidgwick y Hodgson dicen que la principal de esas artimañas consiste en la sustitución de las manos, permitiendo al medium dejar libre una de ellas, la cual creían los inspectores tener sujeta.» En una comunicación presentada en 11 de octubre de 1895 a la asamblea general de la Sociedad, afirma Sidgwick «que

(1) *Annales...*, 1896, págs. 65 y 79.

el medium había hecho o intentado hacer esas trampas en las experiencias de Cambridge, las cuales debían ser consideradas como engañosas». Myers confirmó las apreciaciones de Sidgwick. También Lodge notó el fraude en una de las sesiones a que asistió: «En esta sesión dió ella una sola de sus manos a dos personas (no se aseguró la inspección más que por el contacto de una sola mano), en tanto que la otra mano permanecía libre» (1).

Ultimamente ha hecho Eusapia nuevas experiencias en París. Pierre Mille que ha dado cuenta de ellas, dice: «Yo no me explico cuál puede haber sido el agente o la trampa que ha producido las manos que nosotros hemos sentido... Y, sin embargo, no es posible, a pesar de uno mismo, rechazar la hipótesis de un agente o de una trampa. Esas manos eran humanas, demasiado humanas. Y, además, que no se veía. Y esos ruidos, esa algazara y batahola en aquel rincón sombrío... es demasiado, o demasiado poco» (2).

Añade Mille, que preferiría que esta «fuerza desconocida levantase un peso de un decígramo, a una cadena de muchas manos levantando una mesa de comedor, sean cualesquiera aquellas manos. No conozco yo gran cosa de esto, pero me parece que si se quiere descartar toda hipótesis de fraude, será aquello lo que habrá que hacer» (3).

---

(1) Ibíd., págs. 263 y 269. — A. de Rochas: *L'exteriorisation de la Motricité*, 1906, pág. 208.

(2) *Le Temps*, 6 février 1908.

(3) *Echo du Merveilleux*, 1908, pág. 74.

LIBRO CUARTO

Mirada retrospectiva

CAPÍTULO PRIMERO

Dos juicios prudentes acerca del espiritismo

Estamos ya en disposición de apreciar *suficientemente* lo que hay acerca de los hechos y de las causas del espiritismo. No creemos, sin embargo, que se pueda dar todavía un juicio *definitivo* ni acerca de aquéllos ni sobre éstas. En efecto, son tan complicados y tan raros algunos hechos y las condiciones de observación tan poco favorables, que forzosamente ha de haber diversidad de pareceres respecto de algunas circunstancias que modifican notablemente la verdad del relato. Y es natural que de ahí se origine la diversidad de criterios acerca de sus causas. Por otra parte, algunos se creen más capaces para explicarlo todo naturalmente, mientras otros opinan que no todo es en el espiritismo naturalmente explicable.

En esto, como en otras muchas cosas, conviene evitar los extremos, que aquí son el escepticismo y la credulidad. Negar los hechos mejor comprobados, no sólo sería terquedad, sino también espíritu de escepticismo, impropio de la sinceridad, e incompatible con la realidad. Dar fe a todas las relaciones de los espiritistas,

porque ellos se dicen testigos de vista, o admitir como hechos todos los que los tienen por tales algunos críticos, respetables ciertamente, pero en quienes hay más de buena fe que de espíritu de investigación, argüiría una ligereza imperdonable, indigna de un hombre de ciencia y de la crítica severa. Uno y otro extremo son viciosos y convienen en que ambos son o pueden ser falsos, pero aquí ofrecen una diferencia: que el primero peca por defecto contra la verdad y arguye en el crítico escepticismo o pertinacia; el segundo peca por exceso contra la verdad y lastima a la vez la dignidad, el decoro personal o la reputación científica del que fué fácil en creer.

Para proceder con toda seguridad, conviene ante todo distinguir la cuestión de posibilidad de la de hecho. Desde luego, prescindiendo de las sesiones del espiritismo, y hablando en absoluto, no se puede negar la posibilidad de comunicarse los espíritus con los hombres, como quiera que ni se opone a ningún atributo divino ni a la naturaleza de los espíritus, ni envuelve en sí ninguna contradicción. Tampoco se puede negar el hecho de esta comunicación, fuera de las sesiones del espiritismo, siendo múltiples los casos ciertos que de ella nos ofrece la Sagrada Escritura y la Tradición e Historia de la Iglesia. Pero no se trata ahora de la intervención de los espíritus como quiera, sino tal y como nos la presentan los espiritistas en sus sesiones. En lo cual hay que distinguir de nuevo la posibilidad, la credibilidad y la realidad del hecho. Cierto que aun entonces es posible, porque Dios puede permitir, aun allí, la intervención del espíritu para sus altos fines; pero cierto también que es mucho más difícil que la permita.

Porque es de saber que los espiritistas reconocen la existencia de Dios, siquiera le llamen Ser Supremo o Alma del mundo, y reconocen su dominio sobre todas las cosas: luego hay que contar con su permiso de Él para que un espíritu evocado se

presente. Ahora bien, ¿es creíble que Dios otorgue a los espíritus el permiso de aparecer en tantas sesiones como celebran los espiritistas y que en cualquiera de ellas, *toties quoties,* aparezcan, pues en toda sesión se evoca al espíritu y a él atribuyen los espiritistas los fenómenos? De ninguna manera, tal suposición es absolutamente inverosímil. Pero ¿y en algunos casos, por lo menos, no será verosímil? Vamos por partes. Antes de responder a esta pregunta examinemos varias circunstancias.

¿Quiénes son los que piden, los que evocan la presencia del espíritu? Allan Kardec y sus discípulos; ya conocemos sus ideas filosóficas, ya conocemos cómo piensan sobre la religión y señaladamente sobre la religión católica, y ciertamente que no son los más indicados para obtener de Dios aquella gracia o permiso. ¿Dónde lo piden? ¿En los circos? ¿teatros? ¿salones o cinematógrafos?... No son, en verdad, los templos que Dios escogió para hacer por sí mismo o por los espíritus sus revelaciones. ¿Cómo lo piden? En la oscuridad o a media luz, que no es lo mismo que con ánimo devoto y recogido; en íntima unión numérica y *genérica,* mas no con santa unión y caridad divina; entre acordes, cantos, juegos y bailes de mesas, lo que tampoco es lo mismo que entre himnos, plegarias y cánticos religiosos; reunidos, sí, *congregati,* pero no *in nomine meo,* no en nombre del Señor; *expectantes* también, esperando algún fenómeno raro, mas no *expectantes adventum D. N. J. C.*

Y ¿cuál es su aspiración? ¿Qué piden? Una cosa gravemente ilícita y prohibida por la Iglesia: la evocación de los espíritus. ¿Y para qué la piden? Para satisfacer una curiosidad o muchas, conseguir un fin o muchos fines, generalmente reprobables y reprobados. Todo lo cual nos dice que allí no aparece ningún espíritu bueno. Luego si alguna vez interviene un espíritu, éste tiene que ser malo, mientras por revelación especial no nos conste lo contrario. La ra-

zón es, porque no se puede suponer que Dios, los ángeles buenos y las almas de los difuntos estén a disposición de los espiritistas y de los mediums para entretener a los frívolos y curiosos con juegos ridículos y prohibidos, con oráculos misteriosos, con discursos saturados a veces de blasfemias, inmorales, impíos y opuestos a la razón y a la fe.

Se dirá: Es que allí se verifican fenómenos maravillosos, y esto, por uno u otro motivo, hecho con fraude o sin él, nos pone en el caso de reconocer la intervención de algún ser inteligente; es que allí se oye o parece oirse la misma voz de la persona difunta evocada, ¡y la oyen tantos!; ¡es que son tantos, tan eminentes y tan respetables los escritores, los testigos... que negarlo todo en *bloque*...! Está bien. Y ¿por dónde nos consta a nosotros todo esto? ¿Por libros de autores fidedignos?

Cierto que muchos autores refieren y aceptan los fenómenos del espiritismo, aun los más sorprendentes, autores, por otra parte, que dicen con sinceridad lo que ellos piensan, escriben con fidelidad lo que ellos han oído o leído; mas si ellos no han sido testigos presenciales, ¿de quién lo han recibido? Convengamos en que los testigos de oídas no tienen, no pueden tener, mucho valor en esta materia, no porque ellos no sean respetables, sino por razón de los fenómenos, complicados, oscuros y poco observables. Testigos de vista: ¿quiénes? ¿los espiritistas? valen mucho menos, no sólo porque son parte interesada, sino también por su estado psicológico, que por hábito, sistema o profesión aseguran la intervención de los espíritus en tantas y tantas sesiones, lo cual es completamente inverosímil y por lo menos en muchos casos completamente falso. ¿Hombres sabios, buenos, prudentes? Los hay, y su autoridad es grande, mas para que en esta materia sea mayor o más completa, se requiere que entre dichas cualidades se incluyan estas otras: espíritu y práctica de observación atenta, para saber apreciar las cir-

cunstancias y modalidades del fenómeno en cuestión en cuanto a su realidad; exquisito tino de interpretación de los hechos y rigor de lógica para relacionarlos con sus causas.

Con estas condiciones tendríamos mucho; pero, preciso es confesarlo, aunque sinceros muchos, no son muchos los testigos presenciales que las reúnen todas.

Y aunque fueran muchos, con esto tendríamos lo que se requiere de parte de los testigos; de parte del fenómeno, no. Porque ¿qué adelanta el astrónomo con estar bien preparado y enfocar perfectamente su potente telescopio al paso del astro, si en el momento preciso se interpone una nube? ¿De qué sirve que el crítico se presente en las sesiones del espiritismo bien pertrechado de las mejores cualidades, si el fenómeno se ha de verificar sin luz o a media luz, entre sombras y cortinajes, con ruidos extraños y siluetas misteriosas, con espectros y fantasmas que aparecen y desaparecen sin que se sepa de dónde ni cómo? Digamos con Mr. Surbled: «Qu'on expérimente au grand jour, et nous verrons» (1). — Que se hagan las experiencias en pleno día, con luz meridiana, y ya veremos.

Si tenemos presente todo esto, seguramente que no nos lanzaremos precipitadamente ni a reconocer la realidad de los hechos referidos ni a atribuirlos a esta o aquella causa.

Puestos estos precedentes y echando una mirada retrospectiva a los fenómenos y teorías ya expuestos, ¿qué juicio podremos formarnos en concreto acerca de ellos? Comencemos por la realidad de los fenómenos. No cabe duda de que en las sesiones del espiritismo se verifican fenómenos sorprendentes. Prescindiendo de si ha habido fraude o no, de si el fenómeno es debido a habilidad de prestidigitadores o a otra causa, el hecho es que la gente

(1) *Le spiritisme devant la science*, pág. 32. (Extrait de *La Science Catholique*, janvier-février 1904.)

queda maravillada ante los fenómenos del espiritismo. Querer sostener a todo trance por cuantos nunca han asistido a una sesión espiritista o nunca han presenciado un fenómeno de este carácter, que nada de esto tiene lugar o que es mera alucinación de los espectadores, sería incurrir en un escepticismo injustificado e injustificable.

Mas, admitido en principio que se dan fenómenos sorprendentes en las sesiones del espiritismo, ¿hay en ellos fraudes o no? ¿son tales cuales nos los refieren los espiritistas? ¿son meras habilidades de unos cuantos prestidigitadores o embusteros, o son más bien fenómenos reales y realmente verificados sin tales fraudes o artimañas? Para responder a esta pregunta, si no de una manera cabal y adecuada, al menos de una manera aproximada y prudente, hay dos criterios buenos: el primero es el de aquellos que discurren de esta manera. Es verdad que se han exagerado mucho las maravillas del espiritismo; es verdad que ha habido muchos fraudes; pero esto no autoriza para negar todos los hechos. Tanto más que ninguno de ellos, por sorprendente que sea, si no se halla revestido de circunstancias incoherentes o contradictorias, es imposible absolutamente hablando; en la religión cristiana hay hechos más estupendos. Este ha sido el criterio de la mayor parte de los católicos y sabios imparciales hasta principios del siglo XX, y no se puede negar que este criterio es prudente.

Pero como en lo que llevamos de siglo han ido apareciendo tantos y tantos fraudes, como los que hemos referido y otros que se podrían referir, los mismos católicos y los mismos sabios imparciales se creen con derecho, y con razón, a dar un paso más, y discurren de esta manera: son tantos los engaños, habilidades y capciosas artimañas empleadas por los espiritistas, aun en las experiencias que parecían mejor comprobadas, que ciertamente han perdido éstos todo derecho a ser creídos; y, por tanto, sin injusticia ni ofensa, con pleno derecho se pueden poner en duda

dichos fenómenos *tales cuales* ellos los relatan. Esto no es precisamente *negar* todos los hechos sorprendentes, porque, a pesar de muchos fraudes, puede haber alguno, y muy sorprendente, sin fraude; esto es sencillamente no afirmar, es dudar, es sospechar, es mantenerse en actitud de reserva respecto, al menos, de todo fenómeno que no parezca naturalmente explicable. Como queda indicado, los mismos espiritistas son los que inducen al crítico sensato a adoptar esta actitud, y a buen seguro que este criterio es también muy prudente.

En esta segunda actitud se da un paso respecto de la primera. En aquélla se resuelve que en vista de tantos testigos imparciales y de las precauciones tomadas por muchos y de la absoluta posibilidad de los fenómenos, no es prudente negar todos los hechos que se cuentan; es prudente suponer la realidad de alguno o algunos, aunque no parezcan naturalmente explicables. En ésta se resuelve: en vista de tantos fraudes en todos los órdenes o grupos de experiencias, aun en las mejor examinadas al parecer, y en vista de las condiciones exigidas por los espiritistas para su realización, a saber, de oscuridad, luces de color, sitios cerrados, etc., es prudente no afirmar la realidad de ninguno de los hechos, de los hechos al menos no explicables naturalmente.

Pasando a su explicación natural o preternatural, los criterios dignos de consideración son también dos principalmente, como consecuencia de los criterios respectivos sustentados acerca de los hechos. El primero, admitidos como preternaturales algunos hechos, recurre a la acción del demonio para explicarlos. Este camino no es ya sólo prudente, sino el único razonable que se puede seguir, una vez supuesto que algunos fenómenos se hayan de explicar por causas preternaturales: es la teoría espiritualista científica de que se habló detenidamente en la Primera Parte.

Complemento, modificación o perfección de esta teoría es el cri-

terio sustentado por católicos y sabios imparciales de nuestros días y que cada vez va tomando mayor incremento. Estos, así como no niegan que haya *quizá* entre los fenómenos del espiritismo *alguno* que no tenga explicación natural, así tampoco afirman que haya ninguno que sea tal; es decir, que, analizado en *particular* y puesto a la luz del día, y descartadas las trampas, no aparece ninguno que ofrezca simultáneamente estos dos caracteres: hecho real, nítido, limpio y claramente observado, y hecho que, a la vez, no pueda ser explicado naturalmente.

Como hemos visto, entre los fenómenos relatados por muchos hay algunos tan sorprendentes que, de ser verdaderos, no tendrían explicación natural, como sería, verbigracia, el hablar lenguas desconocidas, el conocer las cosas futuras contingentes; pero ¿se ha dado ni una sola vez real y verdaderamente ese hecho en las sesiones del espiritismo? ¿No ha habido fraudes en eso? He aquí la duda.

Hay otros hechos bastante sorprendentes y reales; pero ¿son por ventura naturalmente inexplicables? Aunque es preciso reconocer que las explicaciones naturales no aparecen a veces *del todo* satisfactorias, todavía no se ve que haya *necesidad* de recurrir a causas preternaturales, y mientras no sea necesario, mientras haya posibilidad de explicar naturalmente el fenómeno, no autoriza la ciencia a recurrir a causas que superan las fuerzas de la naturaleza. En tal situación, la reserva es muy prudente, es lógica, es científicamente necesaria.

El doctor Grasset dice (1): «Con mucha frecuencia las experiencias son demasiado complejas y demasiado inesperadas para que la atención no se distraiga y para que la inspección sea absolutamente rigurosa; además, la mayor parte de ellas no resultan más que en la oscuridad o semioscuridad, y casi todos los mediums

(1) *L'occultisme hier*, P. III, núm. 87, B).

han sido sorprendidos en fraudes. No prueba esto que engañen siempre, pero hace *dudosas* sus experiencias *todas*» (1).

Y conviene dejar consignado, para tranquilidad de los católicos, que a esta manera de pensar no se oponen las decisiones de la Congregación del Santo Oficio contra el espiritismo, ni las Condenaciones de los Papas. En éstas ni se afirman ni se niegan en absoluto los hechos. Después de maduro examen, las respuestas de Roma suelen ser: «*Prout exponitur* non licere» (aut licere) (2). En esas respuestas se declina, y con mucha razón, toda responsabilidad acerca de la *exactitud* de los hechos delatados y, por tanto, de sus causas, y se resuelve la cuestión condicionalmente: si es así, no es lícito. Y es esto tan acertado, que para decir que son ilícitas las sesiones del espiritismo, ni siquiera es necesario saber que los hechos están referidos con fidelidad; basta que se evoque a los espíritus y que haya peligro contra la fe y las buenas costumbres.

En cuanto a la sola licitud o ilicitud claro está que no sólo condicional, sino simplemente, de suyo, están prohibidas *sub gravi* las sesiones del espiritismo y la asistencia a ellas. Ya hemos visto al fin de la Primera Parte que el espiritismo está condenado. Aquí bastará indicar que las prácticas espiritistas y la asistencia a ellas están gravemente prohibidas: 1.° Por la superstición, malicia de adivinación o de vana observancia que envuelve la evocación de los espíritus, y eso, aun cuando se proteste antes querer excluir toda intención de intervención diabólica; porque la superstición existe con la sola evocación, y no desaparece por la mera protesta, como puede verse en la respuesta del Santo Oficio de 30 de marzo de 1898.—2.° Por los peligros de la fe y de las buenas costumbres. —3.° Por

(1) El ilustrado profesor del Seminario de Tréveris, doctor Willems, escribe: «Sunt qui inter 100 media vix tres de fraude non suspectos inveniri putent.» *(Instit. Philos.*, 1906, vol. III, pág. 229.)

(2) Véase Decr. S. Offic., 30 mart. 1898.

la cooperación y el escándalo, aun en la mera asistencia y aunque no se apruebe el espiritismo.

Sin embargo, evitado el grave escándalo, no es pecado grave asistir con asistencia pasiva una o dos veces por pura curiosidad; más aún: excluído el escándalo, y si consta que el tal espiritista es un mero farsante, engañador o explotador, es lícito asistir al espectáculo (1). Pero por lo que hace a la causa preternatural, las Congregaciones romanas no han dicho nunca en absoluto que la causa de dichos fenómenos sea tal, sino a lo sumo condicionalmente *prout exponitur*, esto es, si los hechos referidos son ciertos y tales cuales se refieren.

En resolución, la cuestión, científica y religiosamente, es libre. Científicamente, porque ni todos los hechos están bien comprobados, ni todas las causas bien averiguadas. Religiosamente, porque la Iglesia, que ha condenado terminantemente como ilícitas *sub gravi* las sesiones del espiritismo, no ha pronunciado *en absoluto* ninguna sentencia definitiva acerca de si hay en él hechos naturalmente inexplicables. Bajo ambos aspectos es libre adoptar una u otra actitud: libre para suponer que haya *algunos* fenómenos inexplicables naturalmente, y por consiguiente para atribuirlos a la acción del demonio; y libre para negar que los haya, y por tanto para atribuirlos a causas naturales, a la habilidad, al artificio o al fraude.

Entre estos dos caminos a elegir, entrambos a dos libres, el más prudente y seguro nos parece el de no afirmar con los primeros ni negar con los segundos, sino esperar y mantenerse en actitud expectante, procurando aquilatar y depurar los hechos, y ver de explicarlos, si es posible, naturalmente (2). La afirmación de

---

(1) Véase Noldin: *Summa Theol. moralis*, De Praeceptis, núm. 170; 1911.

(2) Esta es la actitud que más place a varios eximios profesores y escritores católicos de nuestros días, como, por ejemplo, el citado Dr. Willems, l. c.;

los primeros *podría quizá* salir fallida, porque no hay duda de que en vista de tantos fraudes como se han descubierto, el espiritismo está en crisis y en completo descrédito, pues como dice el ya citado C. de Vesme, «todo fenómeno se ve privado de carácter científico desde el momento en que se le puede explicar por alguna trampa o artimaña». Y como el espiritismo va por el camino de las trampas, va también perdiendo todo carácter verídico y científico.

La negación de los segundos *podría* también *tal vez* salir frustrada, si en efecto se averiguase con certeza que hay entre los fenómenos del espiritismo alguno, aunque no fuera más que uno, naturalmente inexplicable. Además, como muchos partidarios de la primera son personas sabias, prudentes y muy respetables, creemos que es conducente no negar en absoluto lo que ellos afirman. Es más prudente y más considerada la actitud de reserva, y aun aquellos mismos, los que hace algunos años afirmaban que hay en el espiritismo algunos fenómenos naturalmente inexplicables, hoy sean acaso partidarios de esta segunda actitud, en vista de los innumerables fraudes que se han descubierto.

GUTBERLET: *Kampf und die Seele* (1903); SCHNEIDER: *Der neuere Geister Glaube* (1885); SURBLED: *Le spiritisme devant la science* (1896); GRASSET: *L'occultisme hier...* (1908); DIPPEL: *Der neuere spiritismus* (1897).

CAPÍTULO II

Las maravillas del espiritismo y la majestad del milagro

Los enemigos del cristianismo niegan el valor de los milagros de la religión, pretendiendo que también fuera de la Iglesia se realizan fenómenos tan sorprendentes como aquéllos. Para confirmar esta aserción traen, entre otras pruebas, las maravillas del espiritismo.

Ahora bien, si la grandeza del milagro cristiano sobresale eminentemente en sí considerado o en absoluto, no resplandece menos comparado con las maravillas del espiritismo. Comparemos brevemente prodigios con prodigios, lugares con lugares, elementos con elementos y contrapongamos taumaturgos a operadores, fines a fines, efectos a efectos, medios a medios.

¿Cuáles son los fenómenos más característicos y sorprendentes del espiritismo? La rotación de las mesas, la tiptología, la escritura automática, la levitación, los fenómenos de aportación, ciertas materializaciones, fotografías, irradiaciones luminosas. Y ¿qué comparación hay entre esos fenómenos y los milagros de Jesucristo, por ejemplo? ¿Qué tienen que ver esas maravillas con la conversión del agua en vino, con la multiplicación de los panes, con la tempestad apaciguada con el imperio de una sola palabra?

¿qué con la curación repentina y total de ciegos, de leprosos y paralíticos, con las curaciones hechas a distancia y con la liberación de energúmenos? ¿qué, finalmente, con las resurrecciones de la hija de Jairo, del hijo de la viuda de Naín, de Lázaro y, sobre todo, con la de Jesucristo, con su transfiguración y su gloriosa ascensión? ¡Qué habilidades tan precarias aquéllas! ¡qué resplendor de omnipotencia y de augusta majestad en éstas!

¿Dónde y cómo se verifican aquéllas? En salones y sitios cerrados y a media luz o con luces de colores, con muchos preparativos y con ciertas precauciones; éstas, ante las muchedumbres, con luz meridiana, de repente, sin preparativos, sin precauciones, sin miedo a las amenazas y burlando los ardides tendidos por los enemigos.

Aquéllas, en algunos objetos más o menos insignificantes y con personas de dudosa historia; éstas en los grandes elementos de la naturaleza, contrarrestando y superando todas sus leyes, la gravedad de las enfermedades, el poder de la muerte y el furor de los demonios.

«Poniendo en dos balanzas las proezas de nuestros taumaturgos y las de los espiritistas, el contrapeso es infinito. Los *medianeros* del espiritismo no son dechados de virtud, y esto se divulga en toda la Europa, sin querer hacer agravio a ningún particular; lejos de ser ejemplares de santidad, deja mucho en ellos que desear la religión, la piedad, humanidad, caridad y demás virtudes. Dupotet y Home hacían profesión de magia diabólica, y ya que no todos los *medianeros* sean copias perfectas de estos dos, ni tan farauduleros como Bastián, ni tan vanos como Padilla, ni tan violentos como el hipnotizador Donato; al cabo no son héroes en santidad, como lo fueron los taumaturgos del catolicismo, y por esta parte no cabe comparación, pues ya que no repugne hacer Dios milagros por instrumentos malísimos, no suele obrar así, antes se goza en

escoger para obras tan excelsas varones adornados de virtud que recomienden con ella la grandeza de su poderío» (1).

El fin primario de los milagros es la gloria de Dios; el secundario el bien de los hombres. Ahora bien, ¿qué grandes fines se proponen los espiritistas, que por lo común se limitan a satisfacer la vana curiosidad? Dice a este propósito un escritor: «El *medio* molesta con idas y venidas las almas de ultratumba, como dicen, y cuando, hecho el viaje, se muestran en el tablado, ni tan siquiera son de provecho para enjugar los ojos a la esposa viuda, a la hija huérfana, a la madre desolada; ni hacen bien a los mortales, ni dan gloria a Nuestro Señor, las novedades que desfloran se reducen a decir a los cristianos que no teman el infierno, a los turcos que se estén quietos con su Alcorán, a los protestantes que no hagan paces con el Papa, a los apóstatas que no vuelvan al catolicismo, a los racionalistas que tienen sobrada razón, a los devotos que se dejen de santidades, a los enfermos que tengan paciencia y que, llegada la hora, se dejen morir; si alguna vez curan un achaque, más es aparente que real la cura, y lazo de seducción más que obra provechosa» (2). Y cuando curan, curan causando vivos dolores, y a veces con peligro de la vida, siendo raro que las curaciones sean totales (3).

Los efectos del espiritismo son livianos y efímeros cuando no desastrosos y perjudiciales, como son la pérdida de la fe, la relajación de las costumbres, la propensión al suicidio, el extravío de la mente, la neurastenia y otros males (4). Por el contrario, los efectos del milagro son útiles en el más amplio sentido de la palabra, porque traen consigo el bien de la familia y del individuo, en lo físico y en lo moral.

---

(1) Mir: *El Milagro*, t. III, pág. 511.
(2) Ibíd.
(3) Véase Des Mousseaux: *La Magie*, cap. XII.
(4) Véase la pág. 255 y sigtes.

Allégase a esto, cómo han obrado los milagros los Santos. Unas veces acudiendo a la oración, otras mandando en nombre de Jesús, otras aplicando medios de suyo ineficaces, puesta en Dios su confianza. Los espiritistas, en sus fenómenos superiores, ni oran, ni mandan en nombre de Dios, ni confían en el divino poder y ponen en juego toda clase de artificios. «A su lado resplandece la grandeza incomparable de los verdaderos milagros, que alientan la timidez de los ánimos mezquinos y vencen por la edificación y piedad las liviandades espiritistas, de forma que cualquier hombre de mediana capacidad puede notar, comparando, lo infinito que distan de los milagros divinos los miserables artificios del implacable enemigo de la humanidad» (1).

Podemos, pues, estar seguros, los que profesamos la religión verdadera, que los fenómenos del espiritismo no marchitarán el vigor de nuestros milagros. Ponderen con arrogancia los fautores del espiritismo lo vistoso de sus escenas; esta ventaja resultará en nuestro favor, porque hará resaltar la pequeñez de los medianeros y hará relucir con más gloria la autoridad de los taumaturgos.

Explíquense o no por fuerzas naturales los fenómenos del espiritismo, es preciso recurrir al orden sobrenatural para explicar los milagros del cristianismo, que son incomparablemente más extraordinarios y asombrosos. Los espiritistas han rendido a los milagros cristianos un homenaje que nunca estuvo en su ánimo tributarles.

Queriendo o sin querer, «deben confesar que las proezas de los Santos difieren singularmente de las proezas del espiritismo, y son por su índole mucho más aventajadas, y por sus efectos muchísimo más provechosas. Las operaciones espiritistas, en su aparente resplandor, llevan la más clara señal de inferioridad, pues que no son dignas de Dios obras llenas de ilusión, de vanidad, de ruido, que al

---

(1) Mir, l. c.

fin vienen a parar en mera satisfacción de sentidos y de imaginación, y nada dicen al entendimiento y a la voluntad que sea decoroso y razonable; al contrario, rebosan impiedad y desenvoltura por cualquier lado que se contemplen, y ya que sus apariencias sirvan de reclamo para hechizar los ojos y oídos, examinadas de cerca contienen un fondo de superstición que aparta a los hombres del catolicismo, los induce al servicio de la fría razón y los entrega a la tiránica potestad de las tinieblas» (1).

(1) L. c.

FIN

ÍNDICE

APROBACIONES 4
RAZÓN Y FINALIDAD DE LA OBRA 5
BIBLIOGRAFÍA 7

PRIMERA PARTE

Libro primero: Historia y doctrinas del espiritismo

CAPÍTULO I. Historia del espiritismo 11
» II. Síntesis de la doctrina espiritista 33
» III. Su buena orientación 38
» IV. Preexistencia de las almas 43
» V. Metempsicosis 51
» VI. Pluralidad de mundos habitados o habitables . . 68
» VII. Selenografía 85
» VIII. Pluralidad de mundos habitados. 97
» IX. La eternidad de las penas: ante la razón. . . . 109
» X. La eternidad de las penas ante la fe 129
» XI. Otros errores del espiritismo. 152

Libro segundo: Prácticas y experiencias del espiritismo

CAPÍTULO I. Mediums y comunicación con los espíritus . . . 159
» II. Comprobación de las experiencias 163
» III. Experiencias de William Crookes 168
» IV. Experiencias de C. Lombroso. 175
» V. Experiencias hechas en Génova 182
» VI. Célebres experiencias hechas en Milán 189
» VII. Experiencias de Gibier y de otros 193

Libro tercero: Teorías generales

Capítulo I. Teoría negativa 199
» II. Teoría de la fuerza psíquica 202
» III. Teoría de las radiaciones psíquicas 206
» IV. Hipótesis de la reverberación. 210
» V. Hipótesis de las fuerzas eléctricas o magnéticas . 217
» VI. Teoría del cuerpo astral 221
» VII. Teoría del od 226
» VIII. Teoría espiritista 229
» IX. Teoría espiritualista cristiana. 235
» X. Teoría espiritualista científica 239

Libro cuarto: Consecuencias

Capítulo I. Consecuencias funestas del espiritismo. . . . 255
» II. El espiritismo condenado 262

SEGUNDA PARTE

Libro primero: Teorías especiales, características del espiritismo

Capítulo I. Rotación de las mesas: Crítica 272
» II. Teoría de los dos centros 286
» III. Teoría hipnótica 291
» IV. Tiptología 294
» V. Escritura automática 299
» VI. Levitación 302
» VII. Fenómenos de aportación. 311
» VIII. Materializaciones y fotografías 317
» IX. Teoría de las irradiaciones luminosas 323

Libro segundo: Teorías especiales afines

Capítulo I. Catalepsia 333
» II. Cristalomancia 376
» III. La varita adivinatoria 385
» IV. El péndulo explorador 396
» V. Sugestión puramente mental o comunicación inmediata del pensamiento 398
» VI. Clarividencia 411

Cap. VII. El cumberlandismo 417
» VIII. Irradiaciones anestésicas a distancia. 425
» IX. Acción a distancia: *Actio in distans* 432
» X. Las maravillas de los faquires 438

Libro tercero: Nuevas investigaciones: fraudes

Capítulo I. De los fraudes en general. 450
» II. Fraudes en especial 454
» III. En la escritura automática y fenómenos de aportación. 458
» IV. Fraudes en las materializaciones y fotografías . . 461
» V. Varios fraudes 465
» VI. Otros fraudes 470

Libro cuarto: Mirada retrospectiva

Capítulo I. Dos juicios prudentes acerca del espiritismo . . 475
» II. Las maravillas del espiritismo y la majestad del milagro 486

FE DE ERRATAS

Págs.	Dice	Debe decir
8	*Études*, rev. mensual	quincenal
23, 222 (nota)	d'hier	hier
148 línea 10	Juntáranse	Juntaránse
224 (nota)	motilité	motricité
230 línea 17	Pues ¿que	Pues qué ¿
249 » 26	en estos últimos análisis	en último análisis
355 » 3	epiléptica	cataléptica
415 » 24	reosforos	rióforos
435 » 4	por	para

BIBLIOTECA PUBLICA
BUENOS

E. UGARTE

EL ESPIRITISMO MODERNO

24440

BIBLIOTECA PUBLIC